

# La Profecía de las Piedras

Flavia Bujor



Lectulandia

Jade, Ámbar y Ópalo no se han visto nunca. Cada una ha crecido en un mundo que ha creído el suyo. Sin embargo, el día que cumplen catorce años descubren que sus vidas están estrechamente ligadas. Las tres comparten un origen misterioso y un mismo destino: una profecía les obligó a dejar sus hogares y a emprender un viaje plagado de amenazas. Como única arma, cada una de ellas porta la piedra que corresponde a su nombre. Juntas, deben emprender una peligrosa búsqueda en un lejano reino hasta dar con el oráculo Oonagh.

Al mismo tiempo, en nuestros días, una joven se debate entre la vida y la muerte en un hospital de París. Aislada del mundo exterior, ha dejado de hablar y de luchar, pero sigue soñando. En sus sueños tres jóvenes libran un combate épico cuyo desenlace podría guardar el secreto que le permita seguir viviendo.

**Lectulandia**

Flavia Bujor

# **La profecía de las piedras**

ePub r1.0

Titivillus 22.07.17

Título original: *La prophétie des pierres*

Flavia Bujor, 2002

Traducción: Teresa Clavel

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



A Jean Losserand  
y a Stephen



El anciano leyó de nuevo el pasaje de *La profecía* y meneó con gravedad

la cabeza.

—Pronto, muy pronto —murmuró.

Se levantó trabajosamente de la silla y se volvió. El duque de Divulyon lo miraba con semblante preocupado.

—¿Y bien? —preguntó.

El anciano exhaló un prolongado suspiro; parecía al límite de sus fuerzas. Innumerables arrugas surcaban su rostro. Apenas se tenía en pie, estaba encorvado y le temblaban las piernas. Se dejó caer en un sillón y dijo con voz débil:

—No puedo cambiar nada. Seguiré su destino.

El duque, cuya angustia resultaba perceptible, alzó la voz:

—Theodon, tú eres sabio. Has consagrado toda tu vida a comprender *La profecía*. Ayudaste a mi padre, me has ayudado a mí, me has aconsejado, me has apoyado. No me abandones ahora. Tiene que vivir.

Pase lo que pase, tiene que triunfar. ¡Es tan joven! Y pensar que muy pronto... ¿Qué puedo hacer para protegerla, Theodon?

El anciano apoyó la cabeza en las dos manos y, tras un largo silencio, respondió:

—Yo la quiero tanto como tú. La he visto crecer y, aunque la razón me lo prohibía, le he tomado cariño. Pero no escapará a la Profecía.

Créeme, si hubiera podido ayudarla, habría sido el primero en hacerlo.

¿Me preguntas cómo puedes protegerla? ¡No puedes, intenta comprenderlo! Lo único que tienes que hacer es entregarle lo que le pertenece. Pero cuando llegue el día, no ahora. Ahora, ve a pasar con ella los últimos momentos que te quedan.

El duque, resignado, alcanzó a decir:

—Estos catorce años han pasado demasiado deprisa.

A continuación, salió de la estancia.

El anciano vio flamear las llamas en el hogar. La Profecía iba a cumplirse, ya no era más que una cuestión de días. Había esperado ese momento con impaciencia. Muy pronto, todas sus preguntas encontrarían respuesta. Se estremeció. Había sido lo bastante estúpido para encariñarse con la niña. Debería haberlo evitado. *La Profecía* había adquirido otro sentido: en aquellas oscuras páginas en las que había tratado con ahínco de leer el futuro y de comprender el cambio anunciado, ahora sólo veía el destino de Jade.

Jade estaba tendida en su cama. Sostenía un libro entre las manos, pero estaba demasiado agitada para leer. Su mirada se perdía en el vacío. De pronto, oyó llamar a la puerta. Se levantó de un salto y dijo:

—¡Pase!

Un sirviente entreabrió la puerta y le anunció:

—Su padre desea verla. ¿Puede recibirlo ahora?

Sorprendida de que a aquellas horas del día no estuviera ocupado, dio su consentimiento. El criado salió.

Jade se alisó el largo cabello negro y se lo echó hacia atrás. Se miró en el espejo con cara de satisfacción. Su sonrisa dejaba entrever unos dientes ligeramente separados. Sus pestañas quizá pecaban un poco de tupidas y tenía que luchar constantemente contra unos mechones rebeldes. Cuando se exasperaba (cosa que le sucedía a menudo), sus mejillas se teñían de rojo y perdía la actitud artificiosa que adoptaba la mayor parte del tiempo. Pero era consciente de ser guapa, alta, delgada, y siempre se vestía con esmero. Estaba segura de sí misma.

Sabía que conseguiría lo que quería.

Mientras le ofrecía una sonrisa de agradecimiento a su reflejo, su padre entró en la habitación. Ella se dirigió a su encuentro. Él la estrechó contra sí con un afecto desacostumbrado. Normalmente, aunque quería mucho a su hija, no expresaba sus sentimientos de un modo tan expansivo. Era de natural flemático y demostraba tener sangre fría en toda circunstancia. Sin embargo, aquel día algo lo impulsaba a comportarse de un modo distinto. Cuando liberó a Jade de su abrazo, se quedó un momento mirándola sin decir nada. Admiró una vez más sus ojos verdes, cuya intensidad no podía sino llamar la atención. «Es valiente y tenaz —se dijo para tranquilizarse—, y tiene una personalidad fuerte». Su fisonomía delataba su carácter: en su rostro se podía leer que, además de ser orgullosa y decidida, era también caprichosa y obstinada. Su padre no conseguía apartar la mirada de ella ni pronunciar una sola palabra.

Fue ella quien rompió el silencio:

—Papá, ¿ocurre algo? ¿Cómo es que no estás solucionando algún asunto, o leyendo toneladas de documentos, o haciendo mil tareas más, como todos los días? ¿Ha sucedido algo grave para que no trabajes?

¿Tengo yo la culpa?

Estas últimas palabras las pronunció con una inocencia fingida.

—No, no, Jade, no pasa nada —respondió su padre con una voz que sonaba falsa—. Simplemente, tengo un rato libre. Reconozco que es raro, pero, como ves, a veces incluso a mí me ocurre. Bien, ¿cómo estás?

—La fiesta se acerca —le contestó Jade, muy excitada—. ¡Va a ser absolutamente extraordinaria! Todavía estoy dudando entre el vestido malva de seda y el blanco de satén. He encargado otro, magnífico, del condado de Tyrel. Si llega a tiempo, me lo pondré. ¡Estoy impaciente!

En lugar de contar los días, cuento las horas y hasta los minutos. He dado instrucciones para la decoración de la sala y de los platos. ¡Qué placer organizarlo todo yo misma! Y haré traer a unos músicos de una ciudad vecina.

Jade continuó hablando con entusiasmo, pero su padre ya no la escuchaba. «Es demasiado despreocupada —no pudo evitar constatar—, no sabe lo que es el esfuerzo ni el peligro. No sobrevivirá».

Inmediatamente se reprochó no confiar más en Jade e intentó concentrarse en sus palabras.

—¡Será grandioso, soberbio, fuera de lo común! Casi me cuesta imaginarlo. Todavía no he decidido si hay que servir los helados antes que las pastas o después. Quizá sería mejor después, ¿no? Por cierto, no estoy segura de que la baronesa de Carolynt venga; parece ser que tiene fiebre. Es la única que aún no ha confirmado su asistencia. De todas formas, la encuentro aburridísima.

—Jade, ¿sabes lo que significa el miedo?

La muchacha se calló bruscamente, sorprendida e irritada. ¿Por qué la había interrumpido su padre, y encima para hacer una pregunta que no venía a cuento? ¿Acaso no le alegraba pensar en la fiesta que se acercaba?

—¿El miedo? —replicó con impaciencia—. ¿Miedo de qué? Yo nunca he tenido miedo. Es un sentimiento que me parece despreciable. Sólo los cobardes y los débiles tienen miedo. ¿Por qué me preguntas eso, papá?

De repente calló. Acababa de percatarse de que su padre estaba muy pálido. ¿Cómo había podido no fijarse antes en que tenía los rasgos tensos, ojeras y los ojos enrojecidos? Y, sobre todo, una expresión hosca. Había pasado algo. Quizás algún negocio le había ido mal.

—Si sólo los cobardes y los débiles tienen miedo, entonces yo soy cobarde y débil —dijo él—. Después de todo, ¿qué más da?

—¡Pero papá! ¡A ti todo el mundo te respeta y te admira, y es por algo! ¡Eres el duque de Divulyon! —Jade volvía a animarse, sus ojos verdes brillaban—. Puedo



creer que te haya surgido un problema en los negocios, pero no que tengas miedo. Si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia.

El duque no contestó y el entusiasmo de Jade decayó de nuevo.

—Y ahora, papá —dijo la joven en tono grave—, dime por qué no concedes ninguna importancia a mi próximo cumpleaños. ¡Dentro de unos días cumpliré catorce años!

—Te equivocas, Jade, pienso mucho en tu cumpleaños, pero...

El duque se mordió la lengua; ya había hablado demasiado. Jade no debía saber nada antes de hora. Temiendo delatarse y tener que dar explicaciones, se marchó repentinamente. Subió a sus aposentos y se puso a caminar arriba y abajo. Cada segundo que pasaba se hallaba más cerca del momento en que tendría que confesarlo todo.

Jade se quedó pensativa. El comportamiento de su padre era muy extraño. Reflexionó sobre el asunto unos instantes y luego, encogiéndose de hombros, decidió olvidar el incidente. Se concentró de nuevo en los festejos de su cumpleaños e inmediatamente recuperó la sonrisa.



Ámbar estaba sentada sobre la hierba. Como de costumbre, soñaba mientras miraba distraídamente los corderos que debía vigilar. Otras imágenes ocupaban sus pensamientos. Imaginaba que vivía junto al sol y su calor benefactor, que dialogaba con las nubes y los pájaros. Hacía maravillosos viajes transportada por el viento; de noche, la deslumbraba el brillo de las estrellas, que podía tocar con la mano, y...

—¡Barina! ¡Barina!

Volvió bruscamente a la realidad. Había olvidado que no sólo vigilaba los corderos, sino también a uno de sus hermanos pequeños, que estaba tranquilamente tumbado bajo un árbol y le gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Barina, ven! ¡Me aburro!

Nadie la llamaba Ámbar; desde siempre, todo el mundo la conocía por Barina. Seguramente su verdadero nombre era demasiado pretencioso para una campesina. Sería más apropiado para una muchacha de la nobleza, para alguien perteneciente a otro mundo. Muchas veces se había preguntado qué habría impulsado a sus padres a ponerle ese nombre y nunca había encontrado una respuesta plausible. De cualquier modo, le gustaba por su originalidad y por su halo de misterio. Parecía encerrar un secreto.

—¡Barina! ¡Barina! ¡Ven, por favor!

Ámbar se levantó y se dirigió a donde estaba su hermano. Se sentó a su lado, a la sombra del árbol.

—¿Te pasa algo? —le preguntó con su tranquilizadora voz.

—¡Me aburro, eso es lo que me pasa! Quiero que me cuentes un cuento.

Ámbar sonrió y le acarició una mejilla con afecto.

—Bien, pero ahora no, quizá más tarde.

—¿Por qué?

—Quisiera estar sola, no decir nada y tratar de escuchar el silencio.

—¡Yo quiero un cuento! ¡Eso que dices es una tontería! —El niño la agarró de un brazo—. Por favor, Barina —insistió.

Ella le alborotó con ternura los cabellos y, liberándose de su abrazo, lo besó en la mejilla.

—Más tarde, te lo prometo —dijo—. Ahora te dejo. No me gusta estar a la sombra; me vuelvo al sol.

—¡Pero, Barina, hace mucho calor! ¿Cómo puedes soportar el sol?

—Me gusta y ya está.

Ámbar se alejó y se dejó caer sobre la hierba, en medio del prado.

Nadie quería salir cuando hacía un tiempo así. El calor era sofocante y el aire abrasador. El cielo, sin una nube en el horizonte, podría decirse que era demasiado azul, demasiado puro. Los rayos del sol bañaban de luz el rostro de Ámbar. A ella le gustaba sentir cómo le acariciaban la piel, apreciaba ese calor que todos calificaban de insoportable. En el pueblo rezaban para que la canícula no se prolongara, para que no provocara un período de sequía. En cuanto a Ámbar, habría deseado que ese tiempo se prolongara eternamente.

En el recodo del camino apareció una silueta. Ámbar volvió la cabeza en su dirección. Un muchacho se encaminaba hacia ella. Llegó a los pastos sin aliento y, al límite de sus fuerzas, se detuvo a su lado. Ámbar lo conocía perfectamente, eran amigos de infancia. Le sonrió. Él la miró con tristeza. Ella estaba tan serena... Sus cabellos, entre el rojo y el rubio, tan dorados como el sol, enmarcaban su rostro de facciones armoniosas. Tenía la piel tostada. Sus ojos, de color castaño claro con un toque verdoso, le daban a la mirada una dulzura y un sosiego innatos.

El muchacho dijo con pesar, jadeando:

—Barina, date prisa. Yo me quedaré con tu hermano y vigilaré los corderos, pero ve corriendo. Tu madre... está muy mal.

Ámbar creyó que el corazón le dejaba de latir. Todo se derrumbaba a su alrededor. Veía borroso. Tenía miedo. Tenía frío a pesar del sol abrasador. Era incapaz de moverse.

—¡Barina, vete! ¡Tienes poco tiempo! ¡Corre, Barina!

La voz le llegaba a Ámbar como de muy lejos. La cabeza le daba vueltas, el mundo entero se tambaleaba. Se rehizo de golpe. Tenía que llegar antes de que fuera demasiado tarde. Se levantó de un salto y echó a correr. Deprisa. Deprisa. Las lágrimas le nublaban la vista y le bañaban el rostro, aunque ella no se daba cuenta. Tan sólo una cosa seguía teniendo importancia: evitar lo inevitable, la muerte de su madre. ¡Eso no debía suceder! Estaba muy enferma y sufría mucho desde hacía

semanas, meses. No existía ningún remedio. ¡Pero no debía morir! Ámbar proseguía su carrera desenfrenada contra el tiempo y la muerte. Ya veía el pueblo. Corría más y más, sin tener conciencia del cansancio, del agotamiento. Finalmente, llegó a la plaza y luego a su casa. Empujó la puerta, entró en la única habitación, oscura y silenciosa, y se precipitó hacia su madre. Se arrodilló junto a ella, le cogió la mano y se la apretó con todas sus fuerzas, aferrándose a ella y sintiendo su calor. Su madre estaba tendida en el único lecho, un jergón de paja. Su semblante expresaba un sufrimiento indescriptible y su tez ya tenía una palidez mortal. Gemía, parecía delirar.

—Estás aquí, Ámbar —murmuró con voz trémula y débil—, estás aquí. —Hizo una pausa y luego añadió—: Sólo me quedan unos días de vida, unos días más y habré cumplido mi misión.

—Mamá, no digas nada. Hablar te cansa.

—No. Unos días... Pero no aguantaré, estoy demasiado enferma.

Ámbar intentaba contener las lágrimas. Debía mostrarse fuerte, como siempre. Apretó más la mano de su madre. Una profunda desesperación se apoderó de ella.

—Mamá, mamá —no pudo evitar balbucir—, todo va a arreglarse.

Se esforzaba en creer sus propias palabras, quería convencerse a sí misma. Sobre todo, habría deseado que todo aquello fuera una pesadilla, confiar en que acabaría por despertarse sobre el jergón de paja, apretada contra sus hermanos y hermanas, como era habitual.

Pero no, la pesadilla se prolongaba. Ámbar intentaba escapar de la horrible verdad. Tenía la costumbre de inventarse un mundo de ensueño cuando aquél en el que vivía era demasiado cruel. Se escondía en él para rechazar el sufrimiento. Sin embargo, su imaginación era demasiado frágil; cedía con mucha facilidad para dejar sitio a la realidad. Entonces, el dolor se hacía todavía más intenso, como para vengarse de quien había tratado de negarlo.

—Ámbar, debo vivir un poco más. Unos días, sólo unos días. Pronto descansaré.

Ámbar se estremeció al oír la voz. Se dio cuenta de que su rostro, al igual que el de su madre, estaba bañado de lágrimas. Su madre gemía casi con resignación. No quería rendirse todavía; era de las personas que luchan hasta el final, incluso cuando ya no queda ninguna esperanza y no hay futuro en el horizonte. Ella era así, e insistía en buscar un resplandor en la oscuridad.

—Ámbar, Ámbar... Mi misión, Ámbar.

—Chsss, mamá, chsss... No sigas hablando; en tu estado no te conviene. Pero, no te preocupes, te repondrás. No es nada grave.

Mañana te levantarás. Ya verás, el sol brilla, las cerezas están maduras, la hierba está más verde que nunca, no hay ni una nube, el cielo está completamente azul. Vale la pena salir. Mañana estarás mejor, te lo aseguro.

A Ámbar se le quebraba la voz y a duras penas lograba reprimir los sollozos.

—Ámbar, sólo quiero vivir unos días más. Después, da igual, pero tengo una misión, y aún es demasiado pronto... Si muero, ¿quién hará lo que hay que hacer?

Ámbar, conservar la vida unos días más es un deber para mí. Pero no lo lograré, está por encima de mis fuerzas.

—Mamá, cálmate, descansa, es importante.

—Ámbar, cuando llegue mi último día, que está muy cerca..., prométeme que me creerás. Aunque sean las palabras de una moribunda..., prométemelo.

—Te prometo todo lo que quieras, mamá, pero ahora para de hablar, te agota.

Ámbar no se había tomado en serio ni una sola de las palabras de su madre; atribuía sus divagaciones a la fiebre.



tan solitaria...

—Tiene usted razón. ¡No es normal! No tiene ni una sola amiga, y no hay manera de saber lo que piensa.

—No sonrío jamás, ¡es increíble! Y la mirada siempre gacha... Esa manera de ser, tan fría y persistente, llega a resultar molesta.

—Sí, es cierto, hay en ella algo inusual, intrigante, que te hace sentir incómodo.

Las dos chismosas se callaron al ver acercarse a una de las mujeres más ancianas del pueblo. Nadie sabía su edad, ni siquiera ella, que ya no tenía ni fuerzas ni ganas de contar los años. Nadie prestaba atención a sus palabras, pues casi siempre consideraban que no tenían sentido, y sin embargo, a pesar de las apariencias, se mantenía lúcida. Estaba encorvada, tenía en el rostro la marca de una arruga por cada camino que había seguido, cada uno de sus lentos pasos parecía costarle un gran esfuerzo.

Al cabo de un momento, llegó junto a las mujeres. Era imposible que las hubiera oído, pues se habían callado nada más verla. Le dirigieron una sonrisa falsamente bondadosa al saludarla. La anciana las miró sin disimular su desprecio y les dijo con voz firme:

—Ópalo no es normal, desde luego. Es diferente, y hará cosas que vosotras no os atreveríais ni a imaginar.

Después se alejó lentamente. Las dos mujeres, atónitas, repararon por primera vez en la dignidad y la decisión que animaban a la tía bisabuela de Ópalo.



Desde que recordaba, Ópalo siempre había vivido con su tía bisabuela Eugenia y la hija de ésta, que se llamaba igual. Para diferenciarla de su madre, la llamaban Gina. Ópalo no había conocido otra vivienda que la casa señorial donde vivían las tres. Su tía abuela Gina, a pesar de su avanzada edad, conservaba la energía. Siempre se había ocupado de la casa y de la educación de Ópalo, a quien había enseñado todo lo que sabía: letras e historia. También le había transmitido sus conocimientos de plantas y de remedios. Ópalo era una alumna reflexiva y aplicada. No se preguntaba si le gustaba aprender. Sus gustos, sus sentimientos y sus ideas eran indefinidos, muchas veces incluso inexistentes.

Numerosos chicos la encontraban guapa, pero ella no se inmutaba, y su indiferencia enfriaba rápidamente las pasiones que había suscitado.

Estaba demasiado delgada, casi endeble, su rostro parecía de porcelana y tenía la tez lechosa. Sus rasgos eran tan delicados que de ella se desprendía una impresión de fragilidad. Sus grandes ojos, de un azul claro deslavado en el que a veces resultaba visible una pizca de gris, tenían una mirada ausente. Pesados bucles le caían sobre los hombros, acentuando su aspecto evanescente. Tenía el cabello rubio, pero cada mechón de un tono diferente: claro, meloso, ceniciento... Casi siempre caminaba con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo. No era tímida, pero no le atraía la compañía de los demás. Nadie la quería de verdad y ella no quería de verdad a nadie. Pese a la atención que Eugenia y Gina le prodigaban, nunca había recibido ni calor ni verdadero cariño.

Ópalo buscaba un objeto para dibujarlo. Dibujaba mucho, de una manera clara y precisa, buscando la perfección en el parecido. Un día había oído decir que el arte era una forma distinta de ver la realidad, pero para ella eso no tenía mucho sentido. A ella le gustaba reproducir lo que veía y ante todo quería superarse, de modo que buscaba modelos cada vez más difíciles de reproducir. Aquel día no encontraba nada que la satisficiera. Había buscado en todos los rincones de su habitación. De pronto se le ocurrió una idea. Se levantó y se dirigió al dormitorio de Gina. Entró; tenía permiso, pero no lo hacía nunca. Tuvo la impresión de estar cometiendo un delito y se estremeció. «Es ridículo —pensó—. No tiene nada de malo que esté aquí. Gina ha ido al pueblo, pero, si estuviera en casa, no tendría ningún inconveniente en que viniera a su cuarto». No obstante, experimentaba una especie de desazón. Avanzó y se sentó en la cama. En la habitación no faltaban objetos complejos que podía tomar como modelo. Tenía montones entre los que elegir, pero, movida por un extraño deseo, intentó abrir el cajón de la mesilla de noche. Estaba cerrado con llave. A Ópalo le sorprendió lo que acababa de hacer. Nunca había sido curiosa.

—Está pasando algo —masculló—. No me controlo.

La sensación extraña no la abandonaba. «Esta habitación...», pensó.

Ópalo. Se interrumpió. Instintivamente, apartó la colcha de la cama y levantó la almohada. Vio una llavecita, la cogió y la introdujo en la cerradura del cajón de la mesilla de noche. Se detuvo un momento y respiró hondo. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. Con un gesto brusco, abrió el cajón. Lo primero que vio fue un voluminoso libro con el título, *La profecía*, grabado en letras doradas. En el centro había un punto de libro. Ópalo lo abrió por esa página y leyó unas líneas antes de cerrarlo con un gesto seco. «No tiene ningún interés»; se dijo. Intentó razonar: ¿qué esperaba encontrar? Irritada, siguió registrando el cajón hasta que su mirada se sintió atraída por una bolsa de terciopelo negro, cuyo cordón desató. «Hay algo dentro, algo que me llama». Era un objeto liso y caliente al tacto. Una sensación desconocida invadió a Ópalo; tenía la impresión de estar en otro lugar. Sacó el objeto y lo examinó. Era una piedra preciosa, de tamaño mediano, redonda y de un verde muy claro, frío y uniforme. Ópalo la apretó. «No es una piedra —dijo para sus adentros—. Es otra cosa, algo poderoso, un mensaje». No sabía qué le dictaba aquella certidumbre, pero se sentía cerca de la verdad. Estaba como hipnotizada, como embrujada. No tenía conciencia de lo que la rodeaba. Le parecía que existía una relación, casi un vínculo palpable entre ella y la piedra, que ésta quería decirle algo. Ópalo la apretó todavía más. La piedra se enfrió y entonces notó su superficie rasposa. La joven sintió un vacío inmenso, una súbita melancolía. La piedra se quedó helada en unos segundos y Ópalo se vio obligada a soltarla. La comunicación que creía que existía se cortó de golpe. Se llevó la mano a la frente. Estaba ardiendo. «No debería haber abierto este cajón —se reprochó interiormente—. No tenía que haber encontrado esta piedra». Lo sabía, lo sentía. Con gestos apresurados, metió la piedra en la bolsa y la guardó en su escondrijo. Después cogió el libro que había dejado sobre la cama y lo metió también en el cajón, cerró éste con llave y depositó la llave bajo la almohada. Arregló cuidadosamente las sábanas a tiempo.

Gina, su tía abuela, entró en la habitación.

—¡Ópalo! —exclamó—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Estoy perfectamente. Buscaba un objeto para dibujarlo —contestó ella.

Pese a sus esfuerzos por parecer relajada, su voz dejaba traslucir su confusión.

En el mismo momento en que Ópalo había tocado la piedra, él había experimentado un violento sobresalto. Un rictus había deformado su rostro malévolamente. Inmediatamente, había convocado por telepatía una reunión del Consejo de los Doce. Después había acudido a la vasta sala de reuniones. Al acercarse él, todos habían bajado los ojos, temerosos.

Con su voz glacial, había declarado: «Lo que ya no esperábamos por fin se ha producido. He interceptado algo muy interesante».

Los doce miembros del Consejo se imaginaban de qué se trataba. La satisfacción

se pintó en sus semblantes sombríos. Uno de ellos preguntó:

—¿Debemos ordenar a los caballeros de la Orden que nos la traigan?

—No —respondió él, tajante—. Tengo una idea mejor.

—¿Cuál de ellas es? —preguntó otro miembro del Consejo, ávido de saber más.

—La tercera, y tal vez la más peligrosa. Tiene poderes todavía dormidos; lo he percibido cuando ha entrado en contacto con su piedra.

Ha sucedido antes de lo previsto, cosa que debe alegrarnos. Unos días más, y habríamos perdido la ventaja.

—¿De qué piedra se trata? —preguntó otro miembro del Consejo.

—Del ópalo, la más pura de las tres, pero también la más frágil, ahora que lo sé todo de ella.

## París, 2002

El doctor Arnon se quitó las gafas y le indicó a la enfermera que se acercara.

—Se diría que duerme plácidamente, ¿no le parece?

Señaló una cama donde estaba acurrucada una figura escuálida.

Parecía sumida en un profundo sueño, pero su rostro tenía un color ceniciento.

—Ya no le queda mucho tiempo —añadió—. En mi opinión, apenas unos días. Espero que no le haya tomado cariño.

La enfermera se encogió de hombros con un ademán fatalista.

—No, no mucho. Además, ha sufrido tanto...

El doctor guardó silencio un momento mientras limpiaba minuciosamente los cristales de sus gafas.

—De todas formas, ya no podemos ayudarla —dijo con gravedad—. Cuando murieron sus padres, renunció definitivamente a luchar.

—¿No tiene otros familiares?

—Ni hermanos ni hermanas —contestó el médico—. Sólo un tío, que ahora es su tutor legal, pero apenas la conoce. Es él quien paga el tratamiento con el dinero de los padres.

—¿Una familia rica? —preguntó la enfermera.

—Sí. Pero eso no la salvará.

—Y ese tío, ¿no viene nunca a verla?

—No. No viene a verla nunca nadie.

Se callaron. La enfermera observó la frágil silueta tendida en la cama.

No podía encariñarse con alguien tan próximo al final. Desvió la mirada.

El doctor Arnon le dijo en voz baja:

—Usted ya debe de haber oído muchas historias tristes, y oirá muchas más, créame.

—Lo sé.

—Entonces, venga conmigo y olvidemos todo esto. ¿Le apetece un café?

La enfermera asintió. Salió de la habitación sin mirar atrás y cerró la puerta. Dentro sólo se oía el ruido del aparato que mantenía con vida a la enferma.



Jade estaba magnífica con su vestido azul verdoso, hecho a medida en el condado de Tyrel. Sus ojos verdes tenían un brillo especial y una sonrisa le iluminaba el rostro. Se movía por la sala como una reina entre sus súbditos. Sólo la miraban a ella; era la estrella de la noche. Eso le encantaba. Bailaba, hablaba con sus invitados, reía sin contención. La fiesta estaba yendo mejor aún de lo previsto. La comida era deliciosa, la decoración era suntuosa y el fasto impresionante. «Es la felicidad perfecta», pensó.

Cada minuto suplementario que su madre ganaba en la lucha contra la muerte era un pequeño milagro. Contra todas las expectativas, estaba logrando aguantar. Desde el día, todavía cercano, que Ámbar había acudido a su cabecera, su fin no ofrecía ninguna duda, y sin embargo, ella se aferraba a la vida. La joven permanecía a su lado día y noche, sin dormir y comiendo tan sólo un poco de pan cuando la asaltaba el hambre. Aquel día, su madre estaba todavía peor. Se había quedado inconsciente por la mañana y aún no había vuelto en sí.

Afortunadamente, seguía respirando, pero con tantas dificultades...

El sol ya se había puesto. Era preciso que su madre saliera de ese coma nefasto. «Vivirá, vivirá, vivirá —se repetía Ámbar con una convicción inquebrantable—. Siempre hay esperanza, ¡siempre! Mientras respire...».

—Ámbar...

La voz ronca de su madre la sobresaltó. Había recobrado el conocimiento.

—¡Mamá! Oh, mamá...

—Lo conseguiré, Ámbar, lo conseguiré... ¿Qué hora es?

Ámbar le respondió, contenta de que estuviera bastante lúcida pese a que tenía la mirada cada vez más vidriosa.

—Está bien, Ámbar, sólo tengo que resistir un poco más y habré cumplido mi misión. Allá arriba..., en el cielo, estaré tranquila.

—¡Mamá!

—Tendrás que ser fuerte, aceptar lo que estás destinada a hacer.

—Descansa, mamá.

—Bueno, espero que no lo hayas olvidado... Hoy cumples catorce años.

—Se me había ido de la cabeza.

—Te deseo un feliz cumpleaños, Ámbar.

Desde que Ópalo había encontrado la piedra, todo iba mal. No podía conciliar el sueño y una fiebre tenaz se había apoderado de ella. No les había dicho nada a Eugenia y Gina por miedo a que descubrieran la causa de la enfermedad. Había preparado en secreto remedios a base de plantas, pero habían resultado ineficaces. La fiebre persistía, y sufría violentas náuseas. Tenía miedo de delatarse, de que se le escapara que había encontrado aquella piedra extraña entre las cosas de Gina. «Yo no quería hacer nada malo», no paraba de repetirse. Desde su descubrimiento, no pronunciaba una sola palabra, aparte de lo estrictamente necesario. Se había replegado todavía más en sí misma.

«¿Qué me pasó aquel día? —se preguntó—. No lo entiendo».

—Ópalo, ¿un poco más de pastel? —preguntó Gina, con una sonrisa forzada en los labios.

Ópalo, absorta en sus pensamientos, se sobresaltó.

—No, gracias —respondió con frialdad.

Se daba cuenta perfectamente de que su tía abuela intentaba distender la atmósfera, pero ella no lograba superar su sentimiento de culpa. Gina no podía seguir conteniendo su irritación. La paciencia y la diplomacia se le agotaron y, sulfurada, dijo levantando la voz:

—¡Es tu cumpleaños! ¡Eugenia y yo queríamos que fuera un día especial, pero tú no pones nada de tu parte!

—Gina... —trató de intervenir Eugenia.

—Déjame —continuó Gina, cada vez más nerviosa—. Ópalo, ¿acaso una sonrisa o un simple agradecimiento sería mucho pedir, después de todo lo que hemos hecho por ti? ¿Se puede saber qué tienes en el sitio del corazón? ¿Una piedra?

Ópalo le dirigió a Gina una mirada incisiva. «Hablando de piedras, me debes una explicación», deseó gritar. Pero se calló y bajó la cabeza.

El duque de Divulyon contemplaba a Jade con amargura. «¿Por qué? —se preguntaba sin cesar—. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? ¿Por qué todo esto?». Sabía que sus preguntas eran vanas, que no cambiarían en absoluto la situación. Él también era impotente, incapaz de modificar o de evitar nada. Sin embargo, una voz interior continuaba abrumándolo y maldiciendo aquella profecía. Hubiera querido acallar esa voz cada vez más dolorosa, imponerle silencio, pero no lo conseguía. Sólo podía pensar en Jade. Con melancolía, metió una mano en el bolsillo de su chaqueta de gala



y apretó la bolsa de terciopelo negro.

Ámbar tenía los ojos inyectados en sangre, el cabello sucio y enmarañado, los labios reseco; todos sus músculos estaban en tensión.

Ella no se daba cuenta y no le importaba. Debía velar a su madre. Todos sus hermanos y hermanas habían sido albergados en otras casas, pero ella era la mayor y debía permanecer junto a su madre. La habitación estaba iluminada por la débil luz de una vela. Su vacilante llama amenazaba con apagarse de un momento a otro. «Como la felicidad —pensó—. El otro día, estaba sentada en aquel prado, feliz, y de repente la vida se convirtió en una horrible pesadilla».

—Ámbar... —gimió su madre—. Me encuentro mal..., muy mal...

—Mamá, deja de hablar, te agota. Descansa. Duerme, es tarde. Muy pronto te encontrarás mucho mejor.

—Sí..., cuando todo haya acabado..., cuando ya no tenga que seguir sufriendo..., cuando esté... en el otro mundo.

—¡Mamá, por favor, ten valor!

—Casi estoy impaciente... por irme..., por reunirme con mi marido..., por olvidar el dolor, la pobreza..., la sensación de no haber... hecho nada... en mi vida...

—¡Mamá! ¡Nada de todo eso es verdad! Tú has hecho muchas cosas...

Mira, me has hecho a mí. ¡Sin ti, yo no sería nada!

—Si tú supieras...

Cuando Gina se hubo calmado, en la sala se produjo un silencio opresivo. Alrededor de la mesa, cada una de las mujeres evitaba la mirada de las otras; Eugenia y Gina consultaban con nerviosismo el reloj a intervalos regulares. Ópalo, normalmente impasible, no podía más.

Deseaba levantarse, ir a encerrarse en su habitación, pero permanecía sentada, desesperada. La cabeza le daba vueltas a causa de la fiebre. Al cabo de media hora, Eugenia carraspeó y dijo:

—Ha llegado el momento.

Ópalo, sorprendida, la miró.

—¿El momento de qué? —preguntó, inquieta.

Eugenia le sonrió con tristeza y respondió:

—Todavía falta una hora, pero creo que será mejor empezar ya.

—¿Empezar qué? —preguntó de nuevo Ópalo.

Gina carraspeó discretamente. Presentó sus disculpas a Ópalo por haber perdido los estribos, luego miró a Eugenia y repitió:

—Sí, ha llegado el momento.

A continuación, sacó un objeto y lo depositó sobre la mesa. A Ópalo se le heló la sangre en las venas. Se quedó pálida. ¡La bolsa de terciopelo negro!

«Gina sabe que la he encontrado, que he registrado su mesilla de noche —pensó, angustiada—, y quiere una explicación».

Pero, curiosamente, Gina no parecía enfadada.

—Es una larga historia —dijo—, pero no podemos contártela toda. Lo esencial tendrás que descubrirlo tú. No abras esta bolsa enseguida.

Bueno, no la abras antes de medianoche, porque eso podría acarrear graves consecuencias.

Ópalo la escuchaba atónita. Sin embargo, como ya había tenido una muestra del poder de la piedra, no puso en duda las palabras de su tía abuela.

«El tiempo pasa deprisa —pensó el duque de Divulyon—. Sólo falta media hora». Se dirigió hacia Jade, que charlaba con sus invitados.

—Jade —murmuró.

Ella se volvió, radiante.

—¡Papá! No te había visto en toda la noche. La fiesta está siendo un éxito, ¿verdad? —dijo, sonriendo.

El duque de Divulyon notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí, un gran éxito —logró articular—, y tú estás espléndida. —Una sonrisa iluminó de nuevo el rostro de Jade—. Jade..., vas a tener que dejar a tus invitados. Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo? ¡Es mi fiesta, papá! ¡Mi cumpleaños! —protestó su hija—. ¡No será tan urgente lo que tengas que decirme!

—Sí, lo es.

Jade no disimuló su decepción y su nerviosismo. Se despidió de sus invitados y acompañó de mala gana a su padre, quien la condujo a uno de los salones privados del palacio y cerró la puerta con llave.

Contrariada, se sentó frente a él. El duque de Divulyon respiró hondo.

Debía empezar ya, para que a medianoche...

—Jade —dijo—, yo no soy tu padre.

La madre de Ámbar reunió las pocas fuerzas que le quedaban y prosiguió:

—Ámbar..., noto que no me crees..., ¡pero no estoy delirando! Tu verdadera madre te dejó en mis manos cuando naciste para que te protegiera hasta los catorce años. Ámbar, yo te he querido tanto como a mis hijos.

Ámbar no podía creerlo. Simplemente, era imposible. Pero su madre sacó algo de entre las ropas, una bolsa de terciopelo negro, y se la tendió. Ámbar, intrigada, la cogió.

—No abras esta bolsa antes de medianoche. Es tuya, y lo que contiene también. Tu madre me la dio... cuando te dejó conmigo.

Una sensación de malestar la invadió.

—Hay otras dos chicas —dijo Gina en tono grave—. Son tus enemigas, no confíes nunca en ellas. Ellas también fueron entregadas por sus padres a otras personas al nacer para garantizar su seguridad.

—¿Qué seguridad? —preguntó Ópalo—. ¿De qué estamos amenazadas?

—No debes saberlo —contestó Eugenia—. Todavía no.

Ópalo conservaba la calma. Intuía que muy pronto todo iba a cambiar, pero

permanecía impasible. Echó un vistazo a la noche oscura y serena. No tenía miedo del mañana ni de ningún otro día venidero.

—¿Por qué habéis esperado tanto tiempo para decirme esto? —se limitó a preguntar.

Jade había saltado del asiento, mirando al duque con incredulidad.

—¿Qué? —había exclamado en el acto—. ¡No te creo! ¡No te creo! —había gritado después.

Sus mejillas se habían teñido de rojo y sus ojos llameaban de furor.

Necesitó unos minutos para recuperar la calma. Una intuición la había obligado a tomarse la situación muy en serio: su padre no mentía, o más bien el duque de Divulyon, el hombre que hasta entonces había creído que era su padre. Ahora, caminaba arriba y abajo por la estancia mientras una cólera sorda rugía en su interior.

—¡Me importa un comino esa bolsa de terciopelo y esas dos idiotas!

¡Me importa un comino que mi madre me abandonara al nacer y me importa un comino saber lo que tú no quieres contarme!

—Jade... —dijo el duque de Divulyon.

—Es increíble. ¿A qué viene ahora toda esa ridícula historia? ¡Yo no he preguntado nada!

—Jade —la interrumpió el duque de Divulyon—, eso no es todo.

—¿Qué más hay? ¿Otra sorpresita del mismo estilo? ¡Pues, muchas gracias, pero no la quiero!

—A medianoche, tendrás que reunirte con las otras dos chicas bajo un árbol cuyo emplazamiento te indicaré. No regresarás hasta haber pasado muchas pruebas. Sobre todo, no reveles tu identidad a nadie y esconde cuidadosamente la bolsa de terciopelo. Encontrarás muchos enemigos en tu camino; aprende a desconfiar y a reconocerlos.

—¿Cómo? ¡Pero yo no quiero irme! ¡Yo no quiero un asqueroso porvenir como ése! ¡Yo quiero quedarme! Por favor, papá..., quiero quedarme.

Jade rompió a llorar.

—Jade —murmuró el duque de Divulyon—, te quiero más de lo que habría querido a mi propia hija.

—Ahora tienes que irte. En la bolsa hay también un poco de dinero.

Saldrás adelante Ámbar.

—¡Mamá, yo no quiero dejarte! ¡Me necesitas!

—Ya no, Ámbar. El árbol está cerca de aquí, entre el pueblo y el palacio de Divulyon, en un prado donde crecen flores todo el año y que no pertenece a nadie. Es uno de los últimos lugares encantados del reino.

—Ya sé dónde es, mamá —dijo Ámbar, a quien el corazón le palpitaba tan deprisa y tan fuerte que le hacía daño.

—Es un árbol grande, que siempre tiene las hojas verdes y los frutos maduros. Allí te encontrarás con tus enemigos. Vete, Ámbar, debes irte.

Y yo también...

—Mamá, no puedo irme. Tú eres y seguirás siendo siempre mi madre.

No te dejaré, y menos ahora.

—Sé fuerte —dijo muy débilmente su madre. Después, cerró los ojos y sonrió con dulzura.

—Mamá, me quedaré —dijo Ámbar, segura de sí misma—. ¡Mamá!

¡Mamá! —gritó, asustada—. ¡Mamá!

Su madre parecía dormir apaciblemente, pero ya no respiraba. Había dejado este mundo, en silencio, sosegada, con la imagen confusa de un lugar más libre.

—Mamá —murmuró Ámbar—, mamá...

Un dolor lancinante la invadió. Depositó un beso en la frente de su madre. Ella también debía partir hacia lo desconocido. «Seré fuerte», se prometió. Luego, con el corazón herido y doliente, se internó en la oscuridad.



Bajo un cielo estrellado, en el prado eternamente florido, bajo el árbol de hojas que no caían jamás, las tres se miraban de hito en hito. Desde que se habían encontrado, unos minutos antes, no habían pronunciado una sola palabra. Se observaban mutuamente, con la misma idea en la mente: «Somos enemigas». Jade escrutaba con desdén a las otras dos chicas. Con la cabeza alta y una mirada orgullosa, quería darles a entender claramente que no tenían ninguna importancia para ella. «Una campesina y una pequeña burguesa no me impresionan», se dijo con ironía. Pero, en el fondo de su ser, la muchacha experimentaba un profundo desasosiego y estaba decidida a no dejar que se le notara.

Observó a Ámbar, que tenía el semblante descompuesto y lloraba en silencio. «¡Pobrecilla, das pena!»», pensó. Se fijó en sus toscas ropas, su cara sucia, su cabello manchado de barro. No sentía odio alguno hacia ella, aunque se suponía que era su enemiga. Luego, su mirada se cruzó con la de Ópalo. Inmediatamente, notó que se le tensaban los músculos.

«Ésta no me gusta nada —constató—. Somos y seguiremos siendo enemigas. ¿A santo de qué me mira así? ¡Me saca de quicio! ¡Sí, me saca de quicio!».

En realidad, Ópalo miraba a Jade con aire ausente. Normalmente, no se formaba juicios apresurados, pero enseguida se había dado cuenta de que aquella chica tan estirada y ella no estaban hechas para entenderse.

En cuanto a Ámbar, estaba demasiado afectada por la muerte de su madre para pensar con claridad. Intentaba contener las lágrimas sin lograrlo. Lanzó unas miradas distraídas a sus dos enemigas, pero, como estaba demasiado abatida para pensar, se contentó con observarlas, sin juzgarlas. Recordaba fragmentos de frase y se veía junto a su madre:

«Otras dos chicas... tus enemigas... un prado... dicen que está encantada... la bolsa... antes de medianoche...».

Un detalle sacó a Ámbar de sus pensamientos. Hizo un esfuerzo para rechazar momentáneamente el dolor que le oprimía el pecho y se repitió las últimas palabras de su madre: «¡Sé fuerte! ¡Sé fuerte!». Debía luchar contra aquel sufrimiento, volver al momento presente. Así pues, se enjugó las lágrimas y rompió el silencio:

—¡La bolsa de terciopelo negro! ¿Tenéis hora?

Jade y Ópalo, sorprendidas de que Ámbar hubiera hecho alusión a una bolsa, la miraron con curiosidad. Aunque jamás lo habrían reconocido, se alegraban de que por fin alguien hubiera tomado la palabra.

—¿Tenéis hora? —repitió Ámbar.

Jade consultó su reloj con diamantes engastados en la pulsera, que ella lucía con orgullo.

—Son las doce y diez —contestó en un tono altanero. Ámbar miró a Jade. No envidiaba ni sus ropas, ni sus joyas, ni su mirada ardiente, pero admiraba a su pesar la fuerza que emanaba de ella. Luego, su mirada se posó sobre Ópalo. Ésta, inmóvil, sin expresar ninguna emoción, demostraba una sangre fría que, en aquella situación, impresionó a Ámbar.

—Me llamo Ámbar. Os pregunto la hora porque mi madre me ha dado una bolsa de terciopelo negro, pero no debo abrirla antes de medianoche.

—¡A mí también! —dijo Jade—. Sólo que a mí me la ha dado el duque de Divulyon, que ha sido mi padre durante catorce años pero ya no lo es.

—¿Ah, sí? —dijo Ámbar, sorprendida—. Mi madre tampoco era mi verdadera madre. Pero, para mí, sigue siendo mi madre, y además... acaba de morir...

Dominada de nuevo por la emoción, se interrumpió. Ópalo, que hasta entonces había guardado silencio, dijo con una dulzura inusual:

—Ámbar, lo siento mucho. Debe de ser duro vivir todo esto el mismo día.

—Sí —afirmó Ámbar, un poco aliviada al escuchar unas palabras amistosas—. ¿Y a ti? ¿Te han dado también una bolsa?

Ópalo asintió con la cabeza.

—Las tres tenemos eso en común. Por cierto, yo me llamo Ópalo. —A continuación añadió en un tono seco—. Aunque no sé por qué, somos enemigas.

—Sí —dijo Jade con rotundidad, mirando a Ópalo.

—Yo no lo creo —dijo Ámbar—. ¿Por qué vamos a ser enemigas, si ni siquiera nos conocemos? Francamente, nada nos obliga a serlo.

—Sí —insistió Jade—. Mi supuesto padre, el duque de Divulyon, no miente nunca, y él ha dicho que somos enemigas, así que lo somos.

—¿Tu padre adoptivo es el duque de Divulyon? —preguntó Ámbar.

—Sí. Hasta esta noche, yo era Jade de Divulyon. Ahora ya no sé quién soy. No sólo lo desconozco todo de mi familia, sino que al parecer no debo decir mi nombre porque tengo innumerables enemigos ocultos y no sé cuántas cosas más...



—A mí me han dicho lo mismo —confesó Ámbar.

—A mí también —confirmó Ópalo.

—¿Y qué? ¿De qué me sirve eso? No sé adónde tengo que ir ni lo que tengo que hacer. Además, ¿por qué estoy con vosotras? ¿Alguien sabe qué hacemos aquí?

—No —respondieron Ámbar y Ópalo al unísono.

—¡Pues estamos apañadas! —exclamó Jade—. ¿Y yo por qué hablo en plural? ¡Sois mis enemigas, así que se acabó el plural! ¿Por qué íbamos a permanecer juntas?

—Somos más fuertes juntas que separadas, sobre todo si tenemos enemigos comunes —contestó Ámbar—. En principio, son ellos los que representan el mayor peligro, ¿no? Yo no os deseo ningún mal; ni siquiera sé quiénes sois.

—¿Y si abriéramos las bolsas negras? —propuso Jade—. Quizás haya algo importante dentro.

—Buena idea —aprobó Ámbar.

—¡De todas formas, somos enemigas! —recordó Ópalo.

Su observación no encontró eco. Ámbar y Jade estaban ocupadas abriendo sus bolsas de terciopelo. Ópalo las imitó con el deseo irreprimible de ver de nuevo la piedra. Ámbar ahogó un grito al descubrir una piedra de colores otoñales, de un naranja oscuro y traslúcido tirando a rojo o a marrón. Le parecía estar contemplando una puesta de sol. Se sintió un poco apaciguada y el dolor, sin desaparecer del todo, se atenuó ligeramente, dejando paso a un dulce calor. Apretó la piedra, que en realidad, lo percibía claramente, no era tal cosa.

En el mismo momento, Jade vio en la palma de su mano una piedra de un verde profundo, puro e intenso. «Es jade», murmuró. La piedra tenía un color tan espléndido, tan llamativo, que se quedó un rato observándola. Luego, sin saber por qué, también la apretó con fuerza.

Mientras tanto, Ópalo examinaba la piedra causante de su fiebre.

Hasta entonces no se había fijado en sus reflejos azulados, nacarados, que daban al verde claro un complejo y fascinante tornasolado, como si la piedra estuviera sembrada de lentejuelas. Instintivamente, Ópalo también la apretó enérgicamente. Las tres muchachas sintieron poco a poco que la angustia las abandonaba. Se relajaron, todos sus pensamientos se volvían agradables. Después, olvidaron que se encontraban en aquel prado, que prácticamente las habían echado de sus respectivas casas y que era de noche; lo olvidaron todo y una libertad nueva se apoderó de ellas. Cerraron los ojos al mismo tiempo.

Un vínculo las unió. Sus piedras parecían comunicarse, intercambiarse, confundirse, y ellas las seguían. Eran una sola y miles a la vez; eso no tenía importancia, pues formaban un todo, un conjunto indestructible.

Poco a poco, su mente construyó una imagen, una imagen desconocida y complicada que flotó durante largos minutos —el tiempo necesario para impregnar su memoria— antes de difuminarse y desaparecer.

Las tres chicas salieron lentamente del estado en que habían estado sumidas. No

cabía ninguna duda: debían seguir ese dibujo, ese símbolo extraño, compuesto de espirales, curvas y arabescos. Las piedras les habían hablado para imponerles esa figura. Las muchachas se observaron con una mirada nueva y casi amigable. Ámbar, cuya voz todavía sonaba distante, dijo:

—No son piedras, son otra cosa, como una ayuda. Yo lo creo, ¿vosotras no?

—Sí —admitió Jade—. Ahora sabemos lo que hay que hacer: comprender y avanzar hacia ese símbolo.

—Es de noche —dijo Ópalo—. Ya veremos mañana. Hay que encontrar un sitio para dormir.

—Aquí —propuso Ámbar.

—¿Aquí? —se indignó Jade—. Yo sólo dormiré en una casa, en una habitación espaciosa y en una cama mullida.

—Jade —dijo Ámbar con su dulce voz—, es tarde. No vamos a pasarnos horas andando hasta encontrar una casa y presentarnos diciendo: «Hola, somos nosotras. Son las tres de la madrugada y nos gustaría mucho dormir aquí. Por supuesto, no os diremos nuestros nombres ni nada sobre quiénes somos, porque tal vez seáis nuestros enemigos, y al fin y al cabo, presentarse en casa de unos desconocidos a las tres de la madrugada con la pretensión de dormir allí es la cosa más normal del mundo».

Jade le lanzó a Ámbar una mirada furiosa.

—Yo no dormiré aquí —repitió, pronunciando con claridad las palabras—. Además —añadió, tratando de ofrecer un argumento convincente—, si se nos ha dicho que partamos, que tengamos cuidado con ciertos enemigos desconocidos, es porque aquí debe de haber algún peligro.

—No necesariamente —objetó Ópalo.

—¡Sí! —insistió Jade—. No debemos volver atrás, y todavía menos quedarnos donde estamos. Hay que encontrar lo antes posible el significado de ese símbolo.

Ámbar, dubitativa, reflexionó un instante y luego dijo:

—Yo conozco una pequeña granja aislada que queda a una hora de aquí. Vive una anciana sola con sus gallinas y sus gatos. Podríamos dormir en el establo. Ella no se dará cuenta y estaremos seguras.

—¡Un establo! Sí, ¿y qué más? —protestó Jade con vehemencia—. Se me arrugará el vestido. Y el significado del símbolo no lo encontraremos en un establo.

—¿Por qué no? La anciana me conoce, y aunque ya no se fía de nadie, responderá a mis preguntas. Por la mañana, iré a verla con la excusa de hacerle una visita de cortesía.

—¿Y le hablarás de nosotras? ¡De eso nada! —saltó Jade.

—¡Claro que no! Haré como si acabara de llegar y no diré nada de vosotras. Le contaré que mi madre ha muerto y que dibujó el símbolo antes de morir. Lo reproduciré y le preguntaré si lo conoce.

—¡En resumen, le soltarás una mentira como una casa! —dijo Jade, disfrutando con la idea—. ¡Me encanta! Pero ¿y si después la vieja habla del asunto? ¿Y si

nuestros enemigos se enteran de que estamos buscando el símbolo? ¿Y si la vieja es nuestra enemiga?

—No hay ningún peligro —aseguró Ámbar—. Se le va la cabeza y vive apartada del mundo. Bueno, estamos perdiendo el tiempo, ¿y si nos pusiéramos en marcha?

—¡No, no y no! —dijo Jade, golpeando el suelo con el pie con rabia—. ¡Yo no quiero ir ahí! Ese lugar queda descartado. ¿Habéis visto mis joyas y cómo voy vestida? Pensad un poco y comprenderéis que no soy una campesina que duerme en los establos.

—Vamos —decidió Ámbar.

—¡No! —se obstinó Jade. No soportaba que le llevaran la contraria.

—Ópalo, ¿tú qué opinas? —preguntó Ámbar.

Ópalo, como de costumbre, se había mantenido al margen de la discusión.

—Yo estoy de acuerdo —respondió—, vamos. Y si la señorita Jade la caprichosa no quiero venir, que se quede.

—¡Yo no soy caprichosa! —exclamó Jade, furiosa—. ¡Y para demostrarlo, iré! —dijo sin pensar.

Se mordió los labios por haber cedido a los deseos de otras personas.

¡Y encima iba a dormir en un establo! Sin embargo, su orgullo le impidió desdecirse. Vio a Ópalo alzar los ojos al cielo.

—Entonces, ¿al final has cambiado de opinión? ¡Podríamos haber prescindido perfectamente de ti!

Jade la fulminó con la mirada, incapaz de encontrar una réplica hiriente. Ámbar se interpuso entre ellas.

—¡Basta! —ordenó con firmeza—. Tenemos que ponernos en marcha.

Jade y Ópalo siguieron a Ámbar sin protestar más. Caminaban deprisa, procurando no entretenerse, y ya no decían nada, perdidas en sus pensamientos. Jade buscaba la manera de humillar a Ópalo. ¡Esa pueblerina, creerse por encima de ella! ¡Era intolerable! Una cólera sorda vibraba en su interior y la hacía estremecerse. Además, iba a tener que rebajarse a dormir en una granja. Tenía ganas de gritar, de golpear a Ópalo, pero ya era noche avanzada y su futuro era demasiado incierto.

Ópalo, por su parte, se hacía preguntas sobre el símbolo que debían comprender, sobre esos supuestos enemigos agazapados en la oscuridad y sobre los días venideros. Percibía que algo estaba despertando en su interior: un interés por su nueva existencia. Se había liberado de un peso: irse de casa era para ella como salir de una cárcel, aunque hubiera disfrutado de comodidades. Se había sentido durante mucho tiempo encerrada en una cotidianeidad banal, en la certeza de que el mañana no aportaría nada nuevo. Ahora, la libertad le abría un nuevo camino. Iba a descubrir el mundo, a conocer un peligro de cuya proximidad era consciente. No estaba ni excitada ni asustada. Tenía curiosidad: por fin iba a comprender lo que significaba «vivir».

En cuanto a Ámbar, no podía dejar de pensar en su madre. Veía su sonrisa

protectora y oía su voz benevolente, su risa sonora.

Rememoraba los momentos afectuosos pasados juntas; su rostro sencillo, marcado por numerosos pesares y muy pocas alegrías, acudía a su memoria como si se tratara de un icono. Su madre había perdido a su marido como consecuencia de una enfermedad mortal y jamás había llegado a recuperarse del todo. Ámbar también había tenido que superar ese duelo, pero para ella había sido más fácil, pues nunca había querido de verdad a aquel padre zafio y brutal que no se ocupaba en absoluto de ella. Además, ella era pequeña cuando se había producido su muerte y no había comprendido claramente lo que ocurría. Sin embargo, ahora estaba todo claro y debía aceptar ese dolor atroz. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

«Sé fuerte, sé fuerte...». La voz de su madre sonó en su interior.

«Jade y Ópalo tienen más carácter que yo —pensó—. Son fuertes por naturaleza, mientras que yo debo esforzarme en serlo. Tengo que luchar. Si llego a convencerme a mí misma de que soy capaz de superar todo esto, entonces tal vez lo consiga». Al llegar a esta conclusión, Ámbar apretó el paso. La granja ya no estaba muy lejos. Las tres muchachas habían atravesado llanuras, campos, prados verdeantes y algunas colinas poco elevadas. Detrás de una de ellas, apartada de todo, apareció la granja medio abandonada.

—Seguidme —dijo Ámbar en voz baja.

Entraron en un establo oscuro que ya no se utilizaba como tal y estaba casi en ruinas. Algunas vigas colgaban, las telarañas invadían todos los rincones y un olor nauseabundo flotaba sobre la paja. Ámbar se tumbó en el suelo sin mostrar ninguna extrañeza.

—Buenas noches —dijo, bostezando.

Ópalo, tras una ligera vacilación, la imitó y se tumbó cerca de ella.

Jade, horrorizada por el lugar, decidió no moverse.

—No dormiré —declaró en voz alta—. No dormiré. —Al ver que sus palabras no provocaban ninguna reacción, añadió—: ¡No pasa nada! ¡No os preocupéis tanto por mí! Me quedaré de pie. Os aseguro que no tiene ninguna importancia.

Ninguna respuesta. De pronto, se le ocurrió una idea luminosa. Se acercó a Ámbar, que ya había cerrado los ojos, y la sacudió enérgicamente. Ámbar se asustó y reprimió un grito. Al ver el rostro de Jade inclinado sobre ella, le preguntó qué pasaba.

—Dame tu ropa —contestó Jade.

—¿Cómo? Perdona, ¿puedes repetir lo que has dicho?

—Tenemos que cambiarnos la ropa.

—¿Qué estás tramando? —masculló Ópalo.

—No te he pedido tu opinión —replicó con sequedad Jade. Luego se volvió de nuevo hacia Ámbar y le dijo en tono acuciante—: ¡Date prisa!

Tengo un plan. Pásame tu ropa. Yo te presto mi vestido, pero lleva cuidado no vayas a estropearlo. No lo ensucies ni lo arrugues.

—¡Huy, sí, sería el fin del mundo! —dijo en tono irónico Ópalo.

—Por una vez tienes razón —contestó Jade en el mismo tono—. ¡Ámbar, rápido!

—Si insistes... —dijo Ámbar, obedeciendo—. Pero me gustaría saber para qué.

—No tiene importancia —aseguró Jade. Pero, de repente, como asaltada por una nueva idea, añadió—: No, en realidad, déjalo. Me quedo como estoy.

—Pero... —balbució Ámbar, que ya no sabía qué hacer.

—¡Hasta mañana! —dijo Jade alegremente.

—¿Hasta mañana? —repuso Ámbar, desconcertada—. ¡Espera, Jade!

Pero Jade no le hizo caso y salió del establo.



**J**

ade se dirigió con paso decidido a la entrada de la granja. Atravesó un

jardín desolado en el que ortigas y zarzas crecían de manera anárquica. Al llegar ante una puerta bamboleante de madera oscura, dio unos golpes sin vacilar.

—¡Abra! —gritó.

Tenía que despertar a la campesina. Jade llamó de nuevo más fuerte y continuó insistiendo durante unos minutos. Al comprobar que la mujer seguía durmiendo y no le abría, decidió cambiar de método. Profirió un largo y estridente grito. En el establo, Ámbar y Ópalo lo oyeron y se miraron, atónitas. ¿Qué hacía Jade? Ésta permaneció un momento en silencio y luego volvió a gritar más fuerte. Aquello tenía que despertar forzosamente a la vieja. Ésta, aturrullada y medio dormida, abrió la puerta y vio a una joven de una elegancia extrema, que lucía joyas carísimas. «Estoy soñando», se dijo la campesina. Pero entonces Jade dijo con una voz serena y absolutamente real:

—Buenas noches, me llamo Jade y voy a dormir en su casa, porque su establo es muy incómodo y no pienso dormir al aire libre. Como comprenderá, no es mi estilo.

La anciana, estupefacta, abrió los ojos como platos.

—Estoy acostumbrada al lujo —prosiguió Jade—, pero me conformaré con una cama limpia. Me han echado de mi palacio, así que tengo que adaptarme. Bien, ahora enséñeme mi habitación, porque estoy muy cansada.

La mujer cerró la puerta. «Esta chica está loca», pensó.

Pero Jade, tenaz, se puso a golpear de nuevo la puerta con violencia, gritando:

—¡Abra! ¡Abra!

La campesina, pese a su desconfianza, volvió a abrir despacio, movida por la curiosidad. Jade la miró a los ojos, muy seria, y dijo con calma:

—Había pensado ponerme ropa de campesina y hacerle creer que era una pobre chica maltratada que huía, así me habría acogido inmediatamente. Pero he preferido ser franca, así que no me decepcione. Soy una fugitiva, y aunque no tenga aspecto de ser pobre, desde hace aproximadamente una hora lo soy.

La anciana cerró de nuevo la puerta. Ella nunca daba albergue a nadie, ¡y esa chica era tan rara! Sin embargo, se le notaba en la voz y en la expresión de la cara que no mentía, que era absolutamente sincera. La mujer entreabrió por tercera vez la puerta.

—¿Por qué huyes? —le preguntó con aspereza.

—¡Por gusto no, desde luego! Me han obligado a hacerlo, y ni yo misma sé muy bien por qué. ¡Si no fuera por eso, no se me habría ocurrido venir a una granja tan miserable como la suya! Y no vuelva a darme con la puerta en las narices, no es de buena educación y me exaspera. De todas formas, no me moveré de aquí hasta que me deje entrar.

La mirada intimidatoria de Jade convenció a la anciana. Había algo raro y poderoso en aquella chica.

—Pasa —dijo la anciana—. Ven conmigo.

Jade reprimió una sonrisa triunfal. La campesina la guió por un pasillo estrecho y la hizo pasar a un cuarto exiguo, modestamente amueblado pero fresco y agradable.

—Era el dormitorio de mi hijo —dijo con nostalgia.

—No está mal —contestó Jade.

—De todas formas, es la única habitación, aparte de la mía.

—Está bien. Pero, evidentemente, necesito un camisón adecuado.

—Esto no es una hostería —masculló la anciana.

Salió de la habitación sin decir nada más y, al cabo de unos minutos, regresó con un camisón blanco que había amarilleado con el paso del tiempo, de una tela de calidad mediocre. Se lo tendió a Jade y ésta lo cogió.

—No es mi palacio, pero tampoco es el establo —dijo la chica a modo de agradecimiento.

—Acuéstate —le dijo su anfitriona en el mismo tono cortante—. Pero mañana te irás.

—¡Eso será si me apetece! Pero, no se preocupe, no podré quedarme.

—¡Mejor! Vamos, duerme y déjame en paz. ¡Menudos modales! ¡Mira que sacar a la gente honrada de la cama a media noche!

—¡No he tenido más remedio! Le repito que su establo es repugnante.

La anciana esbozó una sonrisa fugaz y vacilante. Había olvidado hacía tiempo cómo se sonreía. Durante años, había vivido aislada, esperando en vano el fin de las desgracias que se habían abatido sobre ella.

Después se había sumido en la amargura. Finalmente, había ido alguien a su casa, y aunque se trataba de una joven caprichosa, autoritaria y probablemente loca, le sentaba bien salir un poco de su letargo.

Se marchó arrastrando los pies, sin añadir una palabra. Regresó a su dormitorio y se durmió en el acto, con una sensación de satisfacción anidada en el fondo del corazón.

En cuanto a Jade, se puso el camisón haciendo muecas; le quedaba un poco largo, pero calentaba y era menos áspero de lo que parecía. La joven se metió en la cama. Habría deseado permanecer despierta para reflexionar en todo lo que le había sucedido, pero se le cerraron los ojos a su pesar.

Por la mañana, el gallo cantó. La luz del sol inundó la habitación de Jade. No obstante, ella no se despertó y durmió hasta tarde. Cuando abrió los ojos, descansada, en lo primero que pensó fue en el símbolo, como si hubiera soñado con él. Se levantó de un salto y se vistió rápidamente. Llevaba un bolsito azul turquesa, muy ligero, donde cabía lo indispensable. Sacó de él un cepillo y se peinó con esmero. Después cogió la bolsa de terciopelo negro y sacó la piedra. La apretó, pensando:

«Dime qué debo hacer». Pero no sucedió nada y la piedra siguió siendo una simple piedra de jade. La guardó, irritada. «Yo sé perfectamente lo que tengo que hacer —se dijo—. Esa cosa no me ayudará». Echó un vistazo circular a la habitación. En una estantería había unos cuantos libros polvorientos. Las paredes, de un blanco dudoso, carecían de todo elemento decorativo. Un escritorio de madera estaba pegado a la cama.

Jade se acercó a él. Por fuera no había nada, pero los cajones rebosaban de cartas. Jade intentó leer algunas, pero no entendía la letra, y además, la tinta medio borrada terminaba de hacerla ilegible. Suspiró y dejó las cartas en su sitio. Tras dar por terminada su inspección del cuarto y decidir que éste no contenía nada que pudiera interesarle, salió y, guiada por la voz de la vieja, que hablaba a los gatos, irrumpió en la cocina, que también hacía las veces de salón y de comedor.

—¡Vaya, por fin apareces! —dijo con acritud la campesina al ver a Jade—. Siéntate.

Jade tomó asiento ante la mesa rectangular, de una madera sólida y rugosa.

—Tengo hambre —dijo—. Déme algo de comer y después me iré.

La anciana le puso delante una rebanada de pan negro y duro.

—¡Ah, no! —protestó Jade, apartando el pan—. Quiero algo bueno. Se lo advierto: no me iré hasta que no me haya servido un verdadero desayuno.

—No te contentas con molestarme —repuso su anfitriona—, ¡además eres exigente!

—¡Pues claro! ¡Tráigame ahora mismo unos huevos al plato, pan tierno, mermelada, chocolate y leche!

—¿Sólo eso?

—No, tiene razón, eso no es todo: póngame en un cesto comida suficiente para varios días. Le recuerdo que estoy huyendo, así que debo organizar mi supervivencia. No quiero morir de hambre. Y si sucede tal cosa, la culpa será suya por no haberme ayudado. ¡Rápido!



—Pero... —protestó, pasmada, la vieja campesina.

—Vamos, muévase, y, ya puestos, tráigame también papel y un bolígrafo.

—¿Para qué?

—¿Acaso quiere tener mi muerte sobre la conciencia? —replicó Jade en un tono falsamente dramático.

La anciana comprendió que discutir no serviría de nada y se plegó a las exigencias de Jade. Después de servirle un desayuno consistente, le preparó unos platos fríos, variados y nutritivos, y los metió en un amplio cesto. Jade la miraba trajar en la cocina mientras comía con apetito.

Cuando la mujer hubo satisfecho sus deseos, Jade le sonrió y le pidió de nuevo papel y un bolígrafo. Había devorado todo lo que estaba en la mesa hasta saciarse. Ahora ya podía ocuparse únicamente del símbolo y su significado. La anciana recogió la mesa y le dio lo que había pedido.

Jade dibujó el símbolo con mano firme.

—¿Qué haces? —preguntó la campesina—. ¿Todavía no tienes bastante? ¿Quieres algo más? ¡Ya estoy harta!

—No pasa nada —la tranquilizó Jade—. Pero, acérquese, tengo que enseñarle una cosa. Dígame lo que sepa sobre este signo.

La vieja campesina observó detenidamente el dibujo y después meneó la cabeza.

—No sé nada. No puedo ayudarte.

—No me oculte nada —dijo Jade en un tono persuasivo—. Debo descubrir a toda costa lo que significa este símbolo.

—No lo conozco.

—¿Está absolutamente segura?

—Segurísima. Pero conozco a alguien que podría descifrarlo. Vive en una ciudad llamada Nathyrnn, que está a unas horas de aquí.

—Sé qué ciudad es —dijo Jade con suficiencia—, pero no he estado nunca. ¿Quién es ese hombre?

—Vende libros antiguos. Ha viajado mucho, pero...

La anciana se interrumpió. Jade no se percató de su turbación y preguntó:

—¿Conoce bien a ese hombre? ¿Se puede confiar en él? Bueno..., ¿puedo confiar yo en él?

—Es mi hijo —respondió la campesina con la voz quebrada.

—Ah, ya. ¿Y por qué llora al hablar de él?

Unas lágrimas corrían por las mejillas de la anciana.

—No puedo hablar de eso.

—Yo le he dicho mi nombre y no le he ocultado que huyo. Ahora le toca a usted confiar en mí. Ya debe de haberse dado cuenta de que no soy de las que se dan por vencidas. Terminaré por hacerla hablar, porque soy muy curiosa.

—Mi hijo tiene muchos enemigos y tú podrías ser uno de ellos.

—¡No se preocupe por eso! Yo también tengo una colección impresionante de

enemigos, y al parecer, están por todas partes, aunque no los conozco, pero ¿qué se puede esperar hoy en día? —dijo Jade con ligereza e ironía.

—Creo que tendré que contarte la historia de mi hijo o no me libraré nunca de ti —dijo la anciana, suspirando.

—Puede estar segura de eso —admitió Jade.

—Mi hijo es un ser excepcional. Desde pequeño, tuvo la firme voluntad de instruirse. Ya entonces amaba la naturaleza y tenía un gran corazón, y sigue teniéndolo...

—Ahórreme la paja y cuénteme por qué es tan excepcional.

—Éramos muy pobres, mucho más que ahora —empezó a contar la mujer—. A los dieciséis años, mi hijo se fue a correr mundo. Sentía necesidad de libertad y de aventuras. Una noche, dejó una carta de despedida y se marchó.

—Una pregunta —intervino Jade—. ¿Cómo se llama su hijo?

—Jean..., Jean Losserand. Pues bien, Jean se convirtió en un vagabundo. Me escribía con frecuencia. Un día, llegó a un país muy extraño, el único país del mundo que no está dominado por el Consejo de los Doce.

—¡Dominado! —exclamó Jade—. No exagere..., querrá decir gobernado.

—El único país que no está dominado por el Consejo de los Doce —repitió con terquedad la anciana—. Con el Consejo de los Doce, el que nace campesino seguirá siendo campesino toda su vida. El que es débil será despreciado y aplastado. El que piensa de un modo distinto será obligado a someterse a las normas establecidas. El que intenta saltarse esas normas será marginado y pisoteado. El que posee un don será obligado a volverse banal. El que se rebela será eliminado. El que sueña con la libertad será encarcelado en el acto. El que...

—¡Cállese! —gritó Jade—. Lo que está diciendo es absurdo. Además, si no hay libertad, ¿cómo puede ser vagabundo su hijo?

—Ahí quería ir a parar, pero déjame seguir. Decía que Jean llegó a ese país poco común. «Aquí no gobierna nadie y todo el mundo vive como le parece», me escribió. «Sin embargo, pocas personas pueden atravesar el campo magnético que rodea este territorio. Para lograrlo, hay que creer en la belleza de todos los seres, en la creatividad, en la libertad. Hay que creer en un mundo mejor, en la magia de cada instante y en los sueños inverosímiles. Hay que ser capaz de imaginar lo inimaginable. Hay que creer en lo imposible. Tan sólo así se puede entrar en este país. Por eso es inaccesible para el Consejo de los Doce».

—¿Qué hay en ese país? ¿Cómo se llama? —preguntó Jade.

—Ese país se llama el Cuento de Hadas y hay criaturas mágicas, personas apasionadas... No puedo describirte cómo es en realidad porque no he ido nunca. Tendrás que preguntarle a mi hijo. Yo sé todo esto por sus cartas. En una de ellas me contaba que cualquier niño puede entrar en ese país, porque lo que es irreal para los adultos es normal para él.

—¿Qué hizo su hijo allí?

—¿Qué hizo? Ayudó a la gente, vivió aventuras increíbles... Arriesgó su vida, combatió contra fuerzas maléficas...

—¡Parece un cuento! —dijo Jade, incrédula.

—No tiene nada de extraño en el Cuento de Hadas. Pero mi hijo, presa de una súbita añoranza, rechazó la gloria y la felicidad de allí para regresar a casa. Pocas personas deciden marcharse de ese país así.

Algunas dejan simplemente de creer en lo que las rodea y un buen día se despiertan en su cama de origen. Después de eso, ya no pueden diferir. Él quería simplemente volver a la casa de su infancia. Pero resulta que el Consejo de los Doce había instaurado una nueva ley prohibiendo el vagabundeo. Jean fue detenido por los caballeros de la Orden y pasó tres largos años encarcelado. Después se le obligó a ejercer un oficio. Como los libros eran lo único que podía seguir permitiéndole viajar, se hizo vendedor de obras antiguas. Pero, hace diez años, el Consejo de los Doce suprimió la comunicación por carta y no he vuelto a tener noticias suyas. No puede salir de la ciudad de Nathyrn, donde se halla sometido a vigilancia.

—Podría darle una de mis joyas, de inestimable valor, para agradecerle que me haya acogido en su casa —dijo Jade—. Pero haré algo mejor: aunque quizá tenga que esperar mucho tiempo, le traeré noticias de su hijo.



Las tres chicas se echaron de nuevo a los caminos del ducado de Divulyon. Rodeaban los pueblos y evitaban los campos donde trabajaban los campesinos. No debían llamar la atención. Nathyrnn todavía estaba lejos.

Ámbar llevaba el cesto lleno de víveres que la anciana le había dado a Jade. La noche anterior, en el establo, había estado muy preocupada.

Ópalo y ella no habían parado de preguntarse qué estaría haciendo Jade. Ámbar, de carácter soñador, había imaginado mil posibilidades. Se estremecía al pensar en las consecuencias de lo que podía hacer Jade.

Ópalo, por su parte, conservaba su calma habitual. Le explicó a Ámbar que ella sólo vivía el momento presente, que nunca volvía la cabeza hacia el pasado y tampoco temía el futuro. Que Jade hiciera lo que quisiera, pero preocuparse por anticipado no cambiaría nada. Poco a poco, la conversación tomó otros derroteros. Ámbar habló sin parar y describió con ardor el mundo que había dejado tras de sí. Reconstruyó su vida cotidiana para Ópalo, a quien el amor que Ámbar demostraba por todo dejaba atónita. Le contó que observaba la luna y las estrellas, que aspiraba el perfume de las flores silvestres, que corría descalza por la hierba fresca y nadaba en el agua límpida del lago. También le contó lo mucho que le gustaba el sol, imaginar historias fantásticas, escuchar a los demás, ayudarlos y leer cuentos, que, pese a estar prohibidos, se hallaban disponibles en casa de un hombre generoso e instruido. Relató más cosas, y Ópalo bebía sus palabras. Ámbar había sido feliz a pesar de haber vivido en la más absoluta indigencia material. Confesaba haber sufrido, pero eso no había hecho sino dar más valor a su felicidad. Y luego, su madre había muerto... Ámbar no hizo partícipe a Ópalo de su dolor; no estaba preparada. Pero le agradeció que la hubiera escuchado y se dio cuenta de que, abriéndose a ella, había

tejido un vínculo, todavía frágil, entre ambas.

Mientras caminaban hacia Nathyrnn, Ámbar observó a Ópalo. Estaba segura de que no era tan insensible como parecía. La noche anterior, había tenido una pesadilla que la había despertado. Ella había visto en su mirada una expresión asustada, como si esperase ayuda. Ópalo había soñado con un peligro muy cercano y rostros sombríos y amenazadores.

«Están aquí, muy cerca —había murmurado, febril—. Saben lo mío. No debería haber entrado en la habitación. Es demasiado tarde».

Ámbar la había tranquilizado con su apaciguadora voz y las dos habían vuelto a dormirse enseguida.

—¿Falta mucho? —le preguntó Ámbar a Jade.

—Sí —respondió ésta con sequedad—. Ya os he dicho tres veces que tenemos que ir a Nathyrnn a buscar a ese tal Jean Losserand para hablarle del símbolo y hacer que nos cuente su viaje al Cuento de Hadas.

—Yo no creo en los cuentos ni en ese país mágico —intervino Ópalo—. El Consejo de los Doce prohibió los cuentos. Yo no he leído nunca ninguno y no los echo de menos.

—Yo sí creo —afirmó Ámbar, categórica—. Siempre me he inventado historias de ese tipo y me encanta contarlas. ¡Me gustaría muchísimo ir al Cuento de Hadas! ¿Tú qué dices, Jade?

—¡Por supuesto que he leído cuentos! En mi palacio había un viejo filósofo llamado Theodon. Obedecía al Consejo de los Doce a su manera y creo que no le temía. Él me dio cuentos para que los leyera y me enseñó muchas cosas.

—¿Muchas cosas? —dijo Ópalo en tono burlón—. ¡Pues nadie lo diría!

Jade se disponía a replicar, pero Ámbar intervino:

—¡Calmaos! ¡No podemos pelearnos como niñas cada vez que nos pongamos a hablar! Jade, no habías terminado. ¿Tú crees en ese país, en la magia, en lo irreal?

—Me gustaría creer —respondió Jade tras una breve reflexión—. Ese país existe, de eso estoy segura. Pero ¿quiénes lo habitan? ¿Es el Cuento de Hadas un lugar mágico o una simple leyenda? Necesito escuchar lo que Jean Losserand vivió y entonces quizá me convenza del todo.

Como a nadie se le ocurrió nada que añadir, la conversación acabó y de nuevo se hizo un prolongado silencio.

Jade trató de imaginarse Nathyrnn, a Jean Losserand y su relato, pero no pudo lograrlo y renunció. Entonces se puso a pensar en las preguntas que le haría al antiguo vagabundo. Ardía de impaciencia, estaba nerviosa porque la marcha se alargaba demasiado para su gusto.

Ámbar recordó esa mañana, cuando, sufriendo por Jade, la había visto llegar con un cesto rebosante de comida y una desconcertante sonrisa.

«Nos vamos a Nathyrnn», se había limitado a decir.

Ámbar la había acribillado a preguntas y entonces Jade lo había contado todo.

Ópalo había escuchado sin extrañarse, pero Ámbar había contenido una exclamación de sorpresa: ¿la anciana que ella conocía se había comportado con tanta cordialidad? Increíble.

Jade había hablado largamente del Cuento de Hadas. Durante esa parte de su rememoración, Ámbar se puso a soñar despierta: se imaginó traspasando el campo magnético de ese país maravilloso, en medio de un paisaje digno de tal nombre, y comenzó a inventarse de forma detallada las increíbles aventuras que la conducían por ese mundo mágico.

—¡Ámbar!

Molesta por haber sido sacada de sus pensamientos, Ámbar miró a Jade.

—Ámbar, ¿es que no ves que a Ópalo le pasa algo?

Ámbar se volvió hacia Ópalo, que se había quedado atrás y permanecía inmóvil. Sus rasgos se habían congelado en una expresión de espanto. Tenía la mirada ausente, fija y aterrorizada.

—La he zarandeado, pero no he conseguido hacerla reaccionar —añadió Jade—. ¡Y tú seguías andando!

—Tenía la cabeza en otro sitio —se justificó Ámbar.

—Ópalo tiene aspecto de no estar tampoco aquí. Personalmente, no me importa, pero podría ser grave.

Rodearon a la chica, le hablaron, intentaron sacarla de su inmovilidad.

Ámbar tenía remordimientos injustificados respecto a Ópalo. No sabía cómo ayudarla y esa impotencia la torturaba. De pronto, Ópalo pareció volver a la realidad. Su expresión recuperó su aspecto normal. Trató de decir algo, pero de repente se desplomó, sin sentido. Ámbar profirió un grito al tiempo que se arrodillaba a su lado. Jade permaneció en pie observando los acontecimientos, pero su mirada delataba una inquietud que habría preferido no sentir. Afortunadamente, Ópalo volvió en sí al cabo de unos minutos.

—¿Qué ha pasado?

Ópalo no respondió inmediatamente. Buscó las palabras para describir con exactitud todas las sensaciones que había experimentado.

—Alguien me ha transmitido un mensaje, pero no me ha revelado su identidad. Primero he notado que me invadía un dolor atroz y que el cuerpo se me ponía rígido en contra de mi voluntad. El sufrimiento me ha adormecido. Una voz masculina me ha hablado. Sonaba dentro de mi cabeza, de un modo desagradable, y decía que yo sería la primera en morir. Cada palabra me hacía daño. Después, la voz ha dicho que yo estaba bajo su control y que no podía evitarlo.

—Uno de nuestros enemigos, que no tenía nada mejor que hacer que atormentar a una pobre chica —la interrumpió Jade—. ¡Lamentable!

—No —la contradujo Ámbar—. Esto parece serio: alguien se ha puesto en contacto con Ópalo por telepatía.

—La voz también me ha enviado imágenes —prosiguió Ópalo—. Primero la de

una ciudad. Estoy segura de que era Nathyrnn. He sentido fuertes náuseas, además de ese dolor inexplicable. La voz me ha dicho entonces: nos encontraremos en esta ciudad. A continuación he visto un enorme libro con el título, *La Profecía*, grabado en letras de oro. Estaba cubierto de sangre. La voz ha invadido mi mente: la Profecía no se cumplirá, como otros hubieran querido, pero dice una cosa cierta...

¡Moriréis! En cuanto al Elegido, también sucumbirá. Pero tú serás la primera en caer, tú los traicionarás a todos. Estás bajo mi dominio y me obedecerás como un autómeta.

—¡Eso tiene que ser mentira! —saltó Ámbar.

Jade no intentó humillar a Ópalo con un comentario hiriente. Ya no sentía ningún odio. Quizá su enemiga no era tan insensible como hacía creer. En aquel momento, Ópalo, que lloraba en silencio, casi resultaba conmovedora.

—Sé que todas esas afirmaciones son ciertas —dijo con voz sorda—. Estoy convencida.

—No —replicó Ámbar para tranquilizarla—. Ópalo, sabes perfectamente que esa voz quería hacerte daño y que sin duda alguna te ha mentado.

—No. Me gustaría que fuera así, pero sé que todo es cierto. La voz me ha dicho más cosas.

Ópalo se quedó en silencio, llorando. Por fin, logró dominar un poco su abatimiento, pero el mensaje la había asustado demasiado para que pudiera controlarse con firmeza.

—¡Continúa! —le ordenó bruscamente Jade—. Cuéntanos qué más te ha dicho la voz.

—Si no te molesta —se apresuró a añadir Ámbar—. El resto del mensaje era absolutamente cierto. La voz ha adoptado un tono que pretendía ser suave, pero era áspero y tajante. Me ha dicho que me conocía mejor que yo misma y que yo no había destacado nunca en nada, que nunca había sentido amor, tristeza, alegría, piedad o miedo. Ha añadido que nunca había tenido en cuenta a los demás, que nunca había experimentado interés por nada. Que sólo había sido una carga para los que me rodeaban y que no era nada, absolutamente nada. Sus últimas palabras han sido que nadie ha podido quererme y nadie podrá quererme jamás. Y todo eso es absolutamente cierto. Es la realidad.

Ópalo no rompió a llorar de nuevo. Al contrario, se tragó las lágrimas, irguió la cabeza con dignidad y declaró:

—Yo no soy esa chica. ¡Si nadie me quiere, ellos se lo pierden! Pero ahora ya no tengo que fingir indiferencia.

Ámbar y Jade, impresionadas y un tanto incómodas, guardaban silencio. Jade había estado a punto de reírse de esa representación, pero Ámbar se lo había impedido dirigiéndole una mirada severa.

Finalmente, harta de estar callada, Jade dijo con ímpetu:

—Esto no cambia nada. Vamos a ir igualmente a Nathyrnn. Y deberíamos

reanudar la marcha en el acto. Nos ocuparemos de ese mensaje más tarde. De todas formas, no se puede hacer nada.

—Me gustaría pedir consejo a nuestras piedras —repuso Ámbar—. Esa historia de la voz no me gusta.

—¡Tienes miedo! —exclamó Jade con desprecio.

—Sí, ¿y qué? Es normal, ¿no? No me faltan motivos, creo yo. Además, yo no soy como tú.

—¿Como yo?

—Sí, orgullosa hasta el extremo de no confesar jamás cuáles son mis sentimientos.

—Perdón, ¿es una crítica? ¿O me equivoco?

—Te equivocas. Me limito a constatar un hecho. Bueno, saquemos las piedras. Fin de la discusión.

Por un instante, los ojos verdes de Jade lanzaron un destello que indicaba la aparición de uno de sus accesos de cólera, pero el furor que se reflejaba en ellos se desvaneció rápidamente. Cada una de las muchachas sacó su piedra de la bolsa negra y la apretó entre las manos.

No sucedió nada. Jade se puso furiosa. Ámbar y Ópalo, decepcionadas, se preguntaron por qué no había pasado nada.

—No tenemos elección: hay que ir a Nathyrnn —repitió Jade.

Ámbar asintió, pero Ópalo se opuso de inmediato:

—¡No! ¡No hay que ir de ninguna de las maneras! El que me ha enviado el mensaje ha dicho que me encontraría con él allí. Yo no puedo ir. Imposible.

—Es verdad —dijo Ámbar—. Quizá te expongas a un verdadero peligro. Evitemos esa ciudad.

Jade se mordió la lengua para no protestar. Habría podido mostrarse inflexible, expresar una vez más su deseo de encontrar a Jean Losserand, de comprender el misterio del Cuento de Hadas y el significado del símbolo. Sin embargo, no dijo nada. Aunque fuera una perfecta egoísta (cosa que jamás habría creído y menos aún reconocido), no quería poner en peligro la vida de Ópalo. Pero, pese a su superficialidad, Jade era muy inteligente. Se percató de que había algo incoherente en el mensaje y se puso a pensar en ello. Permaneció de pie, preocupada, y no tardó en encontrar el fallo. Entonces, convencida de su razonamiento, les dijo a Ámbar y Ópalo:

—Nos vamos a Nathyrnn. Confiad en mí, nadie corre peligro.

Se había pasado toda la noche pensando. No había comido nada ni había descansado. No lo necesitaba. Tenía que preparar su estrategia; eso era lo único importante. Al amanecer, había pedido de nuevo por telepatía que el Consejo de los Doce se reuniera. La sesión había sido breve. Simplemente, les había informado de que todo estaba en orden, que el plan era infalible y que muy pronto empezaría a ejecutarlo. Los miembros del Consejo, temerosos, no se habían atrevido a preguntarle



cuáles eran sus proyectos. Confiaban ciegamente en él. Era su superior.

Les ordenó que regresaran a mediodía para celebrar una reunión muy importante.

Al acercarse la hora de ver de nuevo a aquellos inútiles ávidos de poder y de dinero, se arregló con gesto seco el atuendo —una larga túnica púrpura, bordada con hilo de oro— y se dirigió a la sala de reuniones del Consejo de los Doce. Abrió la puerta con su habitual brusquedad. Al entrar él, se hizo el silencio. Todos los presentes se sintieron dominados por el miedo y se quedaron inmóviles. Nadie se atrevió a mirarlo. Satisfecho al comprobar que su autoridad se respetaba, tomó la palabra. El sonido de su voz cavernosa hizo vibrar las paredes:

—Ópalo está bajo mi control —dijo con calma—. Todo ha ido como yo quería. Se ha creído a pie juntillas lo que le he dicho.

La admiración se sumó al miedo que sentían los miembros del Consejo de los Doce. Él los miró unos instantes, deteniéndose en sus semblantes codiciosos, sus cabellos blancos y sus ojos apagados. Él no conocía la vejez.

—¿Qué va a ocurrir? —se atrevió a preguntar el Tercer Miembro del Consejo, un hombre de edad avanzada pero todavía ingenuo e influenciabile.

—No tenéis necesidad de saberlo.

—No, claro —balbució el Tercer Miembro.

Los miembros del Consejo de los Doce se atrevieron por fin a levantar los ojos hacia él. Su figura maciza estaba rodeada de sombras. Tan sólo su mirada destacaba en la oscuridad en la que se hallaba sumergido su rostro. Sus ojos penetrantes despedían un brillo duro.

—He terminado. Os informaré de lo que vaya sucediendo.

Tras pronunciar estas palabras, salió de la sala de reuniones. El Consejo de los Doce vio partir a este Decimotercer Miembro, cuya existencia nadie conocía fuera de aquellas paredes y que imponía su voluntad a todos. Su imagen no se reflejaba en los numerosos espejos.

No tenía sombra. No era un hombre.



Ámbar admiraba a Jade. Parecía irreflexiva y mimada, pero acababa de demostrarle que también podía ser muy perspicaz. Había adivinado enseguida algo que a ella jamás se le habría ocurrido: «Si la voz amenaza con que os encontraréis en Nathyrnn —había dicho con convencimiento—, está claro que es porque no desea que vayas». De todas formas, les había resultado difícil convencer a Ópalo. Su bello rostro estaba lívido, devorado por el miedo, y temblaba de la cabeza a los pies. Le costaba un esfuerzo dar cada paso que la acercaba a la ciudad. Lo primero que hizo fue implorarle a Jade no seguir. La angustia la oprimía hasta hacérsele insoportable. Había proferido un grito de dolor tan desesperado que ella misma se había asustado más aún. Jade se había enfadado y le había ordenado que continuara andando. Como Ópalo se negaba, al final le había propinado un sonoro bofetón y la había arrastrado de un brazo. Jade no conocía ni la paciencia ni la moderación, y Ópalo sufría las consecuencias de ello.

—Te guste o no, vas a venir con nosotras. ¡No te encuentras en tu estado normal! En otras circunstancias, te habría dejado aquí sin el menor pesar, pero así estás al alcance de cualquier enemigo telépata ocioso.

Aun a regañadientes y con la mejilla ardiendo, Ópalo acabó por obedecer a Jade.

—Ópalo, ¿te encuentras mejor? —le preguntó Ámbar al cabo de un rato.

Ópalo se negó a hablar de su estado. La humillación que acababa de sufrir era más fuerte que sus temores y no quería añadir a ella la impresión de que la compadecían.

—Estoy bien —afirmó, recobrando el aplomo.

—¿Estás segura? —insistió Ámbar.

—Sí.

—Jade, ¿está muy lejos aún Nathyrnn? —preguntó Ámbar—. Ópalo todavía está débil.

—Estoy perfectamente —intervino Ópalo, a quien la solicitud de Ámbar irritaba.

—Faltan una o dos horas para llegar —indicó Jade.

—¿Estás segura de que no te has equivocado de camino?

—Por supuesto —contestó Jade con sequedad.

—Estoy hambrienta —dijo Ámbar—. Esta mañana prácticamente no hemos tocado las provisiones. Habría que hacer otro descanso y comer para reponer fuerzas.

—No —dijo Jade.

—¡Vamos a parar! —intervino Ópalo.

Jade le dirigió una mirada más sorprendida que contrariada; no se esperaba semejante oposición.

—Sí, vamos a parar —repitió Ámbar.

—De acuerdo —se resignó Jade, suspirando.

Se sentaron a un lado del sendero, rodeadas de hierba seca y de plantas silvestres. Ámbar sonrió al constatar que el sol brillaba con todo su esplendor y se puso a comer con un apetito insospechado. Miró a Ópalo, que desde la intervención telepática parecía haberse convertido en otra persona.

Sus grandes ojos azules estaban llenos de angustia y en su semblante no había ni rastro de color. Ámbar sabía que a Ópalo le molestaba que se preocupara por ella y en su fuero interno eso le dolía. Necesitaba el aprecio de los demás y le habría gustado que Ópalo le demostrara un poco más de amistad. Sin embargo, era consciente de que aquella chica estaba en guardia y de que las consideraba, a Jade y a ella, enemigas potenciales.

—No tengo hambre —dijo Ópalo, rechazando el cesto que le tendía Ámbar.

—Intentemos otra vez utilizar las piedras —propuso entonces ésta.

—Es inútil —dijo Jade. Pero, aun así, desató el cordón de su bolsa negra y apretó con la mano la piedra que contenía.

Ámbar y Ópalo la imitaron. Esta vez, el efecto fue inmediato. Las tres muchachas notaron como si estuvieran atrapadas en un torbellino y sintieron náuseas. Una angustia indescriptible las invadió. Las piedras parecían estremecerse y las chicas eran sacudidas por temblores. De repente, la comunicación se interrumpió. Las tres permanecieron de pie, tambaleándose. Ámbar y Jade se sentían cansadas, totalmente desprovistas de energía, mientras que Ópalo, en cambio, había recobrado su actitud normal y ya no sentía ningún miedo.

Avergonzada de la debilidad que había demostrado, Ópalo quiso rectificar:

—No perdamos tiempo, tenemos que llegar a Nathyrnn. Era una estupidez no querer acompañaros. Estaba hechizada por ese mensaje y no he hecho más que decir cosas ridículas. Olvidémoslo.

Quería que Ámbar y Jade vieran que ella no era la muchacha emotiva que había hablado bajo el influjo de la voz.

Ésta, al sonar en su mente, la había desorientado y anonadado con una facilidad aterradora, y se odiaba a sí misma por ello.

Las tres chicas se habían puesto maquinalmente en marcha.

—Jade —dijo Ámbar—, cuando lleguemos a Nathyrnn, tendrás que vender tu vestido y tus joyas para comprarte unas prendas más sencillas. Vestida así, llamaremos mucho la atención.

—A mí me gusta llamar la atención —repuso Jade, exasperada—. ¡Y no quiero parecer una campesina! Si tú no tienes medios para comprarte joyas y un vestido del condado de Tyrel, cállate y déjame a mí llevar lo que quiera.

Ámbar, ofendida, iba a replicar, pero se contuvo. Más valía no atizar la cólera de Jade. Era cierto que el vestido, primorosamente confeccionado por hábiles artesanos, le sentaba a Jade de maravilla.

Llevada por su imaginación, Ámbar la vio ataviada como un guerrero, empuñando un sable impregnado de sangre, a lomos de un caballo blanco como la espuma del mar y con una expresión salvaje en la mirada. A continuación desvió sus pensamientos hacia Ópalo y se la representó como una princesa de cuento, ataviada con un vestido gris perla a juego con sus ojos azul claro y su tez blanca. Llevaba una diadema de oro que se fundía con su cabellera rubia y rizada y mantenía la mirada gacha, como siempre. Este pensamiento hizo sonreír a Ámbar.

Finalmente, la voz de Jade la sacó de su ensoñación:

—¡Ahí está Nathyrnn!

Las tres chicas habían llegado sin obstáculos ante la ciudad; sólo se habían cruzado con campesinos, que, aunque extrañados de su presencia, ni siquiera se habían atrevido a mirarlas. Ahora, las impresionantes murallas que rodeaban Nathyrnn habían sustituido los campos y los prados.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Ámbar, desconcertada.

—No había previsto esto —dijo Jade un tanto divertida. Se hubiera dicho que el peligro y los imprevistos la atraían.

Las murallas estaban guardadas por caballeros de la Orden. Ante ellas había tres, con su uniforme gris, a lomos de caballos del mismo color y armados con una afilada espada. Se les temía por su reputación de despiadados. Perseguían y castigaban a los culpables sin ninguna indulgencia, aplicando por doquier la terrible ley del Consejo de los Doce.

Jade se dirigió hacia uno de los caballeros, indicándoles a Ámbar y a Ópalo que la siguieran. Éstas, recelosas, se mantuvieron unos pasos detrás de ella.

—¿Qué queréis? —las interpeló brutalmente el caballero. Era imponente, de rasgos vulgares y poco amables. Tenía una voz dura y seca.

—Tenemos que entrar en Nathyrnn —respondió Jade en el mismo tono, sin sentirse en absoluto intimidada.

—¡La autorización!

—¿Qué autorización? —se le escapó a Ámbar.

Jade la fulminó con la mirada.

—No le haga caso —le dijo al caballero con una sonrisa zalamera—. Es una de mis criadas y no está muy bien de la cabeza.

—Dame la autorización —repitió el hombre—. En Nathyrnn no puede entrar nadie sin una autorización del duque de Divulyon, elegido por el Consejo de los Doce y encargado de administrar este territorio.

—Ya lo sé —contestó Jade con presteza.

Iba a añadir que era la hija del duque de Divulyon, pero se contuvo.

No debía revelar su identidad a nadie. Sonrió de nuevo al caballero. El hombre parecía un poco desconcertado por su aspecto. No cabía duda de que era rica y seguramente pertenecía a una familia influyente, pero él tenía unas órdenes y no podía dejar entrar a nadie, fuera quien fuese, sin autorización.

—Soy la sobrina del duque de Divulyon —dijo Jade—. Me llamo Coralie de Mordorais, y estas dos chicas son mi criada y mi doncella.

Jade tenía una prima que se llamaba así, hija de la hermana del duque, y que era más o menos de su edad.

—He oído hablar de su ilustre familia, señorita de Mordorais —dijo el caballero en un tono más suave—, pero, sin autorización, no puedo dejarla entrar.

—En tal caso, sufrirá la cólera de mi padre —afirmó Jade con calma.

—¿El conde de Mordorais?

—El mismo —asintió ella—. Sin duda sabrá que está bajo las órdenes del duque de Divulyon. Posee una gran influencia sobre él y, por lo tanto, sobre el Consejo de los Doce.

—No lo dudo.

—Mi padre me ha pedido que venga a Nathyrnn para buscar a un hombre, un tal Jean Losserand. Tiene que entregarme un objeto que le pertenece, un libro de gran valor.

—¿Y por qué el conde de Mordorais no ha enviado a un paje o no ha dispuesto que la acompañe una escolta? —preguntó el caballero, dubitativo.

—Me es muy importante visitar Nathyrnn, y no me gusta ir con una escolta detrás. Mi padre me ha dado una autorización para entrar firmada por el duque de Divulyon, pero la he perdido. Se enfadará mucho si vuelvo con las manos vacías.

El caballero calló, poco convencido.

—¿Cómo puede dudar de mis palabras viendo estas joyas? Aparte de mí, en todo este ducado tan sólo la hija del duque de Divulyon puede llevarlas iguales. Demuestran claramente que soy Coralie de Mordorais y que debe dejarme entrar.

—No puedo.

Jade perdió los estribos:

—¡Déjeme entrar en Nathyrnn inmediatamente o le juro que mi padre lo arrastrará por el fango hasta que pida clemencia! —gritó con mirada iracunda—. ¡Haré que le torturen en la plaza pública como si fuera un vulgar criminal y morirá

padeciendo atroces sufrimientos! ¡Si no abre esa puerta ahora mismo, lo lamentaré!

—No..., no puedo, señorita de Mordorais.

—¡Obedezca! —rugió Jade.

Ámbar sugirió en voz baja:

—Ja..., emmm..., Coralie, quizá debería ofrecerle una de tus joyas a este caballero para que pudiéramos entrar...

—Su criada no es tan idiota como usted dice, señorita de Mordorais.

—¡No le daré nada! —protestó Jade—. Yo no tengo que pagar para entrar.

—Y no entrará —concluyó el caballero.

—Eso es lo que usted cree. Abra esa puerta.

—No.

—¡Abra!

El caballero puso instintivamente la mano sobre la empuñadura de la espada. Fue entonces cuando Ópalo avanzó majestuosamente y apartó a Jade, que dio un traspié, sorprendida. Clavó en el caballero de la Orden su mirada glacial y se dirigió a él en un tono sosegado y decidido:

—Basta de mentiras. Ni esa chica es Coralie de Mordorais ni yo soy su doncella.

El hombre, desconcertado e impresionado por el aplomo de Ópalo, le preguntó:

—Entonces, ¿quién es la supuesta señorita de Mordorais?

—Es mi doncella. Hemos intercambiado los papeles para garantizar mi protección.

—¿Su protección? —dijo el caballero, cada vez más confundido—. Pero ¿quién es usted?

—Mi familia es demasiado noble para que su nombre sea pronunciado ante usted —respondió Ópalo, impasible—. El Consejo de los Doce me ha encargado una misión importantísima. Debo guardar el secreto y viajar con la mayor discreción.

El caballero miró a Ópalo con admiración.

—¿Por qué no tiene autorización para entrar en Nathyrnn? —preguntó—. ¿Y en qué consiste su misión?

—Venimos de lejos y viajábamos con un guía. Desgraciadamente, éste nos ha traicionado. Nos robó la autorización y huyó. Cuando nos dimos cuenta, era demasiado tarde para reaccionar. En cuanto a mi misión, no debería hablar de ello, pero, en vista de que usted se muestra tan comprensivo, le revelaré algo.

—La escucho —dijo el hombre con curiosidad.

—Mi misión está relacionada con la Profecía y tres enemigas del Consejo de los Doce.

El semblante del caballero se iluminó.

—Entonces, ¿es cierto? Los rumores mencionan, efectivamente, lo que usted ha dicho.

Ópalo se estremeció. Su intuición no la había engañado.

—Como comprenderá —prosiguió Ópalo—, es absolutamente necesario que me

ayude. ¡No hay que poner trabas al Consejo de los Doce en un asunto tan urgente!

Ópalo permanecía muy seria, con sus grandes ojos azules clavados, sin pestañear, en los del caballero.

—Lo comprendo, por supuesto —balbució éste.

Llamó a sus dos acólitos y, juntos, abrieron la puerta de Nathyrnn.

Sin pronunciar una sola palabra de agradecimiento, Ópalo entró con dignidad en la ciudad, seguida de Jade y Ámbar.

—¡Buena suerte! —les gritó el caballero de la Orden.

Y la pesada puerta de Nathyrnn se cerró tras ellas.



**D**esde hacía diez años, Jean Losserand se esforzaba en mantener intacta su pasión por la aventura y la vida, pero se percataba con amargura de que su sed de absoluto iba muriendo poco a poco. Durante mucho tiempo, había soñado con escapar de la prisión que era aquella ciudad, pero cuando perdió la esperanza dejó de encontrar fuerzas para emprender el menor proyecto. De vez en cuando, recordaba con tristeza a su anciana madre y se decía que no volvería a verla jamás. Su existencia monótona había acabado hasta con su amor a la libertad.

Incluso los libros habían perdido su encanto; se habían prohibido los cuentos, las historias fantásticas y todas las novelas. Tan sólo estaban permitidos los relatos biográficos o técnicos, pues el Consejo no los consideraba preocupantes. Jean Losserand ya no tenía ningún consuelo; lo vigilaban sin descanso y ya no poseía la suficiente voluntad para cambiar nada. Su vida se había reducido a un interminable y lánguido suspiro. Hasta el día que oyó llamar a la puerta de su tienda.

Tenía muy pocos clientes, de modo que ya no se molestaba en ocuparse de la librería, que se hallaba en un estado lamentable. Los libros, polvorientos y rotos, se amontonaban desordenadamente y la puerta del establecimiento permanecía cerrada. Así pues, le sorprendió constatar que alguien podía interesarse todavía por él. Se dirigió a paso lento hacia la puerta y, al abrirla, se quedó estupefacto ante las tres adolescentes, tan distintas, que lo miraban con curiosidad.

—¿Es usted Jean Losserand? —preguntó Jade.

El librero la observó un instante y apreció la vivacidad y la determinación que animaban sus ojos verdes. «De color jade», se dijo.

—Perdone que lo molestemos —dijo Ámbar con delicadeza—, pero ¿es usted Jean Losserand, el hijo de la anciana que vive en una granja aislada?



—Con un establo muy descuidado —añadió Jade.

—Sí, soy Jean Losserand —dijo el librero, estupefacto—. ¿Conocéis a mi madre?

—Sí —respondió Jade alegremente—. Es una mujer muy hospitalaria.

—¿Mi madre? —dijo el hombre con incredulidad.

—Sí —confirmó Jade—. Pero nosotras hemos venido a pedirle ayuda.

¿Podemos pasar?

—Desde luego.

Jean Losserand guió a sus insólitas visitantes hasta una estancia contigua, las invitó a sentarse en unos sillones de terciopelo rojo gastado y les ofreció apresuradamente unas galletas. También les preparó té y aprovechó ese momento para examinarlas. Las tres vestían ropas normales, de calidad pero no lujosas. Ésa era toda su semejanza.

Cuando observó a Ámbar, lo asaltó una duda. Empezó a temblarle sin control la mano izquierda, como siempre que una emoción lo dominaba, y tuvo dificultades para depositar la tetera sobre una mesa baja. Ámbar se dio cuenta y se ofreció a servir el té aromatizado con menta en las tazas de porcelana desportilladas.

—Gracias —murmuró él—. Y ahora, decidme qué puedo hacer por vosotras.

—Es una larga historia —contestó Jade.

La muchacha calló, entretenida en observar el decorado que la rodeaba. Bebió un trago de té caliente y derramó un poco sobre los pantalones. Finalmente, Ámbar la había convencido de que vendiera el vestido y parte de sus preciosas joyas. A ella no le hacía ninguna gracia, pero debía reconocer que los habitantes de Nathyrnn miraban con estupor su suntuoso atuendo. De modo que había acabado por ceder y, con una parte del dinero obtenido mediante la venta del vestido y las joyas, se había comprado unas prendas menos vistosas. Ámbar había sacado de su bolsa de terciopelo negro unas monedas de cobre y se había comprado asimismo unas prendas sencillas y poco originales, pues incluso su vestimenta de campesina suscitaba extrañeza. También se había lavado la cara en una fuente pública para borrar los rastros de tierra, de paja y de lágrimas. Aunque estaba rendida, se sentía mejor, más fresca; la comunicación establecida con las piedras la había privado de su entusiasmo. Mordisqueó sin ganas una galleta. Se sentía aliviada de haber llegado por fin a casa de Jean Losserand; les había resultado difícil encontrar su establecimiento, situado en una calle oscura y estrecha. Ámbar debía confesar que Nathyrnn no le gustaba. Toda la gente parecía huraña y reservada, las calles estaban demasiado tranquilas y había pocas tiendas. Todo estaba descuidado y abandonado. La tranquilizaba encontrarse en la librería, en compañía de aquel hombre que parecía cordial y se mostraba atento. Lo había examinado con atención, como le gustaba hacer. Tenía una estatura imponente, pero iba un poco encorvado y daba la impresión de que llevaba un pesado fardo. Ámbar calculó que tenía entre treinta y cuarenta años. En su rostro se reflejaban bondad y sabiduría, pero sus ojos expresaban una especie de desesperación resignada y de nostalgia.

—Decidme en qué puedo ayudaros —dijo de nuevo—. ¿Quiénes sois?

¿Qué hacéis en Nathyrnn?

Parecía dirigirse a Ámbar, pero fue Jade quien, contestó:

—Venimos de un lugar cercano al palacio de Divulyon y estamos aquí para verlo a usted. Hemos podido entrar en Nathyrnn gracias a una brillante mentira de Ópalo.

Jade la señaló con la barbilla, con una pizca de desprecio que Ópalo le devolvió dirigiéndole una mirada glacial.

—Sabemos que está de nuestro lado —prosiguió Jade— y que tenemos enemigos comunes. Parece ser —añadió en voz baja— que el Consejo de los Doce se reúne para hablar de nosotras, y no dice precisamente cosas buenas...

—Si sois enemigas del Consejo de los Doce, bienvenidas a Nathyrnn. Esta ciudad es una auténtica prisión donde están encerrados los que han ido al Cuento de Hadas —explicó Jean Losserand.

—No entendemos por qué el Consejo de los Doce se ocupa de nosotras —confesó Ámbar—, y tenemos enemigos cuya identidad ni siquiera conocemos. Por ejemplo, Ópalo ha sufrido hoy una intervención telepática maligna y muy poderosa. ¿Sabe usted quién podría ser el autor?

—Los únicos que saben practicar la telepatía son los miembros del Consejo de los Doce. En el Cuento de Hadas, muchos magos también pueden hacerlo, por supuesto, pero desde tan lejos no se habría podido realizar la transmisión.

—Entonces, el Consejo de los Doce está realmente contra nosotras —constató Jade—, aunque, la verdad, me cuesta aceptarlo. Siempre me han hablado bien del Consejo. Mi propio padre fue elegido para gobernar un territorio y nombrado duque por el Consejo. Acata las leyes y las órdenes de esos doce ancianos.

Ante la expresión de sorpresa de Jean Losserand, Jade explicó:

—Soy Jade de Divulyon. No debería decírselo, pero confío en usted.

Me han echado de mi palacio y no soy hija auténtica del duque.

El librero empezaba a comprender. Así que los rumores que corrían por el Cuento de Hadas desde hacía diez años eran fundados... Sus dudas sobre Ámbar se habían transformado en certeza. La había reconocido; era la que imaginaba. Había escrutado cada facción de su rostro y todo confirmaba sus sospechas. Jean Losserand sintió entonces que una inmensa alegría se apoderaba de él. ¡Estaba viva! Un rayo de sol le atravesó el corazón y una oleada de emoción lo invadió. Recobró la esperanza de golpe, y con ella, un amor ilimitado por la vida. Repitió esta frase mágica: *¡Está viva!* Sintió deseos de exteriorizar lo que le quemaba los labios, pero sabía que debía reprimirse. Lo consiguió con mucha dificultad.

Entretanto, Jade buscaba en su bolso el papel donde había dibujado el símbolo. Cuando por fin lo encontró, se lo tendió a Jean Losserand, que lo cogió con curiosidad.

—¿Qué es? —se apresuró a preguntar Jade—. ¿Puede descifrarlo?

El librero miró el dibujo unos instantes y respondió:

—Es un símbolo escrito en una antigua lengua del Cuento de Hadas.

—¡Ah! —exclamó Ámbar—. ¿Y qué significa?

—Su significado es bastante complejo. Tiene que ver con la sabiduría y la capacidad de leer lo que encierran los corazones... Al mismo tiempo, ese símbolo se puede leer como un nombre propio: Oonagh.

—¿Oonagh? —repitió Ámbar, inmediatamente seducida por la sonoridad cantarina de aquel nombre.

—Oonagh es una persona que vive en el Cuento de Hadas —explicó Jean Losserand—, perteneciente a un pueblo que ha sido en gran parte aniquilado por el Consejo de los Doce. Oonagh es una criatura mágica, reputada por su sabiduría y que posee el don de leer en los corazones.

Se habla de ella con mucho respeto.

—¡Oonagh vive en el Cuento de Hadas! —repitió Ámbar, cuya imaginación se había despertado.

—Sí, en una gruta llena de cristales.

—Creo que vamos a tener que ir a ver a esa tal Oonagh —dijo Jade—. Pero, háblenos un poco del Cuento de Hadas. ¿No es una leyenda?

—En absoluto —aseguró Jean Losserand—. Yo he estado allí.

—Bueno, ¿y cómo es ese país? —preguntó Jade.

—Os diré todo lo que sé. Pero, para traspasar el campo magnético que rodea el Cuento de Hadas, primero tenéis que creer sin límites en lo imposible. Ya no sois unas niñas ingenuas que confían en lo irreal y quizás os resulte difícil.

—Yo lo conseguiré —dijo Jade con orgullo, pues no podía admitir que hubiera algo en el mundo que fuese incapaz de hacer.

—¿Quién vive en el Cuento de Hadas? —preguntó Ámbar—. ¿Princesas en apuros, caballeros y magos?

—No sólo. Hace mucho tiempo, cuando el Consejo de los Doce aún no había adquirido su poder actual, cientos de pueblos con poderes mágicos vivían libremente en el mundo; los humanos eran una especie evolucionada entre otras muchas, y todas respetaban la diferencia, que entonces era habitual. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones de todas esas criaturas, el Consejo de los Doce temía sus inmensos poderes. Y, al adquirir importancia, sembró en el corazón de los hombres odio hacia las otras razas. Poco a poco, abusando de la confianza ciega de esos pueblos tan diferentes de nosotros, logró destruirlos. Fue un período salvaje, así como una época de gran vergüenza.

Un destello de miedo apareció en la mirada dulce de Ámbar, que preguntó con la voz un poco quebrada:

—¿Qué pasó después? ¿Por qué nadie se rebeló para salvarlos?

—Nadie había comprendido realmente lo que estaba sucediendo.

Todos confiaban en sus vecinos y estaban acostumbrados a la paz. Las cosas se desarrollaron de un modo confuso y encubierto. Al final, las criaturas mágicas,

plácidas por naturaleza, decidieron evitar los derramamientos de sangre. Sus supervivientes se retiraron a un territorio apartado y todavía sin civilizar, pero de tierra rica y fértil. Allí, unieron sus poderes y crearon campos magnéticos para protegerse del mal. Así nació el Cuento de Hadas, que ahora se ha convertido en un país próspero, de belleza mágica, donde los hombres y los pueblos dotados de poderes sobrenaturales conviven con la misma tolerancia que tiempo atrás. Desgraciadamente, el mal también causa estragos allí. Donde hay vida, no puede existir sólo el bien. Pero, al menos, el Consejo de los Doce no puede imponer su ley. Es un lugar libre.

—Es una historia preciosa —murmuró Ámbar, emocionada.

—Sí —dijo Jade con naturalidad—. ¿Está lejos de aquí el Cuento de Hadas?

—No, está muy cerca —respondió Jean Losserand—. Nathyrnn marca el límite del ducado de Divulyon. A menos de un cuarto de hora de aquí, se encuentra la frontera del ducado, estrechamente vigilada; son poquísimos los que la cruzan. Y justo después se alzan los campos magnéticos que rodean el Cuento de Hadas.

—¿Tan cerca? —preguntó Jade, sorprendida—. Entonces será muy fácil.

—No lo creas —repuso el librero—. Para salir de Nathyrnn, hace falta una autorización. Y después queda por hacer lo más duro: cruzar la frontera.

—Para salir de Nathyrnn no hay problema. A Ópalo se le ha ocurrido una mentira muy creíble —señaló Jade con cierta frialdad, humillada aún por no haber podido convencer ella misma al caballero de la Orden con su estratagema.

—Sí —corroboró Ámbar con entusiasmo—. ¡Cuéntaselo, Ópalo!

De mala gana, Ópalo explicó con voz neutra:

—Una intuición me impulsó a decir que trabajaba para el Consejo de los Doce. Estaba convencida de que el mensaje telepático procedía de ellos y sabía, mejor dicho, sentía que éramos sus enemigas.

Al oír esto, Jean Losserand se estremeció.

—En los mensajes telepáticos, las mentes que se comunican están unidas, por supuesto, pero no se pueden leer los pensamientos del otro —dijo—. Salvo..., salvo si la finalidad de la comunicación es causar miedo o dolor.

Un silencio sucedió a estas palabras.

—La voz habló también de una profecía, de un voluminoso libro cubierto de sangre —dijo Ámbar en voz baja al librero—. ¿Sabe de qué se trata?

Jean Losserand sopesó sus palabras con cuidado, temeroso de revelar lo que de ninguna manera debía decir. Contempló a Ámbar un momento, sus suaves facciones y su cálida mirada, antes de responder:

—*La profecía* fue escrita hace siglos por un filósofo llamado Neofileus.

Formaba parte de un pueblo mágico, de carácter fuerte e indomable, conocido con el nombre de Clohryuns. Neofileus tenía el don de conocer el futuro y presintió la destrucción parcial de sus descendientes, unos siglos más tarde, por el Consejo de los Doce. Desgraciadamente, la paz les parecía a todos tan arraigada que no le creyeron.

La mirada de las tres chicas estaba clavada en Jean Losserand; la de Jade brillaba de curiosidad, la de Ámbar expresaba comprensión e interés, y la de Ópalo continuaba siendo indescifrable.

—Neofileus predijo también que un día los tiempos cambiarían y el mundo se transformaría. Vio una profunda agitación en el porvenir y, por primera vez, no pudo descifrar claramente el futuro.

—No lo entiendo —dijo Ámbar.

—Significa que, en determinado punto de la curva del tiempo, a Neofileus el futuro le pareció incierto. Vio que, en lugar de seguir una sola vía, una vía clara, en ese punto el porvenir se dividía en varios caminos. De todos ellos, se tomaría uno, y toda la humanidad seguiría ese curso que cambiaría el mundo tal como nosotros lo conocemos.

Entonces, Neofileus escribió *La profecía*.

*Jean Losserand se interrumpió. Ya había dicho bastante.*

—*Es absolutamente preciso que vayamos al Cuento de Hadas a ver a Oonagh —dijo Ámbar—. ¿Cómo podemos cruzar la frontera de Divulyon?*

—*Yo no puedo aconsejaros —respondió el librero—. Cuando fui al Cuento de Hadas, la frontera sólo existía aún en teoría. Ahora es distinto.*

—*Nos las arreglaremos —declaró Jade sin vacilar.*

—*¿Cómo? —preguntó Ámbar.*

—*Yo no puedo ayudaros —dijo Jean Losserand—, pero id a ver a un joven llamado Adrien de Rivebel. Sólo tiene dieciséis años, pero ya ha pasado tres en las mazmorras de Nathyrnn. Acaban de liberarlo.*

—*¿Por qué lo encerraron? —preguntó Ámbar, extrañada.*

—*Ese joven vivía en el Cuento de Hadas, pues allí había nacido. Es el hijo de una noble familia de caballeros. A la edad de trece años, Adrien quiso descubrir el mundo exterior y se escapó de casa. Los caballeros de la Orden lo atraparon en la frontera y lo encerraron en la cárcel.*

—*¡Eso es injusto! —exclamó Ámbar.*

—*Por supuesto —dijo Jean Losserand—. Pero corren rumores... Se dice que no es como los demás detenidos, que el encarcelamiento no lo ha destrozado. Cuentan que es indomable y que los barrotes, lejos de haber destruido su carácter, lo han fortalecido. Está condenado a pasar su vida aquí, en esta ciudad apagada y sin esperanza; sin embargo, todo el mundo murmura que está intentando organizar una revuelta para liberar a los habitantes de Nathyrnn.*

—*¡Me encantan las revueltas! —dijo Jade, exultante—. Es una buena idea.*

—*Por desgracia, es imposible —repuso el librero.*

—*Lo imposible no existe cuando se cree en ello —replicó Ámbar.*

*Jean Losserand esbozó una triste sonrisa. Ya no tenía fuerzas para imaginar lo imposible.*

—Id a ver a Adrien de Rivebel —dijo, suspirando—. Quizás él pueda ayudaros.

—No necesitamos ayuda, pero iremos a ver a Adrien de Rivebel. Hay que liberar Nathyrnn.

—Te repito que es imposible —insistió el librero.

—Su madre lo espera, señor Losserand —repuso Jade—, y yo he prometido llevarle noticias tuyas. Lo mejor sería que fuera usted mismo a dárselas, ¿no? ¡Y no hay nada imposible! —añadió en actitud de desafío.



Adrien esperaba ver un príncipe azul recién salido de un cuento, galante y poético, pero Adrien parecía más un caballero de facciones viriles, marcadas y regulares. Tenía un aire pensativo y sosegado, y tan sólo sus ojos oscuros delataban el valor y la pasión que bullían en su interior. Sus cabellos castaño oscuro, alborotados, acentuaban su lado tenebroso. Adrien sabía fingir indiferencia y ocultar sus sentimientos en lo más profundo de sí mismo. Eso le había permitido resistir aquellos tres años de prisión. Era inocente, y la certeza de no tener nada que reprocharse, en vez de atizar su cólera, lo había ayudado. Era consciente de que ponerse furioso no le habría servido de nada, de modo que, aunque su corazón reclamaba justicia, se había controlado.

Ahora que había salido de la cárcel, había dejado que su verdadera naturaleza lo dominara de nuevo. Había preparado minuciosamente el plan de la sublevación de Nathyrnn. Necesitaba liberar la ciudad para liberarse a sí mismo. Buscaba aliados que se unieran a su causa. Creía haber encontrado una estratagema, pero todavía no había dado con nadie que lo ayudara a ponerla en práctica. Casi todos los habitantes de Nathyrnn estaban «destrozados» como consecuencia de su paso por la prisión o, simplemente, debido a la costumbre y la resignación. Eran poquísimos los que conservaban vivos sus sueños y sus esperanzas.

Éstos aprobaban la rebelión de Adrien de Rivebel, pero no se atrevían a sumarse a ella. Al menos, todavía no. No estaban convencidos, pero podían llegar a estarlo.

Así pues, Adrien esperaba ayuda sin desesperarse, y ésta se presentó de forma inesperada cuando conoció a Jade, Ópalo y Ámbar. No le extrañó lo más mínimo verlas irrumpir en el minúsculo cuarto de la hostería donde se alojaba y las recibió cordialmente. Las chicas se habían sentado en unas sillas bamboleantes. Adrien de

Rivebel era culto e inteligente, de modo que había identificado enseguida a sus visitantes.

En el Cuento de Hadas, numerosas historias hablaban de ellas. Él mismo había consultado a Oonagh el día que cumplió diez años para saber el camino que debería seguir. La criatura mágica le había respondido:

—Tú no eres el Elegido, pero no podrás permanecer en la sombra. Tu corazón es orgulloso y ardiente; busca agua para apagar ese fuego devastador y no leña para atizarlo.

—Pero ¿por qué? —había preguntado Adrien, desconcertado.

—Puedes provocar una gran desgracia. Deberás tener muchísimo cuidado, pues de lo contrario otras vidas correrán peligro. No escuches a tu corazón; es demasiado apasionado. Abre los ojos y deja que la razón te guíe.

—Lo que dices es confuso —había replicado Adrien.

—Un día te encontrarás con las que todos esperan y entonces comprenderás.

Ahora que las tres piedras de *La profecía* se hallaban ante él, no estaba nada seguro de saber qué camino debía seguir, pero presentía claramente que juntos podrían dar un paso en la dirección correcta.

Evidentemente, no les dijo lo que había adivinado.

Al principio, las tres chicas se limitaron a observarlo atentamente, sin decir nada. Jade se percató enseguida de que había encontrado a un aliado, alguien que se parecía a ella. Veía en sus ojos la revuelta de Nathyrnn que podría organizar con él. No prestaba atención a la intensidad de la mirada que Adrien le dirigía, pero este detalle no se les escapó ni a Ámbar ni a Ópalo.

Ámbar estaba impresionada por el joven. Intuía que era orgulloso y decidido, como Jade, pero capaz de ejercer un control mucho mayor sobre sí mismo. «Se acerca un problema —se dijo—. Dos personas tan semejantes, tan ardientes una como otra, no pueden..., no deben... atraerse o, peor aún, amarse».

Un pensamiento distinto animaba a Ópalo. En el mismo instante en que había puesto los ojos sobre Adrien, se había operado en ella un cambio todavía mayor. Una profunda emoción había sacudido su corazón y un calor difuso la había invadido súbitamente. No podía luchar contra lo que estaba descubriendo y, en el fondo, tampoco lo deseaba.

De un modo confuso, se preguntó qué le sucedía. Miraba abiertamente a Adrien. Una agradable desazón se apoderaba de ella. Y una intuición atravesó su mente: comprendió, supo que estaba hecha para amar aquellos ojos de color gris verdosos. Tuvo la certeza de que Adrien y ella debían estar juntos, de que no podía ser de otra manera. En contra de su frialdad habitual, se ahogaba de calor. Sin embargo, la mirada de Adrien estaba clavada en Jade. Ópalo lo vio. Pero, curiosamente, no sintió ni celos ni despecho. Se dijo con calma: «Es un error. Adrien no puede mirar a Jade así. Y si siente por ella lo que yo siento por él..., entonces, tendrá que cambiar de parecer».



Entretanto, Jade, a quien entusiasmaba fomentar una rebelión, desafiar la ley y demostrar su audacia, había entablado una animada conversación sobre el levantamiento de la ciudad.

—Un amigo nos ha dicho que estás preparando la sublevación de Nathyrnn —dijo, dirigiéndole a Adrien una sonrisa de complicidad.

Lo tuteaba sin miramientos. Sólo tenía dos años más que ella, de modo que la joven no se preocupaba por las normas de cortesía.

—No quiero pasarme la vida entre las murallas de esta ciudad terriblemente triste —contestó Adrien—. Por eso he preparado un plan de evasión para regresar al Cuento de Hadas. Pero quiero que todos los habitantes de Nathyrnn queden libres y tengo una idea para lograrlo.

—¿Cuál? —preguntó Jade, con los ojos chispeantes de interés.

—Es muy complicado. Tendríamos que recurrir a la magia, pero no he encontrado a nadie en esta ciudad capaz de llevar a cabo lo que se me ha ocurrido.

—¿Y de qué se trata? —se impacientó Jade.

—Alguien debe realizar un conjuro y dormir profundamente a todos los que se encuentran fuera del círculo de encantamiento.

—¿El círculo de encantamiento? ¿Qué es eso?

—Es un pequeño círculo de protección que se forma alrededor del mago cuando pronuncia las palabras mágicas y que lo inmuniza contra los efectos de su propio conjuro. El círculo lo ayuda a permanecer despierto. Una vez formado el círculo y finalizado el encantamiento, el mago puede salir de él; la magia ya no le afecta.

—Ya entiendo el problema —dijo Jade—. Los caballeros de la Orden se dormirían, pero los habitantes de Nathyrnn también.

—Exacto. Y sólo un mago experimentado conseguiría formar un círculo de encantamiento grande. En realidad, tendría que ser inmenso para abarcar a todos los habitantes de Nathyrnn.

—En tal caso, todo el mundo podría escapar sin correr riesgos —dijo Jade.

—No del todo. El conjuro no duraría más de diez minutos, lo que apenas nos dejaría tiempo para abrir las puertas de Nathyrnn y salir de la ciudad. Para llegar a la frontera del ducado de Divulyon, habría que repetir el conjuro varias veces. Pero se trata de un problema complicadísimo: utilizar una magia tan poderosa ya es agotador; realizar varias veces seguidas el mismo conjuro es casi imposible.

—Casi —señaló Jade—. Ese detalle es fundamental.

De repente, Ópalo salió de su mutismo.

—Adrien —dijo—, ¿has encontrado a un mago capaz de llevar a cabo tu plan?

—No —confesó el joven.

—Nosotras podríamos..., bueno, creo —dijo.

—¿Nosotras? ¿Cómo? —preguntó Ámbar, sorprendida.

—¡Con las piedras! —respondió Ópalo—. Puesto que se trata de encontrar una gran fuente de magia...

Adrien no se tomó la molestia de fingir sorpresa. Esperaba ese momento de la conversación.

—Imaginemos que es posible —dijo—. Hay otro problema. Hay que avisar a la población de Nathyrnn de la hora exacta de la evasión para que esté preparada.

Adrien sabía que la revuelta no podría tener lugar sin que corriera sangre, pero no quería asustar más a sus nuevas aliadas.

—¿Cuándo tendría lugar la evasión? —preguntó Ámbar.

—Digamos dentro de un mes —propuso Adrien, pendiente de la reacción de Jade, que fue la esperada.

—¡Ni hablar! —se rebeló Jade—. No esperaré un mes. Quiero llegar al Cuento de Hadas lo antes posible.

—¿Qué entiendes por lo antes posible? —preguntó Ámbar, vagamente alarmada.

—Esta noche.

—¿Esta noche? —exclamaron Ámbar y Adrien al unísono.

—Tiene que ser posible —dijo Jade—. Nuestros enemigos se han puesto en contacto con Ópalo mediante telepatía. Utilicemos ese mismo medio para prevenir a los habitantes.

—Para conseguir acceder a todas las mentes de esta ciudad —empezó a decir Adrien—, tendríais que...

—¡Sólo tendríamos que intentarlo! —lo interrumpió Jade—. Si dudamos demasiado, nos exponemos a acabar nuestros días en esta ciudad, y a eso no estoy dispuesta en absoluto.

—No es tan sencillo —advirtió Adrien—. El esfuerzo que eso va a exigirnos es... Bueno, la verdad es que tienes razón. Si habéis llegado hasta aquí, conseguiréis sacarnos —concluyó, llevado por el entusiasmo de Jade.

Ámbar respiró hondo. Ella no estaba muy convencida, pero Jade y Ópalo ya habían sacado sus piedras de la bolsa de terciopelo negro.

Vaciló. Después de todo, acababan de conocer a Adrien. ¿No era prematura la confianza que las otras dos depositaban en él? No obstante, sacó su piedra. En el fondo, la perspectiva de permanecer encerrada en Nathyrnn le gustaba tan poco como a Jade.

—Pensad sólo en vuestro objetivo: prevenir a los habitantes de la evasión —dijo Adrien—. Si vuestro mensaje es lo suficientemente claro y vuestra voluntad lo bastante poderosa, convencerá a la gente.

Concentrad toda vuestra fuerza en eso.

Ópalo asintió con la cabeza, pero Ámbar se puso tensa sin saber por qué. Las tres chicas, cada una con su piedra en la mano, centraban todos sus pensamientos en la liberación de Nathyrnn. Sus mejillas se tiñeron de rojo, pues, sin darse cuenta, estaban realizando un inmenso esfuerzo. Entonces sucedió algo absolutamente imprevisto. Las muchachas cerraron simultáneamente los ojos y, ante la mirada atónita de Adrien, una esfera traslúcida se materializó en torno a ellas. A

continuación, el globo comenzó a elevarse con las tres chicas flotando dentro. La esfera parecía tan frágil como una burbuja a punto de estallar, pero en realidad era más sólida que una armadura de metal.

Ellas no se habían percatado de nada. Una imagen ocupaba su mente: la de una multitud cruzando las puertas de la ciudad. Murmuraban palabras que no conocían, proyectaban imágenes cuyo significado les era desconocido. Algo se había apoderado de ellas, pero ese algo parecía provenir de lo más profundo de su alma. Sin saberlo, transmitían esos pensamientos al conjunto de la población de Nathyrnn.

Adrien, impresionado, observaba la escena que se desarrollaba ante él. Percibía las palabras que Jade, Ópalo y Ámbar emitían por telepatía.

Sus persuasivas voces sonaban en su mente.

Al cabo de un cuarto de hora, la esfera que contenía a las tres chicas descendió lentamente y se posó en el suelo. La burbuja desapareció tan repentinamente como había aparecido.

Jade y Ópalo no parecían nada afectadas por el prodigio que acababan de realizar. Volvieron a sentarse tranquilamente en sus respectivas sillas. Jade, rebosante de orgullo, sonreía. Ámbar, sin embargo, tenía los ojos perdidos en el vacío. Se sentó en el suelo y se puso a llorar:

—Jamás... volveré a verla... No debería haber... y sin una palabra de disculpa... No sobreviviré... —De pronto cambió de tono, levantó un puño en actitud amenazadora y dijo, furiosa—: ¡No quiero! ¡No!

¡Dejadme! ¡Quiero ser libre! ¡Deteneos!

—¡Ámbar! —exclamó Jade—. ¿Qué ocurre?

Adrien suspiró y dijo:

—Lo que me temía. Al entrar en contacto con todos los habitantes, Ámbar ha absorbido sus pensamientos. Tendrá que sentir las emociones de todas esas personas para liberarse de ellas. Tardará varias horas.

—¿Por qué a Ópalo y a mí no nos ha pasado lo mismo? —preguntó Jade.

—Eso quiere decir que Ámbar posee una gran sensibilidad —explicó Adrien—. Pero no os preocupéis, se le pasará y no le dejará más que un mal recuerdo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Lo más importante es que lo hayáis logrado. Es toda una proeza, y significa que tenemos una posibilidad. ¡Bravo!

—Gracias —dijo Jade sin modestia—. No ha sido tan difícil.

—Mejor. Lo que nos espera sí que lo será.

—Ya veremos —dijo Jade. Luego, en un tono un tanto altivo, añadió—

: No tengo miedo.

**París, 2002**

Me desperté. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, oí latir mi corazón, me sentía viva y feliz de estarlo. Distinguía un resplandor, apenas visible, al final de aquel abismo negro de dolor, de aquella oscuridad cotidiana, sin esperanza. No podía olvidar que la muerte me acechaba y que se apoderaría de mí sin piedad. Tenía miedo. Tenía frío.

Mi vida carecía de sentido; ya estaba muerta sin estarlo. Todos los días eran iguales, inútiles, llenos de desesperación y de sufrimiento. La enfermedad me corroía. No podía más. Se me habían agotado las lágrimas y el valor. Ya no me quedaba nada. Todo había resultado vano.

En el fondo, mi existencia había quedado reducida a la nada; ni siquiera me quedaban fuerzas para sentir la desesperación como una injusticia.

Una noche más, igual que las que la habían precedido y que las que la seguirían. Eso al menos había creído al sumirme en el sueño.

Normalmente no soñaba; dormía poco y mal. Pero esta vez había sucedido algo raro. Había tenido un sueño maravilloso e increíblemente real, y tenía la impresión de que en alguna parte de un mundo lejano continuaba. ¿Cómo saber si los sueños eran mensajes de una existencia real, y mi vida, descabellada, el reflejo imaginario de ese mundo desconocido? Tuve un acceso de tos. El sueño... Me aferré a él con toda la fuerza de mis pensamientos. Jade, Ópalo y Ámbar... ¡Qué extraño!

Las iniciales de sus nombres formaban mi diminutivo, Joa. Antes siempre me llamaban así, aunque mi verdadero nombre es Joanna.

Intenté tragar la bola que me obstruía la garganta. Creía que había superado el período en que se me saltaban las lágrimas de nostalgia sin avisar. Joa. Eso pertenecía al ayer. Una época pasada. Ahora ya no tenía nombre, pues nadie se tomaba la molestia de hablarme. No era nada, simplemente un cuerpo casi inerte sobre una cama, en una habitación.

Nada.

Cerré los ojos, que me ardían. La esperanza no conducía a nada. No obstante, deseaba que mi sueño continuara.



**J**ade había preparado con Adrien el plan detallado de la evasión.

Ninguno de los dos parecía dudar del éxito de su empresa. El joven había estado largo rato buscando la fórmula en los pocos libros de magia que había escondidos en la ciudad. Por fin, había enarbolado una hoja amarillenta y apergaminada por el paso del tiempo, Jade la había examinado y, entre los dos, habían establecido el orden de las operaciones que tendrían que efectuar. Ahora había llegado el momento de realizar el conjuro.

«Es demasiado tarde para echarse atrás», pensó Ópalo. Debía ir hasta el final. Sin embargo, algo en su interior trataba de convencerla de lo contrario.

Ámbar había recobrado plena conciencia, pero aún se sentía débil.

Jade y Adrien estaban impacientes por empezar.

Jade se apoderó de la fórmula. Ópalo se acercó. Ámbar, aunque le fallaban las piernas y aún tenía la mente embotada, se unió a ellas.

—Bien —dijo Adrien, con el corazón palpitante—, adelante. Basta repetir la fórmula una y otra vez, sin interrupciones. El círculo de encantamiento es visible. Vuestra fuerza producirá la magia.

Las tres chicas sacaron las piedras.

—Lo normal —prosiguió Adrien, excitado— es que los habitantes de Nathyrnn estén congregándose ante la salida de la ciudad. Voy en su busca. Mientras tanto, vosotras repetid el encantamiento. Yo abriré la puerta de la ciudad, vosotras os reuniréis conmigo y todo el mundo será liberado.

—Ya lo sabemos —dijo Jade—. Es fácil.

—Os costará desplazaros —les advirtió Adrien—. Seguramente estaréis muy débiles debido a la fuerza del conjuro. Esperemos que no notéis el cansancio hasta

después de salir de Nathyrnn.

—No pasa nada —lo cortó Jade con firmeza.

—Concentraos —insistió Adrien.

—Sí, sí, ya nos lo has explicado todo —gruñó Jade, impaciente.

La conversación acabó ahí. Adrien fue a reunirse con los habitantes de Nathyrnn, mientras que las tres chicas apretaron las piedras y comenzaron a pronunciar la fórmula mágica. No sucedía nada. Las palabras no tenían ningún sentido. Leyeron varias veces la fórmula. La lasitud las invadía. Al cabo de unos minutos, se detuvieron simultáneamente; habían comprendido que el conjuro estaba lanzado.

No se sentían nada cansadas, pero habían perdido toda capacidad de pensar y de expresarse. Eran meros cuerpos sin pensamiento. Sin embargo, sabían lo que tenían que hacer, como si una voluntad desconocida las guiara. Se precipitaron hacia la salida de Nathyrnn, donde encontraron a Adrien ante la puerta abierta. Toda la gente estaba maravillada y excitada. Un milagro les devolvía la libertad.

—¡Aquí estáis! —exclamó Adrien al ver a las tres chicas—. Parece que todo va bien. Hay que hacer evacuar a todo el mundo. Algunos continuarán hasta el Cuento de Hadas con nosotros y otros regresarán a sus casas natales.

Jean Losserand se encontraba entre estos últimos. Por fin iba a reunirse con su anciana madre, a volver a su hogar. Entre la multitud de gente que se agolpaba para salir, les hizo una seña a Jade, Ópalo y Ámbar, con lágrimas de felicidad y de incredulidad en los ojos. Pero las tres chicas no lo vieron. No podían reconocerlo.

—Tendréis que salir sin mí —prosiguió Adrien—. Tengo que sacar a los presos de las celdas. Sé dónde encontrar las llaves, pero hay que actuar muy deprisa. Vosotras avanzad diez minutos hacia el Cuento de Hadas y luego haced un alto para reponer fuerzas y esperarme.

Las tres jóvenes permanecieron en silencio. Salieron siguiendo a la multitud, con la mente en blanco, sin manifestar ninguna extrañeza ante la situación, pese a lo increíble que era: toda la población se agolpaban a las puertas de la ciudad y los caballeros de la Orden estaban profundamente dormidos.

Las tres chicas y una parte de los habitantes de Nathyrnn avanzaron en la oscuridad, con el corazón rebotante de júbilo. Al cabo de diez minutos, siguiendo las instrucciones de Adrien, todo el mundo se detuvo. Unos instantes después, el conjuro se desvaneció y Jade, Ópalo y Ámbar se desplomaron sobre la tierra seca. La magia había absorbido toda su energía. Mientras el conjuro estaba actuando, las muchachas no se habían dado cuenta de nada, pero ahora se encontraban absolutamente desprovistas de fuerzas. Todas las tentativas de hacerlas salir de su letargo resultaron vanas.

Diez minutos más tarde, Adrien llegó a la cabeza de más de quinientos presos.

—Por el momento, todo va extraordinariamente bien —declaró.

Uno de los antiguos habitantes de Nathyrnn señaló a las chicas tendidas en el suelo. Adrien sabía que su estado no era grave, pero, al ver a Jade inmóvil y sin

conocimiento, sintió una sensación de frío.

—Continuaremos nuestro camino —dijo, sobreponiéndose—. Yo cogeré a una de las chicas y dos de vosotros llevaréis a las otras. Lo normal es que vuelvan en sí antes de que llegemos a la frontera. Son ellas las que han realizado el conjuro; gracias a ellas hemos llegado hasta aquí.

Se oyó un murmullo de asombro. Adrien lo interrumpió con un gesto seco:

—No tendrán suficientes fuerzas para realizar otro conjuro y dormir a los caballeros de la Orden que vigilan la frontera. No tenemos elección: tendremos que demostrar que vale la pena que nuestros sueños existan, que nuestro valor no es una ilusión. Lucharemos.

Un clamor de miedo se elevó, pero Adrien no perdió el aplomo:

—Cada preso ha cogido la espada de un caballero de Nathyrnn. Como algunos son niños o no tienen fuerzas para combatir, las armas se repartirán entre los más audaces. ¡No hemos escapado para abandonar ahora! Tenemos un objetivo y está muy cerca. ¡Que los que se sientan con valor para luchar den un paso adelante! ¡Nada puede vencer a la esperanza!

La frontera del ducado de Divulyon estaba muy bien protegida, pero, ante el ardor de Adrien y su voluntad inquebrantable, todos los hombres vigorosos dieron un paso adelante. Adrien se encargó de repartir las armas.

—Nada puede vencer a la esperanza —murmuró otra vez para convencerse a sí mismo.

Los habitantes de Nathyrnn se pusieron en marcha. Dos hombres llevaban a Jade y a Ámbar en brazos. Adrien se encontró llevando a Ópalo. El joven constató que de ella emanaba cierta nobleza y se dejó invadir por el calor de su cuerpo mientras lo estrechaba contra sí.

Examinó la tropa que dirigía. En cada mirada brillaba una impresionante determinación. Las mujeres, los ancianos, los niños, todos avanzaban con valor. Era noche cerrada, pero el camino pedregoso y difícil que seguían era el de la libertad. La gente no hablaba para saborear la tranquilidad efímera que reinaba a su alrededor.

Muy pronto, las tres chicas volvieron en sí. Estaban extenuadas, tenían la cabeza pesada y los miembros doloridos, pero estaban lúcidas.

Al percatarse de la situación, intentaron realizar otro conjuro, pero fueron incapaces. Los que las llevaban en brazos las dejaron en el suelo.

Les costaba mantenerse en pie y caminar. Hubo que seguir sosteniéndolas bastante rato.

Al cabo de aproximadamente un cuarto de hora, la tropa llegó a la frontera del ducado de Divulyon. La oscuridad circundante los protegía de la mirada de sus enemigos. Ante ellos se erguían a centenares los caballeros de la Orden. Y detrás de éstos, el campo magnético, formando una semiesfera que rodeaba el Cuento de Hadas, desprendía una claridad deslumbradora pese a su opacidad.

—Luchad con valentía —dijo Adrien a los hombres armados—. Desviad la

atención de los soldados para que puedan pasar los más débiles y no os repleguéis hasta el final. Sembrad la confusión.

Tras estas palabras, se lanzó al ataque empuñando la espada y los hombres en condiciones de combatir lo siguieron. Algunos, pese a no tener armas, se sumaron a la batalla gritando.

Al principio, el efecto sorpresa fue total. Las madres y sus hijos corrieron en desbandada hasta el campo magnético. Los caballeros de la Orden, ocupados en defenderse contra los atacantes, no detuvieron casi a nadie. Los niños penetraron sin dificultad en el Cuento de Hadas y sus madres consiguieron seguirlos. Sin embargo, la batalla enseguida empezó a resultar desastrosa. Los caballeros de la Orden se imponían fácilmente a sus adversarios; tan sólo una decena de hombres, entre ellos Adrien, llegaba realmente a desestabilizarlos. Muchos de los antiguos habitantes de Nathyrn yacían en el suelo, gravemente heridos o agonizando. Únicamente quedaban, agazapados en la oscuridad, un puñado de hombres enclenques, viejos atemorizados y numerosas mujeres maduras, además de Jade, Ámbar y Ópalo.

—Si esperamos, no pasaremos —dijo de repente Jade—. Hay que tentar la suerte ahora y aprovechar la sorpresa que el combate ha provocado. ¡Corred! ¡Escapad! ¡No os detengáis, escabullíos entre los caballeros! Todavía queda un poco de esperanza, ¡aferraos a ella!

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que había recuperado, Jade corrió sin miedo hacia el campo de batalla y cogió la espada de un hombre tendido en el suelo, cubierto de sangre. Había recibido una educación muy completa y, además de leer lenguas antiguas, también sabía combatir. Levantó la espada. En ese instante, el ruido de las armas entrechocando disminuyó hasta desaparecer por completo. Ni los caballeros de la Orden ni los fugitivos pudieron evitar sentirse impresionados por la visión de aquella chica de unos catorce años, de cabellos negros y mirada orgullosa. Su imagen parecía incongruente en aquel lugar donde se había derramado sangre en abundancia. Los caballeros de la Orden dudaron sobre el comportamiento que debían adoptar. Fue un error. Jade, con rapidez y agilidad, atacó a uno de ellos.

Ámbar, Ópalo y los fugitivos incapaces de combatir aprovecharon la circunstancia para cruzar el campo de batalla. Ámbar atravesó el campo magnético fácilmente. Algunas personas más, tras haberse concentrado, la siguieron con más dificultades. Pero la mayoría, entre la que se hallaba Ópalo, no pudo traspasar la frontera que la separaba del Cuento de Hadas. De pronto, Adrien, que luchaba con denuedo, gritó a los hombres que quedaban y a Jade:

—¡Debemos replegarnos! ¡Si seguimos, no sobreviviremos!

Pero Jade no le hizo caso. Con una técnica ejemplar, derrotaba a los caballeros de la Orden más experimentados.

—¡Jade! ¡Ven! ¡Estamos en minoría, no podemos vencer!

Jade, casi a regañadientes, retrocedió en dirección al campo magnético con Adrien y los demás hombres. Apretando apresuradamente la piedra, trató de atravesar



la protección del Cuento de Hadas. «Creo en él —se dijo—. Debo ir a ver a Oonagh. El Cuento de Hadas existe, y lo imposible también». Sintió un inmenso dolor al chocar contra el campo magnético. Su cuerpo había sido violentamente rechazado. Un viento glacial la envolvió. Intentó avanzar, pero no lo logró. Cerró los ojos y apretó los puños. Cuando los abrió de nuevo, comprendió que había pasado al Cuento de Hadas.

Al otro lado del campo magnético, las cosas iban muy mal. Los escasos combatientes que habían sobrevivido habían cruzado la frontera siguiendo los pasos de Jade. Sólo faltaban Adrien y los que no conseguían creer en lo imposible, entre los que se encontraba Ópalo.

Los caballeros de la Orden, al ver que todo el mundo abandonaba la batalla para huir, se dirigieron hacia los últimos combatientes.

Adrien no se decidía a abandonarlos a su suerte. Algunos lloraban, desesperados, y otros gritaban de miedo.

—Basta creer —les dijo entonces Adrien—. Haced un esfuerzo, recordad un sueño infantil, cualquiera.

Sin embargo, sabía que era demasiado tarde y que lo que decía no era cierto. De repente, contra toda expectativa, Ópalo avanzó hacia los enemigos. Al llegar ante ellos, dijo en voz alta y con firmeza:

—Caballeros, no os pido indulgencia para mí, pero tened el suficiente corazón para juzgar con equidad a estas personas que me acompañan.

Su único crimen ha sido buscar la libertad. ¿Merecen morir?

Adrien contempló a Ópalo con admiración. La muchacha, que normalmente mantenía los ojos bajos, dirigía a los caballeros su mirada impasible. Permanecía erguida y, en aquellos momentos, daba la impresión de ser invulnerable. Parecía tan majestuosa, tan bella...

Adrien comprendió entonces que había estado ciego. Amaba a Ópalo.

Corrió hacia ella para protegerla y para decirle lo que sentía. Pero un caballero de la Orden fue más raudo que él. Las palabras de Ópalo le habían hecho reír. No tenían ningún sentido para él, formado para destruir vidas y no para preservarlas. Desenfundó su espada de hoja cortante y la clavó sin piedad en el corazón de Ópalo, traspasándolo con una sonrisa brutal en los labios.

El cuerpo inerte de Ópalo cayó en los brazos de Adrien. La sangre, escarlata, se extendía sobre su ropa. Jamás había estado tan hermosa, serena incluso en la muerte. A Adrien se le llenaron los ojos de lágrimas.

Acercó los labios a los de Ópalo, todavía suaves y tibios.

—Yo la amaba —dijo simplemente.

Los caballeros de la Orden se miraron. Estaban acostumbrados a los lamentos, los llantos y las acusaciones; ya no les impresionaban. Pero aquello los pilló desprevenidos.

—La culpa no es vuestra —continuó Adrien, con voz triste y firme. Los

caballeros levantaron la cabeza, sorprendidos—. Os han formado para luchar, os han enseñado a matar. Es vuestro oficio y lo hacéis bien. Sois hombres, sabéis manejar las armas mejor que nadie.

Los caballeros no salían de su asombro.

Adrien sacó discretamente la piedra de la bolsa de terciopelo negro y la apretó, como antes hacía Ópalo.

—Sin embargo —prosiguió—, habéis olvidado lo esencial. Todos tenéis corazón, podéis sentir amor, y eso es lo que os convierte en auténticos hombres.

Los presentes asintieron muy despacio con la cabeza. Curiosamente, a nadie se le ocurrió continuar la batalla.

—Habéis matado a la muchacha que amaba —dijo Adrien—, pero no os lo reprocho.

¿Fueron las palabras de Adrien lo que emocionó a los caballeros, o la visión del joven transportando el cuerpo inerte de Ópalo? ¿O quizá la piedra, que había desprendido una especie de magia? Nadie lo supo jamás. Adrien dijo simplemente:

—Si sois hombres, sabéis lo que tenéis que hacer.

Y en ese preciso momento, un caballero de la Orden envainó la espada con gesto vacilante. Los demás siguieron su ejemplo. No sabían si aquello era lo correcto, pero algo en el fondo de su ser los había impelido a hacer.

Entonces, dándoles la espalda, Adrien se dirigió hacia el campo magnético. Apretaba la piedra con fuerza, conteniendo las lágrimas.

Formaba una unidad con Ópalo. Ella lo había amado. Él la amaba.

Atravesó fácilmente el campo magnético del Cuento de Hadas. A falta de esperanza, el amor había vencido lo imposible.

**S**

u herida era profunda: un tajo en el antebrazo izquierdo. El día anterior

había tenido que luchar contra los bumblinks. Esas criaturas malignas causaban estragos en el bosque septentrional del Cuento de Hadas. Había decidido atravesarlo en lugar de perder largos y agotadores días rodeándolo, pero había sido una imprudencia. El bosque estaba poblado de espíritus maléficos que no toleraban la presencia de humanos. Ya había librado dos batallas en tan sólo tres días, y su caballo había sucumbido en una de ellas. Afortunadamente, estaba cayendo la noche, y con su llegada los habitantes del bosque se dormían.

Se había detenido en uno de los pocos claros, al límite de sus fuerzas.

De pronto, oyó un rumor. Con la mano sana, desenfundó rápidamente su espada de hoja resplandeciente. Una silueta apareció. El joven, desconfiado, permaneció a la espera. El desconocido avanzó. Bajito y rechoncho, iba vestido con una amplia túnica verde oscuro y llevaba una espada envainada. Imposible calcularle una edad exacta, pues, pese a que algunas arrugas le surcaban el rostro, tenía una expresión juvenil.

Unos cabellos de un rubio muy claro le caían, enmarañados, sobre la abombada frente. Tenía una minúscula nariz achatada y unos labios sin color, pero carnosos. Sus cejas, al igual que sus cabellos, eran muy finas y casi blancas, y coronaban dos grandes ojos negros de mirada despreocupada, aunque llena de experiencia. Una amplia sonrisa se desplegaba en su rostro, aparentemente bondadoso. No obstante, observándolo se percibía que podía volverse temible si la situación lo exigía. ¿Era un ser humano? A primera vista, lo parecía. Su aspecto no se diferenciaba prácticamente en nada del de los hombres. Sin embargo, si uno lo miraba con atención, veía que su piel tenía un leve matiz plateado.

—¡Guarda tu espada, extranjero! —dijo la criatura—. Mis intenciones son

pacíficas.

El joven del brazo herido no estaba convencido de ello y no hizo caso.

Luego, tras reflexionar un momento, acabó por obedecer.

—He venido de lejos para verte —prosiguió la criatura—. Me llamo Elfohrys y me presento ante ti para pedirte ayuda, no para luchar.

Elfohrys avanzó unos pasos y observó al hombre que estaba frente a él. Debía de tener unos dieciocho años. Sus cabellos eran castaños y sus ojos, azul oscuro con ligeros toques esmeralda, poseían una intensidad en la que se leía sin dificultad cierta melancolía. Su semblante era grave.

Elfohrys se quedó sin respiración. «Vaya», dijo para sus adentros.

—Dime, ¿no eres un hovalyn o un caballero errante, como dice la gente del pueblo?

—Lo soy —confirmó el joven.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Elfohrys con el corazón palpitante—. Dilo sin temor.

—No tengo nombre —confesó el joven hovalyn—. O, al menos, no lo sé. Hace dos años, me desperté en medio de un campo y el pasado se había borrado de mi memoria. Entonces decidí hacerme hovalyn y partir en busca de mi nombre.

—¡El Innombrado! —exclamó Elfohrys con una admiración y un entusiasmo sinceros—. Tu fama ha recorrido todo el Cuento de Hadas.

En todas partes se habla de un valiente hovalyn que busca su nombre.

¿Eres de verdad el Innombrado?

—Por desgracia, sí. Mi búsqueda no parece llevar a ninguna parte.

—Yo estoy en condiciones de ayudarte. Puedo ayudarte a atravesar el bosque y acompañarte más lejos aún.

—Pero ¿por qué vas a querer ayudarme?

—Yo también debo llevar a cabo una búsqueda, pero no puedo revelarte ni su causa ni su finalidad.

«Busco al Elegido y creo que lo he encontrado», pensó Elfohrys.

El Innombrado no hizo preguntas. Después de todo, un compañero de viaje, aunque fuera misterioso, era de agradecer. El joven guardó silencio. Los pensamientos lo llevaron, como siempre, hacia su sueño: tener una identidad. Había recorrido la mayor parte del Cuento de Hadas preguntando a todo el mundo si sabía algo sobre él, pero sus indagaciones no habían dado ningún fruto. Sí, había combatido repetidas veces contra monstruos que aterrorizaban a la población y obtenido muchas recompensas... Pero lo que él quería no era la gloria.

Por la noche, después de haber afrontado mil peripecias, nunca se dormía sin preguntarse su nombre y su origen. Se había inventado cientos de pasados, según el humor de que estaba, pero eso no era suficiente para satisfacer su deseo, y la frustración lo devoraba mientras proseguía su vagabundeo.

Se hacía tarde y el hambre empezaba a hacerse notar. El Innombrado sacó de sus

pesadas alforjas pan, una cantimplora con agua, pavo ahumado y una fruta de aspecto extraño. Quiso compartirlo con Elfohrys, pero éste rechazó cortésmente el ofrecimiento y sacó de su propia bolsa un manjar poco corriente. Comió con voracidad una masa violeta, viscosa y pegajosa, y, rápidamente saciado, esperó con paciencia que su compañero ingiriese sus vituallas. Después se hizo el silencio. El Innombrado encendió una fogata de llamas danzarinas. A continuación, se sentó sin decir nada. Era una situación sorprendente, pensó. De la noche a la mañana, se había encontrado en compañía de un extraño del que no sabía nada o casi nada. ¿Podía confiar en él?

Elfohrys se había tendido y ya dormía profundamente.

El Innombrado, que no conseguía conciliar el sueño, permanecía tumbado con los ojos abiertos, mirando las estrellas titilantes. Intentaba localizar las diferentes constelaciones e identificarlas. Una nostalgia indescriptible le invadía el corazón. ¿Qué era? ¿Quién era? Ningún recuerdo, nada que lo convirtiera en un ser humano, tan sólo un cuerpo y un alma que sufría. Era un extraño para sí mismo. El Innombrado sacó la espada de la funda y escrutó su larga hoja helada, uniforme y cortante. Imaginó aquella hoja penetrando en su corazón.

¿Experimentaría una sensación de frío? Quizá no; el invierno ya vivía en él, un invierno eterno de preguntas sin respuesta. ¿Para qué servía él en este mundo?

Las estrellas brillaban más que de costumbre. Se levantó con la espada todavía en la mano y echó a andar sin saber adónde iba, sin pensar que se exponía a perderse. ¿Qué importancia tenía eso? Tomó un sendero sinuoso y se internó en las profundidades de la noche.

Caminó largo rato sin preocuparse de lo que lo rodeaba, sin detenerse.

Por fin, llegó a un claro que la luna iluminaba con su claridad nocturna.

El Innombrado distinguió un lago. Se sentó en la orilla y contempló su rostro, que se reflejaba en el agua clara. ¿Qué representaba aquel rostro, si no tenía nombre? Meditó largo rato, con la espada junto a él.

De pronto, su reflejo se enturbió y una criatura con aspecto de sirena salió del lago. Era hermosa, y dos colas del mismo tamaño, recubiertas de escamas de oro, remataban su cuerpo de mujer; sin duda alguna pertenecía al mundo mágico. Su piel era de una blancura y una pureza casi demasiado perfectas, sus facciones parecían cinceladas y sus ojos azules tenían reflejos dorados. El cabello negro le caía sobre los hombros en pesados y sedosos rizos, que no parecían mojados por el agua de la que acababa de surgir. En las manos, de finos dedos, llevaba un estuche de oro con incrustaciones de perlas redondas. Se dirigió a él sin temor:

—Mortal, te has aventurado a acercarte a la orilla del lago de los Tormentos. Tan sólo las almas que sufren pueden contemplar su reflejo en sus aguas; las demás se ahogan por haber buscado en ellas un consuelo que no merecen. Mis hermanas y yo somos las guardianas y las señoras del lago. Raramente nos dejamos ver, y sólo ante quienes son dignos de ello. He subido a la superficie para hablar contigo, mortal, pues

debo entregarte algo que te pertenece.

—Cometes un error. Yo sólo tengo mi cuerpo y mi alma... No soy nada, ni siquiera tengo nombre. Me llaman el Innombrado.

—Yo conozco tu identidad, tu pasado e incluso parte de tu futuro. Hay muchos que saben todo eso sin conocerte. Pero, aunque lo desearas, no te revelaría el nombre que te pusieron al nacer, pues no es ésa mi misión. Lo único que me corresponde hacer a mí es darte este estuche.

Se nos confió a mis hermanas y a mí hace muchos años. Entonces prometimos entregarlo a una persona concreta, destinada a venir un día a orillas de este lago. Esa persona eres tú, mortal. Cuida lo que contiene este estuche. Tal era la voluntad de quienes nos confiaron su custodia.

El Innombrado cogió el objeto y la sirena de rizos morenos volvió a sumergirse inmediatamente en las profundidades del lago, sin añadir una palabra y sin hacer ruido. Desconcertado, pero movido por la curiosidad, el Innombrado abrió el estuche con precaución. Respiraba entrecortadamente por la emoción y el corazón se le había acelerado. El estuche estaba vacío.

El Decimotercer Miembro raramente montaba en cólera. Sin embargo, en esta ocasión estaba más que furioso y temblaba de rabia; tenía los rasgos deformados, gritaba, su voz retumbaba en las salas del palacio del Consejo de los Doce.

—¿Cómo? —rugió. ¿Estás diciéndome que toda la ciudad de Nathyrnn se ha escapado? ¿Me tomas por imbécil?

La imagen de un caballero de la Orden con expresión atemorizada aparecía sobre una amplia plancha dorada, no muy gruesa, que flotaba en el aire.

—Pues... sí, todo el mundo ha escapado —confesó el hombre con una voz casi inaudible.

—¿Y qué explicación tienes? —rugió el Decimotercer Miembro del Consejo—. ¿Acaso vas a decirme que os quedasteis dormidos?

—Pues..., en realidad..., sí —balbució el caballero de la Orden, confuso y avergonzado.

—¿Te atreves a mentirme? ¿Es que no sabes la suerte que te espera?

¡La muerte! ¡En la plaza pública y con deshonor!

—Pero..., no estoy mintiendo, se lo aseguro.

—¡Pásame con la frontera del ducado de Divulyon! ¡Inmediatamente!

La imagen se emborronó y dejó paso al rostro de otro caballero de la Orden.

—¡Comandante en jefe de los caballeros de la Orden que protegen la frontera de Divulyon, a su servicio! —dijo éste en el acto.

—Comandante —dijo el Decimotercer Miembro, exasperado—, ¿han detenido a un importante grupo de fugitivos hace unas horas?

—Pues, el caso es que... —contestó el comandante, en un tono repentinamente más humilde y vacilante.

—¿Qué ha ocurrido? —bramó su interlocutor—. ¡No mienta!

—Interceptamos a cierto número de personas, en efecto.

Neutralizamos a la mayoría de ellas, luchamos valientemente. Nuestras tropas resultaron seriamente afectadas...

—¡Quiero saber si ha pasado alguien al Cuento de Hadas!

—Sí —confesó el caballero de la Orden bajando los ojos.

—¡Pero eso es imposible! —gritó el Decimotercer Miembro—. ¿Quién dirigía esa revuelta?

—Aparentemente, un joven al que no hemos podido identificar.

—¿Había tres chicas de unos catorce años?

—Creo que sí. Una de ellas sabía luchar muy bien.

—¡No me diga que ha muerto o será usted quien muera!

—No, ella no. Otra.

—¿Otra? Descríbame-la.

—Rubia, de ojos claros, piel blanca, vestida con ropa sencilla...

—¿Cómo? ¡Acaba de firmar su sentencia de muerte, caballero! —vociferó el Decimotercer Miembro del Consejo.

A continuación, hizo un gesto vago con la mano y la imagen desapareció. Apretó los puños, furioso. Su plan había fracasado. No sólo Ópalo había ido a Nathyrnn, sino que su muerte se había producido demasiado pronto. Y las otras dos piedras debían de estar ahora en el Cuento de Hadas, fuera de su alcance. Juntas, las tres piedras representaban una amenaza; tenían mucho poder. Claro que si Ópalo había muerto... Daba igual. No tendría piedad con las otras dos.

De repente, se le ocurrió una idea y un terrorífico rictus de alegría le deformó el rostro.



**E**l paisaje se hallaba sumido en la oscuridad. Se intuían llanuras de tupida hierba silvestre, colinas arboladas.

Los antiguos habitantes de Nathyrnn estaban rebotantes de alegría.

Se abrazaban unos a otros con el semblante transfigurado por la dicha.

¿Cómo no creer en lo imposible después de haber visto a los despiadados caballeros de la Orden enfundar sus espadas?

Adrien, Jade y Ámbar eran los únicos que no compartían la euforia general. Guardaban silencio; sombríos pensamientos habitaban su mente. La muerte de Ópalo los había pillado por sorpresa y se sentían conmocionados. Ya no estaba con ellos; jamás volvería. Se había ido de un modo tan repentino que todavía no acababan de aceptarlo. Y sin embargo, su cuerpo inánime yacía entre los brazos de Adrien. Sus bucles rubios se enroscaban en el vacío, sus labios sin color estaban congelados en una tenue sonrisa, la sangre había abandonado su pálido semblante. Con todo, a pesar de la muerte, conservaba su belleza y parecía todavía más inaccesible.

Adrien, con el corazón apesadumbrado, dominaba valientemente las lágrimas y la tristeza. Sin dejar traslucir su aflicción, condujo a Jade y a Ámbar a la residencia de un amigo suyo, Owen d'Yrdahl. Era una casa elegante, aunque bastante sobria. Adrien entró y se dirigió hacia un cuarto de invitados donde había dormido muchas veces. La puerta de entrada a la vivienda estaba abierta, pues nadie se tomaba jamás la molestia de cerrarla. Así pues, no tuvo que explicar la razón de su visita a nadie. En los oscuros pasillos, se cruzó con algunos juerguistas todavía en pie a aquella avanzada hora de la noche. Lo miraron, pero él no les prestó atención.

Al llegar a la habitación, dejó con cuidado a Ópalo sobre la cama con blancas y limpias sábanas, se arrodilló ante ella, le cogió una mano, todavía tibia, entre las



suyas y la miró en silencio.

Jade y Ámbar permanecían detrás de él. No sabían lo que estaba sucediendo, dónde estaban, qué hacían... No querían pensar, y todavía menos moverse. Ópalo estaba muerta, y eso les parecía inconcebible.

Ámbar no podía evitar llorar. Cegada por las lágrimas, se preguntaba por qué la vida era tan incomprensible y seguía su curso sin dar tregua a los que había decidido aniquilar. Ella había creído que a Ópalo no podía pasarle nada, que era, en cierto modo, inmortal. ¿Por qué había tenido que desaparecer de una forma tan prematura y tan cruel?

Jade se sentía mal. No conseguía estar sinceramente apenada por la desaparición de Ópalo. Por sus mejillas habían rodado algunas lágrimas, pero se debían más bien al horror que le inspiraba la muerte en sí, a la angustia de encontrarse un día sumida en una nada sin fondo ni fin, de no volver a pensar, de no volver a soñar, de ser suprimida del mundo, olvidada... Jade se confesaba con cierta vergüenza que detestaba a Ópalo. Ni siquiera estando muerta podía prodigarle afecto; tan sólo una pizca de compasión. Sin embargo, era consciente de que Ámbar, Ópalo y ella habían formado un conjunto, un todo indefinido que no debería haber sido desunido. Ópalo no tenía que morir, estaba convencida. Sus sentimientos eran fuertemente contradictorios. Por un lado, no lamentaba la muerte de Ópalo; por el otro, se sentía culpable por su insensibilidad. Se recordaba la frialdad y el desprecio con que aquella chica la había tratado, pero una voz le decía que Ópalo era imprescindible y le reprochaba que se hubiese mostrado dura y arrogante con ella.

En ese momento, en la habitación entró un hombre bien formado, ancho de espaldas, con una sonrisa franca que iluminaba su rostro honrado y jovial. Debía de tener unos veinte años, iba vestido con sencillez y parecía muy contento. Desde el umbral de la puerta, exclamó:

—¡Adrien! ¡Has vuelto! ¡Me he levantado a toda prisa en cuanto me he enterado de que estabas aquí! Dime, ¿quiénes son estas encantadoras muchachas? —Dirigiéndose a Jade y a Ámbar, añadió—: Yo soy Owen d'Yrdahl, un viejo amigo de Adrien, y estoy encantado de conoceros. Bienvenidas a mi casa.

Adrien se levantó, dejando a la vista el cuerpo de Ópalo, y tomó la palabra:

—¡Mira, Owen! —dijo con la voz quebrada—. ¡Está muerta! ¡Muerta! Y por mi culpa... Un caballero de la Orden la ha asesinado. Yo podía haberlo evitado, pero no he hecho nada.

La sonrisa de Owen se borró en el acto. Se precipitó hacia Ópalo, le tomó el pulso y miró la sangre que manaba inexorablemente de su herida. Luego, sin dar ninguna explicación, salió del cuarto como una exhalación. Jade y Ámbar se miraron, atónitas. Al cabo de unos minutos, Owen d'Yrdahl regresó en compañía de un hombre rechoncho que examinó a Ópalo en silencio.

—Lloghin, uno de nuestros sanadores más experimentados —dijo Owen—. Por supuesto, en el caso de tu amiga, Adrien, es completamente inútil, pero hay que evitar

que pierda demasiada sangre.

—¡Owen, deja de burlarte de mí! —repuso Adrien en un tono que delataba cansancio—. Ópalo está muerta y no sé qué puede hacer un sanador para cambiar eso. No tiene ninguna gracia.

—¿Gracia? —Owen se dio una palmada en la frente y exclamó—: ¡Claro! ¡Tú no lo sabes!

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó Adrien, sintiendo que una esperanza disparatada le invadía el corazón.

—Lo de la huelga de la Muerte. No había hecho ninguna desde hace dos siglos y, la verdad, es un fastidio. Tu amiga está viva.

—¿Un fastidio? —dijo Jade—. No sé qué tiene de fastidioso un milagro. ¿Qué es eso de la huelga de la Muerte?

—Todo el mundo sabe que la Muerte es una criatura que habita en el Cuento de Hadas. Naturalmente, ocupa unos territorios a los que nadie puede acceder. Y desde hace apenas unas horas, ha decidido no trabajar, así que nadie puede morir.

Jade y Ámbar estaban estupefactas. Adrien, acostumbrado al Cuento de Hadas, no pudo sino dejar correr unas lágrimas de alegría.

—La Muerte está deprimida —prosiguió Owen—. Afirma que nadie la quiere, lo cual es cierto, por supuesto. Pero a ella le gustaría que se la apreciara en su justo valor. Dicen que quiere matarse, y como eso es imposible, se deprime todavía más. Sus consejeros están desesperados.

—¡Entonces Ópalo está viva! —dijo Ámbar, entusiasmada.

—Sí, pero tardará mucho en curarse del todo. Por eso no debe perder demasiada sangre.

Lloghin, el sanador, le aplicaba bálsamos y compresas a Ópalo, al tiempo que pronunciaba palabras extrañas.

—La última huelga de la Muerte tuvo unas consecuencias terribles —dijo Owen d'Yrdahl—. Duró diez años. Todos los que se herían o caían enfermos durante la huelga se curaban rápidamente, pero los que ya lo estaban antes seguían agonizando sin poder ser liberados por la Muerte.

Al final, sus consejeros lograron hacerla entrar en razón. Pero esta vez tengo la impresión de que la cosa es más grave.

—¡Vaya historia! —exclamó Ámbar, impresionada.

—Ahora que ya no tenéis que preocuparos por vuestra amiga, Ópalo, si he oído bien, quizá podríamos conocernos un poco —propuso Owen a Jade y Ámbar.

—De acuerdo. Conocemos a Adrien desde hace menos de un día, pero aun así hemos liberado una ciudad con él, y hemos venido aquí para ver a Oonagh, que lee en los corazones o algo así —dijo Jade, bostezando de cansancio—. Yo soy Jade, pero eso es todo cuanto sé de mí misma.

Mi propio padre me ha echado de mi palacio y tengo enemigos por doquier, lo que no coincide con la idea que yo tenía de una vida feliz, pero qué le vamos a

hacer...

—Yo soy Ámbar —dijo simplemente ésta.

—Jade, Ópalo y Ámbar... —murmuró Owen, como conmocionado por una constatación evidente.

Jade bostezó de nuevo. Estaba agotada, la cabeza le daba vueltas, ya no sabía muy bien lo que decía.

—Dormir... —murmuró, notando que los párpados le pesaban cada vez más.

—Emmm..., sí, claro, voy a llevaros a una habitación —dijo Owen—. Espérame aquí, volveré dentro de unos minutos —añadió, dirigiéndose a Adrien.

De regreso junto al joven, Owen exclamó, excitadísimo:

—¡Las piedras de *La profecía*! ¡Has traído a las muchachas de las que habla todo el Cuento de Hadas! Me debes una explicación.

—Son unas chicas increíbles —dijo Adrien—, y no le tengas en cuenta a Jade que estuviera cayéndose de sueño. En las últimas horas ha luchado contra los caballeros de la Orden.

—Pero es una imprudencia que vaya por ahí diciendo su nombre y contando toda su historia... ¿Acaso no se da cuenta del peligro que corre?

—No, creo que no —respondió Adrien—. No parece conocer *La profecía*.

—Entonces, no nos corresponde a nosotros abrirle los ojos. Bueno, cuéntame cómo es el Exterior.

—Es muy diferente de esto —contestó Adrien, suspirando—. No te imaginas hasta qué punto; son dos mundos prácticamente opuestos. El Exterior es vasto y hermoso, tal como se rumorea por aquí, pero también es duro, violento y primitivo. La vida allí es ruda y arcaica. La gente no tiene libertad; su sociedad está jerarquizada, es injusta.

—¿No exageras?

—Tal vez... No, no creo. Y tú, dime, ¿qué ha cambiado aquí?

El rostro de Owen se ensombreció.

—Empezamos a desesperar —confesó en voz baja.

—No..., no me digas que... el Elegido...

—Sí. Todavía no lo hemos encontrado.

—¡Eso es preocupante! Según *La profecía*, la fecha de la batalla está muy cerca... Y si el Elegido no da señales de vida..., ¿cómo lucharemos?

El ejército no tardará en empezar a congregarse, pero, sin él, eso no servirá de nada.

—Todo el mundo piensa lo mismo que tú —dijo Owen, contrariado—. Están desmoralizados. Oonagh espera, pero no sucede nada. El Elegido sigue sin manifestarse.

—¿Y si no viniera?

—Eso significaría que Neofileus estaba equivocado, que la Profecía es falsa y que nuestras esperanzas son vanas —dijo Owen, suspirando—. ¡Pero eso es imposible!

—Si el Elegido no existe, entonces quizá las piedras no tienen el poder que se les presta.

—Y en tal caso, todo estaría perdido —sentenció Owen.



El Innombrado encontró con dificultad el camino de regreso, pero el alba lo sorprendió en el claro, al lado de Elfohrys. La luz del día, clara y potente pese al campo magnético que rodeaba el Cuento de Hadas, inundaba el bosque. Un soplo de viento caliente hacía susurrar las hojas de los árboles. Se oía el canto de algunos pájaros matinales. El bosque estaba despertando, y con él, el Innombrado y Elfohrys abrieron los ojos. Aunque habitados aún por el cansancio y con los miembros doloridos, estaban decididos a partir.

A lo lejos sonaban gritos estridentes. Las criaturas que poblaban los bosques también estaban despertando. Pertenecían a la especie de los bumblinks o a la de los ghibduls.

En cuanto a Elfohrys, pertenecía a una especie de criaturas mágicas poco numerosa pero respetada, los clohryuns, de la que también había formado parte Neofileus. Los clohryuns no tenían auténticos poderes mágicos, pero Elfohrys sabía defenderse y no temía combatir con un adversario más ágil que él. Conocía un camino para salir del bosque, aunque nunca lo había tomado. Un amigo de confianza le había hablado de él. Por supuesto, el peligro de toparse con bumblinks o ghibduls era permanente, de modo que había que mantener una vigilancia continua.

Los dos compañeros emprendieron el camino a paso vivo. Elfohrys se adentró resueltamente en senderos sinuosos, bordeados de zarzas y de arbustos raquíticos. El Innombrado no tenía miedo. Concedía tan poca importancia a su vida que no temía perderla. Tras unas horas monótonas de marcha, Elfohrys dejó los senderos para aventurarse por los bosques.

—No hay más remedio —le dijo, sin dar más explicaciones, al Innombrado, que se limitó a asentir con la cabeza.

El bosque parecía aún más amenazador que antes. Los desmedrados árboles se alzaban hacia el cielo, absolutamente desprovisto de nubes.

—Cuanto más nos acercamos al corazón del bosque —dijo entonces Elfohrys—, más se percibe la presencia de las criaturas maléficas. Me sorprende que hayamos llegado hasta aquí sin obstáculos.

A medida que el tiempo transcurría, que el sol se elevaba, la atmósfera se tornaba pesada pese a la sombra que ofrecían los árboles.

El Innombrado se sentía inusualmente cansado; tenía ganas de detenerse, de tumbarse bajo un árbol, de dejarse dominar por el sueño.

Caminaba cada vez más despacio, con la mirada perdida. Conforme avanzaba, percibía los sonidos con menos precisión, las imágenes más confusas. Se ahogaba. Finalmente, todo se convirtió en un gran vacío, en una oscuridad total, y cayó al suelo sin fuerzas. «Nada, nada, nada, no eres nada, nada, nada...», dijo una voz nasal. Después, la voz suplicante de Elfohrys lo forzó a escucharlo por telepatía: «¡No te dejes llevar, Innombrado! Es un ataque mental de los ghibduls. Despierta, basta con un poco de voluntad. ¡No te dejes vencer!».

Pero esa voz incomodaba al Innombrado, que quería apartarla de su mente, impedir que siguiera molestando. Tenía la boca pastosa.

Intentó, a costa de un gran esfuerzo, obligar a Elfohrys a callarse. Y de repente, casi de forma involuntaria, dijo claramente: «¡El estuche! ¡En mis alforjas!», como si alguien le hubiera dictado esas palabras desprovistas de sentido. A continuación, se sumió en un estado de inconsciencia en el que hubiera querido permanecer para siempre.

Sin embargo, al cabo de unos instantes notó que Elfohrys le ponía en las manos el estuche con perlas incrustadas. Movido por un poderoso instinto, lo abrió. Inmediatamente se sintió invadido por una sensación de frescor, de bienestar, y se levantó de un salto.

—¡Innombrado! ¡Has vuelto en ti! —exclamó Elfohrys—. Creía que estabas perdido; el poder de persuasión mental de los ghibduls es muy fuerte. Te he zarandeado, te he gritado, incluso he utilizado la telepatía para ayudarte, pero no conseguía sacarte de tu embotamiento.

—Gracias —dijo el Innombrado—, si no hubieras estado aquí, no habría sobrevivido.

—Sí, los ghibduls te habrían capturado y llevado a su morada maléfica para torturarte.

—Gracias —repitió el hovalyn, sin saber qué más decir.

—¡Menos mal que has pedido ese estuche! Lo he encontrado en tus alforjas, pero, por más que he intentado abrirlo, me ha sido imposible...

Dime, ¿está encantado? ¿Sólo te obedece a ti?

—No lo sé muy bien, me lo he encontrado...

Elfohrys no insistió. ¿Por qué el Innombrado había pedido, con la mente

completamente embotada, que le diera ese estuche? ¿Y cómo había conseguido salvarlo ese objeto?

—Innombrado —dijo de pronto Elfohrys—, cuando hayamos salido del bosque, ¿adónde tienes intención de ir?

—Todavía no hemos salido —contestó el joven, eludiendo la pregunta.

—Los ghibduls no se darán fácilmente por vencidos. Has logrado escapar de ellos y harán lo que sea para vengarse.

—Son unos enemigos temibles —confirmó el Innombrado, aliviado al ver que la conversación se desviaba hacia otro asunto.

Pero Elfohrys insistió:

—Dejando eso a un lado, no me has dicho cuál es tu próximo destino.

—Bien..., pensaba dirigirme a la ciudad de Thaar —respondió el Innombrado, manifiestamente incómodo.

—¿La ciudad de Thaar? —repitió Elfohrys, incrédulo—. ¿La ciudad de los Orígenes? ¿Qué interés puede tener para ti, un hovalyn? Es una ciudad muy peligrosa, es difícil entrar y no aporta nada a tu búsqueda.

—No sé adónde ir —confesó entonces el Innombrado—, y Thaar es uno de los pocos lugares donde todavía no he estado. Es así de sencillo.

—¿Has ido ya a ver a Oonagh? —preguntó Elfohrys, esperando adivinar la respuesta.

—No. ¿Qué quieres que me diga esa criatura? Sé de sobra lo que hay en mi corazón: preguntas, tormentos, pero nada sobre mi pasado.

—Te equivocas. Hace mucho tiempo, fui a ver a Oonagh y me enteré de cosas que ni siquiera sospechaba, pese a que estaban escritas en mi corazón.

—Yo estoy casi seguro de que sus palabras no me serán de ninguna ayuda —dijo con obstinación el Innombrado—. Además, Oonagh vive tan lejos, en esa gruta perdida en una montaña escarpada... Muy poca gente va hasta allí.

—Confía en mí. Sigue mis consejos, ve a ver a Oonagh. Si allí no averiguas nada sobre tu identidad, nos iremos a Thaar.

—¿Por qué no? Si tanto empeño tienes, iré a ver a Oonagh —accedió el hovalyn.

Lejos, justo en el centro del bosque, se alzaba, lúgubre y horrible, la guarida de los ghibduls. Nadie conseguía determinar su extraño carácter. Entre ellos, los ghibduls tenían un comportamiento superior al de los hombres. Nunca se hacían la guerra, toleraban los defectos de sus semejantes y no conocían la cólera en el seno de sus hogares. Se creía que tenían unas costumbres poco evolucionadas, que su sociedad era primitiva, pero era un error. Los ghibduls vivían sin conflictos y, como las demás criaturas, tal vez incluso más, sentían amor y piedad.

Vivían libres y felices; el bosque era su morada, su distracción, su único límite, pues jamás salían de él. Su aspecto era bastante repulsivo, lo que había sido fuente de numerosas leyendas relativas a su crueldad. En realidad, eran de naturaleza afectuosa y leal, pero también feroces combatientes. Sabían que eran más fuertes que la

mayoría de las demás especies y mataban a los que se adentraban en su territorio por miedo a que quisieran apropiarse del bosque. Consideraban a esos extraños de aspecto singular animales salvajes y crueles, excitantes presas condenadas a una muerte violenta. Sí, a los ghibduls les gustaba notar la sangre caliente resbalando por sus manos, impregnándoles las fosas nasales con su penetrante olor... Ellos creían que morir entre sus manos era una bendición para aquellas piezas de caza menor, incapaces de pensar, de amar (cosa que, por lo demás, las piezas de caza en cuestión pensaban de sus adversarios).

Bien, pues los ghibduls habían sufrido en los últimos días una de las afrentas más humillantes de toda su historia. En el bosque había un hombre, y ese hombre los había vencido. Lo habían atacado tras la derrota que él había infligido a sus amigos, los bumblinks. Pero el hombre se había defendido valientemente y había logrado herir a la mayoría de ellos. Manejaba con destreza una espada aparentemente encantada y, sobre todo, no temía morir. Hasta entonces, los ghibduls sólo se habían encontrado con hombres que apreciaban la vida y se aferraban a ella con desesperación. Aquel hovalyn era diferente; habían tenido que admitirlo y replegarse vergonzosamente. Heridos en su orgullo, juraron vengarse, pero, en el fondo, no podían luchar contra un sentimiento de admiración comparable al odio que sentían ahora hacia el hovalyn. Habían intentado desestabilizarlo mentalmente, cosa que sólo se rebajaban a hacer con sus adversarios más valerosos, pero el humano había vuelto a vencer.

Los guerreros ghibduls, mortificados, fueron a buscar a los pensadores, que eran sus estrategias y sus consejeros, los que se encargaban de los asuntos más importantes. Los propios pensadores se sintieron desconcertados por el relato de los guerreros, pero uno de ellos, de mente más despierta, acabó por encontrar una solución que sorprendió a todo el mundo. Al principio se opusieron violentamente a ella, pero tuvieron que acabar por aceptarla. Los ghibduls no eran como se creía, y ese hombre que los había vencido no iba a salir de su asombro, podían asegurarlo...

**París, 2002**

El silencio impenetrable, inalterable, me daba miedo... Sólo oía el ruido continuo de los aparatos a los que estaba conectada, a los que mi vida, acobardada, estaba conectada. Siempre me había dado miedo la oscuridad. ¿Para qué decir lo contrario? Y para mí, la muerte era eso: la oscuridad total, eterna e insondable. Me imaginaba cayendo en un abismo sin poder agarrarme a nada. Me veía atrapada por la nada, engullida para siempre en un mundo desprovisto de sentimientos, de pensamientos,



de colores, desprovisto de todo. Ya no sentiría dolor...

Iba a perderme en ese vacío, a olvidarlo todo, a borrarlo todo, hasta el rastro de mi existencia. En el fondo, si la muerte era eso, quizá la vida ya me había abandonado. Pero no, seguía estando allí, tendida, inmóvil, con el semblante lívido, sacudida por temblores convulsivos, esperando el final... Tenía miedo, tanto miedo que creía que éste acabaría imponiéndose y me mataría antes que la enfermedad. Había aceptado más o menos el dolor, comprendido que continuaría devorándome solapadamente hasta el final. Pero jamás había olvidado el miedo que, agazapado en mi interior, me consumía, me torturaba, me dominaba sin descanso. Tenía miedo del silencio, de la oscuridad, del tiempo, del olvido, de la eternidad. De la muerte. Deseaba detener el tiempo, ordenarle que interrumpiera su marcha. Le gritaba que volviera atrás, que me devolviera mi vida, mi porvenir. Ya no tenía nada a mi lado que pudiera ayudarme, reconfortarme. Tan sólo existía la angustia, cada vez mayor.

Después había llegado el sueño. El sueño había perturbado mi espera, me había cambiado, proyectado fuera del tiempo, fuera de la vida que llevaba o de la ausencia de vida que constituía mi universo. Yo quería que el sueño no se acabara nunca, me hiciera olvidar todo lo demás, lo suprimiera del mundo... Creía poder vivir en mi sueño, convertir el sueño en mi realidad, y mi triste realidad, en un sueño lejano e inverosímil. Sin querer, había recobrado un poco de esperanza. Pero no era más que un sueño. Esa constatación vino a destruir mis ilusiones.

Entonces respiré hondo y miré la verdad de frente, la verdad que leía en la mirada huidiza de las enfermeras, la que se ocultaba, temerosa, en el fondo de mí. No podía continuar creyendo que mi vida volvería a ser como antes, no tenía derecho, ni tampoco fuerzas. Joa, la niña mimada por sus padres, adulada, con miles de amigos, triunfadora, esa Joa ya no existía.

Controlé mi miedo, rompí el caparazón irreal con el que intentaba protegerme gracias a ese sueño. Y dije en voz alta, para oír mejor la verdad de la que huía: «Tengo catorce años y voy a morir». Punto. Y aparte.



Al despertar, Ámbar, desorientada, por un momento sintió pánico.

¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Después, enseguida le vino a la memoria el día anterior, tan cargado de emociones.

Se levantó con pereza y tomó un baño caliente en una salita íntima contigua al dormitorio. Aspiró los delicados perfumes dispuestos en un estante, se roció un poco, se vistió, se peinó y, una vez arreglada, salió de la habitación. Avanzó por el pasillo al que daba ésta sin saber adónde se dirigía; pasó ante varias puertas de madera labrada sin atreverse a entrar. Finalmente, después de haber recorrido multitud de pasillos idénticos, se percató de que estaba dando vueltas en redondo. Con gran alivio, se encontró por fin con alguien, una mujer de unos cincuenta años. Ámbar le expuso su problema y la mujer, riéndose de su desasosiego, exclamó:

—¡Pero, criatura, esta casa no es tan grande como para perderse! Ven conmigo, te llevaré a la sala principal y allí podrás desayunar.

—En realidad —se aventuró a decir Ámbar—, quisiera encontrar a Jade, Adrien y Ópalo. Llegamos anoche...

El semblante de la dama adoptó de pronto una expresión grave.

—Entonces eres tú —dijo con aire pensativo.

—¿Cómo?

—No, no, nada. Ven, te llevaré con tus amigos.

Ámbar la siguió. Entonces se dio cuenta de que la mujer no andaba; su cuerpo flotaba y se deslizaba a uno o dos centímetros del suelo.

—¿Hace..., hace magia? —le preguntó con torpeza.

—¿Magia? De pequeña, era mi sueño, pero no tenía aptitudes. Para eso hay que estar dotado.

—Pero, ese modo de andar sin andar... —dijo Ámbar, confusa.

—¡Pero, criatura, soy una dohnlusyana! ¿Cómo quieres que avance de otro modo?

—Ah, perdone —contestó Ámbar, un tanto confundida.

No había entendido el significado de aquellas palabras. Unos metros más allá, la dohnlusyana abrió una puerta y dejó pasar a Ámbar. Adrien estaba allí, a la cabecera de Ópalo, junto a Jade y Owen d'Yrdahl.

—¡Ámbar! —exclamó Owen—. ¡Por fin! ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo para descubrir un poco el Cuento de Hadas?

—¡Con mucho gusto! —respondió ella, realmente encantada.

—Yo me quedo aquí —dijo Adrien—. Si Ópalo se despierta, debe encontrarme a su lado.

Jade, Ámbar y Owen salieron de la vivienda. En el patio había tres caballos atados. Al acercarse, las dos chicas apreciaron las mínimas diferencias que los distinguían de la especie que ellas conocían: aquellos animales estaban recubiertos de una especie de pelaje pardo que parecía suave y bastante tupido, su crin dorada, resplandeciente, parecía despedir llamas, y su mirada azul brillaba de inteligencia.

—Éstos son los caballos que vamos a coger para dar el paseo —dijo Owen—. Son auténticos purasangre; imposible encontrar otros más mágicos.

—¿Mágicos? —preguntó Ámbar, desconcertada—. ¿Es que vuelan, echan fuego por los ollares o cosas así?

—Claro que no —contestó Owen, estupefacto—. No he dicho que un mago los haya hechizado.

—Entonces, ¿qué tienen de mágico? —preguntó Ámbar.

—¿Te sientes decepcionada? Si quieres, puedo darte una montura más corriente —repuso Owen, no sin malicia.

—No, no...

Ámbar no insistió. Montaron cada uno en un caballo y se pusieron en marcha, con Owen a la cabeza. Las dos chicas se sintieron enseguida desilusionadas. El paisaje del Cuento de Hadas no ofrecía nada sorprendente. Un cielo de un azul inmaculado se extendía hasta el infinito, con tan sólo algunos picos lejanos, coronados de nieves perpetuas. Ámbar miraba aquellas cimas orladas de blanco y las colinas que se ofrecían a su vista.

—Allí, donde están esas montañas —dijo Owen de pronto—, vive Oonagh. Es un lugar de difícil acceso. Si no necesitarais ir, os aconsejaría que no lo hicierais, pero, en fin... En cualquier caso, no vayáis nunca a la ciudad de Thaar. Ni lo intentéis siquiera, es lo último que habría que hacer.

—¿Por qué? —preguntó Jade, sorprendida por esas recomendaciones.

—Es más que peligroso —respondió Owen—, es simplemente mortal.

Esa ciudad está maldita. La han bautizado yo no sé cuántas veces, pero no ha habido nada que hacer; no ha cambiado y nunca cambiará.

—Pero ¿por qué? —repitió Jade.

—No tiene importancia —dijo con sequedad Owen, súbitamente nervioso.

Ámbar seguía la conversación distraídamente mientras acariciaba el pelaje de su caballo. Esperaba notarlo suave, pero era áspero.

Sin embargo, apenas hubo formulado ese pensamiento, la textura cambió bajo sus dedos. Se volvió lisa, sedosa, muy agradable al tacto, exactamente como ella la había imaginado. Intrigada, miró detenidamente el pelaje del animal. «¡Qué bonito sería si fuese blanco!», pensó. Inmediatamente, su deseo se hizo realidad. Vio cómo el pelaje del caballo se aclaraba de forma gradual hasta alcanzar el color con el que ella había soñado, un blanco puro, uniforme, deslumbrante.

—¡Owen, ya lo entiendo! —exclamó Ámbar—. ¡El caballo adivina los deseos de su jinete y los hace realidad para satisfacerlo! Es mágico...

—¿Cómo quieres que sea? —repuso Owen en tono guasón—. ¿No te gusta? Pues a mí estos caballos siempre me han parecido excelentes monturas...

—¡Pues claro! —dijo Ámbar, entusiasmada—. ¡Pero no acabo de creerlo!

Los tres jóvenes avanzaban por un camino sin ningún encanto, bordeado de casas corrientes y prados vulgares. Ámbar propuso a sus dos compañeros hacer una carrera y ellos aceptaron de inmediato.

Entonces pensó con todas sus fuerzas que deseaba que el caballo galopara lo más deprisa que pudiera y sintió que el aire le azotaba el rostro, que la velocidad la embriagaba; le parecía que el suelo desaparecía bajo su montura... Jamás había experimentado una sensación semejante. Tras unos minutos deliciosos, se volvió. Jade y Owen se habían quedado muy atrás. Ordenó mentalmente a su caballo que se detuviera y esperó a sus compañeros.

—¡Nunca había visto esto! —exclamó Owen—. Normalmente, debe pasar cierto tiempo para que los caballos se habitúen a sus jinetes; no se adaptan a sus deseos hasta después de largos meses de entrenamiento, y aun así hay que tener mucha experiencia. Yo mismo tuve que someter a una dura preparación al caballo que tú montas, antes de que me comprendiera tan bien como a ti.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Evidentemente, tendrá un nombre, pero los caballos nunca les hablan a los hombres, aunque, por supuesto, pueden hacerlo.

—¿Y tú no le has puesto ninguno? —preguntó Ámbar.

—No. Se sentiría ofendido; es contrario a sus costumbres.

—¡Ah! —se limitó a decir Ámbar, que se había quedado sin palabras para expresar su asombro.

Como empezaban a estar cansados, Owen propuso dar media vuelta y las chicas aceptaron de inmediato. Jade interrogó a su anfitrión sobre el modo de vida de los habitantes del Cuento de Hadas, pero él se limitó a responder:

—Somos libres. Tenemos responsabilidades, por supuesto, pero cada cual es dueño de sus actos. Trabajamos, nos distraemos, vivimos...

—Pero ¿y las criaturas mágicas? —insistió Jade.

—Viven entre nosotros.

—Entonces, ¿qué tiene de mágico la existencia aquí? —preguntó Jade con impaciencia.

—El Cuento de Hadas no es más que un nombre, una noción, no una vida. Son palabras que no ilustran la realidad, que no intentan representarla. La irrealidad acaba por convertirse en lo cotidiano; nos acostumbramos a ella. Y nuestra existencia no es un cuento; todos tenemos inquietudes, problemas, aunque vivamos entre otras criaturas mágicas. —Owen hizo una pausa—. Donde hay vida —murmuró—, donde hay hombres, también hay maldad.

No tardaron en divisar la casa. Los tres compañeros llevaron los caballos a un pequeño establo. Ámbar miró con cierto afecto al corcel que había montado. Tenía un aire noble; su crin dorada contrastaba con el blanco crema que había adoptado su pelaje y sus ojos vivos, azules, observaban a su amazona sin pestañear. Ámbar se separó de él de mala gana para ir con Owen y Jade.

En el interior de la vivienda reinaba una gran agitación. Apenas hubieron entrado, un hombre se precipitó hacia Owen. Jade y Ámbar lo reconocieron; era Lloghin, el sanador que habían visto la noche anterior.

—Tenemos un grave problema —dijo, visiblemente alterado.

—Cálmate, Lloghin. ¿Qué ha ocurrido?

—No puedo... Después de irte tú, ha llegado un mensajero.

—¿Un mensajero? ¡Debía de traer una noticia importante!

—Oh, sí —dijo Lloghin en tono quejumbroso—. Owen, ha pasado lo peor que podía pasar.

—Pero ¿de qué se trata? ¡Decídetes a decirlo de una vez!

—La ciudad de Thaar ha caído.

—¿Cómo? —gritó Owen d'Yrdahl, conmocionado.

—El mensajero está en la sala principal —dijo Lloghin—. Le he aconsejado que te esperara.

Owen, en silencio y con la mirada turbia, se alejó con el sanador. Las dos chicas encontraron sin dificultad la habitación donde Adrien velaba a Ópalo, pero no entraron enseguida.

—Thaar... —murmuró Ámbar, pensativa—. ¿Qué peligro representa esa ciudad? ¿En manos de quién ha caído?

—Es muy extraño —contestó Jade—. Owen y el sanador parecían trastornados. Además, me había parecido entender que en el Cuento de Hadas no existía la guerra.

—Hay tantas cosas que me parecen irreales que tengo la impresión de estar soñando —repuso Ámbar.

—¡Y yo! Estoy harta, quiero saber qué son las piedras, qué soy yo y por qué me han echado de mi casa —dijo Jade—. Quiero que me expliquen qué demonios tiene el Consejo de los Doce contra nosotras; quiero vivir en un mundo definido en el que

no esté rodeada de misterios, de sueños inverosímiles. En cuanto Ópalo vuelva en sí, nos vamos a ver a Oonagh.

Tras estas palabras, entraron en la habitación. Adrien no estaba a la cabecera de Ópalo, había salido del cuarto. En cuanto a Ópalo, temblaba violentamente. Las dos chicas acudieron junto a ella. Seguía inconsciente, pero, desde su estado de coma, articulaba vagos sonidos.

Entre la maraña de monosílabos, sin embargo, no se distinguía ninguna palabra coherente. De repente, se calló y se quedó inmóvil.

Jade, disgustada, exclamó:

—¿Dónde está Adrien? ¡Se va así, sin avisar, y nosotras atrapadas con Ópalo delirando en una casa desconocida, en este maldito Cuento de Hadas!

—Adrien debe de tener una razón de peso para haberse ido —dijo Ámbar con calma—. Podemos ir a buscar a Lloghin.

—¿Adónde? ¡Aquí me siento perdida! ¡No estoy en mi sitio, todo es demasiado mágico para mí!

—La casa no tiene nada de mágico —repuso Ámbar—, y yo creo que seremos capaces de encontrar la sala principal.

En ese momento apareció Adrien. Iba vestido con una especie de uniforme azul y oro. Tenía una expresión especialmente resuelta, pero estaba lívido.

—¡Adrien! —exclamó Jade, indignada—. ¿Dónde estabas?

—Thaar ha caído —declaró el joven.

—Sí, estamos al corriente —contestó Ámbar.

—Entonces, ¿hay una guerra? —preguntó Jade.

—Sí y no —respondió Adrien con gravedad. Se sentó en una silla de madera y prosiguió—: Voy a contároslo todo; debéis saberlo para explicarle a Ópalo por qué la he abandonado.

—Sólo te has ausentado mientras nosotras dábamos un paseo —dijo Ámbar—. No es una tragedia.

—No me refiero a eso. Debo partir definitivamente.

—Pero... —dijo Jade.

—No me interrumpas. Escuchadme las dos. Thaar no es una ciudad corriente. Algunos dicen que la habita el mal. Pertenece al pasado, lo refleja. Es la única ciudad que ha permanecido intacta desde hace milenios, como si estuviera fuera del tiempo. La llaman la ciudad de los Orígenes. Nunca ha formado parte realmente del Cuento de Hadas y, curiosamente, aunque está rodeada por el campo magnético, éste no la protege. Desde hace mucho tiempo, el Consejo de los Doce puede acceder a ella por telepatía. Ésa es una de las razones por las que esa ciudad es peligrosa. Tiene pocos habitantes, y resulta que no todos son personas honradas. Algunos, ansiosos de poder, han traicionado al Cuento de Hadas ayudando al Consejo de los Doce a dominar la mente de toda la población de Thaar. Algunas personas han logrado resistirse con mucha dificultad, pero la fuerza tenebrosa del Consejo de los Doce ha invadido la

ciudad, le ha impuesto su dominio. Desde ahí, puede avanzar hacia el interior del Cuento de Hadas. Ahora, los miembros del Consejo de los Doce o incluso los caballeros de la Orden pueden materializarse en la ciudad por teletransporte, gracias a un conjuro de una gran complejidad que sólo se ha realizado una decena de veces en la historia. Sin embargo, es poco probable que lo hagan. Lo más seguro es que su estrategia sea infiltrarse mentalmente, a través de sus fieles en Thaar, en la mente de la gente y sojuzgarla, destruirla o someterla a su voluntad. Y lo conseguirán. En Thaar, todo el mundo ha dejado ya de luchar. No sabemos cuál es su situación, pero, afortunadamente, uno de los habitantes ha logrado escapar. Se han enviado mensajeros a todo el Cuento de Hadas.

—¿Y cómo vamos a luchar? —preguntó Ámbar, temblando.

—Unos regimientos de voluntarios van a ir a sitiar la ciudad. Si el Consejo de los Doce trata de extender su dominio, los soldados lucharán... mentalmente. De todas formas, el ejército intentará penetrar en la mente de los habitantes, tratará de ayudarlos, lo que es casi imposible frente a la fuerza del Consejo de los Doce. También intentaremos penetrar en la ciudad, combatir, rechazar el ataque mental.

—Espera un momento —dijo Jade—. ¿Por qué dices «intentaremos»?

—Porque acabo de alistarme en el ejército —declaró Adrien con la voz teñida de emoción—. Parto mañana.

—¿Vas a arriesgar tu vida? —exclamó Jade.

—Quiero ser útil, no esconderme vergonzosamente a esperar el desarrollo de los acontecimientos —replicó el joven—. Se necesitan voluntarios. ¿Qué importancia tiene mi vida o la de otro?

—Pero volverás, ¿no? —preguntó Ámbar.

—Tal vez —dijo Adrien en un tono evasivo—. Cuando todo haya acabado. Pero tal vez no. Si es así, al menos habré luchado.

—Adrien, no te pongas melodramático —dijo Jade—. ¡Hablas como si esto fuera el fin del mundo!

El joven esbozó una débil sonrisa.

—No he terminado... No me hagáis preguntas, por favor. Creedme, lo que voy a deciros no es ninguna tontería. Debería callar, pero...

—Bueno, abrevia —lo apremió Jade.

—Tenéis que ir a ver a Oonagh. Enseguida, no podéis esperar; el tiempo se acaba.

—Pero ¿y Ópalo? —preguntó Ámbar.

—Lloghin, el sanador, me ha dado un frasco con una sustancia elaborada por él que le permitirá volver en sí unos breves instantes para que me despida de ella. Después se sumirá de nuevo en la inconsciencia. Habrá que arreglárselas para transportarla de uno u otro modo. Se curará por sí sola.

—Pero ¿cómo encontraremos el camino? —preguntó Ámbar, entre indignada y asustada.

—Lo encontraréis... Es importante. Ahora, dejadme unos instantes solo con

Ópalo. Después partiréis. Owen ha puesto a vuestra disposición los caballos mágicos en los que habéis montado hace un rato.

Las muchachas salieron al pasillo y se quedaron delante de la puerta cerrada. Jade estaba excitadísima.

—¡Todo el mundo nos ordena que nos vayamos! ¡No paran de echarnos!

Ámbar no contestó, pero pensó que Jade tenía razón: ella también estaba harta.

Dentro de la habitación, Adrien miraba a Ópalo con una expresión impregnada de nostalgia. «Lo siento», murmuró en voz baja. Después, se sacó del bolsillo de la túnica un frasco hábilmente cincelado, en cuyo interior parecía borbotear un líquido azulado. Adrien lo abrió. Un olor de sangre, de muerte, escapó de su interior, un olor penetrante que evocaba carne putrefacta. El joven reprimió una mueca de asco y colocó la repugnante sustancia bajo la nariz de Ópalo, que entreabrió los labios. Entonces vertió el líquido milagroso en la boca de la joven. Ésta se lo tragó dócilmente y, poco a poco, volvió en sí. Las aletas de la nariz le temblaron, luego desplegó los labios en una sonrisa y murmuró, con los ojos todavía cerrados:

—Qué bien he dormido...

Bostezó y abrió los ojos.

—¡Ópalo! —exclamó Adrien con un nudo en la garganta.

La visión de la joven todavía era turbia y borrosa. Tardó unos segundos en reaccionar. Su mirada clara, casi transparente, se iluminó, y, desconcertada, dijo en un susurro:

—Adrien, estás aquí... ¿Qué ha pasado?

El joven sintió que se le iban a saltar las lágrimas, pero logró contenerse. Con el corazón encogido, se dijo que quizás aquella era la última vez que veía a Ópalo.

—Te quiero —confesó con voz trémula—. No dejaré de pensar en ti hasta que vuelva a verte... Estaré a tu lado siempre que pienses en mí.

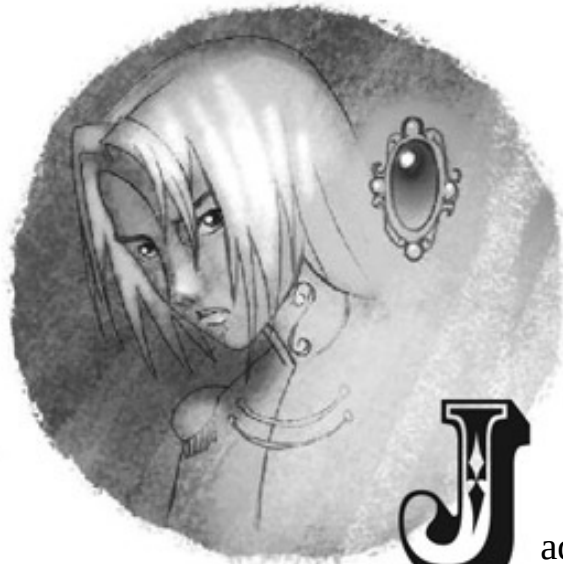
No pudo continuar. Ópalo, que miraba a Adrien con sus inmensos ojos, parecía afligida y dichosa a la vez; se incorporó, se acurrucó contra el joven y murmuró:

—No me dejes... No te vayas, quédate a mi lado... Es peligroso, puedes morir... Y yo te quiero.

Deseaba añadir algo, pero, súbitamente, su mirada se apagó y cayó sobre la almohada, de nuevo inconsciente.

Adrien nunca entendió cómo había adivinado que se iba a luchar. Pero saber que Ópalo también lo amaba era lo más importante para él. Ahora podía ir a enfrentarse sin miedo al Consejo de los Doce, llevando por escudo el amor.





**J**

ade y Ámbar cabalgaban, taciturnas, en dirección a los picos nevados. Jade sujetaba a Ópalo, que seguía inconsciente, preguntándose dónde dormiría cuando se hiciera de noche y en pos de qué nueva aventura disparatada iba.

Ámbar observaba a su alrededor. Las casas, modestas o imponentes, se sucedían. Campos cultivados flanqueaban el camino. Ámbar sólo había visto a algunos trabajadores, que, en vez de labrar la tierra, cantaban y reían de buen humor. Le parecieron humanos, pero creyó distinguir que sus largos cabellos eran plateados. Pese a sus esfuerzos por aparentar tranquilidad, observar los contornos y canalizar sus pensamientos, no podía evitar ceder a un amago de cólera. Se sentía impotente, tenía la impresión de que ya no controlaba su vida, de que avanzaba en la más absoluta oscuridad. ¿Qué le esperaba? ¿Se decidirían por fin a decírselo?

Jade también mascullaba para sus adentros. En el fondo. ¿Por qué no volvía sobre sus pasos, por qué no regresaba a su palacio? Sabía que no podía, que no debía, pero las ganas de dejar de seguir los consejos de los demás la corroían, aunque al mismo tiempo deseaba ardientemente descubrir lo que le ocultaban.

—No te burles de mí —dijo de repente—, pero tengo la impresión de que todo el mundo sabe lo que debemos hacer menos nosotras. ¡Nos conocen mejor que nosotras mismas! Ámbar, ¿sabes qué estoy pensando?

—No —respondió Ámbar, meditabunda.

—Si el Consejo de los Doce tiene algo contra las criaturas mágicas, es porque las teme.

—Sí, eso parece evidente.

—Si el Consejo de los Doce tiene algo contra los que conocen el Cuento de Hadas, es porque también los teme. Imagina que todo el mundo conociera este

lugar... ¡Habría rebeliones! Toda la gente querría venir. Ahora, piensa un poco... Si apenas se producen revueltas contra el Consejo de los Doce, es porque nadie tiene el suficiente valor, pero también porque todo intento sería vano, pues hay caballeros de la Orden por todas partes. La verdad es que la mayoría de la gente no se da cuenta de nada... ¿Comprendes?

—Sí —asintió Ámbar—. Se priva a la gente de libertad, de sueños, de ambiciones... Desde que nacen, se les asigna un futuro sin sorpresas; mis padres eran campesinos y yo estaba destinada a serlo también, no tenía elección. El Consejo de los Doce esgrime el pretexto de una sociedad estable para privar a la gente de su libertad, pero nadie se da cuenta. Estamos acostumbrados a eso desde que nacemos y nos sometemos a las reglas sin hacer ninguna pregunta.

—Antes de irme de casa, yo veía el mundo como me habían enseñado a verlo. ¿Tú te habías dado cuenta de eso hace mucho?

—Lo he sabido siempre. He crecido en libertad, con autonomía, refugiándome en los libros prohibidos y conociendo la vida a través de ellos. Mira el mundo bajo el Consejo de los Doce: a los impedidos y a los enfermos se los considera débiles e inútiles, se los desprecia, nadie se dirige a ellos sino para burlarse.

—Es verdad, la gente sólo hace lo que se le ordena, nunca se pregunta nada, olvida la amistad, el afecto.

—Es ridículo, pero... —dijo Ámbar—. No, nada.

Pese a la insistencia de Jade, no reveló el pensamiento que le había pasado por la mente.

—Lo que yo quería decir —prosiguió Jade— es que, si el Consejo de los Doce tiene algo contra nosotras, también es porque nos teme, por improbable que parezca. Desde que nacimos, ha tenido tiempo para destruirnos, para enviar a caballeros de la Orden en nuestra persecución... Y si el Consejo de los Doce nos teme, debe de haber una buena razón que lo justifique, pero no se me ocurre ninguna.

—¡Exacto! En mi opinión, tenemos que poder hacer algo contra él.

Quizá lleguemos a desestabilizarlo o... ¡sí!, a mostrar a la gente lo que vemos.

—Hmmm... —dijo Jade, dubitativa—. ¿Cómo quieres abrir los ojos a millones de personas? Aunque, espera..., es posible que las piedras puedan ayudarnos.

Esta vez fue Ámbar quien esbozó una mueca que expresaba sus dudas.

—Me parece imposible. Nadie nos hará caso, aparte de los que ya están convencidos.

—Es verdad. Además, ¿por qué vamos a hacerlo nosotras? Aunque, por otro lado, si nadie hace nada...

—Sí, pero... quizá no seamos capaces de cambiar nada...

Las dos chicas se perdieron en sus pensamientos.

Pasaba bastante del mediodía y no habían comido nada en casa, de modo que decidieron hacer un alto. Antes de marcharse, Owen d'Yrdahl les había proporcionado víveres en abundancia. Así pues, la alimentación no iba a suponer

ningún problema durante el viaje.

Jade y Ámbar se detuvieron de común acuerdo y se sentaron a la fresca sombra de un roble, después de haber tendido con cuidado a Ópalo junto a ellas. La chica seguía inconsciente y permanecía inerte.

Lloghin había curado parcialmente su herida y la sangre había dejado de manar.

Jade y Ámbar sacaron las vituallas. Comieron con apetito pan tierno, carne seca y queso cremoso, y dejaron a un lado otros alimentos de aspecto desconocido y poco apetitoso.

—¿Sabes qué, Jade? —dijo Ámbar—. En el fondo, no lamento estar aquí. ¿Qué porvenir tenía? Ninguno... Iba a salir de la infancia y ver lo que me ofrecía el futuro: nada.

—Sí —contestó Jade—, pero mi caso no es igual. Hace tan sólo unos días, te hubiera dicho en voz bien alta que era la hija del duque de Divulyon y te habría contado lo suntuoso que era mi palacio. Al contrario que tú, yo creía que el porvenir me lo ofrecía todo: riqueza, renombre, todo aquello con lo que soñaba... Ahora me siento un poco culpable por no haber sido capaz de ver más allá de las apariencias.

Jade, con las mejillas coloradas, se calló. Jamás hubiera creído que un día hablaría con alguien de sus sentimientos... Sin embargo, el duque de Divulyon le había asegurado que encontraría en Ópalo y Ámbar unas enemigas, lo que había resultado ser cierto en el caso de la primera, pero falso en el de la segunda. ¿Por qué había dicho aquello? Jade tenía la desagradable sensación de haber cambiado desde que se había ido del palacio. Y se diría que Ámbar representaba peligrosamente su primera *amiga*, una palabra que siempre le había parecido oscura y atrayente a la vez.

¡No, eso era imposible! ¡Pensar semejantes cosas ella, Jade, la hija del duque de Divulyon! Qué impresión tan extraña, cuando hacía sólo unos días que había partido. Habría jurado que habían transcurrido años, tal vez porque presentía que su pasado había quedado definitivamente atrás.

—Tengo una idea —dijo de pronto Ámbar—. ¿Por qué no intentamos reanimar a Ópalo utilizando las piedras?

—Como quieras.

Ámbar sacó del bolsillo de Ópalo su bolsa de terciopelo negro e introdujo la piedra entre los dedos cerrados de la joven. Después cogió su ámbar y cerró con fuerza la mano. Jade, con aire ausente, hizo lo mismo con su piedra. Esperaron un momento. Ámbar apretó más. Las dos chicas notaron que las piedras trataban de ponerse en contacto con Ópalo mediante su energía, pero fue inútil. Como estaba inconsciente, era imposible establecer la comunicación habitual.

Decepcionadas, reanudaron enseguida el camino. Ámbar subió a Ópalo a su caballo, disculpándose mentalmente por ese peso suplementario. Estaba segura de que su montura, aunque no le contestaba, la entendía.

«Me gustaría ponerte un nombre —le murmuró Ámbar por telepatía—, a pesar de que Owen asegura que no te haría ninguna gracia».

En ese momento, el caballo empezó a agitarse y, a continuación, Ámbar sintió que la invadía un ligero dolor. Intuía que se lo causaba su montura, para disuadirla por telepatía de oponerse a su voluntad.

«¡Está bien, de acuerdo, no hace falta perder los nervios! No te pondré ningún nombre. Pero no sabía que podías transmitirme sentimientos y sensaciones. ¡Es asombroso!».

El caballo se detuvo. Ámbar comprendió que se sentía contrariado, herido en su orgullo.

«Perdona, pero es que no estoy acostumbrada al Cuento de Hadas. El lugar de donde vengo no se parece en nada». El caballo, tranquilizado, reanudó la marcha. Ámbar tenía la impresión de que estaba dirigiéndose a ella, pues a su mente acudían imágenes e impresiones. Tal vez fueran producto de su imaginación, pero sospechaba que no.

Las dos chicas cabalgaron largo rato sin interrupciones. No sabían si seguían el buen camino; iban hacia las montañas. Todavía se hallaban lejos, muy lejos de Oonagh.

Tras la puesta de sol, el Cuento de Hadas quedó envuelto en un velo de penumbra que fue reemplazado por la noche. No sentían cansancio, pero las formas se volvían amenazadoras, los contornos del paisaje se borraban y las dos chicas temían perderse o sufrir el ataque de un enemigo desconocido. Decidieron, pues, hacer un alto. Adrien, por temor a que se toparan con alguien peligroso, les había aconsejado que no pidieran hospitalidad. Ellas lo sabían: sus enemigos podían estar en cualquier sitio. En el Cuento de Hadas se habían sentido seguras, pero en aquel momento, en la oscuridad, ya no sabían qué creer. Se sentaron al borde del camino, bajo un árbol. Después de haber comido, se tumbaron sobre la áspera hierba tras haber tendido el cuerpo de Ópalo a su lado.

—He estado pensando —dijo Ámbar.

—Yo también.

—Los habitantes del Cuento de Hadas creen. Creen en lo imposible, en sus sueños. Son libres. No forzosamente felices, como dijo Owen, sino libres de elegir su vida. Yo no creo que aquí pueda existir la guerra.

Es un lugar tan apacible... En el resto del mundo, donde reina el Consejo de los Doce, la gente ya no cree, ya no sueña, ya no espera nada. No saben si son felices o desgraciados. Ni siquiera quieren saberlo. Allí tampoco hay guerra, pero hay tantas prohibiciones...

—Te equivocas —la interrumpió Jade—. Aquí también existe el mal, Owen lo ha dicho. Tiene que haber habido guerras, violencia. No se puede vivir siempre en paz. Y allí, en el Exterior, la guerra existe desde hace mucho tiempo, también ahora. El Consejo de los Doce lucha contra la libertad, contra la felicidad, pero nunca llegará a vencerlas por completo. Allí donde existe el mal, forzosamente existe también el bien.

Así que tanto aquí como allí hay guerra.

Jade se calló. Ámbar, impresionada, contestó:

—Debes de tener razón... El bien y el mal, el eterno combate.

Ambas se echaron a reír.

—En el Exterior —continuó Ámbar—, la mayoría de la gente casi nunca piensa en los demás. Olvida mirar a su alrededor, olvida los sentimientos. ¡Y no se da cuenta de que lo hace! ¿Quién va a rebelarse allí? ¿Quién va a atreverse a ser diferente de los demás? ¿Y quién va a empujar a los demás a cambiar?

—Por eso el Cuento de Hadas debe ayudar al Exterior —decidió Jade—. Aquí, la gente puede entender lo que sucede allí. Es capaz de ayudar.

En cuanto a nosotras, no tenemos derecho a actuar como si no pasara nada.

Llevada por su ferviente discurso, Jade estaba a punto de añadir algo cuando una débil voz la interrumpió:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estamos?

Las dos chicas se sobresaltaron. Ópalo acababa de despertarse.

—Me encuentro mal —dijo con un hilo de voz.

Ámbar se acercó a ella y la tranquilizó:

—Estamos en el Cuento de Hadas. Te han herido, pero no es grave.

Ópalo se tocó la herida y reprimió un grito. Lloghin la había curado, pero seguía doliéndole.

—Saquemos las piedras —propuso Jade.

Ópalo y Ámbar obedecieron maquinalmente. Las tres se concentraron.

Un suave calor las invadió. Durante un instante, no pensaron en nada.

Se sentían relajadas, sus problemas desaparecían. Luego, poco a poco, la comunicación finalizó. Jade y Ámbar tenían la impresión de haber traspasado a Ópalo parte de sus fuerzas. Una oleada de cansancio las invadió.

—Me encuentro mejor —murmuró Ópalo—. Ya casi no me duele la herida, pero tendría que descansar un poco más antes de partir. Por cierto, ¿adónde vamos?

—A ver a Oonagh, ¿adónde si no? —contestó Jade secamente.

—Pero no hay prisa —dijo Ámbar—. Esta noche dormiremos y mañana te lo contaremos todo.

Y las tres chicas olvidaron sus inquietudes y cerraron los ojos.



El Innombrado y Elfohrys se habían detenido en un minúsculo claro para pasar la noche. Desde el ataque mental de los ghibduls, ningún incidente había perturbado su viaje. En una ocasión, Elfohrys, desorientado, había creído que estaban perdidos, pero al cabo de una hora los dos compañeros habían logrado encontrar el camino.

Antes de tumbarse para dormir, el Innombrado había preguntado cuánto tiempo tardarían en salir del bosque.

—Por desgracia, eso no depende de mí —había respondido Elfohrys—. Si no encontramos ningún obstáculo, quizá salgamos del bosque dentro de dos días, pero también es posible que tardemos semanas.

Luego, después de haber comido y charlado un poco, los dos compañeros se habían tendido. El Innombrado, que la noche anterior prácticamente no había descansado, se sumió en un profundo sueño.

Los ghibduls se habían pasado todo el día escrutando su mente sin que él se percatara, cuando percibieron que se había dormido, se infiltraron insidiosamente en él y lo anestesiaron durante unas horas. A Elfohrys le hicieron lo mismo. Aunque se acabara el mundo, los dos compañeros no se despertarían.

Los pensadores ghibduls, satisfechos, se frotaron sus manos de dedos curvos. Con una sonora carcajada, ordenaron a una decena de guerreros que buscaran al Innombrado y a Elfohrys y los llevaran a su guarida.

Las criaturas mágicas atravesaron en tromba el bosque, volando a poca altura. Podían recorrer así, a menos de tres metros del suelo, distancias cortas. Finalmente, localizaron a sus víctimas.

Los ghibduls ataron brutalmente al Innombrado y a Elfohrys con fuertes lianas y

los contemplaron riendo. ¿Cómo habían podido pensar que aquellas pobres presas representaban una verdadera amenaza?

Dos guerreros ghibduls levantaron sin delicadeza al Innombrado y a Elfohrys y se los llevaron como vulgares fardos. Luego, las criaturas mágicas se dirigieron alegremente a su ciudad.

Los contornos de la habitación estaban borrosos. ¿Dónde estaba?

¿Qué pasaba? El Innombrado no tenía ni idea. Se esforzó en recordar los últimos acontecimientos, pero su mente seguía embotada. Se obligó a mantener los ojos abiertos. No recordaba haber perdido el conocimiento.

Se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos, con lianas, a una especie de silla recubierta de un musgo verdusco, como liquen. Seguía adormilado y ni siquiera trató de liberarse. Se hallaba en una habitación desconocida, de paredes de un blanco sucio, en compañía de Elfohrys, que estaba inconsciente y atado con las mismas oscuras ligaduras. Poco a poco, recuperó por completo el conocimiento. Aquella situación le recordaba su brusco despertar en medio de un campo, dos años antes.

Pero esta vez, afortunadamente, había conservado en la memoria todos los acontecimientos anteriores al momento en que se había dormido en el claro. Había una luz tenue. El cuarto no contenía ningún mueble y no ofrecía ninguna pista sobre los propietarios del lugar. El Innombrado se debatió, intentó romper las ataduras que lo retenían, pero fue en vano, pues éstas, en lugar de aflojarse, se estrecharon más todavía.

Elfohrys se despertó. Se sentía tan desorientado como el hovalyn.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz lánguida.

—No lo sé. ¿Tú tampoco te acuerdas de nada?

—Se ha borrado todo de mi memoria.

El hovalyn exhaló un suspiro de alivio. Así pues, no era el único que no conservaba ningún recuerdo de lo que los había llevado allí; su pérdida de memoria y la de Elfohrys debía de tener una explicación.

La criatura mágica miraba la habitación cada vez más intrigada.

—Qué raro —dijo—, estábamos en el claro y ahora nos encontramos atados en este lugar, prisioneros de un enemigo desconocido.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, la puerta se abrió con estruendo y un ghibdul entró dignamente. Era bajo, pero eso no hacía que su aspecto resultara más tranquilizador. Tenía el cuerpo cubierto por un caparazón verde oscuro, del que sólo le sobresalían las repelentes manos y unos pies de aceradas garras, el cuello y la cabeza violáceos. Aquel caparazón le proporcionaba una armadura natural. El ghibdul permanecía inclinado. Su cara era especialmente horrible. Los ojos, dos delgadas hendiduras plisadas, tenían un color fangoso, sucio, y despedían un brillo de inteligencia, aunque duro. La boca, del mismo verde que el caparazón, estaba torcida y era traslúcida, casi invisible; la nariz tenía tres orificios. Tenía el rostro arrugado, como si se lo hubieran estrujado. Llevaba una especie de casco herrumbroso del que

surgían unos cabellos rebeldes, semejantes a las lianas con las que estaban atados el Innombrado y Elfohrys. En la espalda del ghibdul se distinguían dos alas negruzcas, endebles y plegadas.

Era horripilante.

Avanzó con movimientos torpes y pesados.

—Un ghibdul —constató Elfohrys en voz alta.

—¿Algún problema, prisionero? —replicó la criatura en un tono desabrido.

—¿Dónde estamos? —preguntó el Innombrado—. ¿Qué queréis de nosotros?

—Calla, gusano. Unos animales como vosotros no sois dignos de que os hable. Nadie, ninguna pieza de caza ha tenido jamás ese honor.

—Yo no tengo ningún interés —masculló Elfohrys.

—¡Callaos de una vez! Yo hablo y vosotros me escucháis. Si no me obedecéis, os corto la cabeza en el acto y esperaréis hasta que acabe la huelga de la Muerte para que os mate definitivamente.

La perspectiva de esperar, con la cabeza cortada, a ser rematados en un futuro indeterminado por la repugnante criatura obligó a Elfohrys y al Innombrado a guardar silencio.

—Bien —prosiguió el ghibdul con su voz cavernosa—. Voy a exponeros la situación. Sois nuestros prisioneros y no tenéis ninguna posibilidad de escapar. Para empezar, estáis en nuestra ciudad, cosa que, estoy seguro, no puede sino dejar pasmados a unos animales inferiores como vosotros, ajenos a nuestra refinada civilización. Dentro de unas horas os traerán comida. Después os trasladarán a un lugar que encantará a vuestros espíritus incultos...

—¿Qué lugar es ése? —preguntó Elfohrys, olvidando que no podía hablar.

—¡Silencio! —gritó el ghibdul con su voz estentórea—. ¿Cómo te atreves a oponerte a mí, ser inferior?

—No era mi intención —contestó Elfohrys sin miedo.

—¡Miserable insignificancia! Si supieras el deseo que me devora de despedazarte ahora mismo...

El ghibdul se acercó a Elfohrys y, con la punta de la mano, le arañó la cara. Sus garras curvas le laceraron el rostro e hicieron brotar una sangre de color oro que manchó la piel plateada de Elfohrys. Éste no dejó escapar ningún gemido.

Sin embargo, el Innombrado le dijo al ghibdul:

—Lo lamentarás, te lo aseguro.

—¿Me amenazas?

Curiosamente, la criatura tenía un aire casi pensativo, parecía un poco intrigado.

—No es una amenaza de boquilla —dijo el Innombrado—. Te lo digo porque no me gusta pillar a las personas desprevenidas.

—Voy a enseñarte ahora mismo de qué soy capaz —declaró el ghibdul.

—Estoy deseándolo —repuso el hovalyn en tono firme.

—Lucharemos sin armas y te perdonaré la vida para respetar las órdenes que me



han dado.

—Muy bien —dijo el Innombrado, sin alterarse en absoluto.

Elfohrys le dirigió una mirada de inquietud. El ghibdul pronunció unas sílabas ininteligibles y las lianas que retenían al hovalyn se desataron.

El Innombrado sabía que su adversario podía vencerlo fácilmente atacándolo con las garras. Sin embargo, no perdió la serenidad y avanzó con paso casi indolente.

Algo innoble apareció en el rostro del ghibdul, una mueca que se podía interpretar como una sonrisa malévola. Sin avisar, se abalanzó hacia el hovalyn, que, en comparación, parecía endeble e inofensivo.

Sus manos rasgaron el aire repetidas veces. Cuando creía que iba a alcanzarlo, el Innombrado se escabullía con agilidad. El ghibdul fue quedándose poco a poco sin aliento, pero, como no se atrevía a admitir su derrota, continuaba intentado herir al hovalyn.

Elfohrys miraba con admiración al Innombrado, que se movía con rapidez y destreza y paraba los golpes sin fallar.

Por fin, el ghibdul, jadeante, masculló unas palabras incomprensibles y el hovalyn fue propulsado de inmediato hasta su silla por una fuerza invisible. Las lianas lo inmovilizaron de nuevo.

—Hombre —dijo la criatura mágica en un tono seco que dejaba traslucir cierta admiración—, aunque hayas sido capaz de evitar sin armas mis ataques, eso no te hace en absoluto superior a mí.

—Nunca he pretendido tal cosa —contestó el Innombrado en el mismo tono—, pero tú tampoco tienes ningún motivo para considerarme inferior a ti.

—¡Espera a ver de qué somos capaces nosotros, los ghibduls!

¡Nuestro poder telepático es innegable, y armados somos invencibles!

—Muy interesante —comentó el hovalyn.

La criatura mágica, profundamente humillada, se marchó sin añadir nada. El Innombrado y Elfohrys se quedaron de nuevo solos.

—¿Por qué has desafiado al ghibdul? —le preguntó el clohryun al hovalyn en tono de reproche.

—No iba a dejar que te agrediera sin decir nada.

—¡Qué imprudencia, por unas gotas de mi sangre! Mi herida cicatrizará enseguida y no me quedará ninguna marca. Tengo unas fuertes defensas naturales. Pero tú, Innombrado, acabas de ganarte el rencor de ese ghibdul, y eso, créeme, no desaparecerá tan pronto.

—De todas formas, no parecía muy bien dispuesto hacia nosotros desde el principio —repuso el hovalyn con despreocupación.

El tiempo pasó sin que el Innombrado y Elfohrys encontraran un medio de liberarse de las lianas que los aprisionaban. No podían evitar sentirse preocupados al preguntarse qué suerte les reservaban sus captores.

Por fin, la puerta se abrió y entró una mujer. ¡Era humana! Elfohrys y el

Innombrado la miraron con ojos de asombro. La mujer, vestida con una maraña de tejidos vegetales hechos con plantas del bosque, avanzó. Iba sucia y descalza. Sus pies estaban, al igual que sus manos, cubiertos de cicatrices. Su rostro, aunque poco agraciado, mostraba claramente que era humana. Tenía los pómulos altos y pronunciados. En sus ojos, negros y rasgados, se distinguía un brillo agresivo. Sus labios eran finos; su piel, mate. Su nariz chata destacaba en su semblante taciturno. Los cabellos morenos, apelmazados por el barro y la suciedad, le caían sobre los anchos hombros.

Se acercó cargada con una bandeja de madera sobre la que había unas piezas de fruta y dejó los víveres en el suelo. A continuación, desató a Elfohrys y al Innombrado mascullando.

—Comed —dijo con voz áspera—, pero no creáis que podréis escapar.

Hagáis lo que hagáis, las ataduras de los pies os lo impedirán.

—¿Eres humana? —preguntó cortésmente el Innombrado.

—Sí. Los ghibduls necesitan sirvientas como yo. Por eso toman a su servicio a las mujeres perdidas en el bosque. No me tratan con crueldad, al contrario.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Innombrado, esperando entablar conversación con la mujer y ganarse su confianza.

—Naílde. Comed y no hagáis preguntas. No tengo ningún interés en hablar con vosotros. Estoy bien aquí y no ayudo a los prisioneros.

¿Acaso creéis que quiero escapar? Pues lo siento, pero no.

—¿Dejas morir a personas como tú? ¿No sientes remordimientos al oírlos gritar cuando los torturan? —preguntó Elfohrys.

—Los ghibduls me tratan mejor que los humanos, así que yo los sirvo como es debido y no me meto en nada más. Tras estas palabras, Naílde soltó un juramento y escupió con desprecio a los pies del Innombrado. Luego, con un hilillo de saliva colgándole de los labios y una expresión resuelta y arrogante, giró sobre sus talones y se marchó dando un portazo.

—¡Increíble! —dijo Elfohrys—. A fuerza de vivir con los ghibduls, esa mujer ha llegado al extremo de adoptar sus costumbres.

—¡Quién sabe qué vida tuvo entre los hombres! —replicó el Innombrado con indulgencia—. Antes de convertirse en una mujer inhumana, debía de ser una mujer sencilla, quizás incomprendida. Sin duda ha sufrido mucho... No podemos saber qué consuelo le han proporcionado los ghibduls. Por lo que ha dicho, su vida aquí la satisface.

Elfohrys miró atónito al hovalyn. ¡Se compadecía de la suerte de una mujer que acababa de negarle la libertad! «Decididamente —concluyó el clohryun—, la naturaleza humana es más incomprensible aún de lo que dicen».

El Innombrado comía tranquilamente la fruta que había llevado Naílde. Una vez saciado, le tendió la bandeja a Elfohrys, que engulló todo lo que quedaba. Con las manos libres, el hovalyn intentó liberarse de las ataduras de los pies, pero no lo

consiguió.

—¡Ah, los humanos...! —exclamó Elfohrys, casi resignado—. Siempre llenos de esperanza... En mi opinión, eso es lo que os permite sobrevivir. Por más que os digan que no hay nada que hacer, vosotros insistís.

Naílde volvió para recoger la bandeja. El Innombrado contuvo el aliento, esperando que la sirvienta hubiera cambiado de opinión, que la compasión hubiera acabado por imponerse. Elfohrys sorprendió su mirada brillante. «Sigue igual de ingenuo, con la misma confianza en los demás —se dijo, suspirando—. Los hombres están convencidos de estar habitados por el bien, cuando se las ingenian para destruirse entre sí...

Es curioso».

Naílde profirió otra sarta de insultos contra el Innombrado; parecía que le produjera una satisfacción personal humillarlo. Saltaba a la vista que no había cambiado en absoluto de opinión.

El Innombrado comprendió, desengañado, que no había logrado convencer a Naílde de que los liberara.

La sirvienta salió de la habitación mascullando.

Elfohrys y el Innombrado sentían nacer en su interior cierto temor.

Casi inmediatamente después de que se marchara Naílde, irrumpieron cuatro ghibduls imponentes. Uno de ellos murmuró unas palabras y los dos prisioneros fueron liberados de sus ataduras.

—¡Venid! —ordenó bruscamente un ghibdul.

Fueron conducidos a través de estancias sombrías antes de llegar a la salida. Los dos compañeros tuvieron ocasión de observar el edificio donde habían estado retenidos. Era lúgubre, extraño, daba una impresión de abandono, de oscuridad. Sin embargo, el interior estaba repleto de ghibduls.

Mientras recorrían, guiados por sus carceleros, calles estrechas y sinuosas, el Innombrado y Elfohrys descubrieron algo cuya existencia nadie sospechaba: la ciudad de los ghibduls, activa y organizada. Estaba rodeada de enormes árboles que constituían unas murallas naturales. La elección de su emplazamiento no era casual.

Un inmenso edificio se alzó poco a poco ante sus ojos. Parecía un teatro, con ornamentos que surgían de las piedras, pintadas de negro.

Al verlo, los ghibduls esbozaron una sonrisa de orgullo. Entraron en el vestíbulo, decorado con esculturas y pinturas que revelaban el dominio de un arte refinado y original del que se consideraba a los ghibduls incapaces.

Una multitud de esas criaturas mágicas se agolpaba en la entrada.

Los carceleros se abrieron paso, arrastrando consigo a sus prisioneros.

Subieron una escalera interminable hasta llegar a una puerta de cobre, detrás de la cual arrojaron a Elfohrys y al Innombrado. Después, cerraron la puerta y se fueron.

Los dos compañeros cayeron al vacío sin entender qué les sucedía, atravesaron una especie de burbuja esponjosa y se encontraron en el suelo sin haber sufrido

ninguna herida. Oyeron una salva de aplausos.

Estupefactos, se frotaron los ojos. Tenían ante sí una visión increíble: se encontraban en un gigantesco teatro, muy elegante y bien iluminado, donde miles de ghibduls estaban cómodamente instalados en butacas tapizadas de terciopelo oscuro. Entraban más por todas partes. El teatro era de forma elíptica; innumerables filas de espectadores se elevaban hasta el techo, que representaba el bosque bajo un cielo azul. El escenario, espacioso, estaba situado en el centro de la construcción, sobre una columna baja y ancha de mármol, y rodeado de cristales transparentes. De este modo, los espectadores podían verlo desde cualquier lugar.

El único problema era que Elfohrys y el Innombrado se encontraban justo en el escenario. Al alzar la vista, distinguieron en el techo la trampilla, casi imperceptible, por la que habían sido propulsados hacia el corazón del teatro.

—¿Dónde estamos? —preguntó el Innombrado.

—No tengo ni idea. Pero esto no me dice nada...

—¡Pero es asombroso! —lo interrumpió el hovalyn—. Dicen que los ghibduls son criaturas bárbaras y estamos en un lugar inimaginable...

—¿Te das cuenta, Innombrado? Es una lástima, pero creo que no tendremos ocasión de contarlo.

Unos ghibduls se desplazaban por la sala volando para ofrecer golosinas a los espectadores. La noción de dinero no existía. No sabían lo que era vender y comprar. La naturaleza lo proporcionaba todo.

El Innombrado observó que una pequeña parte del teatro estaba reservada a unas decenas de mujeres desaliñadas, humanas o de otras especies, que permanecían de pie. A pesar de la distancia, reconoció entre ellas a Naílde, que vociferaba con el puño en alto, quizá contra él.

De pronto, las luces se apagaron y una potente voz retumbó en la sala.

«¡Queridos amigos ghibduls, bienvenidos! Hoy tengo el honor de presentaros a un auténtico clohryun y a un hombre, mejor aún, un hovalyn. ¿Quién se declarará vencedor? ¿Cuánto tiempo resistirán? Se abren las apuestas. Como de costumbre, se someterán a las pruebas que hemos preparado para que os divirtáis. Así pues, os deseo una agradable tarde... y espero que disfrutéis con este espectáculo».

Los ghibduls aplaudieron, entusiasmados.

Elfohrys y el Innombrado intercambiaron una mirada de inquietud.

Antes de que hubieran tenido tiempo de emitir un solo sonido, mientras el público todavía estaba aplaudiendo su presentación, notaron un vivo dolor en el brazo izquierdo. El Innombrado tenía ahí una herida infligida por los bumblinks durante un combate. Vio que el corte se abría más y de él empezaba a manar sangre. Reprimió un grito. Casi simultáneamente, se produjo otro ataque, que en esta ocasión le afectó el cuerpo entero. Aunque no le provocó ninguna herida, al hovalyn le costó mucho no dejarse caer al suelo para retorcerse de dolor.

Los espectadores reían y comentaban la escena, divertidos.

El rostro de Elfohrys, contraído, expresaba un dolor atroz. Tras la tercera descarga, dirigida hacia la pierna izquierda de ambos, el clohryun se desplomó, inconsciente.

Los ghibduls lo abuchearon con desprecio.

En cuanto al Innombrado, se tambaleaba. Tenía una profunda herida en la pierna. El olor insoportable de su propia sangre se le agarraba a la garganta, lo ahogaba. La ira le hacía poner los ojos en blanco. ¿Por qué los ghibduls disfrutaban salvajemente con su sufrimiento? Permaneció dignamente en pie mientras un poder imposible laceraba su brazo izquierdo. Entre la multitud empezaron a oírse murmullos de asombro.

El hovalyn recibió otra descarga de dolor general y cayó al suelo. Un clamor de decepción se elevó.

Sin embargo, nada más caer, el Innombrado hizo acopio de voluntad y de valor y se levantó. Sus ojos brillaban con tal determinación que los espectadores se estremecieron.

Cuando notó que un puñal invisible le traspasaba el vientre, el hovalyn no pestañeó. Después de todo, no corría ningún peligro, ya que la Muerte estaba en huelga. Lo único que tenía que hacer era resistir los ataques. Pero ya no podía más. Cuando un nuevo dolor le invadió el cuerpo, tuvo que apoyarse en el cristal que rodeaba el escenario. En un último esfuerzo, trató de incorporarse, de gritar una amenaza, una frase digna y pertinente, algo que le devolviera un poco de orgullo... Pero a su alrededor todo se volvía borroso, las imágenes, los sonidos, los olores, todas sus percepciones se atenuaban, desaparecían, sólo quedaba el sufrimiento...

Siguió resistiendo, y de repente en la sala sonó una voz, la misma del principio: «Ha llegado el momento de elegir».

Un estremecimiento de excitación recorrió al público. El Innombrado hizo un esfuerzo sobrehumano para permanecer de pie. Todo le parecía tan lejano...

«¡Hovalyn! —prosiguió la voz—, arrodíllate, reniega de lo que eres, renuncia a luchar. Jamás podrás vencernos. Si te sometes, tu tortura cesará, serás uno de los nuestros. Nosotros conocemos tu identidad y sabemos que intentas desesperadamente descubrirla. Te la revelaremos y te haremos un sitio entre nosotros. Pero, si te obcecas y rechazas esta proposición, el dolor te atormentará hasta que te vuelvas loco. Y cuando acabe la huelga de la Muerte, te mataremos. Así pues, ¿te declaras vencido? ¿Aceptas servirnos?».

—¡Jamás! —dijo el Innombrado en un susurro.

Inmediatamente, otra oleada de dolor se abatió sobre él.

Una voz lejana, grave y dura pero admirativa, sonó entonces en la sala:

—Es él... ¡Es él! ¡Parad, es él!

El Innombrado perdió el conocimiento.



Las tres chicas se despertaron al mismo tiempo. El sol acababa de salir. Tomaron un desayuno frugal. Ámbar se aventuró a probar una fruta extraña que resultó estar deliciosa. Nadie habló; estaban todavía demasiado cansadas.

Ópalo fue la primera en ver que dos muchachas se dirigían hacia ellas. Sus rostros frescos y delicados destilaban despreocupación. Sin embargo, a Ámbar no le pasó por alto su expresión orgullosa, casi despreciativa.

Al principio permanecieron en silencio, limitándose a examinar a las viajeras. Era imposible calcularles la edad. Una tenía el cabello castaño, corto y deliberadamente erizado; sus ojos eran de un azul hierba doncella, con un brillo malicioso. La otra, morena y peinada del mismo modo, tenía los ojos castaños. Se parecían en varias cosas: nariz pequeña, fina y ligeramente respingona, labios carnosos de expresión inocente... Su actitud y sus facciones les daban un aspecto angelical y encantador. Sin embargo, no podían ocultar cierta arrogancia.

—¡Loorine! —exclamó la chica de ojos azules con voz infantil—. ¿Crees que son humanas? ¿Auténticas humanas?

—Es probable —respondió la otra en un tono igual de agudo—. ¡Qué suerte!

—Eh, yo existo —dijo Jade con sequedad—. Podríais tenerlo en cuenta cuando habláis de nosotras.

—Tienes razón, Mairenith —dijo Loorine—. ¡Son humanas!

—Gracias por la constatación —repuso Jade, perdiendo la paciencia.

Ámbar y Ópalo miraban atentamente a las dos extrañas chicas. Su voz agria les inspiraba más irritación que fascinación.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó Mairenith abriendo y cerrando sus pestañas negras, largas y rizadas.

—Estamos encantadas de conoceros —declaró Loorine, mostrando al sonreír sus dientes blancos y perfectamente alineados.

—Me parecéis guapas —dijo alegremente Mairenith—. ¿Verdad que son guapas, Loorine?

—Sí, mucho.

—Gracias —dijo Jade—, pero ¿os importaría dejar de burlaros de nosotras?

—Muy guapas —repitió Loorine—. Nunca habíamos visto ninguna que lo fuera tanto. ¿A que no?

—No —respondió Mairenith—. Dime Jade. ¿Te parezco guapa?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Simplemente, lo sé. Soy una nalyss. Entonces. ¿Te parecemos guapas? —repitió, modulando su extravagante voz.

Jade, Ámbar y Ópalo se preguntaban quiénes eran en realidad aquellas jovencitas.

—¿Por qué preguntas eso? —intervino Ámbar.

—Quiero saberlo —contestó Mairenith, enfurruñada.

—Sí, sois guapas —dijo Jade, exasperada—. Pero sois muy raras, y yo de vosotras no sería tan pretenciosa.

A Ámbar y a Ópalo se les escapó una sonrisa fugaz al oír a Jade mencionar su propio defecto.

—¡Le parecemos guapas! —exclamó Mairenith, encantada, como si sólo hubiera oído eso.

—¡Pues claro que lo somos! —afirmó Loorine.

En ese momento apareció otra chica que rivalizaba en belleza con aquellas dos. Sin embargo, no se les parecía y era más fácil calcularle la edad; no debía de tener más de quince años. Parecía delicada sin ser frágil. Una larga cabellera, suave como la seda, le caía hasta la fina cintura. Tenía la tez fresca y los labios rojos. Cuando encontrabas su mirada, te sentías muy turbado.

—¡Ah, Loorine! —gritó Mairenith, trastornada.

—¡Qué espanto! —exclamó la otra.

—No puedo soportarlo —gimió Mairenith, al borde del llanto.

—Vete ahora mismo, horrible criatura —gritó Loorine—. ¡Vete! ¡No te acerques a ellas!

Entonces, como si se hallaran ante una visión repugnante, Mairenith y Loorine se alejaron corriendo.

—Son realmente muy raras —dijo Ámbar, dividida entre las ganas de echarse a reír y la sorpresa.

—¡Y que lo digas! —confirmó Jade.

—¿Por qué se habrán marchado? —dijo Ámbar, expresando su desconcierto—. Parecía que hubieran visto una criatura inmundada y casi nos perforan los tímpanos con sus chillidos. ¡No entiendo nada, la verdad!

Jade se encogió de hombros. La recién llegada, que había permanecido apartada,

dijo sonriendo:

—Me llamo Janelle.

—Me alegro mucho —repuso Jade en un tono agrio.

—Las chicas que acabáis de ver son nalyss. Son bastante extrañas, ¿verdad?

Janelle se sentó al lado de las tres muchachas y empezó a contarles la historia de las nalyss. En el Cuento de Hadas había bastantes, y todas eran de sexo femenino. No vivían más de treinta años. Esas criaturas eran tremendamente narcisistas, hasta el punto de sentir auténtica pasión por su belleza y consagrar a ella toda su existencia. Su obsesión era tal que debían evitar mirarse en un espejo o en el agua de un lago, por miedo a no poder separarse de su imagen.

Janelle no dijo que sólo podían verlas muy pocas personas. Las nalyss tenían un don extremadamente raro, a cuyo valor no concedían importancia: sabían juzgar la belleza interior de la gente y la percibían mejor que la belleza física. Las personas que conjugaban esas dos cualidades eran las únicas ante las que las nalyss aparecían. Las demás les repugnaban.

Las nalyss se pasaban la vida buscando personas que les confirmaran su propia belleza. Eran superficiales y carecían de inteligencia. Se divertían embrujando a los hombres que consideraban dignos de ellas para hacerlos enloquecer de amor y, en ocasiones, tener hijos, que eran todos nalyss.

Pocas eran las que, al final de su existencia, se daban cuenta de que habían corrido en vano tras un ideal desprovisto de sentido, de que su belleza no les había servido de nada y de que, simplemente, habían olvidado vivir.

Janelle se calló y un largo silencio marcó el final de su relato.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Jade, rompiendo el encantamiento.

—Me llamo Janelle y guío a la gente hacia su destino a cambio de comida y de un poco de consideración.

—En tal caso, vete —contestó Jade con crueldad, sin saber por qué reaccionaba de un modo tan violento.

—¡No, al contrario! —saltó Ámbar, indignada—. Janelle, ¿tú podrías llevarnos a casa de Oonagh? No conocemos absolutamente nada del Cuento de Hadas y estamos un poco perdidas.

—Por supuesto —respondió Janelle, radiante.

Ópalo, en silencio, examinó con atención a la chica que les sonreía.

Aunque no deseaba su compañía, tampoco se mostraba hostil con ella.

Se pusieron en camino. Ámbar y Ópalo iban en un caballo, y Jade y Janelle en el otro.

Las tres chicas se sintieron enseguida incómodas por la presencia de la nueva. Como no sabían si podían confiar en ella, se esforzaban en permanecer calladas por miedo a revelar algo importante. No obstante, Janelle parecía de lo más inofensiva. Ámbar se decidió a entablar conversación con ella. Jade y Ópalo no abrieron la boca.

Muy pronto, sin embargo, Janelle demostró ser una chica normal y simpática. Le



contó a Ámbar que también tenía catorce años y que era muy pobre. En lugar de pasar penalidades en su pueblo, había preferido conocer el Cuento de Hadas haciendo de guía.

—¿A tu edad? —repuso, sorprendida. Ámbar—. Tampoco sabía que aquí existiera la miseria.

—Por desgracia, sí. Allí donde hay vida, no es posible encontrar sólo felicidad.

A pesar de las miradas asesinas que le dirigió Jade, Ámbar, conmovida por la amabilidad de Janelle, comenzó a narrar su propia historia desde el principio. Cuando llegó al momento en que había descubierto su piedra, Jade la interrumpió bruscamente:

—¡Calla Ámbar! ¡No debes hablar de eso!

La mirada cálida de Ámbar se enfrió al instante y la chica se irguió, irritada.

—Jade, no tienes ningún derecho a ordenarme lo que debo hacer o no. Soy lo bastante fuerte para controlarme. Si no consigues confiar en nadie, es triste, pero es problema tuyo, no mío. Yo respeto tus puntos de vista, así que no te creas con derecho a juzgar los míos. Ocúpate de ti misma, de tus pretensiones de princesa, y deja en paz a los demás.

Jade dirigió una mirada resentida a Ámbar, que se la sostuvo, asombrada de que aquellas palabras hubieran salido de su boca.

—Es curioso ver hasta qué punto podemos equivocarnos —declaró Jade en un tono tajante, glacial—. Nos arriesgamos a apreciar a una persona aunque pueda ser una enemiga, representar un peligro.

Hacemos caso omiso de esas afirmaciones, creemos construir una amistad todavía frágil, un entendimiento mutuo. Y luego no tenemos más remedio que rendirnos a la evidencia. De la noche a la mañana, descubrimos a una enemiga en la persona que el día anterior habríamos jurado ver a una amiga.

Sorprendida por la acalorada discusión de sus compañeras, Ópalo salió de su indiferencia e intentó torpemente desviar la conversación hacia un terreno más seguro:

—¿Qué ha ocurrido mientras yo estaba inconsciente? ¿Cómo es que he sobrevivido? ¿Y Adrien? ¿Está bien? ¿Dónde está? He tenido un sueño... Él llevaba una especie de uniforme y yo presentía que iba a marcharse.

—Y eso ha sido lo que ha pasado —contestó Ámbar—. No me acordaba de que no estabas al corriente de lo sucedido.

Y todavía con mucho nerviosismo en la voz, se puso a contarle a Ópalo los acontecimientos que ésta desconocía. Jade mantenía la mirada gacha. Sentía muy confusamente que no se hallaba en su estado normal, pero se negaba a admitirlo, Janelle la incomodaba cada vez menos. Empezaba, no a aceptar su presencia, sino simplemente a olvidarla.

Las muchachas habían atravesado sin obstáculos varios pueblos.

Cuando Ámbar hubo acabado de poner a Ópalo al corriente de lo que no sabía, se

produjo un pesado silencio. Janelle trató de romper el hielo sin conseguirlo.

Al cabo de unas horas, el caballo de Ámbar, extenuado, le envió una débil onda telepática para pedirle que descansaran.

—Tenemos que parar —dijo ella.

De común acuerdo, hicieron un alto en un prado silvestre. Entre ellas seguía reinando cierta tensión.

—¿Te crees muy interesante porque sabes interpretar los pensamientos de los caballos? —le preguntó Jade, agresiva, a Ámbar.

—Al menos no me considero el centro del universo.

—¡Calmaos! —intervino Ópalo, cada vez más atónita—. Pasa algo raro. Quizá deberíamos utilizar las piedras.

—Es verdad, todavía no tienes bastantes fuerzas para valerte por ti misma —dijo Ámbar—. Tienes que seguir pidiendo ayuda.

Ópalo la miró, atónita. ¿Qué pasaba? Pese a todo, desató el cordón de su bolsa y sacó el ópalo de reflejos nacarados, pero la piedra le quemó la mano. La soltó profiriendo un grito de dolor. Con mil precauciones, la recogió del suelo y la guardó en la bolsa negra. Su mano derecha, con la que había cogido el ópalo, estaba enrojecida y le escocía.

Jade y Ámbar no se dignaron dirigirle ni una mirada de compasión.

Tan sólo Janelle se interesó por su estado.

Ópalo, que había acabado por tolerar a Jade y empezado a apreciar a Ámbar, volvió a marcar las distancias. Todo lo que habían vivido juntas debería haberlas acercado, pero la llegada de Janelle había crispado sus relaciones. Y ahora surgía entre ellas una cólera brutal, infundada, que destruía su relación todavía frágil.

—¿Crees que así me hieres? —le preguntó Ópalo a Ámbar—. Pues lo siento, pero te equivocas. Espero que no te echas a llorar, porque ya sé lo sensible que eres, tan tierna con todo el mundo... Sería triste ver correr tus lágrimas... Pero ¿cómo puedo decirte estas cosas a ti, que no tienes ningún defecto? Naturalmente, dejando a un lado que eres una pobre campesina ignorante y meliflua...

Ópalo no podía creer que hubiera derramado ese torrente de palabras. Habían salido solas, sin control, como si tuvieran vida propia.

Pero no lamentaba haberlas dicho; un odio injustificado empezaba a crecer en su interior.

Las chicas reanudaron la marcha. Janelle no se atrevía a intervenir.

Intentó, con su suave voz, sacar un tema de conversación, pero fue en vano. Las otras tres se increpaban cada vez más enérgicamente. La situación empezó a degenerar cuando, al cabo de dos horas, Ámbar y Jade detuvieron los caballos con la excusa de hacer otro alto. Apenas hubieron puesto pie a tierra, se abalanzaron la una sobre la otra y se abofetearon. Ópalo se sumó a la pelea propinando algunos fuertes golpes.

Janelle tardó en reaccionar. Bajó del caballo y las llamó al orden, pero aquello no

surtió ningún efecto; por más que se desgañitó, no hubo nada que hacer. Entonces se interpuso entre ellas y recibió una lluvia de violentos golpes. Por un instante, su delgado cuerpo pareció doblarse.

Luego, con una fuerza sorprendente, separó a las tres chicas.

Jade, con la cabellera negro azabache cayéndole desordenadamente sobre los ojos y la ropa desgarrada, parecía fuera de sí. Sofocada, echaba chispas. Tenía en la mejilla un pequeño corte del que brotaban unas gotas de sangre. Ópalo había salido de la refriega con apenas unos arañazos y una mirada todavía más insondable que de costumbre. El dolor de la herida se le había reavivado un poco. Bajaba la cabeza para ocultar sus sentimientos. En cuanto a Ámbar, luchaba para contener las lágrimas. Tenía el labio inferior partido, magullado. Notaba el sabor áspero, caliente, desagradable de la sangre que le manaba por dentro de la boca.

Se lanzaron miradas hostiles.

La situación estaba haciéndose insostenible.

## París, 2002

Estaba cada vez más endeble y escuálida. Apenas tocaba la comida que me llevaban las enfermeras. Me negaba a mirarme en un espejo desde hacía meses. Me imaginaba delgada, temblorosa, con los huesos marcados y los rasgos tirantes. No me atrevía a afrontar mi mirada de desesperación. Quería conservar la imagen de Joa, no la de una enferma acurrucada de miedo. Cuando cerraba los ojos bastante fuerte, me veía como era antes. La imagen se materializaba lentamente, cada vez más confusa a medida que pasaban los días. Era otra persona. Joa.

Evocar esos recuerdos me hacía daño y ardientes lágrimas asomaban a mis ojos. Había intentado olvidarlo todo, relegar mi historia al fondo de la memoria, y creía haberlo conseguido. Quería aceptar mi destino.

Pero el sueño hizo resurgir el pasado al tiempo que comenzó a esbozar el porvenir. Me creía bastante fuerte, bastante curtida para resistirme. No era así. Sin confesármelo, sentía afluir lentamente la esperanza en mi interior. Sin embargo, aquella historia era un simple sueño, mi mente atormentada había inventado desde el principio aquel cuento que me devolvía la vida. Casi me daba miedo pensar en ello, como si mis recuerdos, mis sentimientos y mis pensamientos pudieran alterar los colores tornasolados del sueño, difuminarlos hasta que desaparecieran, hasta que se tornaran lejanos y apagados. El sueño me parecía tan importante que temía sentirlo escapar de mi memoria.

Quería que continuara eternamente. Aunque me negaba a admitirlo, de manera

inconsciente creía que era real, sentía que era real, quería que fuese real.

Pero la enfermedad continuaba destruyéndome. Sufría, y el sueño, que me trasladaba lejos de la realidad, reavivaba mi dolor cuando regresaba a la cama del hospital. Cuantas más ganas tenía de vivir, más me hacía sufrir el hecho de luchar contra la muerte. Comencé a rechazar de nuevo esa fatalidad y a creer en la ilusión que era la esperanza.

Llegaba a maldecirme a mí misma por ser tan ingenua, pero, en el fondo, era más feliz así.



uando cayó la noche, señalando el fin de un día difícil y agotador, las cuatro chicas se detuvieron en un prado. Janelle había preferido la naturaleza a un pueblo desconocido y las demás se habían plegado a sus deseos. La tensión había llegado al límite. Jade, Ópalo y Ámbar guardaban silencio, pero les costaba un esfuerzo infinito contenerse.

Manténían la cabeza baja, pero su rostro y su mirada estaban llenos de un odio destructor, incomprensible, que esperaba una señal para manifestarse. Las manos de Ámbar y de Jade se crispaban nerviosamente sobre el cuello de sus caballos. Incluso Ópalo permanecía tiesa, rígida, y de su persona emanaba una cólera terrible.

Las cuatro chicas se sentaron sobre la hierba. Ámbar abrió lentamente las alforjas que contenían la comida. Jade y Ópalo seguían con la mirada todos sus movimientos. Ámbar y Jade alargaron la mano hacia el mismo fruto.

—¡Suéltalo, es mío! —gritó Jade.

—¿Ah, sí? Pues no sé por qué —replicó Ámbar—. Tus deseos no siempre tienen preferencia sobre los de los demás.

—Por mí puedes decir lo que quieras, no pienso escucharte. ¿O es que todavía no te has enterado de que para mí no existes?

Jade se abalanzó sobre Ámbar, dando por fin libre curso a su rabia.

Peleaban con tanta violencia, con tanta agresividad que Janelle y Ópalo no se atrevieron a interponerse. Jade, poseída por una fuerza felina, sabía defenderse especialmente bien, pero Ámbar se resistía con una cólera temeraria. Finalmente, la refriega acabó.

—¿Y tú qué miras? —le espetó Jade a Ópalo, propinándole un golpe brutal pese a su cansancio. En respuesta, Ópalo derribó a Jade, que, exhausta y magullada, se

levantó trabajosamente.

—No pienso quedarme con unos seres tan despreciables —dijo—. Os dejo entre personas de la misma calaña.

Y se marchó a paso vivo al otro lado del prado, decidida a pasar allí la noche. Ópalo hizo lo mismo, pero se fue al lado contrario.

Ámbar se quedó sola con Janelle. No sentía ningún odio hacia la joven guía, y su presencia, sin atenuar su irritación, tampoco la atizaba.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Janelle—. A lo mejor, hablar te tranquilizaría.

—No lo creo —contestó Ámbar con hosquedad.

—Entonces, si quieres, puedo contarte alguna historia. Así pensarás en otra cosa.

—Si te apetece...

Janelle empezó a hablar de sí misma; hizo un relato detallado de su infancia, su vida y sus viajes. No describía el Cuento de Hadas porque, para ella, ese universo era su entorno cotidiano; estaba acostumbrada a él y no veía lo que tenía de fantástico como algo extraordinario.

Janelle contó que había vivido en una casa medio en ruinas. Era la mayor de una familia numerosa y miserable. Desde muy pequeña había soñado con viajar, con escapar de esa existencia precaria para llevar una vida distinta. Con todo, quería mucho a los suyos y había prometido regresar un día para ayudarlos.

—Tu vida se parece mucho a la mía —dijo Ámbar con voz pensativa, cargada de recuerdos.

Janelle sonrió y reanudó su relato. Siempre había estado dotada de una imaginación desbordante que le había permitido evadirse de la pobreza. A los diez años, se había marchado de casa porque deseaba recorrer el Cuento de Hadas y hacérselo descubrir a los demás. Se había pasado dos años recorriendo vastas y pintorescas regiones y admirando lugares cuya existencia y belleza jamás habría sospechado. Después había regresado a su casa para ver a sus allegados y hacerse por fin guía. Había llegado a su pueblo con una alegría muy comprensible, pero había encontrado su casa devastada por una epidemia que prácticamente había acabado con su familia. Sus dos hermanas, las únicas supervivientes, le habían ordenado que se fuera y no volviera jamás. Estaban tan flacas y tenían el semblante tan lívido que apenas las había reconocido. Atormentada por la imagen de su pueblo arrasado, Janelle había partido de nuevo aquel mismo día, confiando en que el porvenir llegara a borrar ese sombrío pasado.

—Tú tampoco has tenido una vida muy fácil —dijo Ámbar en tono compasivo.

—Desde luego. He intentado salir adelante contando cuentos, historias inventadas por mí, pero la gente ya tiene bastante con su vida.

Por supuesto, he seguido queriendo ser guía, pero, por desgracia, no se solicitan mucho mis servicios.

Conforme se desarrollaba la conversación, Ámbar se identificaba más con Janelle y se sentía más cerca de ella. La joven había narrado algunas historias divertidas o

poéticas salidas de su imaginación. Ámbar la escuchaba atentamente, riendo y aplaudiendo todos sus relatos.

—Eres una espléndida narradora —declaró, cautivada.

—Gracias —contestó Janelle—. Ahora te toca a ti. Me gustaría conocer tu historia.

Ámbar accedió a contársela, como Jade ya no estaba delante para oponerse, le refirió todos los acontecimientos a Janelle, que la escuchaba con interés. Parecía vivir el relato a medida que lo contaba.

Se le encendía la mirada, se le enrojecían las mejillas, adquiría viveza, animación, se volvía fascinante.

Cuando hubo acabado, Janelle clavó los ojos en los de Ámbar, de color ocre.

—Tienes un don especial —comentó sobriamente—. Sabes exponer todo lo que dices de tal manera que hechizas a quienes te escuchan.

Ámbar rió con una risa cristalina.

—¡Qué exagerada! —exclamó.

—No, consigues provocar auténtico entusiasmo, hacer ver y sentir lo que cuentas.

Ámbar rió de nuevo, pero distinguió en la penumbra una lágrima furtiva en la mejilla de Janelle.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja—. ¿Puedo ayudarte?

—No, no —masculló Janelle, visiblemente turbada.

—Dime qué te pasa —insistió Ámbar.

—Nada. Es sólo que... bueno, que me acuerdo de mis padres y... no puedo evitar...

Estas últimas palabras quedaron ahogadas por un breve sollozo, pero Janelle se rehizo enseguida. Ámbar, conmovida, no le hizo más preguntas. Contó también la muerte de su madre. Janelle no se deshizo en pésames; se mostró comprensiva sin hacer aspavientos. Ámbar apreció su reacción y eso la acercó a su compañera, como si compartieran un secreto, algo personal. Hablar de su madre era entregar una parte de sí misma. Se sentía cada vez más cómoda al lado de Janelle; tenía la impresión de que estaba comenzando a surgir entre ellas una verdadera amistad.

No obstante, en el fondo de su ser, el odio, indomable, seguía bullendo y creciendo lentamente. Si Ámbar lograba contenerlo, reprimirlo, era porque ni Jade ni Ópalo estaban cerca.

—Ya sé que no te interesa mucho, Ámbar —dijo tímidamente Janelle—

, pero llevaba años viviendo sola, al menos interiormente. Sólo permanecía en compañía breves instantes y no trababa vínculos con nadie. Guardaba todos mis sentimientos y todas mis opiniones en el fondo de mí misma, sin dejar traslucir nada.

—Debía de ser muy duro —dijo Ámbar, creyendo adivinar la continuación.

—Sí...

Aunque parecía que estaba a punto de añadir algo, Janelle cambió de tema. Continuaron hablando con entusiasmo y descubrieron numerosas afinidades entre

ellas.

—¿Y qué piensas de esas chicas que van contigo? —preguntó Janelle.

Ámbar sintió inmediatamente aflorar de nuevo la cólera.

—Jade es pretenciosa —afirmó levantando la voz—. Es una egoísta y una engreída. Es execrable e incapaz de hacerle un favor a nadie. ¡Se cree perfecta! No la soporto, con sus aires de princesa orgullosa. En cuanto a Ópalo, es un témpano. Es incapaz de experimentar ni la sombra de un sentimiento. No sabe sonreír: cuando decide emitir un sonido, se puede decir que es un milagro. La detesto. ¡Las odio a las dos!

Janelle la miró. A Ámbar le sangraba otra vez el labio, y su expresión amable y cálida había dejado paso a un aire terrorífico, impregnado de una rabia infinita.

Janelle se las ingenió para calmarla. La oscuridad era casi total, pero las dos muchachas siguieron charlando un buen rato. Janelle irradiaba bondad. Ámbar estaba encantada de haberla conocido.

Cuando empezaron a acusar el cansancio, las dos amigas decidieron acostarse y se prometieron otras historias para el día siguiente. Tras algunos accesos de risa, acabaron por dormirse. Ámbar se sumió en un sueño profundo.

El cielo estaba sembrado de estrellas y la luna brillaba débilmente. En medio de la noche, el silencio reinante fue roto por un grito ahogado.

Ámbar se despertó bruscamente, casi sin respiración. Notaba una quemazón que se difundía por todo su cuerpo. Se levantó lentamente y, en la penumbra, vio a Janelle frente a ella.

—¿Qué ocurre? —gimió—. Me encuentro muy mal...

Janelle no contestó. Su expresión había cambiado, su semblante había adoptado un aire malévolo, rencoroso. Ámbar creyó no haber visto bien. Janelle se agachó para recoger algo del suelo, pero al hacerlo profirió un grito y se incorporó. Imposible negarlo: su mirada se había vuelto brillante, furibunda.

—Janelle... —murmuró Ámbar, intrigada.

—Déjame —gritó Janelle con una voz aguda, de histérica.

—¿Qué te pasa?

—¿Es que no lo ves? ¿No quieres entenderlo?

Janelle alargó lentamente el brazo con la mano cerrada y luego la abrió. Tenía la palma marcada por quemaduras.

En ese momento, Ámbar la vio como las nalyss la habían visto, como todo el mundo la vería si su físico fuera el reflejo de su alma: gorda, con el cabello negro enmarañado, la piel grasienta, los ojos como brasas, hundidos y relucientes, los pómulos salientes, la nariz porcina, ancha de espaldas, fachosa. Su mirada estaba impregnada de maldad, todas sus facciones estaban crispadas por el deseo de destruir. Se había convertido en el odio, lo encarnaba.

—¡La culpa es tuya! —gritó Janelle, transformada.

—Pero... ¿de qué hablas?



—¡De todo! ¿No quieres abrir los ojos? ¡Te odio!... ¡Te odio!

Ámbar se tambaleó. Las lágrimas le anegaron los ojos. No entendía nada; no quería entender nada.

—¡Tú lo tienes todo, eres la que yo debería haber sido! —prosiguió Janelle—. ¡Me has robado el sitio! ¡Me has robado la vida!

—Eso es absurdo —balbució Ámbar.

—Para ti es fácil decirlo. Yo no soy más que una pobre chica, una miserable, no tengo derecho a ser importante. ¿Es eso lo que crees?

—¡Pues claro que no!

—¿Sigues sin entender? Pues voy a echarte una mano. Repasemos la historia desde el principio. Tres chicas se cruzan en mi camino. Me detengo y, por lo que les oigo decir, deduzco que han visto a unas nalyss a las que mi presencia ha hecho salir huyendo... Por supuesto, ellas son lo bastante perfectas para verlas, pero yo no.

—Yo..., yo no sabía... —dijo Ámbar, sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

La sensación de quemazón en su cuerpo se intensificaba.

—Entonces —prosiguió Janelle—, decido trabar amistad con ellas.

Quiero demostrarles que yo también tengo derecho a existir, a ser apreciada.

—Yo no he dicho lo contrario.

—Pero esas tres chicas se desentienden de mí.

—¡Eso no es verdad!

—Ellas lo tienen todo para gustar. La vida se lo ha ofrecido todo, mientras que a mí no ha querido darme nada. Así que me siento inundada por un odio violento pero beneficioso que me llena, que me posee hasta invadirme por completo. Debo expulsarlo. Me concentro y, con una facilidad desconocida hasta ese momento para mí, me libero de él. Mi odio se desborda y el alma de otra lo absorbe.

—¡Jade! —exclamó Ámbar.

—Pero el odio continúa creciendo en mi interior y, para aguantar, te lo transmito a ti y luego a la otra chica, a Ópalo. Poco a poco, la cólera me domina, y luego os domina a vosotras.

—¿Por qué? ¡Nosotras no habíamos hecho nada! —protestó Ámbar, sintiendo una sensación de ahogo.

—Después me otorgas tu confianza. Yo me invento una historia sobre mi vida; tú me crees, te compadesces de mí. Detesto tus sentimientos almibarados, tu aire caritativo. Ardía en deseos de contarte la verdad, de decirte que he transmitido mi odio y provocado muertes y guerras.

Cuando me has hablado de tu piedra, he comprendido quién eras. Y entonces he creído que la rabia iba a adueñarse de mí. He querido superarte, humillarte, destruirte.

—¡No! —gritó Ámbar, herida, negándose a admitir la verdad.

—Esta noche he intentado quitarte la piedra, pero no he podido. Me ha quemado la mano. Y tú te has despertado, confiada, con tu expresión juiciosa, perfecta,

insoportable.

Ámbar fue incapaz de contestar.

—¿Qué crees? ¿Que estoy atormentada? ¿Que recurro al mal simplemente para eludir mis problemas? No. El mal me alimenta, me da poder. Sin él no soy nada. Yo lo sirvo, pero él me aporta consuelo, me transforma, me hace invulnerable. Lo necesito. Cuando veo sufrir a los demás, cuando noto que el mal me posee, me vuelvo fuerte. Ya no tengo necesidad de esconderme detrás de sonrisas tontas, de obligarme a ser otra, a aparentar ser amable... El mal me permite ser yo misma.

—¿Por qué me dices todo eso?

—Porque sé que te hace daño. Mis palabras se te clavan en el cuerpo, te hieren, hacen manar sangre de tu alma magullada... Y eso me gusta.

¿Te creías superior a mí? ¡Pues no lo eres! ¿Creías que era tu amiga?

¡Pues soy lo contrario, soy una de tus enemigas más fervientes! Tus lágrimas me producen una inmensa alegría. ¿Me consideras una traidora? Yo no siento remordimientos; hago caso de mis deseos, asumo mi naturaleza. No me pliego ante el mundo uniforme que me imponen; creo el mal y vivo de él.

Tras estas palabras, sonrió triunfalmente y se marchó, satisfecha. A Ámbar le pareció ver vagamente, a lo lejos, un jinete que observaba la escena. Pero aquella imagen sólo podía ser una ilusión, un espejismo en la noche.

Recogió del suelo su piedra, que había recuperado su calidez y volvía a ser reconfortante. Junto con Janelle, el odio y la quemazón desaparecieron de su corazón. Sin embargo, las lágrimas, cual perlas de intenso desasosiego, continuaron bañándole las mejillas.



El Innombrado abrió los ojos y recuperó rápidamente la lucidez.

Sus heridas habían desaparecido. No notaba ningún dolor, no tenía ninguna huella de los profundos cortes que habían marcado su carne. Observó que seguía estando en la misma habitación estrecha con las paredes desnudas. Pero, si bien continuaba sentado en la extraña silla de musgo verde, ya no tenía los miembros atados. A su lado, Elfohrys, que sí seguía atado con lianas, parecía también indemne.

—¡Ah, Innombrado! —exclamó—. ¡Por fin has vuelto en ti!

—Pero... el teatro, el dolor...

—¿Cómo dices? Debes de estar todavía conmocionado.

—No ha sido un sueño —murmuró el Innombrado, lleno de desconcierto.

—Hace unas horas, después de la segunda visita de Naílde, vinieron unos ghibduls.

—Sí, lo sé.

—Te rodearon e hicieron un encantamiento extraño. Te desmayaste.

Ellos permanecieron a tu lado sin decir nada. Te agitabas, balbucías sonidos incomprensibles... Su intervención duró una media hora. ¡Ya empezaba a estar preocupado! Después de irse ellos, seguiste inconsciente. Grité, intenté ayudarte. Por fin, al cabo de dos horas, tus lianas se desataron solas y tu sueño se hizo más regular.

El Innombrado, aturdido, contempló sus miembros intactos sin entender nada: sólo tenía la antigua herida en el brazo derecho. Se cogió la cabeza entre las manos. ¿Empezaba la memoria a jugarle malas pasadas? Después de haber borrado su pasado, ¿lo traicionaba de nuevo forjándole un presente imaginario?

No tuvo tiempo de pensar en estas cuestiones porque tres ghibduls entraron en la habitación. Sus rostros monstruosos habían adoptado una expresión afable, sus labios

intentaban en vano esbozar una sonrisa. Al llegar junto al joven, uno de los ghibduls le tendió, sin decir nada, un objeto de forma alargada envuelto en un paño de un blanco inmaculado.

El Innombrado, vacilante, alargó la mano con precaución.

—Cógela —lo animó un ghibdul con una voz ronca que dejaba traslucir humildad, respeto y admiración.

El Innombrado se apoderó del objeto y retiró el paño. Atónito, reconoció su espada encantada.

—Si la aceptas —añadió el ghibdul—, te presentaremos nuestras excusas, honorable hovalyn.

Elfohrys rompió a reír y los ghibduls le dirigieron una mirada torva.

—Quizás ahora podáis liberarnos —dijo Elfohrys alegremente—. Nos sentimos muy conmovidos por vuestro súbito cambio de actitud, pero...

—Calla, miserable —ordenó el que le había devuelto la espada al hovalyn y que a todas luces era el que tenía más autoridad.

—¡Os prohíbo que tratéis a Elfohrys así! —se indignó el Innombrado.

—Si ése es tu deseo... —masculló el ghibdul, contrariado.

—Creo que deberíais darnos algunas explicaciones —prosiguió el joven, todavía estupefacto pero decidido a aprovechar aquella situación inesperada.

—Hemos penetrado en tu mente y simulado una representación a partir de imágenes que ya se hallaban en tus pensamientos, pero cuya existencia tú ignorabas, a las que hemos añadido algunos elementos.

—Entonces, ¿todo lo que he creído ver era falso?

—Desde que has salido de este cuarto —confirmó el ghibdul—. Era una prueba necesaria y eficaz. Estamos especialmente dotados para realizar este tipo de manipulación indolora.

«Indolora... —pensó el Innombrado—. ¡Que cada cual entienda la palabra como quiera, pero, a mí, su intrusión en mi mente no me ha parecido una cosa agradable y divertida!».

La criatura estaba tan cerca de él que el joven aspiraba su fétido aliento. Cuando el ghibdul prosiguió, él apartó la cara.

—Teníamos dudas sobre ti. Lo que intuíamos nos parecía improbable, pero hemos querido asegurarnos. Y esa intervención telepática ha confirmado nuestras sospechas, nuestras esperanzas...

—Ah, pero ¿sois capaces de tener esperanzas? —ironizó Elfohrys—. Todos los días se aprende algo nuevo.

—Hovalyn, eres el que esperábamos desde hace mucho tiempo.

¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre —respondió el caballero—. Soy el Innombrado.

Los ghibduls no parecieron inquietarse.

—Eres el único que ha resistido tanto tiempo la... emmm..., la tortura mental que

te hemos infligido. Por cierto, siento mucho haberte sometido a ella.

—No ha sido muy delicado, en efecto.

—Pero era necesario —se defendió el ghibdul—. Nadie, ni siquiera uno de nosotros, ha soportado tanto tiempo semejante prueba. Lo más increíble es la decisión que has tomado. Hasta ahora, nadie había optado por esa solución, nadie había tenido bastante valor.

—¿Os entretenéis torturándoos mentalmente entre vosotros? —preguntó Elfohrys—. ¡Qué ocupación tan... distraída!

—Es una prueba a la que todo el mundo se somete.

—¿Y por qué dices que soy «el que esperáis»? —preguntó el Innombrado.

—Durante siglos hemos vivido aislados. Hemos creado una civilización todavía incipiente. Pero, desde el principio de los tiempos, se ha transmitido una tradición, una creencia: que un día vendría un hombre y que lo reconoceríamos. Él cambiaría nuestra forma de vida, nos acercaría a las demás criaturas, y nosotros lo seguiríamos, le obedeceríamos, lo ayudaríamos cuando nos pidiera ayuda. Ese hombre, Innombrado, eres tú.

—¿Yo? No, yo no soy —protestó el hovalyn—. ¿Cómo quieres que os acerque a las demás criaturas? Además, no tengo ninguna intención de dirigiros.

—Te mostraremos nuestro pueblo y después te irás. Pero un día cercano recurrirás a nosotros —afirmó el ghibdul sin alterarse—. Así será.

Como el Innombrado no parecía convencido y ponía cara de escepticismo, otro ghibdul explicó:

—Todo eso está en *La profecía*, hovalyn. Neofileus escribió que en el corazón del bosque vivía una civilización oculta y que un día, tras una victoria, un hombre la descubriría. Se le sometería a una prueba que revelaría su identidad a las criaturas que lo habían capturado. Después, el hombre partiría, y cuando las tinieblas estuvieran a punto de engullir la luz, regresaría. Pediría ayuda a ese pueblo, lo haría salir del olvido.

Esa es tu historia, hovalyn. Y la nuestra.

El ghibdul hizo una pausa y otro tomó el relevo:

—Sabemos quién eres. Tú no debías descubrirlo antes, pues *La profecía* afirma que te lo revelaríamos nosotros.

El Innombrado, temblando de emoción, con el corazón latiéndole aceleradamente y un nudo de angustia en la garganta y en el estómago, esperó. ¿Iba a descubrir por fin quién era realmente? Los ghibduls lo miraron con semblante grave y expresión solemne. Finalmente, uno de ellos anunció:

—Innombrado, eres el que se espera por doquier. Eres el Elegido.



Ámbar se pasó el resto de la noche despierta, con los ojos arrasados de lágrimas. No lograba creer que Janelle la hubiera traicionado. Había creído que era su amiga. Aunque esa ilusión no había durado mucho tiempo, había confiado en la joven, se había abierto a ella...

Al amanecer, Jade y Ópalo acudieron a hacerle compañía. Todo el odio había desaparecido. Las dos chicas habían tenido el fuerte presentimiento de que a Ámbar le había sucedido algo terrible. La escucharon y la consolaron. Sintieron cierta incomodidad cuando rememoraron la cólera que habían manifestado el día anterior. El labio tumefacto de Ámbar constituía la prueba de su extravío.

Al final, tras haber formulado unas disculpas apresuradas, las tres chicas se dieron cuenta de que, desde la liberación de Nathyrnn, estaban cada vez más unidas. Incluso la hostilidad que había reinado entre Jade y Ópalo se había suavizado considerablemente.

Comieron en silencio y luego reanudaron el camino.

A lo lejos, las montañas, envueltas en un velo de bruma y nieve, se elevaban hacia el cielo todavía teñido del resplandor del alba.

Al igual que el día anterior, las tres muchachas cabalgaron en dirección a la gruta de Oonagh. No se hallaban a una distancia excesiva de su meta. Jade calculó que, si se daban prisa, tardarían menos de una semana en recorrer el resto del trayecto y se lo hizo saber a Ámbar, quien ordenó con delicadeza a su caballo que acelerara un poco la marcha.

—Por cierto —dijo ésta—, ahora que me acuerdo, esa noche me ha parecido ver un jinete. Ya sé que es muy improbable, pero aun así quería decíroslo.

Jade se encogió de hombros, pero Ópalo, que iba montada en el mismo caballo

que ella, dijo:

—Yo también he visto una sombra antes de dormirme.

Su tono era tranquilo, como si se tratara de un hecho absolutamente natural y sin ningún interés.

—¿Quién puede estar espiándonos? —preguntó Jade—. No soporto todos estos misterios. ¡Lo último que necesitamos ahora es un jinete fantasma a nuestra espalda! ¡Si volvéis a verlo, decídmelo, que iré a darle una patada donde yo me sé!

Ámbar se echó a reír alegremente. Ópalo la miró y le dirigió una fugaz sonrisa. Recordaba el momento que había pasado con Adrien antes de perder de nuevo el conocimiento y aquello la llenaba de una tierna y reconfortante calidez que le hacía mirar el mundo con indulgencia, le costaba pensar que estaba recorriendo un lugar poblado de criaturas diferentes de los humanos, pero esta perspectiva, en lugar de intimidarla, hacía nacer en ella un interés por todo lo que la rodeaba.

Observaba los paisajes que se sucedían como si fueran maravillosos. Su mirada había cambiado, era nueva. ¿Era su encuentro con Jade, Ámbar y Adrien, su pérdida de conciencia, su milagrosa supervivencia, lo que la transformaba? La cuestión era que, durante su estado de coma, había sentido unas impresiones extrañas. Había tenido varios sueños que no lograba recordar. Sólo sabía que, mientras se hallaba inconsciente, se había enterado de que Adrien se disponía a partir e iba a arriesgar su vida. Al pensar en ello, se le encogió el corazón. ¿Volvería a verlo pronto?

Ámbar, todavía taciturna, trataba de distraerse observando los alrededores. Le llamó la atención de nuevo que ningún campesino labraba los campos. Tanto hombres como mujeres, con largas cabelleras plateadas y sin ningún instrumento de trabajo, se limitaban a reír y a cantar en medio de los cultivos. La curiosidad la llevó a proponer a sus compañeras detenerse para hablar con ellos, cosa que ambas aceptaron. Una vez hubieron bajado del caballo, avanzaron abriéndose camino a través de un campo de girasoles. Cuando los campesinos las vieron, les dirigieron amplias y afables sonrisas. Ámbar los saludó con amabilidad y su mirada cálida los conquistó de inmediato. Uno de ellos, bajo y fornido, exclamó:

—¡Tus ojos son oro, cielo, flores!

Los demás asintieron con mirada picara y risueña. Ámbar no supo qué contestar a este desacostumbrado piropo.

—¿Trabajáis la tierra? —preguntó cuando pudo reaccionar—. No conozco el Cuento de Hadas y me gustaría saber cómo viven aquí los campesinos, si es que lo sois.

El grupo rió sin malicia. Parecía gente sin muchas luces, pero amigable, y su mirada chispeaba de alegría.

—Desde la noche de los tiempos, comprendemos la tierra —explicó una de las mujeres—. Nuestros cantos y nuestras risas la nutren, la hacen feliz. Cuando las plantas empiezan a germinar, vacilantes, para nosotros es una recompensa. Vivimos en armonía con ellas y con la tierra que las trae al mundo. Si eso significa ser

«campesinos», como vosotras decís, entonces lo somos.

—¿Sois un pueblo mágico? —preguntó Jade, maravillada.

—No más que otro o que vosotras —respondió la mujer—. Todo el mundo lleva dentro su magia. Ningún germen es igual que otro.

Ante la expresión de desconcierto de las tres jóvenes, los trabajadores rompieron de nuevo a reír. Luego, la mujer que había hablado añadió:

—Nos alegramos de haberos conocido.

Las tres muchachas consideraron que había llegado el momento de reanudar el camino y se despidieron del jovial pueblo, que las aclamó, mezclando risas y cantos melodiosos.

Una vez que hubieron montado, Ámbar dijo:

—En el momento de marcharnos, el hombre que me ha dicho eso tan extraño sobre mis ojos me ha susurrado una frase.

—¿Ah, sí? —dijo Jade, sorprendida.

—Era algo así como: *La naturaleza hace milagros con los que la magia sólo alcanza a soñar.*

—Esa gente es rara —comentó Ópalo.

—Pero simpática —repuso Ámbar.

—En cualquier caso, parecía que les gustabas mucho a todos —dijo Jade.

—¿Yo? Tal vez sea porque me siento cerca de ellos, porque tengo la sensación de comprenderlos...

Las tres chicas continuaron cabalgando y de vez en cuando hacían una breve parada. Al cabo de unas horas, los contornos de una ciudad aureolada por una bruma negruzca se perfilaron en el horizonte. Jade, Ópalo y Ámbar decidieron atravesarla, a pesar de la desconfianza que empezaba a inspirarles lo desconocido. Rodearla les habría hecho perder demasiado tiempo.

Por la tarde entraron por fin en la ciudad. Pusieron pie a tierra y asieron por la brida a los caballos, que avanzaban confiados.

—¿Hay algún peligro aquí? —le preguntó Ámbar a su montura.

El caballo no respondió. Pareció olfatear el aire antes de enviar a su amazona una impresión de desolación, de miseria, pero no de peligro.

En la ciudad, cuyas casas estaban todas cerradas, reinaba el silencio.

Ópalo dijo tranquilamente:

—Algunas viviendas se han quemado recientemente.

En efecto, al final de la primera calle, unas casas, que sin duda habían sido de madera, no eran más que un amasijo de cenizas, de objetos destruidos.

Ámbar se estremeció. De pronto, de una casa salió un hombre que parecía desesperado. Era corpulento y vestía un elegante traje de seda semejante a una toga. Sin embargo, en su rostro lívido se reflejaba el terror. Temblaba violentamente y en sus ojos húmedos se leía una angustia cercana a la locura. Se dejó caer a los pies de las muchachas.



—¡Quienesquiera que seáis, ayudadnos! —suplicó—. Os lo imploro, no nos dejéis perecer.

Ópalo, convencida de que se trataba de otro ardid, quiso pasar de largo. Desconfiaba de todo. Pero Ámbar la retuvo asiéndola por un brazo y Jade aprobó el gesto con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ámbar.

—¿No lo sabéis? —gimió el hombre—. Entrad en lo que queda de mi casa y lo veréis.

Las tres chicas intercambiaron una mirada. Ámbar y Jade, la primera por compasión y la segunda por curiosidad, decidieron aceptar. Ópalo se vio obligada a acompañarlas. Ámbar ordenó a su caballo que se quedara allí esperándola, siguió al hombre hasta una casa de piedra de medianas dimensiones y, una vez estuvieron todos dentro.

En el interior había un puñado de niños acurrucados y una mujer desgreñada, deshecha en lágrimas, que parecían aterrorizados, en estado de choque. La vivienda había sido saqueada. Objetos y muebles destrozados alfombraban el suelo. Cuadros sin valor, pero bonitos, habían sido rascados. Antes, la morada debía de ser acogedora; ahora era un montón de escombros.

—¡Mirad lo que han hecho! ¡Mirad! —dijo el hombre—. ¿Cómo vamos a reparar todo esto? Nadie, aparte de vosotras, se ha atrevido a poner los pies en nuestra ciudad: nadie sacrificará su vida para ayudarnos.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Ámbar.

—Han vuelto —susurró el hombre, con los ojos desorbitados a causa del terror—. Desde la caída de Thaar, han vuelto a surgir de todas partes.

—¿Quiénes? —intervino Jade.

Al fondo de la habitación, la mujer profirió un grito.

—No le hagáis caso —dijo el hombre—. Es una loca que vaga por la ciudad. Cuando han venido, la he acogido en mi casa para salvarla en recuerdo de mi esposa, a la que ellos mataron hace ya tiempo.

La mujer continuó gritando, histérica.

—¡Beah Jardín, cállate! —le ordenó el hombre, tapándose los oídos.

La mujer le obedeció, dócil, calmada por la suave sonoridad de su nombre.

—¿Es que no los conocéis? —dijo el hombre, sorprendido, retomando el hilo de su conversación con las muchachas—. Siempre les hemos temido. Ha habido épocas en las que reinaban en casi todo el Cuento de Hadas y otras en las que no se oía hablar de ellos durante siglos. Ahora han vuelto, y esta vez son más poderosos que nunca. Los dirigen un centenar de hechiceros de la Oscuridad. Siempre han querido dominar el Cuento de Hadas; por eso se han puesto de parte del Consejo de los Doce, que les ha prometido este territorio a cambio de su apoyo y su sumisión. Es evidente que han aceptado sus órdenes para traicionarlos cuando nos hayan vencido.

—Y los que no son hechiceros de la Oscuridad, como usted los llama, ¿quiénes

son?

—Criaturas maléficas de todas clases, que han optado por ponerse del lado del mal —respondió el hombre—. También hay hombres, y todos tienen una cosa en común: el deseo de destruir. Algunos, capaces incluso de insuflar odio en las almas puras, poseen el Don del mal.

«Como Janelle», pensó con amargura Ámbar.

—Desde que Thaar está en sus manos y las del Consejo de los Doce —prosiguió el hombre—, surcan de nuevo el Cuento de Hadas. Saquean, aniquilan a los que son más débiles que ellos... La mayor parte de nuestro ejército, el que nos protege de ellos, está movilizadada alrededor de Thaar. En cuanto a los hechiceros de la Luz, se cree que son una leyenda y que no han existido jamás. Por supuesto, muchos de nosotros estamos dispuestos a luchar, pero el Elegido sigue sin venir, nos desesperamos y acabamos por resignarnos.

—¿Quién es el Elegido? —pregunto Jade.

El hombre la miro muy sorprendido. Después pareció percatarse de algo evidente y rectificó:

—Ya no sé lo que digo... Creo que deliro, como esa pobre loca de Beah Jardun. No hagáis caso de mis palabras.

—No esperará que le crea, ¿verdad? En cualquier caso, ¿tienen algún nombre?

—En realidad, no..., simplemente, el ejército de la Oscuridad.

—¿Y quiénes son los hechiceros de la Luz?

—Si existen, son las únicas personas capaces de enfrenarse a los hechiceros de la Oscuridad. Muy pronto, cuando se forme el ejército de la Luz...

—¿Cómo? ¿Qué ejército? —preguntó Jade—. ¿Por qué va a formarse?

¿Va a haber una guerra?

—He hablado demasiado —dijo el hombre, exhalando un suspiro—, pero no sabréis nada más por mí.

Ámbar se había acercado a los niños y a la mujer para consolarlos torpemente. Mientras Jade intentaba sonsacarle al hombre más información sobre el Elegido, ella les hablaba con su voz suave y cálida.

Un destello de lucidez pareció iluminar los ojos de Beah Jardun. La mujer se incorporó un poco y, tirándole a Ámbar de un brazo para obligarla a inclinarse hacia ella, murmuró con nerviosismo.

—Cuando naciste, tu madre estaba muy contenta... tenía miedo, pero estaba encantada. Yo estaba allí, como simple sirvienta, pero estaba presente. Había mucha gente; incluso estaba Jean Losserand, el vagabundo, que, tras haber vivido numerosas peripecias, regresaba a su casa y esa noche estaba de paso allí. Ayudó a tu madre a huir y a ponerte a salvo en el Exterior... Y al llevarla de vuelta al Cuento de Hadas, antes de regresar a su casa, los detuvieron. A Jean Losserand lo encarcelaron, pero a tu madre la mataron por orden del Consejo de los Doce. Yo los acompañaba. Afortunadamente, tuve más suerte; conseguí volver y encontrar a tu padre, que

esperaba a su esposa en vano... Más adelante, el ejército de la Oscuridad lo mató.

—¿Eso es verdad?

Fueron las únicas palabras que Ámbar logró pronunciar, pues las emociones se agolpaban en su interior.

—Pues claro que es verdad —contestó, indignada, Beah Jardun—. Tu madre y tu padre te querían, y Jean, y yo, y muchos más, y eso es lo que te ha hecho diferente, Ámbar. A continuación, la mujer cayó de nuevo en un estado de embotamiento del que nada, ni siquiera las preguntas vehementes de Ámbar, consiguió sacarla.

Entretanto, el hombre había reanudado su relato:

—Esta modesta ciudad sólo está habitada por sanadores como yo y por magos profesionales. Únicamente utilizamos una forma rudimentaria de magia para dar a nuestras pociones y nuestros ungüentos la fuerza deseada. Somos buenas personas, somos pacíficos. Sin embargo, se han mostrado despiadados con nosotros. Nos quitaron los alimentos y las escasas joyas que poseíamos e incendiaron nuestras casas. Yo sólo conseguí salvar una decena de pociones. Hoy han vuelto, han destruido lo que quedaba... y han sellado la ciudad.

—¿Sellado la ciudad? —repitió Jade—. No comprendo.

—Es lo que hacen en todas las ciudades por las que pasan, marcarla con el Sello de la Oscuridad. Durante un año, nadie podrá salir de aquí.

Estamos condenados a morir de hambre o, en cualquier caso, a padecer atroces sufrimientos hasta que termine la huelga de la Muerte.

—Eso es una vileza —dijo Jade.

—Por supuesto, nadie se atreve a entrar en una ciudad sellada por el ejército de la Oscuridad, por miedo a las represalias o simplemente para no quedar atrapado.

—Lo que significa que nosotras también estamos atrapadas en su ciudad —constató Ópalo con calma.

—Si, pero... —El hombre comenzó a sollozar—. ¡Una vez que habíais entrado, yo ya no podía hacer nada!

—Tenemos algunos víveres que nos permitirán aguantar varios días —contestó Ópalo con optimismo—. Encontraremos una solución.

—¿Te das cuenta? ¡Otra trampa! —dijo Jade, exasperada.

Ámbar, que tenía dificultades para seguir la conversación, no intervino. No podía dejar de pensar en las palabras de Beah Jardun.

—Pero ¿por qué les ha atacado ese ejército de la Oscuridad? —preguntó Jade.

—No tocan los campos ni los pueblos porque para ellos es una pérdida de tiempo. Esas gentes jamás se opondrían a ellos y, desde su punto de vista, no constituyen ninguna amenaza. Pero en determinadas ciudades, como la nuestra, causan estragos sin piedad. Saben que estamos contra ellos, que, cuando venga el Elegido, nos podremos de su lado, e intentan disuadirnos.

—¿No decía que el Elegido no existe, que estaba delirando? —ironizó Jade.

—¡Pues claro! Estoy... enfermo —repuso el hombre, tratando de rectificar—.

Digo tonterías, he perdido el control de mí mismo. ¿El Elegido? No sé de dónde he sacado eso.

Intentó en vano fingir un ataque de locura.

—Por cierto, ¿cómo se llama? —preguntó Jade, renunciando a hacer hablar al hombre sobre ese misterioso Elegido.

—Amnhor.

—Bien, Amnhor, lo que tenemos que hacer ahora es encontrar un medio para liberar la ciudad —resumió Jade.

—No hay ninguno —sentenció Amnhor—. ¿Qué creéis, que no lo hemos intentado? Una ciudad sellada por el ejército de la Oscuridad está condenada. El conjuro que nos han hecho es muy poderoso.

—De acuerdo, pero de todas formas vamos a intentarlo, porque no tengo intención de quedarme aquí más de unas cuantas horas —replicó Jade.

Las tres chicas intercambiaron una mirada y sacaron las piedras.

Amnhor, que estaba convencido de que iban a fracasar, suspiró profundamente, resignado. Jade, Ópalo y Ámbar se concentraron, evocando la fina bruma negra que rodeaba la ciudad: el Sello de la Oscuridad. Entre las tres piedras se estableció la comunicación y se convirtieron en una sola. Un suave calor, ya habitual, las invadió.

«Romper el Sello, romper el Sello», se decían mentalmente, cada vez con más fuerza.

Pero no sucedió nada. El poder del Sello era demasiado fuerte para que pudieran enfrentarse a él. Tuvieron que darse por vencidas y, decepcionadas, guardaron las piedras.

—Os lo había advertido —dijo el sanador.

Ópalo notó entonces que estaba temblando. Se sentía enfebrecida. Al pensar en ello, se dio cuenta de que, desde que había descubierto su piedra antes de hora, no había dejado de tener dolor de cabeza. Se había atenuado un poco y ella le había quitado importancia, pero ahora, a causa de la herida, la fiebre había adquirido de nuevo una intensidad dolorosa.

Amnhor se percató de que Ópalo no se encontraba bien. Le preguntó por su estado y fue a una habitación contigua a buscar un frasco lleno de un líquido transparente y un tarro de ungüento.

—Es la poción más simple que existe —explicó—, pero cura toda clase de fiebre y de dolor de cabeza.

Ópalo tomó un trago del fresco y vigorizante líquido y se sintió mejor en el acto.

—Toma esto para la herida. Es un remedio bastante raro, pero muy eficaz —dijo Amnhor, tendiéndole el tarro de ungüento.

Ópalo le dio las gracias y se untó la herida con el ungüento.

—Tenéis suerte de haber salido las tres indemnes de vuestra lucha contra el Sello —dijo Amnhor—. La magia oscura es muy peligrosa.

—Yo no me doy aún por vencida —declaró Jade con firmeza—. Debo ir a ver a

Oonagh e iré.

—Haríais mejor en buscar una manera de sobrevivir durante un año sin comida —repuso con tristeza el sanador.

—Si eso le entretiene, búsquela usted —replicó Jade—, pero yo pienso destruir ese Sello.

—Yo también tengo intención de hacerlo —afirmó Ópalo.

—Un momento... Amnhor, ha dicho que en esta ciudad hay magos, ¿verdad? —preguntó Jade, excitada.

—Sí, pero su magia sólo actúa en un nivel muy superficial —explicó el hombre—. No podrían llegar a romper el conjuro del Sello.

—De todas formas, reúnalos —dijo Jade en un tono imperioso—. Lo que ellos solos no pueden hacer, lo conseguiremos todos juntos.

—En cualquier caso, vale más intentarlo que esperar pacientemente morir de hambre —concluyó Ópalo.

Amnhor se fue y regresó al cabo de una hora.

—Los magos están en la plaza principal. Les he contado que queréis destruir el Sello. No están muy convencidos, pero aun así han venido.

Acompañadme.

En la amplia plaza, abarrotada de hombres y de criaturas, reinaba un silencio impuesto por el terror. Una tensión en la que se mezclaban la desdicha y el desaliento abrumaba a la multitud. Jade tomó la palabra.

—Sé lo que habéis sufrido, pero no podéis resignaros y dejar de luchar —dijo en voz bien alta—. Podemos seguir intentando romper ese maldito Sello y un día lo lograremos. Nadie puede hacer nada solo, pero todos juntos podemos conseguirlo.

Los presentes permanecieron en silencio y sus rostros adoptaron una expresión dubitativa.

—Los conjuros no se practican colectivamente —intervino Amnhor—. Es contrario a la costumbre y nadie se expone a hacerlo.

—¿Y qué es más importante, una costumbre o nuestras vidas? —se encolerizó Jade.

La asamblea no pestañeó.

—Intentar oponerse al Sello es arduo y muy peligroso Jade se esforzó en contener su cólera.

—No quieren escucharme —masculló en voz baja.

—Deja que les hable yo —murmuró Ámbar.

Avanzó un poco, intimidada. Quería demostrar a aquella multitud que deseaba ayudarlos, comprenderlos, pero no sabía cómo dárselo a entender. Los presentes la observaban con severidad. Su cabellera llameante y su mirada cálida no les inspiraban ninguna simpatía. No querían oír hablar más del Sello, pues les daba miedo y no consideraban la posibilidad de enfrentarse a él. Ámbar esbozó una sonrisa, pero sintió que no le salía del corazón.

—Me gustaría ayudaros —comenzó débilmente. Respiró hondo y prosiguió con una voz más firme—: Tenemos un enemigo común. Se llame el ejército de la Oscuridad o el Consejo de los Doce, intenta privarnos de lo mismo: la libertad. No podemos consentirlo, aceptar su dominación. Siempre ha habido quienes se han atrevido a oponerse a ellos y a combatirlos. Gracias a esas personas, la paz ha podido prolongarse unos años. Ahora es preciso resistir. Han matado a vuestros allegados y mataron a mi madre, a quien no tuve oportunidad de conocer. En nombre de esa injusticia, en nombre de los que han sufrido, os pido que intentéis romper el Sello.

Ámbar había hablado con ardor y, al evocar a su madre, una lágrima había asomado a la comisura de sus ojos. La multitud la miró, conmovida por sus palabras y su manera de expresarse, apasionada y sincera. Una voz se elevó:

—Vinieron hace una semana, mataron, saquearon... Hace tan sólo unas horas, han vuelto y han incendiado lo que quedaba de nuestras casas y sellado la ciudad. Si, gracias a un milagro, llegáramos a romper el Sello, es posible que regresaran de nuevo, y entonces su cólera sería terrible.

Un murmullo recorrió la multitud.

—No podéis rechazar la lucha. ¡Sería rechazar la vida! —dijo Ámbar con vehemencia.

La asamblea meditó largamente sus palabras; después brotaron unos murmullos.

—Los magos os apoyarán —dijo Amnhor.

La multitud esperaba órdenes.

—¡No sabía que a tu madre la había matado el ejército de la Oscuridad! —le susurró Jade a Ámbar—. Yo creía que había muerto a consecuencia de una enfermedad.

—La mató el Consejo de los Doce —rectificó Ámbar—, pero me refería a mi verdadera madre, a la que me trajo al mundo. Beah Jardun me ha hablado de ella.

—¿Y mi madre? ¿Y mi padre? —preguntó Jade—. ¡Yo también tengo derecho a saber qué les pasó! ¿Sabrá Beah Jardun algo de ellos?

—No creo —susurró Ámbar—. Lo siento. —Luego, dirigiéndose a la multitud, confesó—: No sé cómo vencer al Sello. Intentadlo cada uno a vuestra manera; una vez reunidos, seguro que pasa algo.

La multitud asintió. Las tres chicas sacaron sus piedras, las apretaron con la mano y dirigieron sus pensamientos hacia el Sello. Los magos, de común acuerdo, se pusieron a recitar una fórmula de encantamiento incomprensible.

«El Alypiumm —se dijo Amnhor gravemente—, el conjuro más poderoso, el más difícil de realizar... y el más peligroso».

Sin embargo, el poder de los magos no era suficiente, ni siquiera unido al de las muchachas, para entablar una lucha contra el Sello. No sucedió nada.

—¿Qué pasaría si intentáramos simplemente atravesar el Sello? —preguntó Ámbar.

Un murmullo de terror paralizó a la multitud. Todos bajaron la mirada y Amnhor

dijo en un susurro:

—Moriríamos.

—Pero la Muerte está en huelga —recordó Jade.

—Sí, pero eso no cambia nada. Lo que pasará si atravesamos el Sello... es peor que la muerte.

—Estoy segura de que podemos romper ese Sello —afirmó Ámbar—. Y vosotros, ¿acaso no creéis en lo imposible? ¡Confiad en vosotros mismos y en mí! Os prometo que podemos conseguirlo. —Se quedó callada y todos la miraron fijamente—. Tengo una idea —añadió.

Le hizo una seña a Amnhor para que se acercara y le susurró unas palabras al oído.

—Eso no funcionará —dijo éste—. Vas a llevar a toda esta ciudad a la catástrofe.

—Si no hacemos nada, la ciudad se precipitará de todas formas hacia la catástrofe.

Amnhor, resignado, se inclinó ante sus argumentos. Sabía, como todos los demás, que Ámbar tenía razón. Había que intentar hacer algo.

Pero también sabía la suerte que el Sello reservaba a los que trataban de oponerse a él.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Jade a Ámbar.

—No.

—Me lo imaginaba. En fin, da igual, de todas formas, eso no cambia nada. Vale más no hacerse demasiadas preguntas.

Al cabo de unos minutos, hicieron lo que Ámbar le había dicho a Amnhor. Todos los habitantes de la ciudad formaron una especie de círculo que incluía a las tres chicas. Ellas también estaban cogidas de la mano, con las piedras sujetas entre las palmas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jade.

—Nada —respondió Ámbar—. Ni fórmulas ni magia. No nos soltamos y atravesamos el Sello. Es igual que con el campo magnético del Cuento de Hadas. Si estamos seguros de ser capaces de atravesarlo, pasamos.

Si creemos en lo imposible...

—¿Y estás segura de que eso es aplicable también al Sello?

—¡Ahora lo veremos!

Muy pronto, la cadena humana se encontró ante el Sello; todo el mundo notaba el olor acre que despedía. Sólo había que dar dos pasos para salir de la ciudad, pero entre los hombres y la libertad se interponía el Sello.

—Hay que creer —repitió Ámbar.

Su convicción se propagó. Una esperanza inconmensurable invadió todos los corazones, que quedaron unidos por el calor de las piedras.

Eran miles, y sin embargo, ya no formaban sino una sola persona, decidida a romper el Sello. Consiguieron en primer lugar destruir sus miedos; luego, todos a

una, dieron un paso adelante. Una nube de bruma negra los rodeó, paralizándolos, pero ni por un instante pusieron en duda que la vencerían. Una lucha invisible se entabló. El Sello era un sortilegio obra de un poder mágico terrorífico; en tiempos normales, cualquiera que intentaba traspasarlo moría fulminado. Sin embargo, como la Muerte estaba en huelga, el ejército de la Oscuridad había inventado algo todavía peor.

En ese instante, Ámbar comprendió el Sello. Tuvo la impresión de que le había hablado, de que se había confiado a ella, pero nunca se pudo saber si fue así.

«Janelle nos transmitió su odio —pensó— y este Sello nos transmite el mal, los sentimientos del que lo ha creado. Alguien que, sin duda alguna, encierra algo terrible en su interior, algo destructor: ese famoso Don del mal. El Sello no es sino el reflejo del alma de su creador».

Respiraba con dificultad, entrecortadamente, y sentía que estaba cambiando, como si la dominara un elemento cruel que no podía rechazar. Entonces vio lo evidente.

«El Sello insufla el mal a los que intentan destruirlo —se dijo—. Algunos sufren esa tortura hasta morir. Pero la Muerte está en huelga...». En lugar de sucumbir, absorbemos lo que emana del Sello. Nos domina hasta transformarnos, hasta convertirnos en personas habitadas por el mal, al servicio de ese ejército de la Oscuridad... ¡Por eso el sortilegio es tan poderoso! De hecho, el mal empezaba a penetrar en todos. El odio, el miedo, la rabia, el ansia de poder y, sobre todo, el dolor paralizaron a la multitud.

Sin embargo, el combate proseguía. Los miles de personas presentes oponían como un solo hombre su convicción, su esperanza, todo el bien que había en ellas, al mal que las ahogaba.

Jade, Ópalo y Ámbar se sentían exhaustas, abatidas. El penetrante y embriagador olor de la bruma que los envolvía las incitaba a abandonar el combate. Sus manos aflojaban la presión en torno a las piedras, sus ojos se cerraban poco a poco... Pero no se daban por vencidas, no podían darse por vencidas. El bien y el mal luchaban encarnizadamente en sus corazones, al igual que el Sello de la Oscuridad luchaba contra los habitantes de la ciudad. Las fuerzas estaban igualadas. Pero todos estaban agotados, se habían quedado sin respiración, y el ataque contra el Sello flaqueaba. El dolor era demasiado intenso. Y sin embargo, en todos los corazones subsistía un destello de esperanza: vencerían al Sello. No podían resignarse a lo contrario, no por completo.

Entonces, todos sacaron fuerzas de flaqueza. El Sello resistiría, eso era indudable..., pero había que intentarlo. Dieron un paso adelante todos a una.

El Sello no resistió; se rompió bruscamente y se esfumó. Habían creído que podían vencerlo y lo habían vencido.

Jade, Ópalo y Ámbar se desvanecieron, extenuadas.





¡Despierta! ¡Ya despierta! ¡Por fin!

Ámbar abrió los ojos y vio los rostros de Amnhor y de Jade inclinados sobre ella. Todo daba vueltas. Tardó varios minutos en volver en sí. Se incorporó y preguntó, desorientada:

—El Sello... Está roto, ¿verdad? ¿Lo hemos conseguido o no?

—Cálmate —dijo Amnhor.

Le colocó un frasco bajo la nariz. Ella lo cogió, bebió un trago del nauseabundo líquido y se sintió un poco aplacada.

—Has permanecido inconsciente casi un día entero —le dijo Jade.

—¿Un día? —Ámbar no conservaba ningún recuerdo a partir del momento en que había caído al atravesar el Sello.

—La ciudad... ya no está sellada, ¿verdad?

—Pues claro que no —la tranquilizó Jade—. ¡Hemos vencido! Bastaba creer en ello y luchar juntos, como tú dijiste.

—¿Y tú? ¿Y Ópalo? ¿Vosotras no os desmayasteis al atravesar el Sello?

—Sí, pero, gracias a los cuidados de Amnhor, recobramos el sentido unas horas más tarde.

—Cuando se rompió el Sello —intervino el sanador—, cayeron muchas personas, agotadas, y todavía no se han repuesto. Pero estamos ocupándonos de ellas y se encuentran fuera de peligro. Gracias a vosotras, las cosas van a volver a la normalidad.

Ópalo entró en la habitación. Cuando vio a Ámbar despierta, le sonrió.

—Bien, podremos irnos esta tarde —decidió Jade.

—Hemos cargado unas bolsas de víveres en vuestros caballos para agradeceros que nos hayáis liberado —dijo Amnhor.

Tras una larga charla, las tres muchachas y el sanador tomaron una deliciosa comida.

—¿Adónde han ido Beah Jardun y los niños? —preguntó de pronto Ámbar.

—La verdad es que no lo sé —confesó Amnhor—. Los niños eran huérfanos y algunas familias los han acogido. En cuanto a Beah Jardun, se ha marchado justo después de la ruptura del Sello. En medio de la confusión general, nadie ha prestado atención. No sé nada más.

Después de comer, las chicas consideraron que había llegado el momento de partir. Amnhor fue a buscar sus caballos y les dio la sorpresa de regalarles un magnífico semental de parte de los magos de la ciudad.

—Las mujeres os han confeccionado unos vestidos en prueba de su gratitud —les dijo Amnhor.

El sanador le entregó un elegante vestido de noche a cada una. A continuación, les tendió un minúsculo frasco de cristal azulado, en cuyo fondo se veía un líquido espeso.

—Tomad esta poción de parte de los sanadores. Es la única que queda intacta desde que el ejército de la Oscuridad devastó nuestra ciudad. Se necesitan meses de trabajo asiduo para prepararla. Desgraciadamente, este frasco apenas contiene dos tragos.

—Gracias —contestó Ámbar cogiendo el frasco—. ¿Para qué sirve?

—Me dijisteis que vais a ver a Oonagh. Esa criatura mágica vive en una montaña peligrosa, a cuyo alrededor merodean temibles aves de presa, rapaces gigantes. Su presencia basta para inspirar terror.

Mientras no tengáis miedo, no pasará nada y no se fijarán en vosotras.

Pero consiguen fácilmente hacer surgir las angustias de todo ser, y es muy probable que os entre pánico. Sin embargo, para sobrevivir es preciso que permanezcáis impasibles. Ahí es donde interviene la poción.

Un trago produce efecto durante unos minutos... Una de vosotras tendrá que resistir sin la ayuda de la poción.

—¿Y cómo nos ayudará esa poción? —preguntó Jade.

—Os convertirá en seres ni humanos ni mágicos —respondió gravemente Amnhor—. Por fortuna, su acción está limitada a menos de cinco minutos. Durante ese lapso, borrará todos vuestros sentimientos, desde el miedo hasta la propia sensación de estar vivas.

Jade se encogió indolentemente de hombros. Ópalo permaneció imperturbable. Tan sólo Ámbar preguntó, estremeciéndose:

—¿Por qué son tan peligrosas esas rapaces?

—Porque se alimentan de vuestro miedo, se deleitan con él, lo absorben... Es una manera de evitar que intentéis huir. Entonces se abaten sobre vosotras y os llevan a su madriguera, donde os convierten en un delicioso festín.

—Gracias por la poción —dijo Jade, reprimiendo un escalofrío.

—Cuidaos mucho y no confiéis en nadie —les aconsejó Amnhor.

Las chicas asintieron. El sanador se decidió a decirles adiós, con la voz cargada de emoción.

—Recordad que siempre podréis contar conmigo y con todos los habitantes de esta ciudad.

Jade, Ópalo y Ámbar sonrieron, le agradecieron su hospitalidad y se marcharon.

De común acuerdo, cabalgaron a paso vivo y sólo se concedieron algunas breves paradas. No se cruzaban prácticamente con nadie.

Estaban atravesando otro campo apacible y soleado. A veces, pasaban por un pueblo o una pequeña ciudad, sin observar en ningún caso huellas del paso del ejército de la Oscuridad. Ámbar, intrigada, acabó por preguntar:

—¿Por qué está todo tan tranquilo, cuando acabamos de dejar un lugar devastado? Yo creía que había una guerra en el Cuento de Hadas.

—No —respondió Jade—. Mientras recuperabas fuerzas, Amnhor nos explicó que, por el momento, el ejército de la Oscuridad deja en paz los campos y los pueblos. Su blanco son las ciudades enemigas, que destruye metódicamente, aunque se guarda de atacar los lugares donde viven criaturas que poseen un nivel elevado de conocimientos de magia o caballeros. Aquí los llaman hovalyns.

—Pero ¿cuál es el objetivo del ejército de la Oscuridad? —preguntó Ámbar.

—Dominar el Cuento de Hadas, por supuesto —respondió Jade—. Sin embargo, todavía no han pasado al ataque... Avanzan paso a paso.

—Amnhor dice que esperan algo —intervino Ópalo—, pero no ha querido decirnos qué.

Las tres chicas cabalgaron todo el día. Comieron frugalmente y hablaron poco. Al hacerse de noche, se detuvieron en una llanura.

—Menos mal que pasamos por la ciudad sellada —comentó Jade—. A partir de ahora, voy a empezar a parecer una campesina sucia y descuidada.

Ámbar se puso un poco tensa al oír esa comparación. Se mordió el labio inferior para no dejar traslucir su irritación y se dio cuenta de que el doloroso corte había desaparecido, sin duda gracias a Amnhor.

La noche, esta vez reconfortante, les desató la lengua a las tres jóvenes, que se pusieron a charlar animadamente. Ámbar contó por enésima vez lo que le había dicho Beah Jardun. Jade y Ópalo la escucharon con suma atención, como si fuese la primera vez que oían el relato. Soñadoras, se pusieron a pensar en sus propios padres. ¿Quiénes eran? ¿Estaban vivos aún? ¿Por qué las habían abandonado?

A Jade le habría gustado tanto saber quienes eran... Sin embargo, al mismo tiempo sentía una amarga ira hacia ellos: ¿por qué se habían separado de ella cuando no era más que un bebé, sin dejarle nada suyo, ningún recuerdo, ninguna señal de afecto? Sabía que la habían dejado en manos del duque de Divulyon para protegerla de un «peligro», pero no podía evitar pensar que deseaban deshacerse de ella, que no la querían. En el fondo, no conseguía ni amarlos ni odiarlos. Le había parecido más

sencillo creer que eran ellos los que no la habían amado.

Su verdadero padre era el duque de Divulyon.

En cuanto a Ópalo, nunca se había preocupado de averiguar quiénes eran sus padres. Cuando era pequeña, había preguntado en varias ocasiones por ellos a Eugenia y Gina, quienes le habían respondido con evasivas. Después, no había pensado más en ellos. No sabía lo que significaban un padre y una madre. Ahora se hacía numerosas preguntas por primera vez, sin lograr imaginar las respuestas.

Cuando llegó el momento de acostarse, Jade fue la única que no pudo conciliar el sueño. Se sentía incómoda en aquel prado, perdida en un mundo que no conocía. Añoraba su vida fácil, su palacio suntuoso, la admiración que todo el mundo le profesaba... Y echaba de menos al duque de Divulyon. Aunque no fuera su padre, la había querido más que nadie y había velado por ella. ¿Pensaba en ella ese momento? ¿Temía por ella?

—Estoy bien..., papá —murmuró—. Un día, volveré para verte y decirte lo importante que eres para mí.

Se sintió tranquilizada, como si el duque de Divulyon hubiera oído aquellas palabras afectuosas. Después de todo, ¿por qué no?

Por otro lado, Jade saboreaba su aventura. Estaba descubriendo nociones cuya existencia no sospechaba, aprendiendo a utilizar poderes que jamás había creído poseer. Le gustaba sentir de vez en cuando que el peligro la rozaba, encontrarse ante lo imprevisto.

Súbitamente presa del hambre, se levantó, se sacudió la ropa, manchada de tierra, y se dirigió a las bolsas de provisiones. De repente, sin saber por qué, se sintió indispuesta, algo la deslumbró y las piernas estuvieron a punto de fallarle. Se echó a temblar, pero al cabo de un rato consiguió por fin recuperarse.

Estaba segura: a lo lejos se perfilaba la silueta borrosa de un jinete.

Sin dudar ni un instante, Jade echó a correr lo más deprisa posible, maldiciéndose por no haber cogido un caballo. Vio alejarse la sombra y supo que no podría alcanzarla.

A la mañana siguiente, Jade se apresuró a relatar su aventura nocturna.

—¿Te sentiste realmente angustiada ante él? —preguntó Ámbar, pensativa.

—Sí. Me pasé un rato sintiendo náuseas y sin ver nada a mi alrededor. Estuve a punto de desmayarme.

—Entonces, es un enemigo —concluyó Ámbar con amargura.

—Otro más —ironizó Jade.

Tras haber comido bollos y fruta, las tres chicas reanudaron el camino. Forzaban a los caballos a avanzar deprisa. Poco a poco, cada una se perdió en sus pensamientos.

Ámbar se repetía las palabras de Beah Jardun por si se le había escapado algún detalle. Recordaba el rostro bondadoso y tierno de Jean Losserand. ¿Por qué no le había dicho nada él de su pasado? Le habría gustado tanto oír hablar de su madre...

Sentía crecer en su interior la indignación y la cólera contra el Consejo de los Doce. Sus pensamientos se ensombrecieron y adoptó una expresión ceñuda. ¿Por qué no podía vivir normalmente, en el seno de una familia normal, en un lugar normal, con problemas normales?

Jade y Ópalo intentaron distraerla. No les costaba imaginar lo que la preocupaba. Sin embargo, sus tentativas resultaron infructuosas.

En torno al mediodía, las muchachas hicieron un alto a la sombra de un árbol frondoso. Las tres se sentían incómodas. Empezaron a comer, esforzándose en no consumir demasiados alimentos. En el momento de volver a ponerse en marcha. Ópalo dijo tranquilamente, señalando un bosquecillo lejano:

—Mirad allí. Me parece ver un jinete.

En efecto, una silueta vestida de negro se dibujaba de forma imprecisa. Sin vacilar un instante, las muchachas recogieron sus cosas y montaron, pero el misterioso jinete ya había desaparecido.

Jade, Ópalo y Ámbar reanudaron el camino. El enemigo desconocido ocupaba todos sus pensamientos. Aunque ninguna lo confesaba, les inspiraba un miedo irracional, terrible.

El Decimotercer Miembro sonrió en la oscuridad. La crueldad marcaba sus facciones y un poder terrible, maléfico, impregnaba su rostro. Su plan estaba funcionando de maravilla. Esta vez lo controlaba todo.

Finalmente, Ópalo no había muerto. Las tres piedras de *La profecía* se habían refugiado en el Cuento de Hadas, de modo que no podía acceder a ellas por telepatía. Pero eso ya no le contrariaba. Había encontrado una solución todavía más satisfactoria que la anterior.

Sus carcajadas atravesaron el silencio.

Hizo un gesto con la mano. Una placa dorada que flotaba en el aire emitió un zumbido antes de que sobre ella apareciera la imagen de un hombre de rasgos muy duros, con el rostro surcado de cicatrices, los ojos azules y el cabello negro. Tenía un aspecto terrible e iba vestido con un suntuoso uniforme de color azabache.

—Ah, eres tú, Decimotercer Miembro —dijo con voz cortante—. He enviado a uno de mis jinetes. No te preocupes, todo va bien.

—Confío en ti, hechicero. Pero, uno de tus hombres... ¿es prudente?

—Ya no es un hombre; es un soldado de la Oscuridad. No fallará.

—Muy bien.

—Las vigila. De momento, todo va como está previsto.

—No olvides que se acerca el momento decisivo.

—No lo olvido, Decimotercer Miembro. Cuando llegue ese momento, ve con cuidado. Nuestra victoria depende de ti.

—No te corresponde a ti recordármelo.

El Decimotercer Miembro hizo un gesto para interrumpir la comunicación. Las noticias eran buenas, pero ese hechicero de la Oscuridad le exasperaba; era el único

que se atrevía a hablarle de igual a igual. De momento, no podía hacer nada al respecto porque todavía lo necesitaba para destruir las piedras y lograr el triunfo del Consejo de los Doce.

Esta vez estaba seguro. Su plan no podía fracasar.

## París, 2002

Llegué a decirme que podía vivir, que tenía derecho. Sabía que me era imposible ordenarle a la Muerte que retrocediera, que me dejara tranquila, pero me complacía en creerlo. Mi realidad se acercaba a mi sueño. Pensaba ingenuamente que, si le suplicaba que me olvidara, la Muerte, como si fuese una criatura dotada de sentimientos, me escucharía y pasaría de largo. Al fin y al cabo, ¿por qué no podía estar en huelga? ¿Por qué no iba a dejarse conmovido por mi desasosiego?

Entonces, daba libre curso al torrente de lágrimas. Cuando no dormía, lloraba... de rabia, de desesperación, de tristeza, de miedo... Intentaba convencerme de que un día no despertaría, de que habría entrado en el sueño y viviría allí, feliz. Si lo deseaba de verdad, si creía en ello con todas mis fuerzas, ¿no era posible que ese deseo descabellado se hiciera realidad y me permitiese entrar en un cuento de hadas?

Todas las noches me sumergía en el universo mágico de mi sueño. Lo vivía a mi manera. Las imágenes y los sentimientos me pertenecían tanto como a los personajes que poblaban ese mundo irreal.

Me pasaba los días esperando que el sueño continuara al llegar la noche. Una voz chillona y desagradable insinuaba aviesamente que me hacía vanas ilusiones. Yo era consciente del hecho, pero lo rechazaba.

Aquel sueño no era real.

Y sin embargo, tenía esperanzas de nuevo, más de las que jamás me había permitido tener. Surgían recuerdos de lo más profundo de mi memoria. Me había costado tanto enterrarlos en el olvido... Y volvían a estar allí, arrogantes, tan espléndidos e hirientes como siempre.

Primero afluyeron las imágenes. Traté en vano de expulsarlas, de devolverlas a la nada en la que creía que las había sepultado. Pero seguían allí, danzarinas, vivas, multicolores, evolucionando ante mí.

Entonces comprendí que la única manera de liberarme de ellas era afrontarlas y aceptarlas. Recuerdo que me puse a llorar. Después las vi, vi esas imágenes, esos fantasmas del pasado.

Las primeras eran de mis padres. Inmediatamente, las lágrimas inundaron mis ojos enrojecidos. Estaban muertos. Y yo no podía cambiar eso. Sin embargo, su

imagen continuaba apareciendo ante mí, sonriente, afectuosa, traidora. Me hacía creer que era real, y viéndola, lloraba incontinentemente. Mis padres reían, me hacían rabiar, me mimaban. Era de nuevo Joa.

Recuerdo que grité para ahuyentar esas imágenes. Se fueron, confundidas, asustadas, pero yo sabía que volverían, que continuarían acosándome dolorosamente.



Los ghibduls llevaron al Elegido y a Elfohrys a visitar su guarida.

Vivían en un pueblo modesto y bastante inquietante. Las construcciones eran esencialmente de madera y la mayoría de ellas se tambaleaban.

Algunas estaban en ruinas.

—No somos un pueblo de artesanos —le explicó humildemente un ghibdul al Innombrado—. Tenemos aptitudes para la lucha y la telepatía, pero para nada más. Nuestra civilización es rudimentaria.

Con todo, el Elegido y Elfohrys estaban impresionados. Los ghibduls habían resultado ser hospitalarios y, tras su aspecto y sus maneras amenazadoras, eran capaces de mostrarse agradables. El hovalyn fue tratado con un respeto desconocido hasta entonces para él. En la calle, lo saludaban con deferencia y admiración.

Se quedó con ellos algo más de una semana. Las criaturas mágicas no paraban de pedirle que prolongara su estancia y él no se atrevía a negarse.

Lo alojaron con Elfohrys en una de las cabañas más bonitas, decorada con algunos ornamentos procedentes del bosque. Dormían en lechos de musgo verde y se cubría con sábanas tejidas con hojas.

Las viandas eran deliciosas. Cada comida era un banquete organizado en honor del Elegido. Le servían carne tierna, verduras, frutas que no conocía. Los ghibduls se pasaban todo el día cazando para él en el Bosque Sin Fin y llevaban las mejores piezas. Las mujeres iban a coger bayas silvestres y escogían de su propio huerto las frutas y las verduras más sabrosas.

El Innombrado había cambiado. Sus facciones se habían animado, su mirada no era tan melancólica. Aunque seguía ignorando su nombre y sus orígenes, ahora era el Elegido. Tenía una identidad. Sabía que miles de personas lo esperaban. Tenía un



sitio entre los demás. No obstante, continuaba queriendo recuperar la memoria a fin de ser una persona completa.

Cuando su estancia tocó a su fin, fue a verlo un eminente pensador ghibdul.

—Hovalyn —dijo éste gravemente—, no podemos retenerte más.

Debes hacer grandes cosas. Pero, para encontrarte a ti mismo, tienes que ir a ver a Oonagh.

—Lo sé —contestó el caballero.

—Allí, las crueles rapaces del miedo causan estragos. Toma esto, te protegerá.

El ghibdul le tendió dos lianas verdes, de cuyo extremo colgaba una pequeña esfera negra.

—Son amuletos —le explicó—. Uno es para ti y el otro para tu amigo.

No os los pongáis alrededor del cuello hasta que veáis a las rapaces.

Este colgante encantado os protegerá del miedo durante una hora y luego desaparecerá.

—Gracias —dijo sinceramente el hovalyn, cogiendo los amuletos.

—Todavía no sabes cuál es tu verdadero papel —prosiguió el ghibdul, suspirando—, pero no olvides que bastará con que digas que eres el Elegido para provocar tanto odio como felicidad.

El Innombrado asintió con la cabeza.

—Algunos de nuestros guerreros te acompañarán hasta la linde del bosque —continuó el ghibdul—. También vamos a darte dos caballos salvajes. Desgraciadamente, no son mágicos, pero son muy fuertes.

El Elegido le expresó toda su gratitud. Ese mismo día se marchó, acompañado de Elfohrys, de la guarida de las criaturas mágicas. Las mujeres les dieron algunos víveres. Se adentraron en el bosque escoltados por guerreros ghibduls, que revoloteaban a su alrededor.

Los viajeros tuvieron que detenerse con frecuencia para que los ghibduls descansaran. Cuanto más se internaban en el bosque, más estrechos eran los senderos. De vez en cuando, ramas secas les azotaban el rostro. Los ghibduls intentaban hacer agradable el viaje, pero no podían cambiar el bosque.

—Todavía estáis bastante lejos de Oonagh —dijo una de las criaturas mágicas—. Una vez que hayáis salido de aquí, necesitaréis más de dos semanas para llegar al final de vuestro periplo.

—Conozco más o menos el camino que debemos seguir —contestó el Innombrado.

—No es peligroso. Es la parte más inofensiva del Cuento de Hadas, la que encierra menos magia.

—De todas formas, llevad cuidado con el ejército de la Oscuridad —aconsejó otro ghibdul—. La noticia de que ha vuelto ha llegado hasta aquí, y no podéis restar importancia a su poder y su crueldad.

Llegaron a la linde del bosque a la hora del crepúsculo.

—Nuestros caminos se separan aquí —dijo un ghibdul—. No olvides, Elegido, que esperamos tu regreso.

Uno de los guerreros sacó entonces de sus alforjas el estuche decorado con perlas, que el hovalyn había olvidado reclamar.

—Toma lo que te pertenece.

El Elegido miró el estuche con una curiosidad nueva. Seguía sin saber cuál era su utilidad.

—Adiós —les dijo a los ghibduls—. Gracias por todo.

—Adiós —contestaron ellos—. Y hasta pronto.

Elfohrys y el Innombrado cruzaron la linde del bosque. Agotados por el viaje, se tumbaron sobre la hierba fresca y se durmieron.

Cuando despertaron, se pusieron a comer. A continuación, desataron a los caballos, montaron y partieron a paso vivo.

—Y bien, Innombrado —dijo Elfohrys—, ahora que sabes que eres el Elegido, ¿qué piensas al respecto?

—Sé que tengo un papel que desempeñar, aunque todavía no lo conozco. Pero me siento diferente. He encontrado un sentido a los días venideros.

Elfohrys sonrió con aire de complicidad.

El campo circundante todavía estaba dormido. Muy a lo lejos, se distinguían las cumbres nevadas donde vivía Oonagh.

El Elegido y Elfohrys hablaron mucho. Comentaron su sorprendente estancia en la tierra de los ghibduls y reflexionaron sobre el porvenir incierto que se esbozaba ante ellos.

El Innombrado había acabado por intimar con su compañero y había encontrado en él a un amigo.

—Pero ¿tú qué buscas? —le preguntó de pronto—. ¿Por qué te has prestado a ayudarme?

—Creo que ahora puedo decírtelo —respondió Elfohrys—. Mucha gente había perdido la esperanza de que el Elegido llegara. Eres importante; se te espera. Así que decidí buscarte y ayudarte a descubrir quién eras.

Y lo he conseguido.

—Pero... —balbució el Elegido, estupefacto—. ¿Qué se espera exactamente de mí?

—Oonagh te lo revelará. En *La profecía* se dice que ni debes enterarte antes. Neofileus, el autor de ese célebre libro, pertenecía al pueblo clohryun, como yo, y creo en sus palabras.

—Pero murió hace siglos —replicó el Innombrado—. ¡No puedes interpretar sus palabras al pie de la letra!

Elfohrys sonrió, pero no hizo ningún comentario.

Al cabo de unas horas, en el horizonte apareció una ciudad modesta rodeada por un velo de bruma negruzca.

—Una ciudad sellada por el ejército de la Oscuridad —murmuró Elfohrys.

—¡Hay que entrar y salvar a los habitantes!

—No —repuso Elfohrys con calma—. No podemos hacer nada por ellos; es demasiado tarde. No podemos romper el Sello. Conozco ese lugar; es una ciudad mercantil habitada por buena gente, sencilla y honrada. El ejército de la Oscuridad sólo ataca objetivos demasiado débiles para defenderse.

Elfohrys retuvo al Innombrado, que quería dirigirse hacia allí. Este último comprendió en seguida que no podía ayudar a los habitantes de aquella ciudad y se sintió culpable, inútil. Elfohrys intentó en vano consolarlo.

Después de haber cabalgado una hora más, el Elegido vislumbró a lo lejos los contornos de un castillo del que se elevaban nubes de humo.

Esta vez, de común acuerdo con Elfohrys, espoleó violentamente a su caballo para acudir en ayuda de los habitantes.

Sin embargo, al llegar constató que el humo no se debía a las llamas sino al Sello de la Oscuridad, que estaba formándose.

Ante él se alzaban cientos de jinetes vestidos de negro montados en caballos oscuros. Rodeaban el castillo y parecían unidos por una misma fuerza, un mismo pensamiento. Sus labios apenas se movían mientras recitaban el conjuro del Sello.

El Elegido, al ver ante sí a una parte del ejército de la Oscuridad, no se detuvo a pensar. Elfohrys profirió un penetrante grito cuando lo vio desenfundar la espada. El Elegido abrió apresuradamente el estuche, sin sacarlo de las alforjas, se abalanzó hacia un soldado de la Oscuridad y le cortó la cabeza, que rodó por el suelo con los ojos desorbitados mirando fijamente al Innombrado con un aire de reproche.

Algunos soldados de la Oscuridad apartaron su atención del Sello, que comenzó a disiparse imperceptiblemente.

—¿Cómo te atreves a atacar a uno de los nuestros? —rugió una criatura de aspecto deforme.

—¿Y vosotros cómo os atrevéis a destruir vidas inocentes? —preguntó el Elegido.

—¿Quién eres?

—El Elegido.

Inmediatamente, una decena de soldados de la Oscuridad se precipitaron hacia él. Elfohrys se sumó a la batalla. El estuche le daba al Elegido una fuerza desconocida. Siempre había luchado admirablemente, pero esta vez manejaba la espada con virtuosismo.

Sus ágiles movimientos eran de una precisión perfecta. Traspasaba la carne de sus enemigos con rapidez y eficacia. En cambio, a él apenas lograban hacerle algún que otro corte superficial.

No obstante, los soldados de la Oscuridad eran fuertes, estaban bien entrenados y los superaban en número. Estaban a punto de tomar ventaja cuando un hombre de estatura impresionante ordenó poner fin a la batalla. Los soldados enfundaron de

inmediato la espada y se irguieron, dóciles. Luego rodearon al Elegido y a Elfohrys.

El recién llegado, que gozaba de una autoridad incuestionable, era humano. Montaba un caballo negro, embrujado, que llameaba por los ollares. Vestía un lujoso uniforme de color azabache y la funda de su espada llevaba zafiros incrustados.

Tenía un aspecto temible, impresionante. Su rostro, de facciones duras, estaba surcado de cicatrices. Los ojos, dos joyas azul acero, despiadados, brillaban bajo unas cejas enmarañadas. El mentón revelaba un carácter fuerte, obstinado. Tenía la nariz recta, los labios finos, los cabellos negros.

—Hombre, acércate —le ordenó al Elegido con una voz profunda.

El Innombrado no se movió. El hombre no pareció inmutarse.

—Luchas mejor que los más débiles de nosotros, pero eso ya es una proeza.

El Elegido no contestó.

—Soy un hechicero de la Oscuridad y estoy al mando de este regimiento de inútiles.

Elfohrys dirigió una mirada de inquietud al Innombrado, que se obstinaba en permanecer callado.

—Es evidente que eres un hovalyn —prosiguió el hechicero de la Oscuridad—. ¿Dónde has aprendido a combatir?

El Elegido siguió guardando silencio. Montado en su caballo, miraba los ojos duros de su enemigo.

—¿Por qué te has enfrentado a nuestro ejército? Nadie se expone a hacerlo. Eres muy valiente.

—Dice que es el Elegido —intervino un soldado de la Oscuridad.

—¿El Elegido? —repitió el hombre en un tono glacial.

—Lo soy —afirmó el hovalyn con calma.

—Lo eres tanto como yo.

El hombre hizo un gesto y el Elegido se elevó a unos metros del suelo.

El joven hovalyn permaneció impertérrito.

—¿Sabes cuál es el signo del ejército de la Oscuridad? —preguntó el hechicero.

Sin esperar respuesta, se descubrió el tobillo izquierdo. Un dibujo que representaba una luna negra coronada por varios números se extendía sobre su piel. Hizo otro gesto con la mano y el Elegido avanzó por el aire. Su tobillo izquierdo estaba a la altura del hechicero de la Oscuridad. Con un chasquido de dedos, éste levantó un poco el pantalón del Innombrado, sobre cuya piel no figuraba el signo de la Oscuridad.

—¡Oh! —exclamó el hechicero en tono sarcástico—. Así que tengo ante mí a un desertor...

Desenfundó la espada y rozó el tobillo izquierdo del Elegido con la punta del arma. Ante la sorpresa general, brotó un hilillo de sangre negra que formó una luna acompañada de varios números.

—En efecto, eres un desertor —afirmó el hechicero de la Oscuridad.

¿Quién se quedó más aterrado, Elfohrys o el Innombrado?

—Por los números, hace dos años que abandonaste nuestro ejército.

El Innombrado no daba crédito a sus oídos.

—¡Ah, sí, ahora me acuerdo! —declaró el hechicero de la Oscuridad—. Tu historia era muy conocida hace unos años. Tus padres habían muerto y vivías con tus abuelos, pero una noche te fuiste, abandonaste tu existencia banal para vagar de pueblo en pueblo. Nosotros te recogimos, a pesar de que sólo tenías dieciséis años, pero apenas unos meses más tarde desertaste. Te encontramos enseguida. La costumbre era matar a los que abandonaban el ejército. Sin embargo, como tú eras tan joven, nos limitamos a borrarte por completo la memoria. Te perdonamos la vida.

Con un gesto, hizo caer al Innombrado al suelo. Éste, magullado, se levantó, reprimiendo unas lágrimas de dolor y de angustia.

El hombre se echó a reír escandalosamente.

—Debería matarte, pero está esa maldita huelga de la Muerte, así que dejaré que continúes viviendo tu existencia execrable e insignificante.

Dejar al Innombrado vivo era condenarlo a arrostrar su vergüenza. Su mera visión haría perder toda esperanza, obligaría a desviar la mirada.

Su existencia sería un largo vagabundeo desprovisto de sentido, deshonroso.

El hechicero de la Oscuridad sabía que semejante vida era mucho peor que la muerte y rompió a reír de nuevo de un modo atronador:

—¿Y querías hacerme creer que eres el Elegido?

A continuación, indicó al Innombrado y a Elfohrys que se marcharan.

Éstos no tuvieron más remedio que obedecer.



**N**inguna de las tres chicas había vuelto a ver al extraño jinete.

Habían cabalgado a campo traviesa sin encontrar obstáculos. De día, avanzaban en dirección a las montañas nevadas y pedían información sobre el camino que debían seguir a criaturas de largos cabellos plateados. Por la noche, descansaban en acogedores prados. No habían vuelto a ver ninguna ciudad sellada. Todo parecía próspero y apacible a su alrededor.

A medida que pasaban los días, había cada vez menos cultivos y las ciudades estaban más espaciadas. Por fin, al cabo de una semana de viaje, una mañana las chicas llegaron al pie de las montañas con la cumbre cubierta de nieves perpetuas. Cerca ya de su objetivo, se preguntaban dónde viviría Oonagh cuando, afortunadamente, pasó por allí un anciano montado en un asno.

—Perdone, ¿podría decirnos dónde podemos encontrar a Oonagh? —preguntó Ámbar.

—Yo vengo de allí —respondió el hombre, mostrando una sonrisa desdentada—. Me ha resultado muy difícil que esas malditas rapaces no me vieran, pero lo he logrado.

—¿Cuál es el camino? —insistió Ámbar.

El anciano señaló una montaña cuyo pico se perdía entre las nubes.

—Oonagh vive allí, pero no en la cima de la montaña, no os preocupéis. Basta con seguir el camino que está trazado. La única dificultad reside en las rapaces. Por suerte, si las vencéis a la ida, no se ocuparán de vosotras a la vuelta.

Las tres chicas le dieron las gracias al hombre; luego se dirigieron hacia la montaña que les había indicado. Un sendero permitía subir la cuesta, que no era demasiado pronunciada. Primero atravesaron un bosque, entre cuyos árboles de hoja

caduca continuaba el sinuoso camino. Por el momento, las rapaces no daban señales de vida. Sin embargo, cuando la pendiente se hizo más escarpada e imponentes confieras sustituyeron el agradable bosque, los caballos se pusieron nerviosos y empezaron a encabritarse y a relinchar, asustados. Ámbar intentó leer los pensamientos de su caballo. Sintió el miedo sin comprender el motivo que lo provocaba. Tras repetidos esfuerzos, logró entrar en contacto con la mente de su montura.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Su caballo no pudo responder hasta pasados unos minutos. Dominado por el terror, olvidó sus costumbres y enunció con bastante claridad:

«No iré más lejos. Si continúo, sucumbiré a las rapaces. Vete. Yo te esperaré aquí».

Ámbar comprendió que era inútil insistir. Les expuso la situación a Jade y a Ópalo, que se resignaron a proseguir el viaje a pie.

—Limitémonos a coger lo esencial: las provisiones —decidió Jade—. Ya vendremos a buscar lo demás.

Cada una se hizo cargo de una pequeña bolsa de víveres y reanudaron el ascenso.

Ahora que ya no iban a caballo, el cansancio se hacía notar mucho más. Sin embargo, las muchachas hicieron los menos altos posibles. No hablaban para no quedarse sin aliento. Conforme se acercaba a Oonagh, Jade ardía cada vez más de curiosidad, y las otras dos compartían su ardor. Su objetivo estaba casi al alcance de la mano y las impulsaba a redoblar los esfuerzos. Sólo pensaban en la criatura mágica, en las revelaciones que podría hacerles. Ámbar recordó el símbolo que les habían transmitido las piedras y a Jean Losserand, que lo había interpretado y las había enviado a ver a Oonagh. Recordó todo lo que había vivido en tan poco tiempo, desde que había conocido a Jade y a Ópalo.

Finalmente, la noche cayó sobre el bosque de confieras. Jade decidió que era imposible continuar, si no querían perderse. Se instalaron en un vasto claro. En el momento de empezar a comer, notaron cierta tensión.

El bosque, sumido en la oscuridad, se había vuelto amenazador, hostil.

A Ámbar le pareció oír unos gritos lejanos y terroríficos. Lobos. Se echó a temblar. Las sombras se extendían por doquier. Ámbar imaginó que varios pares de ojos amarillos centelleaban tras los árboles que rodeaban el claro y la observaban, malévolos, con un brillo cruel en la mirada.

Cuando Jade, sin darse cuenta, hizo caer de las alforjas una manzana, que rodó por el suelo, Ámbar, con los nervios a flor de piel, profirió un grito.

—Cálmate —le dijo Jade con la voz ligeramente trémula—. ¡Me has asustado!

—No te preocupes, Ámbar, todo va bien —dijo Ópalo para tranquilizarla.

—¿Y si..., y si las rapaces vienen esta noche, mientras dormimos? —balbució Ámbar.

Esa perspectiva le heló a Jade la sangre. Incluso Ópalo se estremeció.

—No podemos estar sin dormir —señaló Jade.

—¡No pasará nada! —afirmó Ópalo, esta vez con menos seguridad en la voz.

Esa conversación les había quitado el apetito, de modo que se tumbaron y respiraron hondo, tratando de conciliar el sueño. Fue inútil.

Una angustia desmesurada las dominaba. El silencio era insoportable. Al final, Jade les propuso charlar para relajarse. Ópalo y Ámbar se apresuraron a aceptar.

La noche, propicia a las confidencias, ocultaba la expresión de sus rostros, y eso hacía que encontraran más fácilmente las palabras. Jade comenzó a evocar su vida en el palacio de Divulyon. Sin darse cuenta, olvidó su angustia, al igual que las otras dos chicas, y confesó la nostalgia y el desasosiego que a veces la habitaban. Ámbar contó por primera vez la muerte de la que hasta hacía poco había considerado su madre y confesó lo mucho que la había afectado el relato de Beah Jardun. A continuación narró con detalle cómo la había traicionado Janelle.

Después le tocó el turno de hablar a Ópalo. Jade y Ámbar creían que no iba a decir nada, pero la joven, al principio vacilante, casi tímida, describió la vida sin sorpresas que había llevado y, animándose a medida que hablaba, explicó que, a pesar de su aire distante, disfrutaba de su nueva existencia. Se humedeció los labios, hizo una pausa y acabó por contar lo mucho que había «apreciado» la compañía de Adrien.

Jade y Ámbar tuvieron la delicadeza de fingir sorpresa.

Cuando las tres chicas notaron que les pesaban los ojos ya se habían liberado de la angustia.

Sin ellas saberlo, esa noche algo cambió. Después de haber mostrado sus sentimientos, nunca más podrían ser enemigas.

Las piedras y sus aventuras comunes ya las habían acercado, pero esa conversación fue lo que las unió definitivamente.

Las tres chicas pasaron todo el día siguiente en el vasto bosque de confieras. El ambiente estaba más distendido que de costumbre. De vez en cuando, unas risas rompían el silencio del lugar. Jade, Ópalo y Ámbar se contaban anécdotas divertidas. No obstante, tenían el cuerpo dolorido y la subida seguía siendo agotadora.

De momento, el ascenso no parecía presentar peligro. Por lo demás, Ámbar terminó por convencerse de que los aullidos de los lobos eran fruto de su imaginación. En cuanto a las rapaces, las muchachas llegaron a preguntarse si existían de verdad.

El día transcurrió apaciblemente.

La noche las sorprendió en un claro, donde, sin fuerzas, se dejaron vencer por el sueño.

Al día siguiente, Ópalo se despertó al amanecer. Sabía que había tenido una horrible pesadilla, pero no conseguía acordarse del contenido. Sin embargo, el miedo seguía atenazándola. Tenía el rostro bañado en lágrimas y notaba que el corazón le latía aceleradamente.



Tardó un buen rato en calmarse.

Jade y Ámbar no tardaron en despertarse. Ellas también parecían asustadas.

—No me encuentro bien —murmuró Ámbar—. Tengo un nudo en el estómago y escalofríos..., y no sé por qué.

Jade se quedó pensativa y al cabo de un momento dijo en un tono fatalista:

—Debemos de habernos acercado a las rapaces. Amnhor dijo que emiten ondas que provocan terror. Seguramente estamos aún a una distancia razonable, ya que no cedemos por completo al pánico.

Al oír estas palabras, Ámbar se sintió desfallecer. Había creído que podría enfrentarse a las rapaces, pero, ahora que estaba a punto de tener que hacerlo, su determinación se hacía añicos.

Las tres chicas se levantaron, lanzándose miradas llenas de temor.

—Demos media vuelta —propuso de repente Ámbar.

Jade y Ópalo consideraron un momento esa proposición tentadora, dispuestas a aceptarla. Pero, finalmente, Jade dejó escapar un suspiro.

—Nos hemos esforzado mucho para llegar hasta aquí. Desde la liberación de Nathyrnn hasta hoy, hemos arriesgado varias veces la vida para ver a Oonagh. Ahora que estamos tan cerca de nuestro objetivo, no podemos rendirnos.

Las otras dos se vieron obligadas a reconocer que tenía razón.

—De todas formas —dijo Ámbar—, tenemos la poción.

—Sí, pero sólo hay que utilizarla como último recurso —recordó Jade.

Y reanudaron el camino. Esta vez, temblorosas, no conseguían mantener una conversación coherente. Avanzaban lentamente, devoradas por la idea que se hacían de los predadores. Ópalo llevaba en sus alforjas el frasco que les había dado Amnhor. Lo sacó y lo miró, tranquilizada por su lisa superficie.

Les parecía que los minutos se alargaban, como si el tiempo se hubiera detenido y cada instante aportara más angustia que el anterior.

Las chicas esperaban que las rapaces aparecieran en cualquier momento, surcaran el aire y se precipitaran sobre ellas, pero no vieron ninguna.

Cuando el sol llegó al cenit, salieron por fin del bosque.

Algunos arbustos sustituyeron a las confieras y la subida se hizo todavía más escarpada. Poco a poco, los arbustos escasearon cada vez más para dejar paso a una hierba salpicada de flores esmirriadas.

Ámbar alzó ansiosamente los ojos al cielo. Deslumbrada por la claridad del sol, una esfera de fuego en medio de un océano azul celeste, no vio ni rastro de los predadores tan temidos.

No obstante, las tres sentían que el miedo se apoderaba de ellas.

Pronto no podrían seguir soportando ese terror que las invadía.

Caminaron durante una hora más, pero lo hacían a un paso cada vez más lento.

De repente, Ámbar distinguió en el cielo claro unas siluetas amenazadoras con las anchas alas desplegadas. Las rapaces volaban muy alto, pero eran fácilmente

identificables. En cuanto las muchachas las vieron, sintieron que un torbellino de miedo las envolvía. Sin embargo, los pájaros no parecían haberse percatado de su presencia y continuaban planeando en el cielo.

Con todo, su poder no tardó en hacerse sentir. Ópalo conseguía milagrosamente conservar cierta calma. Estremecida, lograba convencerse de que no debía dejar que el miedo se adueñara de ella.

Jade apretó los puños, se echó el negro cabello hacia atrás con decisión y se opuso firmemente al terror que la invadía. Temblaba, el corazón le latía tumultuosamente, pero conservaba el control.

Ámbar, por su parte, estaba paralizada. No podía evitar imaginarse a las rapaces abatiéndose sobre ella para devorarla; le temblaban las piernas, era presa de estremecimientos convulsivos. Era incapaz de apartar la mirada de las rapaces.

—El frasco —logró balbucir—. Lo necesito, Ópalo...

Pero Ópalo no cedió. Por el momento, las rapaces no descendían, y Amnhor había recomendado utilizar la poción en el último momento.

Las rapaces descendieron lentamente planeando. Eran más de cincuenta y oscurecían el cielo. Ya se distinguía su plumaje gris y, sobre todo, su espantoso tamaño. ¿Eran el doble o el triple de grandes que un hombre?

Ámbar gritó, convencida de estar viviendo su peor pesadilla.

Hasta Ópalo se sintió flaquear.

Las rapaces se concentraron para unir fuerzas. Se alimentaban del miedo, de modo que era preciso que el terror de sus presas alcanzara el paroxismo, y para lograrlo utilizaban un medio casi infalible.

Jade, Ópalo y Ámbar no tardaron mucho en descubrirlo. Las rapaces bajaron en picado y se detuvieron una decena de metros por encima de ellas. Las chicas habían sido incapaces de moverse desde la aparición de los predadores, pero cuando vieron sus largos picos curvados y sus garras ganchudas y aceradas las invadió el pánico.

Lo peor estaba por venir. Las rapaces despertaron los miedos más terribles que dormitaban en ellas, lo que más temían. La mayoría de ellas estaba ya a cinco metros escasos. Sus ojos penetrantes reflejaban concentración, avidez, la expectativa de la victoria.

La imagen de Adrien agonizando golpeó brutalmente a Ópalo. Creyó verlo morir, con el torso ensangrentado y los ojos en blanco, sin poder hablarle ni intervenir. El dolor y la cólera la invadieron.

Jade se vio enfrentada a la nada, a la eternidad infinita. Se tambaleó, cegada por aquel abismo oscuro, sin fondo. Luego apareció ante ella la imagen de su padre adoptivo, viejo y enfermo, en el lecho de muerte.

Las lágrimas se le saltaron de los ojos cuando lo vio tan delgado, tan vulnerable. Inmediatamente, la imagen se enturbió. A continuación, el maligno Consejo de los Doce se materializó ante sus ojos. Estaba organizando minuciosamente su muerte y enviaba al ejército de la Oscuridad en su persecución. Jade estaba dejándose vencer

sin oponer resistencia.

En cuanto a Ámbar, vio surgir infinidad de imágenes y de sentimientos que se confundían. Sentía que era imposible ir más lejos en el horror.

Entonces, milagrosamente, notó que el miedo se disipaba. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para recordar que las rapaces absorbían el terror de sus víctimas antes de rematarlas.

—¡Ópalo, la poción! —dijo débilmente.

La voz de Ámbar sobresaltó a Ópalo y la hizo reaccionar. Rebuscó nerviosamente en sus alforjas, encontró el frasco de cristal azul y se lo lanzó. Ámbar lo atrapó al vuelo. Presa de un estremecimiento de terror, quitó el tapón y bebió un sorbo de líquido. Las manos le temblaban tanto que el frasco se le escapó, cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. El poco líquido que quedaba se perdió en la hierba.

Ópalo le dirigió una mirada de desesperación. Ámbar había reducido a la nada su única posibilidad de salir con bien de aquella situación.

El efecto de la poción fue inmediato. Las rapaces sintieron que la presa se les escapaba. Todos los sentimientos y las sensaciones de Ámbar se borraron poco a poco. La muchacha permaneció en pie, con el rostro inexpresivo, observando los alrededores con indiferencia. Vio el semblante contraído de Jade y de Ópalo. La idea de ayudarlas ni se le pasó por la mente. Tampoco pensaba en marcharse, en refugiarse en algún sitio; ni siquiera veía el peligro que la rodeaba.

—¡Las piedras! —gritó Ópalo—. ¡Sacad las piedras!

Jade le obedeció maquinalmente; Ámbar también, por reflejo. Pero no sucedió nada, pues Ámbar ya no estaba viva de verdad ni era humana.

Sin sentimientos, ya no era una persona real.

Sin embargo, desde el fondo de su letargo, esta última vio una brecha en el suelo. Se acercó a ella y descubrió que un sendero practicable se hundía en las entrañas de la tierra. Ópalo la vio adentrarse en el pasaje subterráneo y abandonarlas. Se sintió presa del pánico, pero se esforzó en rechazar con todas sus fuerzas el terror que trataba de adueñarse de ella.

Ópalo dirigió la mirada hacia Jade y se percató de que las rapaces habían absorbido el miedo de la joven, que sonreía con una expresión de placidez. Un predador que había permanecido por encima de los demás se abatió entonces sobre Jade a una velocidad asombrosa. Ópalo no vaciló ni un segundo. Sintió que se imponía a su propio miedo, que lo olvidaba para pensar únicamente en Jade. Estaba a unos pasos de su compañera y se abalanzó sobre ella para salvarla de las garras de la rapaz dándole un violento empujón. Ambas perdieron el equilibrio y cayeron. Ópalo se levantó y ordenó a Jade que la siguiera, pero ésta no le hacía caso. No entendía por qué había que huir. Ópalo jamás supo cómo consiguió levantarla en brazos.

El predador se había elevado un poco, como si aquella escena lo divirtiera y quisiera disfrutar del espectáculo. Pero no podía permitirse perder la presa. Las demás rapaces permanecían inmóviles. El único que tenía derecho a atrapar las piezas

era el jefe de la bandada; el resto se contentaba con provocar el miedo de sus víctimas y alimentarse de él.

Ópalo apenas había avanzado unos pasos cuando se dio cuenta de que la rapaz iba a descender de nuevo y que esta vez no se dejaría engañar.

No intentó correr. Continuó andando a trompicones. Hizo el vacío en su interior. No buscó el contacto tibio con su piedra. En un intento desesperado, contó sólo consigo misma. Cualquiera habría creído que la rapaz iba a llevárselas, que era inútil luchar. Pero Ópalo no. Se dijo que no se daría por vencida. Se concentró e hizo acopio de todas sus fuerzas. Las rapaces no podían vencerla, se lo repitió en silencio cada vez con más convicción. Una inmensa esperanza creció en su interior.

Poco a poco, un suave calor la invadió. Tuvo la impresión de que establecía contacto con su piedra. Notó las crueles garras clavarse en su piel, magullarla, y vio cómo se elevaba muy lentamente por los aires.

Continuaba sujetando a Jade con fuerza. No tenía miedo. Al contrario, una sonrisa animaba su rostro. Sus rizos dorados se arremolinaban, sentía dolor, la sangre manaba de su blanca piel en las zonas por las que la rapaz la tenía agarrada, pero ella no le daba importancia.

Impasible, cerró los ojos, de un azul más claro que el cielo, y siguió confiando.

Entonces la rapaz empezó a perder altitud. Ópalo no reaccionó, no manifestó alegría. Tan sólo la esperanza ocupaba su corazón. Cuando abrió los ojos, la rapaz se había quedado inmóvil a dos metros del suelo.

Muy lentamente, a regañadientes, aflojó la presión que ejercía sobre Ópalo. La joven cayó al suelo con Jade, que continuaba sin reaccionar.

En el cielo, las rapaces desaparecían poco a poco, heridas por un mal invisible. Jade volvió en sí. Ópalo le señaló la abertura por la que había escapado Ámbar y Jade se metió. Antes de seguirla, Ópalo echó una mirada tranquila al cielo, libre de toda amenaza, y esbozó una sonrisa.

Después entró en el paso subterráneo como si nada hubiera pasado.



**J**ade y Ópalo avanzaron a tientas por el oscuro túnel. Apenas habían recorrido unos metros cuando tropezaron con una figura encogida. A pesar de la oscuridad, reconocieron a Ámbar, sentada en el suelo hecha un ovillo, con la cabeza entre las manos. Su llanto retumbaba en el paso subterráneo.

—¡Ámbar! —exclamó Jade—. ¿Estás bien?

Ámbar se levantó de un salto.

—¡Estáis aquí las dos! —dijo, secándose las lágrimas—. Os he abandonado... y creía que os había perdido.

—¿Por qué no has venido a ayudarnos cuando han desaparecido los efectos de la poción? —le reprochó Jade.

—No he podido —dijo Ámbar, lloriqueando—. Hace sólo unos minutos que he vuelto a ser yo misma, y estaba segura de que ya era demasiado tarde para salvaros. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Jade se puso a contarle a Ámbar lo que había sucedido después de su marcha. Ópalo completó su relato, aunque sin conseguir explicar la razón de la huida de las rapaces.

Luego, Jade le agradeció vivamente a Ópalo que le hubiera salvado la vida. Ámbar, todavía bajo los efectos de la emoción, abrazó a sus dos compañeras, aliviada de haberlas recuperado.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Jade, preocupada—. Si las rapaces vuelven...

—Recuerda que no pueden atacarnos dos veces. Pero, de todas formas, podríamos seguir este camino subterráneo —propuso Ópalo—. Seguro que lleva a alguna parte, y tengo curiosidad por saber adónde.

Tras un breve debate, decidieron hacer lo que proponía Ópalo. Las tres chicas, todavía un poco alteradas por la aventura que acababan de vivir, se adentraron en las profundidades de la tierra. Curiosamente, en lugar de oscurecerse, el túnel estaba cada vez más iluminado.

Distinguían perfectamente lo que las rodeaba. La luz, potente, sobrenatural, parecía emanar de todas partes, no de una fisura que dejara filtrarse el sol.

Cuando llevaban un buen rato andando, las tres chicas se estremecieron, asustadas. En el túnel se oía un ruido de pasos que se acercaban. Con el corazón palpitante, esperaban ver surgir a una terrorífica criatura cuando, de pronto, apareció una niña. No debía de tener más de cinco años y, pese a no ser humana, su aspecto era enternecedor. Desprendía una frescura cándida. Tenía la piel de un azul muy claro; su vestido blanco, acampanado, le dejaba al aire los gráciles brazos y las cortas piernas. Unos inmensos ojos violeta destacaban en su rostro grave e inocente, y una cascada de cabellos rubios le caía por la espalda hasta los piececillos descalzos.

—Buenos días —dijo con una voz cristalina.

Las tres chicas le sonrieron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ámbar amablemente—. ¿Vives en este lugar?

La chiquilla se limitó a reír alegremente, mostrando unos dientes de un blanco deslumbrador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de nuevo Ámbar con su dulce voz.

Pero la pequeña se obstinaba en callar, manteniendo el mismo aire desenvuelto y misterioso.

—Hemos venido hasta aquí para ver a Oonagh —dijo Jade—. ¿Sabes si nos falta mucho para llegar?

—Oonagh, Oonagh —repitió la niña con malicia—. Yo puedo ayudaros.

—Gracias —contestó Ámbar—. Pero ¿cómo?

—Venid —dijo la niña—. Yo conozco a Oonagh. No tenéis más que seguirme.

Tras estas palabras, la extraña niña se alejó saltando. Jade, Ópalo y Ámbar la siguieron sin vacilar. La pequeña canturreaba alegremente una canción cuya letra se reducía a repetir «Oonagh, Oonagh», como si se tratara del nombre más bonito del mundo. De vez en cuando, dirigía una mirada divertida a las tres jóvenes, que la seguían llenas de curiosidad.

El túnel se bifurcaba en diferentes puntos, pero la chiquilla no dudaba ni un instante sobre el camino que debía seguir; era evidente que se movía por un terreno que le era familiar. Por fin, al cabo de más de una hora, llegaron ante un muro poco corriente que resplandecía. Jade, Ópalo y Ámbar, deslumbradas, oyeron el timbre claro de la pequeña:

—Entrad en la luz, no os hará daño.

Y les pareció verla pasar a través del resplandeciente muro.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ámbar, alarmada.

—Creo que no tenemos elección —dijo Jade—. O volvemos sobre nuestros

pasos, y sin la pequeña nos exponemos a perdernos, o intentamos cruzar este umbral.

Antes de que Ámbar tuviera tiempo de protestar, Jade avanzó y desapareció en la luz. Ópalo se dispuso a seguirla, pero Ámbar la retuvo.

—No sabemos lo que habrá detrás de esa puerta. Yo creo que no debemos ir.

—No vamos a abandonar a Jade —replicó Ópalo—. Si corre peligro, con mayor razón debemos estar con ella.

Ámbar avanzó, resignada, y la luz la engulló al mismo tiempo que a Ópalo.

Atravesaron el muro como si fuera impalpable. Al otro lado las esperaba un espectáculo increíble. Las paredes, recubiertas de cristales multicolores de resplandeciente belleza, iluminaban la sala.

Ópalo y Ámbar vieron a Jade, que estaba tan maravillada como ellas.

«Es de aquí de donde procede toda la luz que ilumina el túnel», pensó Ámbar.

Las muchachas buscaron con la mirada a la chiquilla que las había guiado hasta aquel lugar mágico y la vieron detrás de un árbol.

—Oonagh, Oonagh —repitió ésta, riendo—. Aquí es donde vive.

—¡Ah, por fin! —exclamó Jade, eufórica—. ¿Y dónde está?

La niña avanzó hacia ella con la mirada repentinamente seria.

—Soy yo —contestó simplemente.

Su voz era tan franca y clara que resultaba imposible poner en duda sus palabras. Las jóvenes la miraron de pronto de un modo distinto, y les llamó la atención su expresión reflexiva tras su sonrisa infantil. La mirada de Oonagh se cruzó con la de Jade, quien comprendió de inmediato que no mentía. En los grandes ojos violeta se reflejaba un torbellino de años, de reflexiones, de locura, de sabiduría, de experiencia, de felicidad y de desgracia... Jade creyó que iba a perderse en esa mirada que había vivido tanto; comprendió que, bajo su apariencia endeble y pueril, Oonagh había visto pasar más tiempo del que ella vería jamás.

—Ya era hora de que acudierais a mí —dijo la criatura mágica—. Os esperaba.

El corazón de las tres chicas latía aceleradamente.

—¿Quiénes son nuestros padres? —preguntó Jade sin más preámbulos—. ¿Por qué nos han echado de casa? ¿Qué peligro nos amenaza? ¿Por qué nos busca el Consejo de los Doce?

Con las mejillas ardiendo, se disponía a continuar cuando su mirada se cruzó con la mirada plácida de Oonagh y se calló.

Entonces, la voz clara de Oonagh se elevó y llenó toda la sala:

*De las tinieblas surgirá el Elegido para unificar el Reino  
y conducirlo a la luz  
como Rey que no debe reinar  
coronado en nombre del Don.  
Tres piedras, tres muchachas.  
Una descubrirá el Don,*

*una reconocerá al Rey,  
una convencerá a las otras dos de que mueran.  
De tres piedras, sólo quedará un destino.*

Oonagh hizo una pausa y después añadió:

—La gente recita este pasaje de *La profecía* desde hace siglos. Os hemos esperado pacientemente. Vuestro destino está trazado. Lo único incierto es el desenlace.

Un estremecimiento recorrió a las tres chicas.

—No acabo de entenderlo —murmuró Ámbar.

—*Una convencerá a las otras dos de que mueran* —repitió Jade, alterada—. ¿Qué significa eso? ¿Que una de nosotras va a empujar a las otras a matarse?

Trastornada por sus propias palabras, Jade se interrumpió. Un pesado silencio se instaló en la sala. Así que era por eso por lo que debían ser enemigas: una de ellas traicionaría a las otras y las empujaría a la muerte...

—¡Qué horror! —exclamó Jade—. ¡Eso no puede ser cierto!

—Ninguna de nosotras haría eso —dijo Ámbar.

Oonagh permaneció callada.

—¿Quién es el Elegido? —preguntó Ópalo para cambiar de tema.

—Dentro de menos de dos semanas, el día del solsticio de verano, tendrá lugar un gran combate —dijo Oonagh eludiendo la pregunta—. Neofileus estableció la fecha. El mal y el bien se enfrentarán en las llanuras del Exterior, ante el campo magnético del Cuento de Hadas. En un bando estará el ejército de la Oscuridad, con el Consejo de los Doce y los caballeros de la Orden; en el otro, el ejército de la Luz.

—¿Quién forma parte de ese ejército? —preguntó Ámbar.

—Todos los que quieren luchar por la libertad: caballeros, hombres, criaturas... El ejército de la Luz está congregándose, pero no podrá luchar si el Elegido no aparece. Es él quien tiene que conducirlo a la victoria, dar su vida, si es preciso, en la batalla. Y resulta que el Elegido sigue sin llegar. Nadie sabe quién es, quizá ni él mismo... Tenéis que ir al palacio de Yrianz de Myrnehl. Una parte del ejército de la Luz espera allí al Elegido. En *La profecía* se dice que una de vosotras lo reconocerá.

Tal vez esté allí. Si no, buscadlo, encontradlo.

—¿Y cómo se va a ese palacio? —preguntó Jade.

—No os preocupéis. Un hombre de confianza os guiará. Se llama Rokcdar. Es uno de los consejeros de la Muerte.

Las tres chicas intercambiaron una mirada de estupor.

—Es preciso que vayáis a ver a la Muerte —dijo Oonagh—. Debe poner fin a la huelga para que pueda celebrarse la batalla, y vosotras sois las únicas capaces de hacer entrar en razón a esa obstinada criatura.

Oonagh fue a buscar un objeto a un rincón de la sala y las tres chicas se quedaron esperando, atónitas y preocupadas. ¿Ir a ver a la Muerte?



¿Hacerla entrar en razón? ¿Cómo iban a lograrlo? Oonagh regresó y les tendió un mapa, a fin de que pudieran orientarse hasta llegar a las sombrías tierras de la Muerte.

De pronto, Jade tomó la palabra y comenzó a hablar con una voz desacostumbradamente grave:

—Esa historia del Elegido y la batalla es muy bonita, pero yo quiero saber qué pinto en todo eso. Quiero saber quién soy.

—Sois las tres piedras de *La profecía* —explicó Oonagh—. Sois las que harán que el mundo se incline hacia el lado del mal o hacia el del bien.

Mientras los dos ejércitos se enfrentan, vosotras iréis a Thaar, la ciudad de los Orígenes. Allí libraréis, por vuestra cuenta, el último combate.

—¿Y es también allí donde una de nosotras conducirá a las otras a la muerte? —preguntó Jade en un tono agresivo—. ¡Ya estoy harta! ¿Por qué voy a ir a ver a la Muerte y después a buscar al Elegido? ¿Por qué vamos a ir a Thaar a librar «el último combate», lo que, hablando claro, significa dejarse matar? ¿Por qué no puedo volver a mi casa, eh? ¿Qué me obliga a arriesgar la vida? No quiero seguir teniendo miedo. ¡No quiero seguir haciéndome preguntas sin respuesta! —Jade hizo una pausa para recuperar el aliento—. Ahora —dijo con más calma—, dime qué me impediría regresar tranquilamente a mi palacio, ver de nuevo a mi padre y vivir por fin en paz.

—Jade, el ejército de la Luz os necesita a las tres para ganar el combate. Si vosotras no lucháis, el mal se impondrá.

—¿Y qué? ¡Eso no es cosa mía!

—Debes ir a Thaar —insistió Oonagh—. Porque tus padres se sacrificaron por ti, porque sabían que un día lucharías contra la Oscuridad y dieron su vida para protegerte. No tienes derecho a traicionarlos.

—¿Están muertos? —gritó Jade—. ¡Están muertos!

—Te pusieron a salvo antes de que los matara el ejército de la Oscuridad, o el Consejo de los Doce. En una palabra: el mal.

—Pero ¿quiénes eran? ¿Cómo se llamaban?

—¿De qué manera te ayudaría saberlo? No debes vivir en el pasado.

No sufras por lo que es irremediable. Dedica tu energía a lo que todavía puedes cambiar. No tienes derecho a renunciar a combatir.

—¿Y mis padres? —preguntó Ópalo de pronto.

—Lo siento —murmuró Oonagh—. Tampoco se salvaron. Tuvieron que huir para ocultarte. El ejército de la Oscuridad y el Consejo eran muy poderosos y los perseguían. Tus padres no pudieron escapar de ellos. Sabían cuál sería tu suerte; por eso te dejaron en manos de personas en las que confiaban plenamente.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —intervino Jade—. ¿Quiénes somos? ¿Por qué tenemos tantos enemigos?

—El Elegido y vosotras sois... los hechiceros de la Luz —dijo Oonagh gravemente.

Un profundo silencio siguió a esta revelación.

—¡Ah! —dijo finalmente Jade—. ¿Y de qué nos sirve eso?

—Escuchad. Cuando nacisteis, ya apretabais vuestras piedras entre los dedos. Esas piedras os otorgan un poder considerable, pero os pertenecen exclusivamente a vosotras, forman parte de vosotras. Hasta que cumplisteis catorce años, vuestro Don permaneció aletargado. No estaba preparado para despertar. Era esencial que no lo descubrierais antes de hora y, sobre todo, que lo descubrierais juntas. Solas sois vulnerables y el Don no os sirve de nada.

Ópalo carraspeó. Ella había encontrado su piedra antes de hora, pero no pensaba que eso pudiera tener consecuencias. Oonagh frunció el entrecejo.

—Ópalo, tu corazón me ha revelado lo que tratabas de ocultar. Lo que he descubierto es malo, muy malo. Si encontraste tu piedra demasiado pronto, seguramente llamaste la atención del Consejo de los Doce... Es posible que hayan accedido a tu mente por telepatía. —Oonagh exhaló un sonoro suspiro—. ¡En fin, lo hecho, hecho está! Pues, como iba diciendo, vuestro Don se ha desarrollado desde el día que cumplisteis catorce años. Sin embargo, teníais que superar diferentes pruebas para forjarlo; llegar hasta mí era la última etapa necesaria para que alcanzara su plenitud. Pero si hubierais descubierto vuestro papel demasiado pronto, durante una de esas peripecias, vuestro poder habría cesado de aumentar.

—Entonces, ¿nos echaron de casa porque a la edad de catorce años nuestro supuesto Don iba a manifestarse y debíamos estar juntas para descubrirlo? —resumió Jade—. ¿Y después debíamos vivir una aventura terrorífica para, al final, escoger el destino del mundo? ¿No te parece un poco excesivo para nosotras? Sobre todo, teniendo en cuenta que el final no tiene visos de ser muy alegre, si dos de nosotras deben morir.

—Así es —dijo Oonagh.

—Pero ¿acaso nos tomas por locas? —gritó Jade—. ¡No vamos a ir por voluntad propia a Thaar para que nos maten!

—¿Tenéis elección? Vuelve a tu casa, si quieres; de todas formas, el Consejo o el ejército de la Oscuridad te atraparán y te matarán. Las tres juntas podéis cambiar muchas cosas. Os corresponde a vosotras decidir si merece la pena o no. Pero debes saber, Jade, que si renuncias a ir a Thaar y sobrevives, aunque los demás no lleguen a detestarte, te odiarás a ti misma.

Jade fue incapaz de replicar. Sabía que lo que había dicho Oonagh era cierto, pero intentaba convencerse de lo contrario.

—¿Y en qué consiste ese extraordinario Don que tenemos? —preguntó Ópalo.

—*Una descubrirá el Don* —contestó Oonagh—. Esos son los términos en los que se expresó Neofileus. No puedo revelaros algo que le corresponde a una de vosotras descubrir.

Pese al aluvión de preguntas de las tres chicas, Oonagh no pronunció una sola palabra más. Había recuperado su sonrisa indolente de chiquilla y se puso a canturrear:

*De las tinieblas surgirá el elegido para unificar el Reino  
y conducirlo a la luz  
como Rey que no debe reinar  
coronado en nombre del Don.  
Tres piedras, tres muchachas.  
Una descubrirá el Don,  
una reconocerá al Rey,  
una convencerá a las otras dos de que mueran.  
De tres piedras, sólo quedará un destino.*

Entonces, Jade, Ópalo y Ámbar comprendieron que Oonagh no les diría nada más y, movidas por una voluntad común, cruzaron en sentido inverso el muro de luz que las conducía a su destino.

## **París, 2002**

Me había despertado jadeando, inquieta a causa de la noche agitada que había pasado. Recordaba con detalle las revelaciones de la criatura mágica de ojos violeta y estaba impregnada de las emociones de Jade, Ópalo y Ámbar, como si las hubiera vivido yo.

Mi sueño se había visto interrumpido de nuevo y me había devuelto dolorosamente a mi universo oscuro y frío. Recuerdo que lloré, indignada por la injusticia de que era objeto, por ese sueño que seguía sin adaptarse a las formas de mi desesperante realidad. Mis recuerdos escogieron ese momento para salir a flote, engañosos y deplorables tras su apariencia dorada.

Esta vez me sentía demasiado desamparada para rechazarlos. Me invadieron, chispeantes, amargamente alegres. Me vi: Joa. Recordaba la gran admiración que había despertado mi exuberancia. Era rica, pretenciosa; mi ropa provocaba la envidia de todas las chicas que se cruzaban en mi camino. La gente toleraba mis caprichos, los interpretaba como órdenes que yo daba a los demás. Joa tenía un carácter execrable, pero yo sabía que era mucho más sensible de lo que aparentaba. Recordaba claramente las miradas de fascinación que acompañaban mis gestos más descarados, pero también las burlas que contadas personas se atrevían a manifestar. En tales casos, me refugiaba en un rincón oscuro y lloraba en silencio. En el fondo, era frágil, aunque lo disimulaba muy bien. Me gustaba divertirme, reírme a costa de los demás, y es cierto que distaba mucho de ser reflexiva y madura. Pero algunas veces, a través de mi ligereza, pensaba en serio, me mostraba atenta. No era todo vitalidad; al contrario, en mi corazón había ternura. Sólo me mostraba emotiva cuando me hallaba

lejos de las miradas, lejos de la efervescencia que suscitaba.

Yo había creído en la dicha eterna. Las amigas que me rodeaban me parecían sinceras y unidas a mí. Pero sus sonrisas no eran sino artificio y apariencia. Cuando mi enfermedad destruyó mi vida perfecta, esperaba recibir apoyo y afecto. Sin embargo, todo el mundo huyó cobardemente. ¿Qué interés ofrecía yo, tendida en la cama de un hospital, con el rostro consumido por el mal que me devoraba? Mis padres fueron los únicos que continuaron cuidándome, pero la vida consideró que incluso ese consuelo era superfluo y un accidente los hizo desaparecer de mi universo. Que mis amigos se hubieran apartado, poco a poco llegué a concebirlo y a aceptarlo. Pero también él desapareció, el joven al que amaba y que me amaba. Yo no sabía lo que significaba amar, pero eso no impedía que estuviera apegada a él, que lo quisiera a mi manera, con mi despreocupación de entonces. Se parecía al Elegido de mi sueño y, como él, era un desertor, un traidor que aspiraba a la luz cuando en realidad servía a la oscuridad. Me visitó una vez, sólo una, y luego huyó para no volver jamás. Y eso sigue resultándome imposible aceptarlo.



El Innombrado cabalgaba junto a Elfohrys, abrumado por la terrible noticia que acababa de recibir. No lograba comprender cómo había podido entregar su alma al mal. Por más que se esforzaba, no recordaba que alguna vez hubiera considerado la Oscuridad como otra cosa que no fuese un enemigo, temible pero repugnante. Y sin embargo, ¡había formado parte de las tinieblas! El signo del sombrío ejército había adornado su tobillo izquierdo; la sangre seguía fluyendo y dibujando con claridad la forma de la luna coronada por números. El hechicero de la Oscuridad no le había mentado, por viles que fueran sus intenciones. Ahora añoraba los días en que se interrogaba en vano sobre su pasado. Sabía que la certeza de haber servido al mal lo atormentaría indefinidamente.

Elfohrys, desesperado por la revelación del hechicero de la Oscuridad, estuvo días sin dirigir la palabra al Innombrado. Continuaron su camino abatidos y callados. Por fin, el tercer día que pasaban cabalgando tristemente, al caer la noche, Elfohrys se decidió a hablar.

—¿Cómo es posible que tú, a quien he considerado un amigo, seas un soldado de la Oscuridad y tengas las manos manchadas de sangre inocente?

El Innombrado no respondió. En la mirada de soslayo que le lanzó a Elfohrys se leía toda su angustia. La voz de la criatura mágica se suavizó un poco.

—Ya sé que no te acuerdas de nada, pero yo he creído en ti. ¡Estaba convencido de que eras el Elegido! Has destruido vidas, cuando afirmabas querer salvarlas. ¿Cómo puedo convencerme de que has cambiado, de que tu alma sumida en la oscuridad ha acabado por estar inundada de luz?

El Innombrado sostuvo la mirada acusadora de Elfohrys, que prosiguió:

—¿Qué sentido tiene ahora ir a ver a Oonagh para que lea en tu cruel corazón?

Creo que nuestros caminos se separan aquí y espero no volver a oír hablar nunca de ti. Si algún día vuelvo a cruzarme en tu camino, espero que tu imagen se haya borrado de mis recuerdos.

Tras estas palabras, Elfohrys dio media vuelta y se dispuso a alejarse al galope. Pero el Innombrado gritó su nombre con voz ronca y le dijo:

—Antes de decepcionarte, me traicioné a mí mismo. Jamás pensé que hubiera servido a la Oscuridad. Cómo pude llegar a eso, lo ignoro, pero puedo asegurarte que ahora preferiría morir antes que unirme al ejército tenebroso. No sé si mi alma pasó súbitamente del mal al bien, pero la sangre que mancha mis manos me hace sufrir mucho más de lo que creía posible.

Al oír esas palabras, Elfohrys se volvió y sondeó con su mirada dorada los ojos azul zafiro del hovalyn. Detrás de su inmensa melancolía, seguía viéndose fuerza y nobleza.

—Suponiendo que sea verdad —replicó secamente Elfohrys—, ¿por qué tendría que acompañarte? Tú no eres el Elegido y yo debo seguir buscándolo. Me es imposible permanecer a tu lado sin pensar en las atrocidades de las que debes de ser culpable. ¡Eres un asesino y no puedo olvidarlo!

—Entonces, según tú, ¿debo llevar el peso de mis crímenes hasta que muera?

—¡Incluso mereces perecer!

—Pero me he convertido en otra persona —repuso el hovalyn apasionadamente—. ¡No voy a dejar que mi pasado me atormente toda la vida! Tengo remordimientos; lamento lo que hice, aunque no lo recuerde. ¿Nunca tendré derecho a borrar mis faltas?

—¿Acaso tus remordimientos harán regresar a los que te suplicaron que les perdonaras la vida? —replicó Elfohrys—. ¡Un hombre no cambia de la noche a la mañana, y las muertes que causaste exigen tu propia muerte!

—¿Tengo que sufrir, entonces, toda la vida?

—¡Sería de justicia!

El Innombrado se encontró solo, malhumorado, abandonado a su confusión. Cabalgó así durante una hora. Por fin, la forma de una elegante casa se alzó entre las tinieblas. Decidió hacer un alto allí. Bajó del caballo y llamó a la puerta. Casi inmediatamente, una mujer rolliza y jovial le abrió.

—Le pido humildemente hospitalidad —dijo—. Soy un hovalyn perdido y sin pan.

—¡Bienvenido! —exclamó la mujer—. Sería imprudente dormir al raso en una noche tan oscura. Entre y siéntese a la mesa mientras yo llevo su caballo al establo.

El Innombrado le dio las gracias y se sintió un poco aliviado por la cálida atmósfera que reinaba en la casa. Se adentró en un pasillo, observando con atención los retratos que decoraban las blancas paredes; luego oyó un clamor alegre que parecía proceder de una sala y, guiándose por el sonido, irrumpió en una vasta estancia donde estaba celebrándose un animado banquete. Una cincuentena de

personas reían y charlaban mientras los criados les servían apetitosos platos. Cuando los invitados vieron al Innombrado, poco a poco fueron callando. Finalmente, un hombre de cara redonda y simpática, vestido con sencillez, se levantó.

—¡Tenemos un invitado imprevisto! Me presento: soy Tivann de l’Orleys. Sé bienvenido y ven a sentarte con nosotros. ¿Eres un hovalyn?

—Sí —respondió el Innombrado.

—¡Qué interesante! Acércate, toma asiento y charlemos un poco.

El Innombrado se sentó al lado de Tivann de l’Orleys y se sirvió comida. En aquel ambiente distendido, intentó olvidar sus problemas.

—Así que eres un hovalyn —repitió el hombre, que según todos los indicios era el propietario de la casa.

—Sí —respondió de nuevo el joven caballero.

—Pues tenemos un objeto que seguramente atraerá tu atención —prosiguió Tivann en un tono misterioso—. Pertenece a mi familia y ha pasado de padres a hijos. Es un anillo encantado que no tiene nada de original, aparte de... —Tivann de l’Orleys se interrumpió para subrayar el efecto y añadió, bajando la voz—: *Aparte de que es capaz...* —Pero, de pronto, el hombre pareció dominarse y se calló—. Lo sabrás mañana por la mañana —concluyó.

El Innombrado terminó de comer en silencio mientras observaba, intrigado, a los invitados. Frente a él estaba sentada una joven frágil y delicada, mejor ataviada que los demás; llevaba un largo vestido azul cielo que se adaptaba graciosamente a su cuerpo. Los ojos, de un verde muy claro, casi irreal, iluminaban su pálido semblante; sus labios finos desplegaban una vaga sonrisa. Su mirada se cruzó con la del Innombrado. Lo examinó con atención y le sonrió.

—Es mi hija, Orlaith —le dijo el dueño de la casa al hovalyn—. Es la menor de mis hijos y la más sensible. Constituye tanto mi orgullo como mi desesperación, pues la tradición ancestral dice que su mano le corresponderá a quien está destinado a poseer el anillo encantado del que te he hablado, salvo si éste no acepta a mi hija por esposa, cosa que realmente me sorprendería, pues es una perla.

El Innombrado no supo qué responder y guardó silencio. Cuando hubo terminado de comer, le dijo a Tivann de l’Orleys que estaba muy cansado. Este último, comprensivo, hizo que lo condujeran a una habitación. El Innombrado se puso una camisa de dormir que le habían dejado sobre la cama, se acostó y aspiró el olor de las sábanas frescas.

Hundió la cabeza en una almohada de plumas y trató de dormirse, pero tuvo que esperar horas hasta que sus tormentos le concedieron el descanso. Soñó con Tivann de l’Orleys, que no paraba de repetir: «Es un anillo encantado, capaz de... Es un anillo encantado, capaz...».

Luego, en su sueño apareció el rostro de Orlaith mientras Tivann decía:

«Es una perla...».

Al amanecer, dos brazos vigorosos que lo zarandeaban enérgicamente sacaron del

sueño al Innombrado. Éste abrió los ojos y vio el rostro de Tivann de l'Orleys inclinado sobre él.

—Apresúrate, hovalyn —dijo con entusiasmo—. Te esperamos dentro de diez minutos en la sala donde cenamos anoche.

El Innombrado se vistió con presteza. Sacó su espada encantada y trató de clavársela en el corazón; no podía soportar el peso de su pasado. Pero la curiosidad lo salvó. Enfundó el arma y se dirigió apresuradamente a la estancia donde Tivann lo esperaba. ¿Qué iba a revelar? ¿Era sobre el extraño anillo del que le había hablado?

Cuando llegó a la vasta sala, el Innombrado no pudo disimular su sorpresa: alrededor de la mesa de madera rectangular estaban, de pie, su anfitrión y numerosas personas, humanas o criaturas mágicas.

Algunos llevaban pesadas armaduras; otros exhibían cicatrices de heridas de guerra. Todos tenían la misma expresión solemne y llevaban una espada al cinto. El Innombrado supo de inmediato que aquella asamblea se componía de hovalyns. Observó que la bella Orlaith de l'Orleys también se hallaba presente y que parecía todavía más frágil y mágica en medio de aquellos hombres con aspecto de soldados.

Obedeciendo a una indicación de Tivann, el Innombrado avanzó y se incorporó al grupo. Se preguntaba a qué acontecimiento iba a asistir.

No tardó en enterarse. Tivann de l'Orleys, con semblante feliz, declaró con su cálida voz:

—Amigos míos, la asamblea reúne al número exacto de hovalyns necesario para perpetuar la antigua costumbre que se transmite en esta casa. Todos vosotros tendréis la posibilidad de probaros el anillo encantado que obra en mi poder, pero debo recordaros que es una empresa muy peligrosa. —Tras una pausa, prosiguió—: Desde hace siglos, la tradición exige que, cuando un voluntario se propone probarse el anillo de L'Orleys, se celebre una reunión de varios hovalyns de acuerdo con unos ritos muy precisos. Hoy, el valeroso joven que se arriesgará a ponerse el anillo es Arthur de Farrières.

Un joven hovalyn con aires de suficiencia se pavoneó.

—Si lo consigue —prosiguió Tivann—, obtendrá la mano de mi hija, así como mi estima. Si fracasa, cualquier otro voluntario que se encuentre alrededor de esta mesa podrá probar suerte.

El Innombrado, cada vez más intrigado, observaba atentamente a Tivann, que se aclaró la garganta y le hizo una seña a su hija. Orlaith introdujo la mano en su escote y sacó de él una cadena de plata de la que colgaba un reluciente anillo.

—Tan sólo Orlaith puede llevar esta joya en contacto con la carne sin sufrir atroces quemaduras —declaró Tivann—. Según la tradición, únicamente la más pura de las hijas de L'Orleys tiene el privilegio de conservar el anillo. Hovalyn —añadió, dirigiendo la mirada a Arthur de Farrières, que se la sostuvo con arrogancia—, ¿estás decidido a ponerte este anillo, embrujado por unos hechiceros en tiempos inmemoriales?



¿Aceptas los riesgos que vas a correr? Sopesa tu respuesta, pues, una vez que la hayas formulado ante esta asamblea, será irreversible.

—Sí, asumo los riesgos —respondió Arthur de Farrières con una sonrisa llena de orgullo dirigida a Orlaith, que desvió la mirada, turbada.

—Bien. Antes de comenzar la prueba, voy a aclarar a los escasos hovalyns que todavía no están al corriente, cuál es la propiedad del anillo de L'Orleys. En él reside un poderoso sortilegio: sabe distinguir las almas oscurecidas por el mal de los corazones puros que sólo actúan para hacer el bien. Cuanto más devora la oscuridad a un hombre, más despiadado se muestra el anillo con él, pues sólo tolera la inocencia y la justicia. Sin embargo, aunque un hombre honrado, de vida intachable, se atreva a ponerse en el dedo esta joya, es muy posible que padezca desagradables consecuencias. Por eso es preciso reflexionar con serenidad antes de medirse con el anillo de L'Orleys. —Una sombra misteriosa veló la mirada de Tivann—. El anillo fue forjado con un solo objetivo: reconocer al que se espera desde hace siglos. Una vez que haya cumplido con su deber, desaparecerá. *Es un anillo encantado, capaz de encontrar al Elegido.*

El Innombrado sintió un estremecimiento. Quiso salir de la sala, pero las piernas no le respondieron y la vista se le nubló. Sin embargo, antes de que alguien advirtiera su debilidad se rehizo.

Orlaith se quitó la cadena del cuello y depositó el anillo en la blanca palma de su mano.

—Sé desde siempre que soy el Elegido —afirmó Arthur de Farrières—. Nunca me he considerado un simple hovalyn. Esta prueba no me da ningún miedo.

Orlaith colocó la joya en el dedo de Arthur. Ésta, un anillo de oro blanco hábilmente cincelado, no tardó en licuarse y en comenzar a girar como un torbellino alrededor del dedo del hovalyn. El rostro del caballero expresaba un terror creciente; sus ojos, desorbitados, delataban el dolor que sentía. El anillo se transformó poco a poco en llamas de plata con reflejos nacarados. El hovalyn, con el semblante demudado por el sufrimiento, gritó al tiempo que sacudía la mano:

—¡Quitadme este anillo! ¡No puedo soportarlo más! ¡Piedad! ¡Os lo suplico, ayudadme!

—Es imposible —murmuró Tivann, decepcionado.

Las llamas maléficas continuaron multiplicándose y lamiendo con avidez su mano. Muy pronto, jirones de carne chamuscada se desprendieron del dedo mutilado. El Innombrado estaba fascinado por el espectáculo; le producía repulsión, pero no podía apartar los ojos de él.

—A pocos castiga el anillo de L'Orleys con tanta crueldad —dijo Tivann, suspirando.

Finalmente, la tortura cesó. El dedo del hovalyn se deshizo en cenizas negruzcas y el anillo, tan reluciente como cuando colgaba del cuello de Orlaith, cayó al suelo con un ruido claro. La joven se apresuró a recogerlo. Arthur de Farrières regresó a su

sitio haciendo muecas de dolor.

—¿Alguien más se quiere arriesgar a probarse el anillo? —preguntó Tivann de l’Orleys.

El silencio reinó en la asamblea de hovalyns. Un hombre de semblante duro tomó la palabra:

—Yo quiero probar suerte.

—Si tal es tu deseo... —dijo Tivann—. Tienes muchos méritos, Gohral Keull, y si tú no eres el Elegido, entonces nadie es digno de serlo.

Gohral Keull mantuvo una expresión impasible. Tendió la mano, cubierta de cicatrices, hacia Orlaith. El repugnante fenómeno se repitió.

Las llamas rodearon su dedo en un círculo frenético, pero Gohral Keull no profirió un solo grito; al contrario, permaneció impertérrito, como si el sufrimiento que soportaba no tuviera ninguna importancia. Tan sólo su oscura mirada dejó traslucir una sombra de dolor. El anillo no tardó en tintinear en el suelo. Orlaith lo recogió con presteza. Sin embargo, todos los hovalyns miraban, estupefactos, al caballero: el dedo que las llamas del anillo de L’Orleys habían envuelto, el dedo de Gohral Keull, estaba intacto.

—El anillo ha considerado que, aunque no eres el Elegido, eres un hombre valeroso —explicó Tivann de l’Orleys.

Gohral Keull no tuvo ninguna reacción ante ese cumplido.

—¿Hay otro voluntario para probarse el anillo de L’Orleys? —preguntó Tivann, convencido de que no se presentaría nadie más.

—Sí, yo —dijo de pronto el Innombrado, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Tú? ¡Pero si todavía eres muy joven! Veamos, ¿cómo te llamas?

—No tengo nombre —respondió el hovalyn, divertido por la pregunta pese a que siempre le había parecido funesta.

Un murmullo recorrió la asamblea.

—El Innombrado —murmuró con desdén Arthur de Farrières—. ¡Así que eres tú! ¡Y pretendes ser el Elegido!

—No —replicó el Innombrado—. Sólo quiero saber si dentro de mí anida el mal o el bien.

Gohral Keull frunció el entrecejo con gesto duro. Tivann, desconcertado, dijo:

—Innombrado, según la costumbre, no puedo impedirte que pruebes suerte. Pero, si yo estuviera en tu lugar, retiraría mi palabra.

—La mantengo —contestó el joven hovalyn con firmeza, dirigiéndose hacia Orlaith.

Los caballeros cuya mirada se cruzó con la suya tuvieron que admitir que en ella se reflejaba poder y determinación. El Innombrado depositó su mano de dedos largos y ágiles en la palma helada de Orlaith y observó el anillo. Era sencillo, pero bonito. A primera vista, parecía que estuviera hecho sólo de oro blanco, pero al mirarlo más de cerca se veían minúsculos diamantes incrustados en su superficie lisa y brillante.

Orlaith lo colocó lentamente en el dedo del Innombrado y le dirigió una mirada de aliento.

El anillo de L'Orleys se transformó en un líquido plateado que fluía cada vez más deprisa alrededor del dedo del hovalyn. Éste logró contener un gemido. Sin embargo, el dolor se volvía penetrante, cruel.

Muy pronto, unas llamas plateadas magullaron despiadadamente su carne. Sintió deseos de gritar, creyó desvanecerse, pero resistió, erguido, dominando su debilidad pese al olor de carne quemada que se extendía por el aire.

Los hovalyns lo miraban con conmiseración. En su caso, la tortura duró mucho más tiempo que en el de Arthur de Farrières y Gohral Keull juntos. El Innombrado se forzó a mantener la cabeza alta, sin permitirse dirigir una sola mirada a su dedo herido. Tenía la confirmación de lo que se negaba a admitir: el dolor había sido tan fuerte, tan insoportable, que estaba seguro de que el anillo de L'Orleys había visto el mal en él y había tratado de castigarlo.

Notaba los ojos de los hovalyns clavados en él, pero no se atrevía a enfrentarse a sus miradas. Un murmullo se elevó en el silencio, seguido de muchos más, que el Innombrado interpretó como comentarios acerbos sobre él. Con la voz impregnada de amargura, tomó la palabra:

—Teníais razón. He fracasado, el mal habita en mi corazón. El anillo de L'Orleys ha confirmado vuestros pensamientos. Que Orlaith recoja, pues, ese anillo y lo ponga en el dedo de otro. Y olvidadme, olvidad la derrota que acabo de sufrir, olvidad incluso mi cara...

No sabía lo que decía. Afortunadamente, nadie había oído esas palabras, pronunciadas en voz baja. Buscó con la mirada el anillo en el suelo, pero allí no estaba. Escrutó todos los rincones de la estancia en busca del brillo plateado. Fue en vano. Entonces se arriesgó a lanzar una mirada vacilante a su mano magullada.

No presentaba ninguna herida.

Orlaith le sonrió, radiante. Los caballeros lo observaban con admiración y humildad, aunque algunos le lanzaban miradas de envidia.

—Innombrado, no cabe ninguna duda —declaró Tivann de l'Orleys con lágrimas de emoción—. ¡Eres el Elegido, el que todos hemos soñado con ver algún día!

Tras estas palabras, la asamblea profirió una ovación magistral en honor del Innombrado, que seguía sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

¿Era de verdad él la persona cuyo nombre, el Elegido, hacía palpitar la esperanza en el fondo del corazón del mundo?



Desazonadas por las revelaciones de Oonagh, las tres chicas habían vuelto sobre sus pasos para recoger los caballos. Ámbar y Ópalo estaban preocupadas. Saber que eran tan importantes las asustaba y las fascinaba a la vez. En cuanto a Jade, demasiado alterada por la conversación con Oonagh, no sabía lo que sentía. Primero se había rebelado contra un porvenir tan sombrío. Aquellas nuevas responsabilidades eran una carga demasiado pesada sobre sus hombros. Pero debía ir hasta el final. Si la esperaban desde hacía siglos, ahora no podía abandonarlo todo. Sin embargo, ¿cómo aceptar ir derecha al peligro con conocimiento de causa? Jade, sin confesárselo, estaba muerta de miedo.

—Juro que nunca os traicionaré —dijo de pronto—. Sin duda la profecía es falsa. Ninguna de nosotras empujará jamás a las otras a la muerte. ¡Jamás!

—Juro que no haré nunca una cosa semejante —repitió Ámbar con gravedad—. ¡Antes morir que mataros!

—Yo también lo juro —dijo Ópalo—. Ese tal Neofileus se equivocó.

Hace siglos que está muerto. ¡No hay ninguna razón para que hagamos todo lo que dijo!

Jade y Ámbar sonrieron, pero la angustia seguía atenazándolas.

—No puedo creerlo —murmuró Jade—. Lo que nos está pasando es tan...

—Extraño, imprevisto, inimaginable —completó Ámbar, ensimismada—. ¡Y pensar que tenemos que ir a ver a la Muerte!

—Es aterrador —dijo Jade—, pero al mismo tiempo muy excitante.

—Además, cientos de personas van a tener los ojos clavados en nosotras —declaró Ópalo, pensativa—. ¡Oonagh ha afirmado que nos esperan desde hace siglos!

—Tengo miedo —confesó de repente Ámbar—. ¿Cómo pueden pedirnos que

decidamos el destino del mundo? Es descabellado. Me encantaría hacer como si no supiera nada y volver a mi casa a llevar una existencia normal.

—A mí también. No quiero, no puedo ir a Thaar... sabiendo lo que nos espera allí. Pero, por otro lado, sé que tengo la obligación de ir —dijo Ópalo.

—Pues si tú vas..., yo también iré —se comprometió Ámbar.

—Y yo —declaró Jade con gravedad—. Debemos permanecer juntas.

Es imposible prever qué horror nos espera, pero, si tanta gente cuenta con nosotras, no podemos decepcionarla. Puesto que nuestros padres dieron la vida por nosotras, si realmente somos capaces de cambiar algo, de debilitar al Consejo de los Doce o a la Oscuridad, debemos hacerlo.

Jade se calló. No podía abandonar a Ámbar, a Ópalo y a todas aquellas personas que creían en ella. Ámbar, nostálgica, comenzaba a añorar los días despreocupados que había vivido antes de cumplir catorce años, consciente de que debía aceptar su increíble destino.

Ópalo conservaba su aire misterioso e impasible, pero sentimientos y recuerdos afluían a ella. Antes de conocer a Jade y a Ámbar, para ella el tiempo transcurría lentamente y sin sorpresas. Llevaba una existencia rutinaria, sin pasión ni aventuras. A fuerza de ver repetirse el mismo día, había acabado por olvidar los sueños, la risa, el llanto, las emociones. Había rechazado la amistad y el amor para replegarse en sí misma. Pero, al cruzarse en el camino de Jade y de Ámbar, y luego en el de Adrien, había aprendido a descubrir el mundo tal como puede ser: sorprendente, hermoso, amable y rudo a la vez. Y ahora que la vida que empezaba a saborear se hallaba amenazada, la veía como algo todavía más precioso.

—¿Cómo quiere Oonagh que convenzamos a la Muerte de que no se suicide? —gruñó de repente Jade—. ¿Por qué vamos a ser nosotras más capaces que otros de hacer entrar en razón a esa criatura?

—Además —la apoyó Ámbar—, ver a la Muerte no deja de ser algo... terriblemente anormal.

Las tres muchachas expresaron su incredulidad y sus dudas. Después comentaron el episodio de las rapaces. ¿Por qué habían dejado en paz a Jade y Ópalo? ¿Por qué habían huido, atraídas por un poder desconocido que parecía lastimarlas?

El descenso era cómodo, casi agradable. En menos de dos días, las viajeras encontraron sus monturas, que las esperaban plácidamente.

Ámbar acarició con ternura a su caballo, contenta de volver a verlo.

Éste mostraba el pelaje blanco que a ella le gustaba y la miraba con benevolencia.

Antes de reanudar la marcha, Jade estudió con atención el mapa que les había dado Oonagh.

—Si no me equivoco —dijo—, los campos que hemos atravesado hasta aquí pertenecen a una región arbolada que se llama Hornimel. La cadena de montañas donde estamos no es muy importante; se llama Irog y, según este mapa, marca los límites de Hornimel. Más allá, hay mesetas y antiguas montañas que se extienden por

una región llamada Ellrog. Aparentemente, allí no hay ninguna ciudad.

—Déjame ver el mapa —dijo de repente Ámbar. Se acercó a Jade, se sentó a su lado y miró con interés el pergamino—. Es lo que me temía —dijo, impresionada, exhalando un suspiro—. ¡El Cuento de Hadas es inmenso!

—Pero estamos bastante cerca del territorio de la Muerte —replicó Jade—. Mira, basta seguir un río, el Deathod, que atraviesa Ellrog.

Conduce a una gran llanura que se extiende junto a un inmenso lago, donde, por extraño que parezca, desemboca el Deathod. Después hay que cruzar la llanura o el lago y llegamos allí. —Jade señaló con el dedo una inscripción realizada en tinta negra, con letras elegantes: Okdhrul, país de la Muerte—. Si queremos llegar algún día a ese condenado Okdhrul —añadió—, hay que ponerse en marcha ya mismo.

«Okdhrul —se dijo Ámbar—. ¡Qué nombre tan horrible!».

Las tres chicas partieron. Primero atravesaron en sentido inverso el bosque de árboles de hoja caduca. De pronto, a Ópalo le pasó por la mente una desagradable idea que la llenó de inquietud.

—Una vez que llegemos al pie de esa montaña y atravesemos Ellrog, tal vez nuestros enemigos nos busquen.

—Sí, lo sé —contestó Jade, estremeciéndose al imaginarlo—. Pero, después de todo, no saben dónde estamos, ni qué aspecto tenemos...

—Ya, pero habíamos llegado a la conclusión de que ese jinete negro que hemos visto varias veces es un enemigo —repuso Ópalo—. ¿Y si perteneciera al ejército de la Oscuridad? ¿Y si fuera una especie de explorador?

—Más vale no pensar en eso —dijo precipitadamente Ámbar.

—Pero ¿y si yo tuviera razón? —insistió Ópalo.

—Es probable que la tengas —dijo Jade—. Por lo demás, varios desconocidos han parecido reconocernos. Debemos de tener un signo distintivo que permite identificarnos... y que nos pone en peligro.

—Tres chicas solas, de unos catorce años, que cabalgan a través de Hornimel —dijo Ópalo—, es algo que no puede sino llamar la atención.

Cada vez más angustiadas, se callaron. Si el ejército de la Oscuridad las encontraba, ¿a qué torturas las sometería?

«Si al menos tuviera una espada —pensó Jade—, me sentiría más segura. Por suerte, tengo la piedra. Pero ¿basta eso para defendernos?».

—Aunque, si somos tan fácilmente reconocibles y tenemos tantos enemigos —añadió Ópalo—, ¿por qué no nos han atacado todavía?

Con todo, el día transcurrió con la amenaza de un ataque del ejército de la Oscuridad. Ámbar esperaba ver surgir en cualquier momento unos jinetes vestidos de negro, que se precipitarían sobre ella empuñando una reluciente espada.

«Si sucede lo peor, si el ejército de la Oscuridad nos encuentra —pensó, temblando—, ¿tendré valor para luchar o me comportaré de un modo tan lamentable como hice frente a las rapaces?».

Su caballo, al notarla nerviosa, trató de calmarla mediante suaves ondas telepáticas, pero Ámbar seguía ansiosa.

La noche cayó cuando las jóvenes llegaron al pie de la montaña.

Contemplan un momento la cadena que habían atravesado, el Irog, y dejaron Hornimel. Habían seguido el Deathod, un río de aguas turbias, a través del bosque. Ahora, las colinas de Ellrog se extendían hasta el infinito ante ellas y las viajeras percibían confusamente que esa región, abandonada, les era hostil.

Jade, Ópalo y Ámbar, cansadas, se sentaron en el suelo, cerca del Deathod, cuyas aguas fluían con un murmullo cristalino. Comieron frugalmente sin atreverse a beber el agua fangosa del río. Después se tumbaron sobre la hierba. Pese a la calma circundante, continuaban estando preocupadas y contemplaban, maravilladas, la bóveda celeste.

Se comunicaban sin pronunciar una sola palabra. Sabían que sentían lo mismo, que la naturaleza, inmensa y generosa, hacía desaparecer su tormento, las unía en una misma magia, una misma poesía. Ninguna se atrevió a emitir un sonido por miedo a romper la magia de aquel instante. Jade, Ópalo y Ámbar habían apretado con suavidad las piedras.

A la mañana siguiente, rebosantes de vitalidad, se pusieron en camino poco después del alba. Observaron un momento el paisaje desolado de Ellrog: colinas cubiertas de hierba corta, amarillenta, seca; algunos árboles raquíuticos diseminados aquí y allá; escasos picos, redondeados por la erosión, apenas más altos que las colinas de alrededor.

Al principio, el viaje transcurrió tranquilamente. El fresco aire matinal olía a flores y los pájaros cantaban alegremente. Una cierva asustada pasó en tromba por delante de sus caballos y las chicas admiraron su pelaje aterciopelado. En definitiva, les sorprendió encontrar Ellrog tan agradable. Relegando la imagen de sus enemigos al fondo de sus pensamientos, se pusieron a hablar fingiendo despreocupación.

Ámbar miró el Deathod, que, gracias a numerosos afluentes, se había hecho más ancho e imponente. Serpenteaba con rapidez; sus aguas, ahora claras, hacían brillar de tal modo el sol reflejado en ellas que parecían de plata. Sin embargo, las chicas, llevadas por un misterioso instinto, no se atrevían a beber.

El sol se elevó en el cielo y el calor se hizo más intenso. Las jóvenes interrumpieron la conversación. Un extraño malestar las invadía. De pronto, Ámbar expresó en voz alta lo que ninguna se atrevía a decir:

—Este sitio no es normal.

El paisaje se había transformado poco a poco. Las flores habían desaparecido. Los caballos estaban tensos y nerviosos. Un silencio total, inquietante, se había abatido sobre la tierra. No había ni rastro de animales. A medida que avanzaban, toda forma de vida parecía huir de Ellrog.

—A lo mejor, esto indica que estamos acercándonos a Okdhrul, el país de la Muerte —sugirió Jade.

—¿Y se supone que debería alegrarme? —ironizó Ámbar—. Estoy asustada. Sé que vosotras sois valientes, que nunca admitiréis que tenéis miedo, pero yo sí. Yo no tengo ningunas ganas de ver a la Muerte, y simplemente encontrarme en esta región ya me pone enferma.

—No te preocupes. No corremos ningún peligro —aseguró Ópalo.

—¿Ah, no? —dijo Ámbar con voz trémula—. Aparte de que nos mate el ejército de la Oscuridad o cualquier otro enemigo que quiera nuestro pellejo, es verdad, no corremos ningún peligro. Y si conseguimos sobrevivir, si conseguimos ver a la Muerte, podremos desquitarnos en Thaar. ¡Allí sí que no tenemos ninguna posibilidad de salir indemnes!

Jade y Ópalo intentaron apaciguar a Ámbar, pero sin convicción. Por suerte, de momento no había vuelto a aparecer ningún jinete vestido de negro. Hablaron mucho para evitar que el miedo las dominara. Todo el paisaje les parecía amenazador. Incluso el sol había sido absorbido por las nubes grisáceas y el aire se había vuelto frío y húmedo.

Por fin, cuando la noche cayó sobre Ellrog, las tres chicas se detuvieron junto al Deathod, cuyas aguas, mezcladas con tierra, volvían a estar sucias, negruzcas.

Ámbar, angustiada, buscó a tientas en la oscuridad la mano helada de Ópalo.

—Cuando era pequeña, mi madre siempre me cogía de la mano para que me durmiera —murmuró—. Mientras ella se encontrara cerca de mí, yo estaba segura de que haría huir las sombras malignas, las pesadillas...

Ámbar se quedó callada, pero Ópalo, comprensiva, estrechó suavemente su mano y no la soltó. Las tres muchachas acabaron por dormirse.

Al día siguiente se levantaron sin entusiasmo para continuar. Les costaba cabalgar por aquellas tierras sombrías y hostiles, siguiendo el curso del agua. Los caballos relinchaban, atemorizados, y avanzaban con lentitud. Se sentían cada vez más extenuadas y abatidas. Al cabo de unas horas, las rodeó una ligera bruma que se transformó en una niebla densa, agobiante. Las tres viajeras acabaron por no ver nada; ni siquiera se veían una a otra. Tan sólo el Deathod, extrañamente brillante, se distinguía aún. Jade, Ópalo y Ámbar se obligaron a hablar en un tono tranquilo para no extraviarse. Habían perdido toda noción del tiempo. Cegadas por la niebla, heladas por un viento seco, tiritaban.

Finalmente, la niebla se disipó de forma gradual y vieron una llanura florida junto a un inmenso lago.

—¡Ya sé dónde estamos! —exclamó Jade, entusiasmada—. Sólo nos falta atravesar esa llanura para llegar a Okdhurul.

—¿Ya? —dijo Ámbar.

—Ellrog es una región pequeña. ¡No nos quejemos de eso!

Se disponían a adentrarse en la llanura cuando, pese a que no había nadie a la vista, oyeron una potente voz de hombre:



*Ambos caminos, la llanura o el lago, a Okdhrul os conducirán.*

*Si por la llanura os llevan vuestros pasos, los sueños os atormentarán hasta el tránsito; si en la barca decidís ir, el lago os mostrará el pasado.*

La voz enmudeció. Las tres chicas, confusas, discutieron un momento el asunto y, de común acuerdo, eligieron el lago del Pasado. Ámbar ordenó a los caballos que las esperaran allí con sus cosas. Sólo se llevaron las provisiones mínimas. Una barca de madera las esperaba y montaron en ella. La precaria embarcación se tambaleó bajo su peso; luego se deslizó sobre el agua límpida y azulada del lago, empujada por una fuerza desconocida. Las muchachas intercambiaron una mirada de desconcierto. Los contornos de la orilla se perdían ya en la bruma de Ellrog. De repente, Ámbar profirió un grito. El agua clara se había vuelto de un color rojo sangre. Jade, horrorizada, también gritó. Luego, una forma oscura surgió de las turbias aguas. Ámbar fue la primera en verla. La barca se detuvo. Pero el terror de Ámbar enseguida dio paso a la alegría. La sombra adoptó la apariencia de una mujer joven, de mirada dulce y amorosa, y Ámbar supo que estaba viendo a su madre.

Ésta le acarició el cabello con afecto.

—Ven conmigo —le dijo con voz melodiosa—. Te he echado mucho de menos... Reúnete conmigo, Ámbar.

Y la mujer le tendió su blanca mano. Ámbar, subyugada por su encanto, la tomó con el deseo de acceder a su petición. Para Jade y Ópalo, la aparición era invisible. Así pues, profirieron un grito de espanto cuando vieron a Ámbar levantarse, dispuesta a saltar por la borda y hundirse en el agua. Jade, nerviosa, tiró violentamente de ella hacia atrás y Ámbar le cayó encima, haciendo que la barca volcara. Las tres se encontraron en el agua. Ópalo y Jade se agarraron a la embarcación mientras Ámbar, con la mirada perdida, se hundía. Jade vaciló unos instantes. Cruzó una mirada con Ópalo, que murmuró:

—Me siento demasiado débil... Sería incapaz de ir a buscarla.

En efecto, Ópalo notaba que la cabeza le daba vueltas, veía sombras que la rodeaban, escenificando la muerte cruel de sus padres. Veía brotar sangre del corazón de su madre, la oía pedir perdón; distinguía el rostro despiadado de un hechicero de la Oscuridad...

Jade se sumergió y tragó por descuido un poco de agua con sabor a sangre. Vio a Ámbar y se dirigió hacia ella, pero de pronto la asaltó la imagen turbadora de miles de rostros sonrientes. ¿Quiénes eran?

Parecía que deseaban decírselo... Abandonó a Ámbar para acercarse a ellos, oyó sus susurros:

—Hemos vivido para que tú vivas... Hemos luchado para que tú libres la última batalla... Estamos dentro de ti, estamos contigo... Si tú estás ahí, es porque nosotros también hemos estado...

A Jade empezaba a faltarle aire, pero apenas era consciente de ello.

De pronto, notó que apretaba la piedra y una voz en el fondo de ella misma dijo: «Esas sombras que te hablan pertenecen al pasado. ¡Debes salvar a Ámbar! ¡Debes vivir!». Entonces, dio la espalda a los rostros bondadosos y nadó lo más deprisa posible hacia Ámbar, con los pulmones a punto de estallarle. Esperaba conseguirlo, salvar a Ámbar, que, en un último esfuerzo, había estrechado su piedra. Pero no podía más. Estaba resignada a abandonar y a dejarse hundir en el fondo del lago del Pasado, cuando una energía nueva la invadió y en ese instante supo que Ópalo había estrechado también su piedra. «Vives —afirmó la voz de Ámbar o la de Ópalo, no estaba segura—. Vives, y mientras vivas, no puedes renunciar a tener esperanzas de seguir viviendo».

Entonces, Jade encontró las fuerzas suficientes para sacar a Ámbar a la superficie. Tomó rápidamente una bocanada de aire. Ámbar empezaba a volver en sí, pero Jade la notaba demasiado débil para nadar y continuó sujetándola.

La cabeza le daba vueltas y se le nublaba la vista. Extenuada, estaba a punto de dejarse engullir de nuevo por las aguas rojizas del lago del Pasado.

De repente, notó que dos fuertes brazos la asían y tiraban de ella, y enseguida tuvo la certeza de que su cuerpo estaba tendido sobre tierra firme.

## París, 2002

Abrí los ojos muy alterada. El corazón me latía aceleradamente y con fuerza. Esta vez sabía, de forma incontrovertible, que el sueño pertenecía a la ficción, que era producto de mi imaginación desbordante. Me había hecho ilusiones; casi había llegado a creer que ese sueño existía en algún sitio. Pero estaba equivocada, lo sabía. Mis esfuerzos acababan de ser aniquilados.

En las aguas profundas de ese lago del Pasado, entre todos esos rostros que se dirigían a Jade, había visto el mío. O más bien el de Joa.

Joa, más guapa y más sonriente que nunca. Esa visión me hacía daño; sin embargo, me la había impuesto yo misma, me había parecido necesario introducir mi propia imagen en el sueño para recordarme que éste no era sino el reflejo de lo que yo me inventaba... Y Joa continuaba sonriendo complacientemente ante mis ojos, con sus rizos caoba enmarcándole el rostro y su mirada azul verdosa, luminosa, chispeando de una alegría ridícula. Guardaba silencio, y sin embargo, sus labios cerrados parecían susurrarme lo ingenua que había sido.

Así pues, el sueño no era nada. Yo lo controlaba, yo lo inventaba...

No era nada, simplemente... un intento frustrado de continuar viviendo.

La verdad surgía brutalmente ante mí. ¿Por qué había querido demostrarme mi propia credulidad? ¿Por qué había querido destruir la única posibilidad que me quedaba?

Tenía esperanzas de haber rechazado la Muerte, pero me acechaba de nuevo. Y esta vez era imposible escapar de ella; mi última defensa, el sueño, se había desmoronado cobardemente. Sólo sentía ya un dolor infinito. La Muerte conocía demasiado bien su trabajo y lo ejecutaba sin tardanza. Temblando, cerré los ojos, pero la visión de la criatura tenebrosa, vestida de negro, me persiguió. Era cada vez más nítida; era real.

Yo quería ver al sol traspasando de nuevo las nubes brumosas de mi corazón. Quería oír al viento susurrarme su dulce melodía al oído.

Quería aspirar el perfume embriagador de la primavera, el olor penetrante del verano. Quería saborear la vida como jamás lo había hecho hasta entonces.

Había creído que, cuando llegara el momento de partir, sería valiente.

Pero no era así. ¿Cómo iba a serlo? Había tantas cosas que no había hecho cuando todavía era capaz... Y había acabado por lamentarlo. Las lágrimas me inundaban el rostro, pero no tenía la impresión de estar llorando. Si mi sueño tuviera la audacia de acabar, de darme una última tregua...

—Te lo suplico —le dije a la Muerte—, dame un poco más de tiempo.

Una noche.



**J**

ade y Ámbar no tardaron en volver en sí. Ópalo estaba a su lado.

—Es increíble —murmuró—. Cuando he apretado la piedra, he notado que una potente fuerza me penetraba y he logrado nadar hasta aquí.

Pero estábamos en medio del lago, y cuando he llegado a la orilla me ha parecido que había avanzado apenas unos metros...

—¿Estamos en Okdhrul? ¿Al otro lado del lago del Pasado? —preguntó Jade, incrédula.

—Sí —respondió Ópalo.

—¿Cómo hemos salido del lago? —preguntó Ámbar, atónita.

—Hacía un momento que estaba aquí —dijo Ópalo—, preguntándome cómo podía salvaros, cuando os he visto. Tú estabas inconsciente, Ámbar, y Jade te llevaba. Cuando habéis llegado a menos de un metro de tierra firme, he visto que Jade no podía más, y como os tenía al alcance, os he sacado del agua.

—¿Cómo hemos llegado desde el centro del lago? —se preguntó Jade, pensativa.

—Es un lago encantado —respondió una voz grave detrás de ellas—. Una vez que se ha vencido en la lucha contra los espejismos, se puede penetrar en Okdhrul.

Las tres chicas se volvieron, sobresaltadas. Un hombre vestido de negro, con una expresión lúgubre en el semblante, estaba ante ellas.

Montaba un caballo negro.

—¡Socorro! —gritó Ámbar—. ¡Es un soldado de la Oscuridad!

—No nos das miedo —declaró Jade con dignidad, aunque poco convencida—. ¡Lucharemos!

El hombre sonrió, divertido.

—No lo dudo, pero no merece la pena. Soy Rokcdar, un consejero de la Muerte,

y, por su bien, he decidido llevaros junto a ella.

—¡Ah, sí! —exclamó Jade—. Oonagh nos habló de ti. Dijo que nos conducirías al palacio de Yrianz de Myrnehl.

—De momento voy a guiaros hacia la Muerte. Bueno, es una manera de hablar.

Ámbar vio de pronto, con alegría y sorpresa, a su caballo paciendo tranquilamente a unos metros de allí. Rokcdar, que había seguido su mirada, explicó:

—He hecho venir a vuestros caballos hasta aquí. Podéis montar en ellos. El palacio de la Muerte no está lejos; os llevaré hasta allí.

Las tres chicas montaron en los caballos en silencio, no del todo confiadas. El consejero de la Muerte partió al galope y ellas lo siguieron.

El paisaje circundante era espectral, desértico. Raquítricos matorrales alfombraban la tierra negra y seca. Por fin, un imponente palacio se perfiló en la oscuridad.

—Aquí es donde reside la Muerte —anunció Rokcdar. Las tres chicas alzaron los ojos hacia el sombrío edificio, rodeado de anchas torres cuya cima se perdía en el cielo.

Daba una impresión de poder siniestro. Alrededor del edificio reinaba un silencio macabro. Estaba protegido por un regimiento de guardias vestidos de negro que, al ver al consejero Rokcdar, lo saludaron y lo dejaron pasar. Las muchachas entraron tras él. Sirvientes de negro, muy ajetreados, se apresuraron a llevar a los caballos al establo mientras Jade, Ópalo y Ámbar seguían a Rokcdar por interminables pasillos sombríos e inquietantes.

—No pongo en duda que tengáis potentes poderes —dijo de pronto el consejero—, pero, de todas formas, llevad cuidado. Hacer entrar en razón a la Muerte no es una tarea fácil.

Unos sollozos desgarradores estremecieron a las muchachas. Ahora que estaban tan cerca de su objetivo, se sentían a punto de desfallecer.

Rokcdar se detuvo ante una puerta de ébano, a través de la cual escapaba aquel llanto. Abrió sin llamar y entró en compañía de Jade, Ópalo y Ámbar. La sala, bastante grande, estaba completamente amueblada en negro. Pesados cortinajes de terciopelo impedían que la luz exterior se filtrara por las estrechas ventanas. Diez hombres de expresión grave, vestidos igual que Rokcdar, estaban sentados alrededor de una amplia cama, y tendida sobre ella, una forma negra lloraba de un modo que partía el alma.

—Tiene visita —anunció Rokcdar a la Muerte.

Las tres chicas, que esperaban ver una criatura surgida de sus peores pesadillas, cerraron los ojos, aterrorizadas. Cuando los abrieron de nuevo, tenían ante sí a una joven menuda que las miraba hipando.

Tenía el cabello castaño claro, corto y liso, y la tez de una palidez extrema. Sus ojos de color avellana brillaban de melancolía. Tenía las mejillas carnosas, los labios muy finos, de un rosa nacarado, y estaba un poco rolliza. Vestía una falda amplia y negra que le llegaba a las rodillas y una bonita camisa del mismo color, con adornos

de azabache.

Era bastante atractiva. Sin embargo, sus rasgos estaban impregnados de una tristeza infinita que delataba la eterna y pesada tarea que había asumido durante tanto tiempo.

—Todos me teméis —dijo con voz clara, aunque entrecortada por los sollozos—. Me maldecís, me suplicáis día y noche que no vaya...

Jade, Ópalo y Ámbar, desconcertadas, no supieron qué contestar.

—Mi huelga le va bien a todo el mundo, así que, ¿qué sentido tiene venir a quejarse? Tú, Ópalo, sabes que nuestro encuentro debería haberse producido antes y llamas milagro al hecho de continuar viva.

Nadie me quiere, aparte de un puñado de desgraciados suicidas, y hasta muchos de ellos me temen al final... —Luego ordenó con un ademán nervioso—: ¡Marchaos! ¡Dejadme con estas tres chicas!

Los consejeros de la Muerte obedecieron. Jade, Ópalo y Ámbar se quedaron a solas con ella.

—La verdad es que no sé por qué todo el mundo me detesta...

Incluso los privilegiados a los que me tomo la molestia de ir a buscar se ponen a gritar cuando me acerco. Los demás, aquéllos a los que empujo a morir tan sólo mediante un fugaz pensamiento, se espantan todavía más cuando ven que llega su fin.

—¿Y adónde llevas a los muertos? ¿Hay vida después del tránsito? —se atrevió a preguntar Ámbar.

—¿Lo veis? —saltó la Muerte, ofendida—. ¡La vida, la vida! ¡Siempre tenéis esa palabra en la boca, sólo pensáis en ella! ¡La vida, mi hermana adulada por todos! En cuanto a revelaros adónde llevo a los moribundos, no esperéis que os lo diga. Vosotras seréis las tres piedras del destino, pero yo soy la criatura más misteriosa y temida por los hombres. Me es imposible hablaros de los secretos que el mundo lleva tanto tiempo intentando descubrir.

—Me gustaría tanto ver a mi madre... —dijo Ámbar—, esa madre que me robaste antes de que pudiera conocerla.

—Eso es lo que todos los mortales me reclaman. Me acusan de crueldad, quieren ver de nuevo a sus allegados... Pero yo no puedo hacer nada, yo me limito a realizar mi tarea. Desde la noche de los tiempos, antes incluso de que las criaturas mágicas aparecieran, los hombres se las han ingeniado para matarse entre sí. Crearon el mal y lo han alimentado con su sangre. Yo no los he empujado a cometer sus actos criminales; lo único que hago es llevar el descanso a los que agonizan. He seguido los caminos que los hombres han trazado.

—Pero ¿por qué haces huelga? —preguntó Jade—. Todos te necesitamos; sin ti, la vida no existe, el mundo se pierde en la eternidad...

—Gracias —contestó la Muerte, emocionada, esbozando una débil sonrisa—. Hacía mucho tiempo que no me dirigían un cumplido. A la vida le dedican poemas, pero yo nunca he recibido otra cosa que quejas. ¿Por qué? ¿Tan horrible soy?

¡Responded!

—No es a ti a quien odiamos —explicó Ópalo—. Simplemente, tenemos miedo, nos preguntamos quién eres, qué traes. Te tememos porque no te conocemos, y lo desconocido da miedo.

—Separas a las familias, a los amigos —prosiguió Ámbar—, y por eso te maldecimos. Nos pareces injusta, cruel. Pero, en el fondo, sabemos que antes o después tienes que venir, que es preciso, que la muerte de un allegado, el duelo, es una etapa inevitable que permite avanzar, reflexionar.

—Entonces, ¿por qué se me considera una desgracia, una fatalidad? —gimió la Muerte, que se había enjugado las lágrimas.

—Porque nos gustaría conservar siempre a los seres queridos a nuestro lado —respondió Jade con tristeza—. Sabemos que es imposible, pero aun así lo esperamos, y su desaparición sólo puede hacernos sufrir.

—En tal caso, mi huelga es una buena cosa. Yo tenía razón: nadie me quiere.

—No, eso no es verdad —insistió Ámbar—. Muchas personas te esperan para encontrar descanso, aunque se pregunten qué les reservas. Además, tienes que proseguir con tu tarea para permitir que el mundo sobreviva. Tú contribuyes a la vida, formas parte de ella.

—¿Ah, sí? —dijo la Muerte, entusiasmada y tranquilizada—. No obstante, mucha gente se desespera al verme... Yo creo que es el negro, este color no me sienta nada bien. Pero, si me visto de otro modo, pierdo credibilidad.

Jade, Ópalo y Ámbar se miraron y sonrieron, divertidas.

—Estoy demasiado rolliza —dijo de pronto la Muerte, alarmada—. La causa debe de ser ésa. Intento ponerme a régimen, pero no hay manera; soy muy golosa. Tengo que adelgazar como sea.

Las tres chicas se echaron a reír. Sorprendida por una alegría que raramente tenía ocasión de suscitar, la Muerte sonrió también.

—No te preocupes —dijo Jade—. Estás muy bien así.

—¿De verdad? ¿Me encontráis guapa y simpática?

—Pues claro —insistió Ámbar.

—Es increíble, nadie me lo había dicho nunca, y hacia siglos que lo esperaba.

La Muerte, encantada, se puso a batir palmas. Después se echó hacia atrás un mechón de pelo mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro, todavía joven y agradable.

—Bien, entonces, vas a dejar de hacer huelga, ¿verdad? —dijo Jade.

—No. Si reanudo mi trabajo, dentro de dos días volveré a estar asqueada.

—Pero hay personas que están agonizando y sufren mil dolores en espera de que llegues —arguyó Ámbar—. Estaban a punto de morir en el momento en que te declaraste en huelga y te suplican que vayas a buscarlas.

—¿Me esperan? —dijo la Muerte, sorprendida—. Muy bien. Si quieren que vaya, iré, me reincorporaré al trabajo, pero con una condición. —La Muerte clavó su

mirada profunda en la de las tres chicas—. Ningún mortal ha venido nunca hasta mí. Abandonaré la huelga sólo si prometéis que, cuando nos veamos de nuevo, quizá dentro de muchos años, me acompañaréis sin gritos ni llantos, como si fuéramos unas amigas que se encuentran alegremente para ir juntas a una agradable morada.

—Prometido —dijeron las tres al unísono.

—Bien, no intentaré reteneros más tiempo —prosiguió la Muerte—, pues leo en vuestra mente que el destino os espera con impaciencia. Rokcdar os conducirá hasta los límites de mi reino Pero, aunque no se leer el porvenir, presiento el peligro a vuestro alrededor. No tendré prisa por volver a veros y espero que la vida os ofrezca aún largos y felices años. —La Muerte hizo una pausa y después añadió con gravedad—. Durante mucho tiempo me asociaron al mal pero yo estoy al margen de eso No pertenezco ni al bien ni al mal y no juzgo ni al uno ni al otro. No obstante los conozco, los veo, los siento. Debéis saber que su poder ha alcanzado su cima y que pronto se enfrentarán. Uno u otro quedará provisionalmente destruido, pero los dos son demasiado poderosos para desaparecer totalmente del mundo. En el corazón de los hombres, esos dos enemigos convivirán eternamente.

Al cabo de unos instantes, la Muerte añadió con voz inquieta:

—¿Estáis realmente seguras de que no necesito hacer régimen?

—Pues claro —respondió Jade con firmeza antes de reír de nuevo.

Tras despedirse afectuosamente, las tres chicas se separaron de la Muerte, que les sonreía con melancolía.

—Me entristece que os vayáis. Si el destino no tuviera siempre tanta prisa, intentaría reteneros un poco a mi lado. Pero sé que os volveré a ver...





El Innombrado no acababa de aceptar la evidencia. ¿Cómo podía ser él el Elegido, si había servido a la Oscuridad? Era imposible. El anillo de L'Orleys se había equivocado. A lo largo de todo el día, Tivann había organizado festejos en su honor, pero, pese a la insistencia de los hovalyns, él había permanecido enclaustrado en su habitación, meditando. Durante la velada, alguien llamó a su puerta y, a pesar de sus protestas, la abrió. El semblante duro y la mirada temeraria de Gohral Keull aparecieron.

—Sé lo que te atormenta el corazón —le dijo el hovalyn—. Ve a ver a Oonagh. Ella te ayudará.

El Innombrado, con aire ausente, no contestó.

—Tivann de l'Orleys está preparando tu boda con su hija Orlaith, pero tengo la impresión de que no la amas.

—Partiré —dijo el Innombrado—. Iré a ver a Oonagh. Todas las personas que están en esta casa creen en mí y no lo merezco. Debo irme. —Se interrumpió y luego añadió—: Yo no soy el Elegido.

—Lo sé —dijo Gohral Keull—. Conozco tu pasado.

El Innombrado, sorprendido, levantó su mirada azul hacia el hovalyn.

—¿Sabes quién he sido? —murmuró.

—Sí. Y también sé que has cambiado. Déjame acompañarte a la morada de Oonagh. Sé sobre ti muchas cosas que tú ignoras.

El Innombrado vaciló un instante.

—Me iré cuando la oscuridad sea total —decidió—, huiré cobardemente de aquí. Si quieres acompañarme, hazlo.

—Lo haré —afirmó Gohral Keull.

Durante la hora siguiente, los dos hovalyns prepararon sus cosas y, a continuación, salieron discretamente de la casa de Tivann de l'Orleys.

Pasaron por el establo para buscar sus caballos, como ladrones agazapados en la oscuridad, montaron y se alejaron al galope. El Innombrado miraba con curiosidad a Gohral Keull, que se limitaba a respirar el aire vivificante encerrado en un obstinado silencio.

—Conozco unos atajos que nos conducirán rápidamente a donde vive Oonagh —dijo por fin—. Allí te enterarás de cuál es tu destino y tendrás que someterte a ella.

—¿Qué sabes de mí? ¿Mi nombre quizá?

—No es tu nombre lo que te convierte en alguien, sino lo que eres, lo que haces, lo que sientes —contestó Gohral Keull—. Nombres, te han atribuido muchos, y yo desconozco el que tus padres te pusieron.

—¡Dime lo que sepas sobre mi pasado!

—Lo que cuenta es el presente.

Gohral Keull se calló y durante muchas horas se negó a hablar. Los dos hovalyns cabalgaron toda la noche a través de Hornimel. Al amanecer, resplandeciente de los colores de un nuevo día, el Innombrado dijo en voz baja:

—Tú sabes quién era antes... Sabes que serví a la Oscuridad...

—Sí, lo sé —confirmó Gohral Keull.

—¿Y no me odias? Aunque no lo recuerde, tengo las manos manchadas de sangre. Soy un criminal.

—Tú eres un hombre y yo también. ¿Con qué derecho voy a juzgarte?

—Antes de convertirme en un hombre, fui un monstruo. Era un soldado de la Oscuridad.

—Pero ya no lo eres. Al desertar, renunciaste al mal. Cuando perdiste la memoria, te convertiste en otro. Desde entonces eres el Innombrado, un hovalyn al servicio del bien. Has sufrido, has luchado. Actualmente, aunque el mal continúa dentro de ti, porque está dentro de todos nosotros, el bien lo ha vencido.

—¿Qué sabes sobre eso? ¿Qué sabes de mí?

—Te conocí hace unos años, Innombrado. Lo que sé de ti... Me dijiste que tus padres habían muerto cuando eras pequeño.

—Están muertos... —repitió el joven lentamente.

—Vivías con tus abuelos —continuó Gohral Keull, imperturbable—. Nunca quisiste hablar de esa época, ni tampoco del nombre al que respondías entonces. A los dieciséis años, te marchaste de casa porque ansiabas descubrir el mundo. Te cruzaste en mi camino. Emanaba de ti una fuerza y un valor que me dejaron atónito. Querías combatir, luchar contra la injusticia, y no te asustaba arriesgar la vida.

El Elegido, sorprendido, bebía las palabras de Gohral Keull.

—Destacabas tanto por tu audacia y tu valentía que todos cuantos te conocían te llamaban Elyador «el que ha sido elegido». Tú te reías; la gloria carecía de importancia para ti.

El Innombrado va no sabía qué creer. Gohral Keull parecía sincero, pero la marca en su tobillo izquierdo atormentaba su memoria.

—Fue entonces cuando tu camino se cruzó con el del ejército de la Oscuridad.

Gohral Keull se calló misteriosamente, como si temiera evocar a los soldados de las tinieblas. El Elegido ardía en deseos de saber lo que había pasado, de descubrir por qué había caído en la oscuridad. Quería dirigir de una vez por todas una mirada directa a su pasado, olvidar sus dudas, sus interrogantes, y ver las faltas que había cometido para conseguir borrarlas.

Durante todo el día, los dos hovalyns recorrieron el Hornimel. Las montañas donde residía Oonagh se perfilaban en el horizonte.

Atenazados por el cansancio, decidieron detenerse cuando hacía varias horas que había caído la noche. Compartieron la comida y hablaron poco. Después se tumbaron en el suelo para dormir. El Innombrado no se atrevía a interrogar a su compañero; presentía que no reanudaría su relato hasta que deseara hacerlo. ¿Iba a descubrir por fin todo su pasado?

Finalmente, los dos hovalyns llegaron ante la cadena del Irog y comenzaron a subir la imponente montaña donde vivía Oonagh hasta el espeso bosque de coníferas, donde hicieron un alto. La oscura noche envolvía a los dos hombres, y éstos ya percibían la angustia que les transmitían las rapaces. Pero no tenían miedo, pues el Elegido conservaba los «amuletos» que le habían dado los ghibduls. Estaba abandonándose al sueño cuando Gohral Keull se decidió a hablar.

—Innombrado, he retrasado cobardemente el momento de hablar de esto, pero mañana llegaremos ante Oonagh quiero que estés al corriente de todo lo que sé sobre ti. —Gohral Keull inspiró profundamente y dijo—. Ignoro por qué te inclinaste del lado del mal. En aquella época, yo era tu amigo, éramos inseparables. Un día, nos cruzamos con el ejército de la Oscuridad y no sé qué te pasó. Te sentiste fascinado por el poder de los soldados tenebrosos, algo te empujó hacia el mal... Tú, que habías sido bueno, como lo eres ahora, te enrolaste en el ejército sombrío. Intenté hacerte entrar en razón, pero no quisiste escucharme. ¿Por qué? Eras muy joven, muy inocente... ¿Por qué el mal tienta tanto a los hombres? Una vez que se ha probado su poder, una vez que se ha conocido el odio, es muy difícil volver a la luz. La Oscuridad te arrastró a sus profundidades y te perdí el rastro.

El Innombrado, herido por estas revelaciones, dijo débilmente:

—Si fui bueno antes de ser un soldado de la Oscuridad, eso significa que incluso ahora el mal podría dominarme de nuevo. Si cedí una vez a él, ¿resistiré ahora?

—Es un combate que todos libramos permanentemente. Nunca estamos a salvo de la Oscuridad.

—¿Por qué vienes conmigo a la morada de Oonagh?

—En recuerdo del que fuiste, el que llamábamos Elyador. No eres el Elegido, pero tampoco eres ya un soldado de la Oscuridad. La continuación de tu historia la conoce mucha gente. Se ha transmitido de boca en boca, y de esa forma ha llegado

hasta mí. Desertaste del ejército negro. ¿Por qué? No lo sé; quizá porque no soportabas seguir matando o quizá porque aspirabas a volver a la luz. El caso es que te atraparon y, en castigo, te borraron la memoria. A partir de ese momento, volviste a ser lo que eres realmente, un hovalyn.

—Pero ¿cómo podré expiar las faltas que he cometido, la sangre que he derramado? ¿Seguirá concediéndome la gente su confianza cuando sepa quién he sido?

Gohral Keull no respondió.

El Innombrado, con un nudo en la garganta, miró el cielo sin estrellas.

Así pues, el hechicero de la Oscuridad había dicho la verdad. Había sido un criminal y luego un desertor... Una sola cosa continuaba intrigándole.

Sacó de las alforjas el estuche que le había dado la sirena del lago de los Tormentos y se lo mostró a Gohral Keull.

—¿Sabes algo sobre este objeto?

—No, nada. Pero pregúntale a Oonagh; tal vez ella pueda darte una explicación.

El Innombrado asintió. Pasó una noche más agitada que nunca, soñó con violencia, con sangre.

A la mañana siguiente, los dos caballeros reanudaron la marcha.

Cuando vieron las rapaces, que tachonaban el cielo de verano, se colgaron del cuello los amuletos de los ghibduls y el terror los abandonó de inmediato. Gohral Keull, que ya había visitado a Oonagh, avanzaba con seguridad. El Innombrado lo seguía, melancólico, por los meandros del túnel. Tardaron más de una hora en llegar al muro de luz que obstruía la gruta de Oonagh. Lo atravesaron sin miedo y entraron en la vasta sala.

—Ah, aquí tenemos al que llaman el Innombrado —dijo una delicada voz.

El Innombrado se volvió y se encontró ante Oonagh.

—Ayúdame —pidió con calma—. ¿Cómo me llamo? ¿Qué estoy destinado a ser?

—¿Quieres redimirte? Muy bien. Apresúrate, ve al castillo de Yrianz de Myrnehl. Allí es donde, el día del solsticio de verano, los hovalyns más valientes juran luchar contra la Oscuridad y se convierten en soldados de la Luz.

—Pero..., no lo entiendo —confesó el Innombrado—. ¿Qué haré yo allí?

—Has servido a la Oscuridad. Ahora, sirve a la Luz. Enrólate como soldado. Lucha cuando el combate tan esperado por todos tenga lugar, dentro de menos de dos semanas.

—Pero, en ese castillo, la gente... ¿Cuando se enteren de quién he sido, no querrán saber nada de mí! ¡Me odiarán!

—Si quieres enfrentarte a la Oscuridad, enfréntate primero al odio de los hombres.

—Yo iré contigo, Innombrado —intervino Gohral Keull—. Yo también quiero luchar con el ejército de la Luz. ¡Y todos los que tengan la fuerza de hacerlo se unirán a nosotros! Hace mucho tiempo que el Cuento de Hadas espera este combate... El

Consejo de los Doce y el ejército de la Oscuridad estarán por fin juntos ante nosotros. ¡Los aniquilaremos! El día del solsticio de verano habrá miles de personas allí. ¡Acudirán de todas partes y lucharán por la Luz!

—Pero no olvidéis que el Elegido aún no ha llegado —dijo Oonagh despacio—. Es él quien tiene que dirigir el ejército de la Luz. Sin él, me temo que el combate no tendrá lugar.

El Innombrado bajó los ojos. No era él el Elegido.

—Ve al castillo de Yrianz de Myrnehl —repitió Oonagh—. Tal vez encuentres allí al Elegido y tal vez te encuentres a ti mismo.

—¿Qué significa eso? ¿Averiguaré mi nombre? ¿O lo que voy a ser?

—Yo leo en los corazones, no adivino el futuro —le recordó Oonagh.

El Innombrado renunció a hacer más preguntas. Sacó lentamente el estuche de sus alforjas y se lo tendió a Oonagh.

—Esperaba que me enseñases ese objeto —dijo la criatura mágica—. Hace mucho tiempo, cuando eras un niño, tus padres presintieron que tu destino se vería amenazado por sombras y peligros. Guiados por su instinto, sabían que el mal te acecharía y temían por tu vida, de modo que vinieron a verme para exponerme sus intenciones. Yo intenté disuadirlos, pero no me hicieron caso. Fueron a lo más profundo del bosque y encontraron el lago de los Tormentos.

El Innombrado estaba con el alma en un hilo.

—Allí, les pidieron a las sirenas, que son unas poderosas hechiceras, que ejecutaran un conjuro que sólo ellas podían realizar. «De acuerdo, pero tendréis que pagarlo con vuestra vida», respondieron ellas con crueldad. Tus padres aceptaron.

El Innombrado creyó quedarse sin respiración.

—¿En qué consistía el conjuro? —preguntó, con la voz vibrante de emoción.

—Las sirenas juraron que te darían este estuche cuando pasaras junto al lago de los Tormentos. En él guardaron el amor de tus padres por ti.

El Innombrado notó que se le saltaban las lágrimas. Sus padres se habían sacrificado por él... Cogió el estuche de las manos de Oonagh y, temblando, lo acarició.

—Cada vez que abras ese estuche —dijo la criatura mágica—, el amor inalterable de tus padres te protegerá.

—Increíble —murmuró Gohral Keull.

—Innombrado, no lamente la decisión que tomaron tus padres —dijo Oonagh en un tono consolador—. En realidad, no están muertos. Cada vez que abras el estuche, su amor vivirá en ti, y ellos estarán siempre ahí.

El hovalyn sonrió con tristeza.

—Ahora, debes partir —declaró Oonagh—. Atraviesa Ellrog, rodea el país de la Muerte. Incluso el ejército de la Oscuridad teme adentrarse en él. Ve al castillo de Yrianz de Myrnehl. Si te encuentras con las tres piedras de *La profecía* convéncelas de que vayan a Thaar. La lucha que ellas librarán allí será decisiva para todos

nosotros.

—Pero... —empezó a decir el Innombrado.

—Buena suerte —lo interrumpió Oonagh—. ¡Tal vez nos veamos en la batalla!

—¿Cómo? —dijo sorprendido Gohral Keull, observando a la endeble criatura—.  
¿Tú también vas a luchar el día del solsticio de verano?

—No te fíes de las apariencias —repuso Oonagh secamente—. La magia es un arma poderosa. —Hizo una pausa y añadió—: No perdáis más tiempo.

El Innombrado y Gohral Keull dieron media vuelta en dirección a la luz.



**R**okcdar condujo a las tres jóvenes hasta los límites de Okdhrul.

Continuaron cabalgando hasta que, una noche, el palacio donde las esperaban se alzó ante ellas y Rokcdar se despidió. Después de su partida. Jade, Ópalo y Ámbar se escondieron por turnos detrás de un árbol para ponerse los vestidos de noche que les habían regalado las mujeres de la ciudad de Amnhor. Se lavaron las manos y la cara en un riachuelo y Ámbar ordenó a los caballos que las esperasen allí.

Complacidas con su nuevo aspecto, cruzaron una verja dorada, entreabierta, que rodeaba el castillo. Los vestidos les sentaban de maravilla. Ellas no lo sabían, pero las mujeres de la ciudad de Amnhor les habían hecho un encantamiento para que, cuando se los pusieran, los demás las viesen todavía más atractivas. Se adentraron por una avenida de guijarros blancos, que atravesaba un inmenso jardín muy cuidado. Flores de vivos colores y perfume raro y penetrante atraían la mirada con sus sutiles matices. Algunos árboles cargados de frutos maduros se alzaban en el recodo de la avenida.

Las tres chicas reían alegremente; habían olvidado el peligro. Jade parecía la que había sido anteriormente: la hija del duque de Divulyon.

Llevaba un largo vestido azul de Prusia, de seda fina, que se arremolinaba en torno a sus piernas. Sus cabellos negros enmarcaban, desordenados, un rostro orgulloso en el que brillaba una mirada de color jade. Sin embargo, muchos no la habrían reconocido. La aventura vivida la había cambiado; ya no tenía el aire altanero y las maneras pretenciosas de antes. Sus facciones, más maduras, estaban impregnadas de gravedad. Con todo, un destello rebelde continuaba espejeando en sus ojos verdes.

Las tres muchachas llamaron a la puerta del palacio. La sirvienta que les abrió sin tardanza se quedó muda de estupor ante la aparición de aquellas tres criaturas

envueltas en una luz deslumbrante.

—Por fin estáis aquí —murmuró, llena de admiración—. Las tres piedras... ¡Entrad!

Las condujo hasta una inmensa sala, iluminada por imponentes arañas de cristal, donde cientos de invitados, con la espada al cinto, hablaban animadamente. Eran hombres, criaturas mágicas e incluso algunas mujeres que habían ido a enrolarse en el ejército de la Luz.

Todos los futuros combatientes no estaban allí; habían enviado mensajeros por todo el Cuento de Hadas para reunir el ejército y conducirlo, el día del solsticio de verano, al lugar de la batalla establecido en *La profecía*. Los hovalyns más temerarios y reconocidos se habían congregado en casa de Yrianz de Myrnehl para prestar el juramento de luchar contra la Oscuridad. Todos esperaban que el Elegido acudiera también allí y que las tres piedras de *La profecía*, enviadas por Oonagh, consiguieran identificarlo. Neofileus había escrito que el Elegido era un hechicero de la Luz, al igual que las tres chicas. En cuanto a Jade, Ópalo y Ámbar, tendrían que ir a Thaar. Así pues, sólo faltaba el Elegido para enfrentarse a los hechiceros de la Oscuridad.

Nadie más podía hacerlo. Sin él, el combate no tendría lugar.

Cuando las tres chicas aparecieron, se hizo el silencio. Todos se quedaron inmóviles, sobrecogidos de admiración. Algunos contemplaban a Jade, cuyos ojos brillaban como estrellas; otros, a Ámbar, vestida de muselina de un rojo fuego; otros más, a Ópalo, resplandeciente con su vestido de tul blanco, cual una encarnación de la propia pureza. Su aspecto endeble había dejado paso a una expresión llena de seguridad.

Ella, que acostumbraba a mantener la mirada gacha, ahora iba con la cabeza erguida, pero su aire frío y distante había desaparecido.

Muy pronto, empezaron a elevarse aclamaciones por doquier:

—¡Vivan las tres piedras de *La profecía*! ¡Viva la libertad! ¡Viva el ejército de la Luz!

Jade, Ópalo y Ámbar sonrieron. Fue entonces cuando dos siluetas aparecieron en el vano de la puerta. La primera era la de un caballero de expresión dura y audaz. La segunda, la de un joven que irradiaba una fuerza indefinible. Abarcaba a la multitud con su mirada grave, y sin embargo, se habría dicho que no la veía. Llevaba los cabellos revueltos, el rostro, marcado por un ancho rasguño, la ropa, descuidada. Su semblante parecía afectado por un dolor invisible. En sus ojos se leía una melancolía infinita.

Un hovalyn que había estado en casa de Tivann de l'Orleys lo reconoció.

—¡Es el Elegido! —exclamó—. ¡Ese hombre es el Elegido!

Otro, que también había asistido a la ceremonia del anillo de L'Orleys, corroboró la afirmación:

—¡Viva Elyador, el que ha sido elegido! ¡Lucharé contigo!

Un tumulto sucedió a estas palabras. Se oyeron gritos de alegría, pero entre ellos



destacó una voz:

—¡Ese hombre no es el Elegido! ¡Es un soldado de la Oscuridad!

Inmediatamente se hizo un pesado silencio. Todas las miradas convergieron en la criatura de cabellos rubios clarísimos, ojos negros y piel plateada que había hablado Era Elfohrys, que se dirigió al Innombrado:

—¡Diles quién eres! ¡Diles que eres un criminal!

Todos esperaban que el joven negara esas acusaciones, pero éste dijo:

—Es verdad. Formé parte del ejército de la Oscuridad. Fui un criminal.

Pero ya no lo soy. He cambiado, y quisiera convertirme en un soldado de la Luz.

—¿Y crees que vamos a confiar en ti? —dijo un hovalyn lleno de odio—. ¿Cómo vamos a saber si has cambiado de verdad? ¡No puedes pasar de la Oscuridad a la Luz! Has derramado sangre...

—Y ahora es tu sangre la que merecería ser derramada —insistió otro.

La muchedumbre empezó a abuchear al joven, lo acribilló de insultos.

Jade manifestaba su furia con los caballeros. Ópalo la aprobaba, pero guardaba silencio.

En cuanto a Ámbar, observaba al joven con compasión. Éste, pálido, digno, no decía nada, no intentaba defenderse. Miraba a la multitud con aire ausente, pero su rostro estaba marcado por la tristeza. En ese instante, su mirada se cruzó con la de Ámbar. Se descubrieron uno a otro y se comprendieron. Tenían la impresión de conocerse desde siempre, como si no hubieran vivido sino esperando el momento de encontrarse. El Innombrado ya no veía a Ámbar con su vestido de fuego; veía más allá, veía su corazón. Y supo que esa muchacha ocuparía el suyo. Sólo había una palabra para describir lo que estaba comprendiendo. Estremeciéndose, se apoderó de ella con temor. La palabra, impalpable, más fuerte, más irracional que cualquier otro sentimiento, reposaba tanto en su estuche como en su corazón y en la mirada de Ámbar. El Amor.

*De las tinieblas surgirá el Elegido para unificar el Reino.*

La voz de Oonagh sonó en la mente de Ámbar.

*De las tinieblas surgirá el Elegido Ámbar, pensativa, bajó los ojos. Ese joven... Si había derramado sangre... Había cambiado, desde luego... Sin duda quería olvidar su pasado, expiar sus faltas... Pero, así y todo... ¿Era realmente un criminal?*

*Una reconocerá al Rey.*

La voz de Oonagh invadía su mente.

—De las tinieblas surgirá el Elegido —murmuró Ámbar sin fijarse en lo que decía. De pronto, comprendió y dijo gritando—: ¡De las tinieblas surgirá el Elegido!

Los presentes, estupefactos, callaron.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jade.

Ámbar no le hizo caso. Avanzó hacia el Innombrado y a continuación se dirigió a la multitud:

—El que ha sido elegido, Elyador, el Rey, todo lo que queráis... es él, este criminal, este desertor al que tanto despreciáis. Precisamente porque viene de las tinieblas, es el Elegido.

Jade y Ópalo la miraron, atónitas. Se había transformado, su voz vibraba apasionadamente, su mirada se inflamaba.

—¡Es imposible! —intervino Elfohrys—. ¡Un soldado de la Oscuridad no puede ser un hechicero de la Luz!

Un murmullo de aprobación se elevó de entre la multitud.

—Está escrito en *La profería. De las tinieblas surgirá el Elegido* —repitió Ámbar—. Este hombre ha formado parte del ejército de la Oscuridad, pero ha tenido la fuerza suficiente para abandonarlo. ¿Quién de vosotros habría sido capaz de salir de las tinieblas para ir hacia la luz?

La asamblea parecía dubitativa.

—Este hombre merece vuestra admiración, no vuestros insultos. Se ha atrevido a venir aquí para enrolarse en el ejército de la Luz. No ha intentado mentiros. Ha confesado haber servido a la Oscuridad cuando sabía que nadie confiaría en él, que despertaría el odio. Pero, pese a todo, ha venido. ¿Quién habría hecho lo mismo? —Ámbar hizo una pausa antes de concluir con gravedad—: Los que siempre han estado del lado de la luz son buenos, pero los que han conocido las tinieblas, los que han sufrido, los que han soportado miradas despreciativas y han continuado caminando hacia la luz, éstos son grandes.

Un silencio sucedió a esta declaración.

De pronto, un ruido estremeció a la multitud. Elfohrys había desenfundado la espada. Se dirigió al Innombrado. Ámbar, que estaba al lado del joven, trató de gritar, pero de sus labios no salió ningún sonido. Al llegar ante el Innombrado, Elfohrys hizo algo que dejó a los presentes estupefactos. Apoyó una rodilla en el suelo y depositó su espada ante el joven:

—Elyador, al que fue mi amigo le presento mis disculpas; al que es mi Rey le presento mis respetos.

—Levántate, Elfohrys —dijo el Elegido—. No soy un Rey, sólo soy un hombre, y te perdono.

Elfohrys se levantó lentamente. Recogió la espada, la empuñó y dijo en voz bien alta:

—¡Juro luchar contra la Oscuridad! ¡Juro servir a la Luz y a su Rey! ¡Lo juro!

Entonces, todos los hombres desenvainaron su espada y dijeron al unísono:

—Lo juro.

—Yo no estoy hecho para ser rey —murmuró el Elegido.

Nadie lo oyó excepto Ámbar.

—Hace unos instantes eras un criminal; ahora eres un rey. Es bastante mejor, ¿no? No te quejes y acepta sus respetos.

Elyador sonrió. Ya tenía un nombre. Y su vida tenía un objetivo. Miró a Ámbar y después a la multitud. Oonagh tenía razón: en aquel castillo había encontrado al Elegido y al mismo tiempo se había encontrado a sí mismo.

—Os conduciré a la victoria —prometió a la asamblea—. El ejército de la Oscuridad y los caballeros de la Orden son poderosos, pero nosotros podemos serlo todavía más. Basta con creerlo. ¡Unidos en la Luz, les venceremos!

Se elevaron gritos de entusiasmo.

Ópalo, que no recordaba haber derramado una sola lágrima en toda su vida, lloraba de felicidad.

—Está claro que esta noche pasa algo —dijo Jade al verla—. Primero Ámbar... y ahora tú. ¿Qué ocurre?

—Lo he entendido —dijo Ópalo entre dos sollozos—. ¡Lo he entendido! —Se interrumpió, con el rostro bañado de lágrimas, y después dijo—. ¿Cómo rompimos el Sello? ¿Te acuerdas? Porque creíamos en nuestra capacidad para hacerlo, porque estábamos convencidas de que lo conseguiríamos. ¿Y lo de las rapaces? No teníamos ninguna posibilidad, pero yo creí que saldríamos de aquella... Lo creí. ¿Y lo del lago? ¡Es lo mismo! Y la batalla la ganaremos también gracias a eso. ¡Es evidente!

Jade dirigió a Ópalo una mirada llena de conmiseración.

—Créeme, te has trastocado.

—¡No lo entiendes!

—¿El qué? ¿Que basta con creer? Si tú lo dices...

—¡No! —protestó Ópalo—. ¡Que el Don es eso!

—¿Qué?

—Lo que nos permite creer. Lo que puede transformar a cualquier hombre, convertir a un criminal en un rey. ¿No lo ves?

—No. Lo que yo veo es que deliras.

Ópalo respiró hondo antes de decir:

—Nuestro Don es... la Esperanza.

*Una descubrirá el Don,*

*Una reconocerá al Rey.*

*Una convencerá a las otras dos de que mueran.*



Ámbar y Elyador permanecieron juntos hasta el final de la velada.

Hablaron de todo y de nada, compartieron sus temores sobre el futuro.

El Elegido debía ir a arriesgar su vida al campo de batalla; Ámbar, la suya a Thaar. Prometieron reunirse cuando todo hubiera terminado. La joven contuvo valientemente las lágrimas.

A la mañana siguiente, Elfohrys le pidió a Elyador que lo acompañara al bosque. Los ghibduls habían dicho que querían adherirse a su causa.

Así pues, el Elegido se vio obligado a separarse de Ámbar. Con el corazón encogido, intentaron aparentar que ninguno de los dos corría peligro, que volverían a verse muy pronto.

Por la tarde, Jade, Ópalo y Ámbar tuvieron que irse también. Thaar estaba bastante lejos, a varios días de marcha. Debían apresurarse. Las tres chicas se pusieron, pues, en camino. Sin embargo, esa vez, sabían que el desenlace de su aventura estaba peligrosamente cerca. Ópalo puso a Ámbar al corriente de su descubrimiento.

—¿Nuestro Don es la Esperanza? —preguntó, sorprendida, Ámbar—. ¡Es increíble! ¿Cómo te las has arreglado para descubrirlo?

—¡Pero si saltaba a la vista! ¿Y tú con el Elegido? ¿Cómo has adivinado que era él?

Ámbar no respondió. Jade alzó hacia ellas una mirada apesadumbrada. La frase de la Profecía había atormentado sus sueños durante toda la noche: *Una convencerá a las otras dos de que mueran.*

Ámbar había reconocido al Rey. Ópalo había descubierto el Don. Sólo quedaba ella. Tenía la impresión de estar viviendo una pesadilla.

Imposible, era imposible. ¡Ella jamás empujaría a Ópalo y a Ámbar a morir! Y sin embargo, hasta entonces la Profecía se había cumplido...

Un silencio incómodo se había abatido sobre las tres chicas. Ópalo y Ámbar imaginaban lo que estaba pensando Jade, pero no se atrevían a decir nada porque no se les ocurría cómo ayudarla. Sabían perfectamente que Jade no las conduciría nunca a la muerte. Pero su silencio hacía sospechar a Jade lo contrario.

Cabalgaron a través de monótonas llanuras, parecidas a las de Hornimel pero salpicadas de ciudades y pueblos que ellas cruzaban sin detenerse. Aquella región se llamaba Lioneral.

Una noche, Jade no pudo aguantar más y dijo a bocajarro:

—No os traicionaré. Creed lo que queráis, pero yo jamás...

—Lo sabemos —la interrumpió Ópalo.

—Debe de haber un error en *La profecía* —intervino Ámbar en tono apaciguador—, no te preocupes.

Jade rompió a llorar.

—No hay ningún error y lo sabéis perfectamente. Pero no puedo ni imaginar... Bueno, yo nunca haría... —Las lágrimas no la dejaron continuar—. No vayamos a Thaar —dijo de pronto—. Prefiero que todos me odien a oír constantemente esa frase dentro de mi cabeza: *Una de ellas convencerá a las otras dos de que mueran*.

—Elyador va a arriesgar su vida a la cabeza del ejército —repuso Ámbar con calma—. No tengo derecho a renunciar, por mi cuenta, a ir a Thaar. Sería como si lo abandonara, como si lo traicionara... Si nosotras luchamos, estaremos unidos en el mismo combate contra el Consejo de los Doce, contra la Oscuridad...

—¿Cómo? —dijo Jade—. ¿Puedes repetirlo?

—Déjalo —intervino Ópalo—. Está enamorada, es inútil intentar comprenderla. Pero tiene razón: después de todas las pruebas que hemos superado, no podemos darnos por vencidas tan cerca del final. Si nos necesitan para aniquilar el mal...

—Sí, pero al menos Elyador sabe lo que tiene que hacer —objetó Jade—. Va a luchar, a dirigir su ejército... Nosotras, en cambio, ¿qué?

Una vez en Thaar, ¿qué haremos?

—Es verdad, tienes razón —admitió Ámbar—. Aunque la Muerte es simpática, preferiría no volver a verla tan pronto. Me quedan muchas cosas por hacer... Thaar me da miedo, pero, de todas formas, iré.

—Está bien —dijo Jade, resignada—. Pero si la Profecía es cierta...

—No nos traicionarás —aseguró Ópalo—. Lo sabemos.

Las tres chicas tenían la impresión de que, si permanecían realmente unidas, nada malo podía sucederles. Y tal vez tenían razón.

En Lioneral, veían por todas partes mensajeros organizando al ejército de la Luz, y esa visión las tranquilizaba, les daba ánimos para proseguir su camino.

En una ocasión, Ámbar creyó distinguir la forma de un jinete vestido de negro. Cerró los ojos, temerosa, y cuando los abrió, había desaparecido. Se lo contó a Jade y

a Ópalo, pero, como la sombra no volvió a aparecer, las tres chicas acabaron por olvidarla.

Llegaron ante Thaar la mañana del solsticio de verano, tras haber cabalgado toda la noche, y se quedaron paralizadas de estupor al ver la ciudad de los Orígenes. Ésta se alzaba, imponente, entre inmensas murallas que rodeaban inmuebles más altos aún, con innumerables ventanas que resplandecían al pálido sol matinal. Las muchachas no habían visto nunca un espectáculo semejante; ni siquiera sabían lo que significaba el término «inmueble».

Avanzaron hacia las murallas, bajaron del caballo y dejaron allí sus monturas. Los soldados que habían sitiado la ciudad, entre ellos Adrien, se habían ido para incorporarse al ejército de la Luz. Al ver que una de las puertas practicadas en la muralla estaba entreabierta, sobreponiéndose a su angustia, entraron en la sombría ciudad de Thaar.

En el mismo momento, el ejército de la Luz atravesó el campo magnético que rodeaba el Cuento de Hadas. Elyador, en cabeza y empuñando su reluciente espada, abrió el estuche. Inmediatamente sintió que una fuerza invisible lo envolvía y lo tranquilizaba. Pensó en Ámbar. Gohral Keull y Elfohrys, que iban a su lado, se quedaron sorprendidos al verlo súbitamente más majestuoso que nunca. Detrás del Elegido, el ejército de la Luz cubría Hornimel hasta donde alcanzaba la vista e incluso mucho más allá. Los ghibduls, sus amigos los bumblinks, los sanadores y los magos de la ciudad de Amnhor, los campesinos de largos cabellos plateados, Owen d'Yrdahl, Adrien... Había tantos dispuestos a combatir... En la retaguardia iban algunos poderosos magos preparados para formular sus encantamientos, y entre ellos estaba Oonagh.

Cuando Elyador avanzó, todos lo siguieron con la misma decisión. Una vez fuera del Cuento de Hadas, el ejército de la Luz se encontró enseguida frente al terrible ejército de la Oscuridad, acompañado por miles de caballeros de la Orden y dirigido por una decena de hechiceros tenebrosos. En sus semblantes se reflejaba solapadamente el mal. Su número era tan impresionante como el de sus adversarios. Los dos ejércitos se observaron un momento antes de abalanzarse uno sobre otro.

—¡Venceremos! —gritaron al unísono Elyador y sus hombres.

En la ciudad de los Orígenes reinaba un silencio opresivo. Las tres chicas apretaron sus piedras; la angustia que las atenazaba disminuyó un poco.

—Pase lo que pase, venceremos —dijo Jade.

Ámbar y Ópalo se mostraron de acuerdo, pues la Esperanza las había invadido. Sin embargo, en ese instante sintieron que algo malsano penetraba en su mente. En contra de su voluntad, se dirigieron hacia un edificio y entraron en un vestíbulo potentemente iluminado. Eran conscientes de que el Consejo de los Doce estaba tomando posesión de sus sentidos, pero les era imposible resistirse. Incapaces de reaccionar, subieron por una interminable escalera hasta el último piso, donde se encontraron en una vasta sala con muchas ventanas sin cristales. Un hombre, con una

sonrisa cruel en los labios, estaba sentado en un sillón de piel. Vestía una amplia túnica púrpura bordada en oro y de él emanaba un poder absoluto, terrible.

—Buenos días, soy el Decimotercer Miembro del Consejo de los Doce.

Las tres chicas, petrificadas de terror, apretaron con todas sus fuerzas las piedras.

—Veo que tenéis miedo y que os hacéis preguntas... No soy un hombre, es cierto, soy un espíritu. El espíritu de los Doce Miembros del Consejo reunidos.

Las muchachas no podían reaccionar.

—¡Qué ingenuas sois! Habéis llegado sin obstáculos a Thaar, pero no habéis entendido nada. El ejército de la Oscuridad os vigila desde que entrasteis en el Cuento de Hadas; incluso ha velado por vuestra seguridad para que llegarais hasta mí. Yo soy el único capaz de destruirlos. Aunque, ¿vale la pena? Habéis hecho todo el trabajo por mí.

Los dos ejércitos se enfrentaban salvajemente. Los hechiceros de la Oscuridad murmuraban conjuros maléficos que los magos se las ingeniaban para destruir. Los combatientes caían por todas partes; gritos desgarradores sonaban en el Exterior. Elyador peleaba con una fuerza sobrehumana; Gohral Keull y Elfohrys no se separaban de su lado.

«¡Ojalá Ámbar y las otras dos chicas logren vencer al mal en Thaar! —se dijo el Elegido—. Aquí, no sé si puede ser destruido».

En efecto, el ejército de la Luz peleaba con arrojo, pero no estaba lo suficientemente entrenado y poco a poco perdía terreno.

—Hace miles de años, la violencia y el odio causaban estragos en todo el mundo —explicó el Decimotercer Miembro del Consejo—. Las criaturas mágicas se ocultaban, temerosas, y los hombres no sospechaban que existían. Pero, un día, decidieron ayudar a los hombres a resolver sus conflictos y aparecieron. Durante unos siglos, hubo paz. Esto sucedió, dicho sea de paso, en la época de nuestro querido Neofileus... Sin embargo, la naturaleza humana volvió a imponerse y el mundo fue desgarrado de nuevo por las guerras. Fue entonces cuando se eligió al Consejo de los Doce con la finalidad de convertir el mundo en un solo país donde se viviera en paz.

—¡Eso es falso! —replicó Jade—. ¡El Consejo de los Doce fue instaurado cuando reinaba la paz entre los hombres y las criaturas, con el único objetivo de acabar con ella!

Eso era, en efecto, lo que Jean Losserand les había dicho a las jóvenes.

—No —repuso el Decimotercer Miembro—. No os miento. No merece la pena. —Hizo una pausa antes de continuar—: Cuando el Consejo de los Doce accedió al poder, había demasiadas armas, demasiada tecnología para que la paz fuera posible. Poco a poco, el mundo moderno fue barrido a fin de evitar las guerras. Todo experimentó, en cierto modo, una regresión. Las ciudades de antaño desaparecieron.

Thaar es la única que conserva un recuerdo de su pasado glorioso.

Las tres chicas escuchaban, temblorosas.

—El Consejo de los Doce perduró transmitiéndose de padres a hijos.

Pese a todos los cambios, seguía habiendo revueltas, gente que sembraba el desorden... Sin embargo, poco a poco el Consejo de los Doce dominó por telepatía la mente del pueblo y le quitó su libertad sin que se diera cuenta. ¡Era mucho mejor así! La calma y la prosperidad reinaban. Pero las criaturas mágicas también sabían practicar la telepatía. Comprendieron lo que estaba sucediendo y se rebelaron. Fue entonces cuando se creó el Cuento de Hadas, el único fracaso cosechado por el Consejo en innumerables años. —El Decimotercer Miembro hizo de nuevo una pausa—. El Consejo de los Doce, de generación en generación, fue fortaleciendo su reinado. Y su influencia se hizo cada vez más fuerte. El mundo de antaño se olvidó para dejar paso a una vida en la que el pueblo era controlado por el Consejo, sin revueltas, sin guerras...

Las tres chicas sintieron que la sangre se les helaba en las venas.

—Tan sólo Thaar es igual que hace milenios. La llaman la ciudad de los Orígenes. Ha tenido muchos nombres. Durante siglos, cuando los hombres creían estar solos en la tierra, la llamaban París.

La batalla era encarnizada. La visión de la sangre excitaba al ejército de la Oscuridad, ávido de mal, mientras que Elyador, aureolado de amor, animaba al ejército de la Luz a continuar luchando. Todo el mundo flaqueaba. Ríos de sangre inundaban la tierra; cadáveres mutilados yacían aquí y allá; cientos de heridos agonizaban, presas de atroces sufrimientos. La sangre manaba de todas partes, la espada de Elyador chorreaba, pero, pese a ello, seguía reluciendo. El Elegido sólo pensaba en Ámbar, y su imagen se le aparecía exhortándolo a proseguir el combate.

De pronto, uno de sus adversarios consiguió desestabilizarlo. Cayó del caballo y la espada se le escapó de las manos. El miedo lo paralizó.

Convencido de que iba a morir, alzó los ojos hacia el soldado de la Oscuridad que estaba a punto de matarlo cuando éste se desplomó, traspasado por una espada. Elyador dio las gracias a su salvador mientras recogía su arma. Este último parecía muy joven. Era moreno, de ojos oscuros y aire decidido, y se llamaba Adrien de Rivebel.

Como había perdido de vista a Elfohrys y a Gohral Keull, el Elegido continuó peleando al lado de Adrien. Éste luchaba con una agilidad sorprendente. Ninguno de sus adversarios había conseguido todavía herirlo.

Sin embargo, la victoria del ejército de la Oscuridad parecía inevitable. Sus soldados, movidos por el odio y entrenados para matar, hacían gala de crueldad, contrariamente a los numerosos campesinos o lugareños del ejército de la Luz, que no sabían combatir.

«Tengo que volver a ver a Ópalo —se decía Adrien—, no tengo derecho a morir...».

En cuanto a Elyador, no podía más. Pero no se daría por vencido.

—¡Y vosotras, las tres piedras de *La profecía* —continuó el Decimotercer Miembro—, osáis amenazar el reinado del Consejo de los Doce! Por vuestra culpa y



la de ese maldito Neofileus, la revuelta ha germinado en el corazón de la gente, muchas mentes han escapado de nuestro control... ¡Pero vosotras no sois nada! Podría mataros en el acto, pero antes quiero aprovechar vuestra derrota.

—¡Jamás conseguiréis vencernos! —exclamó Jade—. ¡Nuestro Don, la Esperanza, es más fuerte que todo!

El decimotercer Miembro soltó una risotada atronadora.

—¿Es más fuerte que esto? —preguntó entre dos carcajadas.

Con un gesto de la mano, señaló un amplio ventanal. Las chicas profirieron un grito de horror. Desde lo alto del inmueble donde se hallaban, se podía ver la batalla. Miles de cadáveres alfombraban el suelo. Los caballeros de la Orden y los soldados de la Oscuridad iban vestidos de gris y negro. El ejército de la Luz llevaba armaduras plateadas. Quedaban miles de combatientes tenebrosos, pero los soldados de la Luz, una mancha clara en medio de una masa negra, ya no eran más que unos cientos.

—¿Qué os parece? —dijo el Decimotercer Miembro con una voz glacial—. No podéis vencer al mal. Está por doquier: en el corazón de todos, en el aire, en la vida.

—El bien también está —replicó Ámbar.

Sin embargo, miró en dirección a la batalla y se echó a temblar, con el corazón palpitante de miedo. ¿Seguía con vida Elyador? Lo sabía, el desenlace del combate estaba claro. Tanto en Thaar como en los campos de batalla, la Luz sería vencida.

—Gracias, pequeñas, muchas gracias —prosiguió el Decimotercer Miembro—. De no ser por vosotras, nadie habría reconocido al Elegido, no habría habido batalla, y yo jamás habría tenido la oportunidad de aniquilar a todos mis enemigos al mismo tiempo. ¡Qué detalle haberlos agrupado y enviado a que los maten! Porque va a morir hasta el último de ellos. ¿Cómo podían esperar vencer a mis caballeros de la Orden y al ejército de la Oscuridad? A partir de mañana, el poder del Consejo de los Doce será absoluto; ninguna amenaza podrá volver a hacerle sombra jamás.

Las tres chicas miraron al Decimotercer Miembro, desesperadas. ¿Qué podían hacer?

Los soldados de la Luz sabían que habían perdido el combate. Ya casi no luchaban. Los hechiceros de la Oscuridad continuaban salmodiando sombríos conjuros, que no surtían efecto gracias a los esfuerzos continuados de Oonagh y algunos magos. Tan sólo un centenar de aguerridos hovalyns y un puñado más de sus compañeros peleaban aún con fogosidad. Elyador, Elfohrys, Gohral Keull y Adrien eran los que se lo ponían más difícil al ejército de la Oscuridad. Ante la sorpresa general, los combatientes que de mostraban más ardor eran los ghibduls. Se desplazaban volando a unos metros del suelo, escogían a un soldado de la Oscuridad, le clavaban las garras y acababan con él en un momento, antes de elevarse de nuevo y atacar a otra presa. El ejército sombrío sólo había conseguido matar a unos pocos. Desgraciadamente, los ghibduls no eran lo bastante numerosos para causar verdaderos estragos en las filas enemigas.

El Elegido aún peleaba valientemente, pero se sentía flaquear. No aguantaría

mucho más, lo sabía. De pronto, se vio rodeado por varios soldados de la Oscuridad y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se preparó para defenderse.

—¡Así que eres tú el Elegido! —dijo una de las criaturas de la sombra—. Parece ser que antes eras uno de los nuestros.

—Sí, antes de desertar —se burlo otro soldado de la Oscuridad—. ¿El ejército de la Luz recluta a los más cobardes de los nuestros para hacerlos reyes o qué?

—¿A esto lo llamas rey? —dijo un hombre de aspecto cruel—. ¡Bah!

Matémoslo, así al menos podremos decir que hemos derramado la sangre de un rey. ¿Qué te apuestas a que no es diferente de la nuestra?

Sea rey o Elegido, eso no le impedirá morir.

Al ver que Elyador se hallaba en peligro, los ghibduls se concentraron rápidamente, acudieron volando en su ayuda y despedazaron sin piedad a los soldados de la Oscuridad que lo amenazaban. Después, uno tras otro, pusieron pie a tierra; habían decidido pelear cuerpo a cuerpo contra la Oscuridad para debilitar más sus fuerzas, aunque sabían que, de este modo, sin duda alguna se dejarían la vida.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer con vosotras? —se pregunto el Decimotercer Miembro—. ¿Mataros? —Hizo como si reflexionara antes de proseguir—: No. Tengo una idea mejor. Marchaos.

Las tres chicas se sobresaltaron e intercambiaron una mirada de estupor.

—Sí —dijo con júbilo el Decimotercer Miembro—, marchaos. ¿Hay algo peor que una esperanza frustrada? No habéis entendido nada, os habéis quedado el Don. Y cuando el mal haya triunfado, cuando os hundáis en la amargura, el Don se hundirá con vosotras. La esperanza se transformará en desesperación. Vuestra visión inspirará desaliento. Os odiarán por haber fracasado. Allá donde vayáis, la desesperación os seguirá..., hasta que la Muerte os libere de ella.

Ámbar sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos, pero Jade replicó:

—Ha dicho que no habíamos entendido nada, que nos habíamos quedado el Don... Entonces, ¿bastaría dárselo a los demás para que ganaran la batalla? ¿Bastaría darles la Esperanza que está dentro de nosotras?

El Decimotercer Miembro contuvo su irritación. Llevado por su entusiasmo, había hablado demasiado. Pero, de todas formas, eso no cambiaba nada.

—Es demasiado tarde para entenderlo —le señaló a Jade.

—No creo —intervino Ópalo.

Al igual que Jade y Ámbar, tenía la piedra en la mano. Las tres chicas se dirigieron hacia la ventana sin cristal.

El Decimotercer Miembro las dejó hacer. Se disponían a arrojar las piedras hacia el campo de batalla, cuando éstas empezaron a desprender un calor insoportable. Intentaron no hacer caso del dolor, pero entonces se dieron cuenta de que no podían lanzar las piedras porque algo se lo impedía. Sentían una especie de vínculo invisible entre las piedras y ellas, un vínculo imposible de romper.

La risa lúgubre del Decimotercer Miembro retumbó en la sala:

—¿Todavía no lo habéis entendido? Las piedras forman parte de vosotras, representan vuestro Don. Nunca podréis separaros de ellas.

Estáis unidas a ellas del mismo modo que estáis unidas entre vosotras.

Si una de vosotras muriera, la Esperanza se extinguiría con ella. ¿Sabéis cómo ha llegado hasta vosotras? Desde la noche de los tiempos, alguien ha tenido ese poder. Al principio era frágil, pero a medida que pasaban las generaciones iba aumentando.

«¡Claro, los rostros del lago del Pasado —pensó Jade— eran los de las personas que nos han transmitido la fuerza que tenemos!».

—En cada generación, una sola persona poseía el Don —prosiguió el Decimotercer Miembro—. Dicen que tenía en la palma de la mano una especie de pequeña cicatriz en forma de sol. Y cuando el Don alcanzó su plenitud, la cicatriz se dividió en tres, que se convirtieron en piedras.

Desde hacía mucho tiempo, la Esperanza elegía al que la llevaba, y esa persona era la encargada de transmitirla, a lo largo de su vida, a los demás. Si todas esas personas hubieran sido incapaces de llevar a cabo su misión, si se hubieran quedado la Esperanza para ellas, ésta se habría extinguido. Pero, a costa de muchos esfuerzos, ha llegado hasta vosotras. ¡Y es evidente que todo eso no ha servido de nada, puesto que habéis fracasado! El Don seguirá con vosotras hasta la muerte, ¿y quién sabe qué sucederá entonces? Sin duda se extinguirá. O se abatirá sobre el mundo transformado en desesperación. En tal caso, habréis servido como mínimo para dos cosas: congregar a todos mis enemigos para que pueda aniquilarlos tranquilamente y garantizar eternamente el reinado del mal. —Una sonrisa cruel se desplegó en el rostro del Decimotercer Miembro—. Ahora, marchaos.

Las muchachas no se movieron. Sabían que todo estaba perdido, pero no lograban aceptar su derrota.

Entonces, apretaron con más fuerza las piedras. Ámbar pensaba en Elyador con todo su ser, pues su imagen era lo único que aún podía ayudarla. Ópalo vio el rostro de Adrien esbozarse ante ella.

Jade, preocupada, oía la voz de Oonagh, cada vez más presente: *Una de ellas convencerá a las otras dos de que mueran*. Y, poco a poco, comprendió que no tenía elección. Si obedecía al Decimotercer Miembro, si se iba, el mal triunfaría. Su Don se convertiría en desesperación y, cuando ella muriera, tal vez se extendería por el mundo... Luego era preciso que le diera ahora la Esperanza al ejército de la Luz. Pero ¿cómo conseguirlo, si no podía separarse de la piedra... hasta que muriera?

Jade trató de apartar la verdad que comenzaba a emerger de sus pensamientos, pero no podía. Respiró hondo y después se confesó a sí misma: si muriera ahora en un sacrificio voluntario, entonces quizá su Don se derramaría sobre el ejército de la Luz, el mal sería vencido...

Pero también era posible que se extinguiera con ella... ¿Cómo saberlo?

¿Y cómo aceptar morir?

No tenía derecho a irse sin hacer nada. ¿Qué sería su vida? El mal estaría por

doquier. Los escasos supervivientes de la Luz la detestarían y, abrumados, jamás podrían fomentar nuevas revueltas... Llevaría durante toda su vida sobre los hombros el peso de su error. Lamentaría no haber actuado cuando todavía estaba a tiempo. No podía partir cobardemente. Sin embargo, ¿no sería más sencillo? Ante semejante idea, ya sentía los remordimientos acechándola.

Alzó una mirada de resignación hacia Ópalo y Ámbar. Sola no era nada, lo sabía. Su muerte no serviría de gran cosa. Si querían transmitir su Don, debían hacerlo las tres juntas. Pero Jade era incapaz de aceptar eso; nunca les pediría a Ópalo y a Ámbar que sacrificaran su vida, aunque ella estuviera dispuesta a sacrificar la suya.

Se dirigió resueltamente hacia el ventanal sin cristales apretando la piedra. En sus ojos verdes brillaba un extraño destello; parecía un soldado que va a librar el último combate o, mejor aún, un hechicero de la Luz frente a su peor enemigo: el miedo. Tenía tanto miedo de saltar, de ver de nuevo a la Muerte y esta vez dejar la vida...

Ópalo y Ámbar adivinaron sus intenciones sin comprender el motivo.

Se precipitaron hacia ella y la retuvieron.

El Decimotercer Miembro no intervino; estaba convencido de que aquellas chicas de catorce años no tendrían valor para sacrificarse.

¿Cambiaría eso algo? Estaba seguro de haber ganado la batalla.

—Pero no ha ganado la guerra —murmuró Jade a las otras dos.

—No tendrás intención de saltar, ¿verdad? —preguntó Ámbar en voz baja.

—Sí —respondió Jade, reprimiendo un temblor.

—Anoche decías que me había trastocado —intervino Ópalo—, pero ahora tú... ¡No estás en tus cabales!

—Cientos de personas han vivido con la finalidad de transmitirnos el Don —repuso Jade—. Miles de personas más nos han esperado con la esperanza de que pudiéramos vencer al mal. Mataron a nuestros padres.

Están acabando con el ejército de la Luz ante nuestros ojos. La libertad y la felicidad van a desaparecer. Hasta ahora, incluso en el Exterior existía una posibilidad de que todo cambiara. Mañana ya no quedará ninguna. Y ante todo eso, ¿vamos a quedarnos con los brazos cruzados?

—No seas fatalista —dijo Ámbar—. ¡Eso no es una razón para saltar por la ventana!

—Sí —susurró Jade—. No lo entendéis... La guerra no ha acabado, todavía no. Nosotras, las tres, estamos aquí, y todo depende de nosotras. O bien le hacemos caso a ese monstruo y aceptamos la derrota, o bien les ofrecemos por fin nuestro Don a los demás, a la Luz. Y entonces, la victoria.

—Eso es muy bonito —dijo Ópalo—, pero no podemos separarnos de las piedras. Jade miró por la ventana.

—Sí —dijo.

Ópalo y Ámbar siguieron su mirada, horrorizadas.

—No querrás decir... —murmuró Ámbar.

—Morir es la única manera de separarnos de las piedras —aseguró Jade—. Tal vez así nuestro Don se esparza sobre la batalla. —Con una sonrisa amarga, añadió—: Vaya, al final la Profecía va a cumplirse.

—Por lo menos, la Muerte se alegrará de volver a vernos —ironizó Ópalo.

Pero seguían sin poder aceptar el sacrificio.

Elyador se había quedado sin fuerzas. Sin embargo, no se resignaba a deponer las armas. Sus padres lo habían amado y seguían amándolo; Ámbar lo amaba, él la amaba a ella, y el Amor lo sostenía, le obligaba a continuar.

De repente, el cielo se oscureció y todos los combatientes levantaron la mirada. Enormes pájaros de plumaje gris planeaban sobre el campo de batalla: las rapaces. Habían percibido los torrentes de miedo que emanaban del combate y habían acudido para deleitarse con ellos y rematar a los últimos supervivientes.

Cuando Ámbar y Ópalo vieron las rapaces, profirieron un penetrante grito. Si Elyador y Adrien habían sobrevivido hasta ese instante, sin duda alguna sucumbirían bajo las garras de esos monstruos.

Miraron a Jade. Las tres apretaron las piedras. Nunca habían tenido tanto miedo. Nunca habían estado tan decididas a hacer algo. Esbozaron una sonrisa crispada. Luego, ante la mirada incrédula del Decimotercer Miembro, se arrojaron al vacío.

Entonces, las piedras desaparecieron de sus manos, el Don las abandonó. Una luz deslumbradora las cegó. Notaron que caían, caían...

La Esperanza que por fin habían dado a los demás se transformó en una lluvia de oro que cayó sobre el mundo, impregnando el corazón de todos. Los soldados de la Oscuridad y los de la Luz dejaron de combatir y alzaron los ojos al cielo con el rostro bañado de lluvia de oro y de felicidad.

En cuanto a las tres chicas, ya estaban apenas a unos metros del suelo, de la muerte. Se habían sacrificado, habían perdido su Don..., y sin embargo, la Esperanza las inundaba más que nunca.

De repente, notaron que unas garras se clavaban en su carne. Las rapaces las habían atrapado. Pero ellas no tenían miedo; al contrario, todas sus angustias desaparecieron y pensaron, aliviadas, que estaban vivas. La lluvia de Esperanza había teñido de oro el plumaje de las rapaces y las había transformado. Jade, Ópalo y Ámbar percibieron que no querían hacerles daño. Les habían salvado la vida.

Las rapaces descendieron hacia el campo de batalla y depositaron con delicadeza a las tres chicas en el suelo antes de alzar de nuevo el vuelo.

Jade, Ópalo y Ámbar no acababan de comprender lo que les sucedía.

Vieron a Elyador, a Adrien y a Oonagh.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó—. ¿Hemos vencido al mal?

—Sí —respondió la criatura mágica—, habéis hecho retroceder al mal.

Pero un día volverá. Es imposible aniquilarlo definitivamente.

—Pero, entonces —balbució Jade—, todo lo que hemos hecho... ¿no ha servido de nada!

—Gracias a vosotras, el mal ha sido alejado. Ahora reinará la paz durante unos siglos, y si continuamos luchando en todo momento contra la ira, el miedo y la intolerancia que habitan en nuestros propios corazones, tal vez no vuelva jamás.

Jade tenía ganas de llorar. ¡Ella que creía haber destruido la Oscuridad para siempre!

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó.

—El Exterior y el Cuento de Hadas serán reunificados en un solo país, el Reino.

—¿Y el Elegido será nuestro rey?

Al oír su nombre, Elyador se acercó, acompañado de Ámbar.

—No —dijo afablemente—, yo no seré rey. No quiero gobernar.

—Según el Decimotercer Miembro, al principio, el Consejo de los Doce quería instaurar la paz —explicó Jade—. Luego, poco a poco, embriagado por el poder, le quitó la libertad al pueblo. No sé si es verdad, pero...

—Lo es —la interrumpió Oonagh—. Precisamente por eso Elyador tiene razón. Ha sido rey el tiempo que ha durado una batalla y seguirá siéndolo hasta que el Reino esté unificado. Después, devolverá la libertad a todas esas personas que jamás la han conocido. No hay que repetir el error del Consejo de los Doce. El poder transforma a los hombres. Elyador no será rey.

—¿Y yo? —preguntó Jade—. ¿Y Ámbar? ¿Y Ópalo? ¿Qué va a pasar con nosotras?

—Lo que vosotras queráis —dijo Oonagh—. Ahora sois libres para decidir vuestro destino.

Jade pensó en su padre, el duque de Divulyon, a quien muy pronto volvería a ver.

Una pepita de oro cayó a los pies de Elyador y éste la recogió. Tenía la forma de una semilla. Se la enseñó a Ámbar.

—¿Es tu piedra? —preguntó.

—No —respondió la chica, riendo—. Nuestras piedras ya no existen.

Se han transformado en lluvia de oro.

Ópalo y Adrien se acercaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ópalo.

—Hemos encontrado esto —contestó el Elegido, mostrándole la semilla de oro.

Oonagh observaba la pepita en actitud meditabunda.

—Guárdala en tu estuche, Elyador —dijo.

—¿Qué es?

—Una semilla de Esperanza —murmuró Oonagh, pensativa.

Elyador siguió las indicaciones de la criatura mágica.

—Ahora, entierra el estuche —dijo Oonagh.

Elyador, cada vez más intrigado, obedeció. Inmediatamente empezó a crecer un árbol cuyo tronco tenía el color de la plata pura. En unos instantes, el árbol desplegó unas largas ramas sobre las que se balanceaban relucientes hojas de oro.

—Gracias a este árbol —explicó Oonagh—, el recuerdo del combate de hoy

perdurará a lo largo de los siglos. Mientras resplandezca, eso significará que en el país hay paz. Cuando el tronco se oscurezca y las hojas caigan, la Oscuridad estará cerca. Hoy, el bien se ha declarado vencedor. Alegrémonos.

Jade, Ópalo y Ámbar miraron el árbol de la Esperanza, que resplandecía, aureolado de gotas de oro.

## París, 2002

Me he despertado. Esta vez, es el final. La Muerte va a venir a buscarme. Sin embargo, tengo que vivir para que mi sueño se haga realidad.

Miro por última vez mi mano derecha. En la palma, un sol despliega sus rayos con majestad. La Esperanza. Me la he quedado sólo para mí; he dejado que la enfermedad me venza. Voy a morir, la Esperanza va a extinguirse. Cierro los ojos. Irse es demasiado duro.

Ya está. Oigo los pasos de la Muerte. Su aliento frío me roza la mejilla. Tengo ganas de llorar, pero las lágrimas no acuden a mis ojos.

Tengo ganas de gritar, pero ya no me quedan fuerzas.

Hubiera querido irme sin miedo, sin pesar, pero es imposible.

Me ahogo. Todo desaparece a mi alrededor. Sólo quedamos la Muerte y yo. Me tiende la mano. Siento tanto dolor...

Las enfermeras tropiezan unas con otras en la habitación. Se abre la puerta y el doctor Arnon entra, impasible.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Es la chica que no tiene padres —responde una enfermera—. Está muy mal.

El doctor Arnon se acerca a la cama donde está acostada la enferma, cuyo descarnado cuerpo es sacudido por espasmos mientras unos gemidos escapan de sus labios resecaos.

—Es el fin —declara el médico en tono grave.

De pronto, un destello de lucidez parece atravesar a la moribunda.

—¡El teléfono! —grita. Después, con voz trémula, murmura—: Tengo... tengo... que llamar... a alguien.

El doctor Arnon hace un gesto de asentimiento mirando a una de las enfermeras.

—Es su último deseo —susurra—, no podemos negárselo.

¡No tengo derecho a morir! Debo transmitir la Esperanza. ¿Y si no fuera demasiado tarde? La Muerte está aquí. Sin embargo, yo sigo creyendo en mi sueño, en lo imposible. Sólo me queda eso, la Esperanza. Debería habérsela dado a los demás, pero no lo he hecho.

¿Por qué no seguir creyendo en ella? Mientras esté dentro de mí, ¿puede apoderarse de mí la Muerte?

El médico y las enfermeras salen de la sala. La enferma coge febrilmente el teléfono y marca un número. Todavía se lo sabe de memoria. La voz que ha estado presente tanto en sus sueños como en sus pesadillas le contesta.

—Voy a morir —dice ella débilmente—. Te perdono. Pero ahora tienes que elegir tú. O me olvidas, o... ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Joa? ¿Eres tú, Joa?

Pero la enferma ya había colgado.

Ya está, lo he hecho. Le he llamado. He llamado a Elie Ador, el hombre al que amaba, el que me abandonó. ¿Por qué huyó la primera y última vez que vino a verme? Creí que no contaba para él, pero quizá tuvo miedo. Del hospital, de la Muerte que merodeaba por los pasillos.

De aquello en lo que me había convertido.

Ahora, eso ya no tiene importancia.

Después de todo, el Innombrado salió de las tinieblas. La sangre que tenía en las manos no le impidió convertirse en el Elegido. Si pudieron perdonarlo, hacer de él un rey..., ¿por qué no voy a perdonar yo a Elie?

Mi respiración se vuelve cada vez más jadeante. Ya casi no oigo los latidos de mi corazón. La Muerte me espera con impaciencia.

—Mire, está muy débil —dice la enfermera—. Quizá esté viviendo sus últimos instantes.

—¡No puede impedirme que la vea! —protesta el joven—. Tengo que estar a su lado. ¡Debe vivir!

—Me temo que es demasiado tarde —replica la enfermera.

La mujer observa al joven. Tiene el pelo castaño oscuro, enmarañado, y una mirada que expresa desesperación.

—¿No ha venido nunca a verla antes? —pregunta.

—Una vez —dice el chico con amargura en la voz—. Déjeme verla —suplica.

No sé si Elie vendrá, pero miro el sol en la palma de mi mano y creo.

Creo en lo imposible, creo en mi sueño. Creo en Elyador. Simplemente, tengo esperanza.

La Muerte está junto a mí. Da igual. Que espere.

Viviré. Porque es preciso. Porque quiero. He soñado; ahora, prefiero vivir, aunque venga a ser lo mismo.

El sueño me ha devuelto la vida. Me falta devolver el sueño a la vida.





FLAVIA BUJOR (Bucarest, Rumania. 8 de agosto de 1988). Escritora francesa de origen rumano. Vivió en Rumanía hasta los dos años de edad. Sus padres le enseñaron a leer antes de comenzar la escuela.

Escribió su primer libro a la edad de doce años. Es una historia de fantasía épica destinada a los niños, llamada *La profecía de las piedras*, la cual ha sido traducida a veintitrés idiomas.

Bujor declaró que estaba trabajando en una segunda novela pero su título no ha sido revelado.